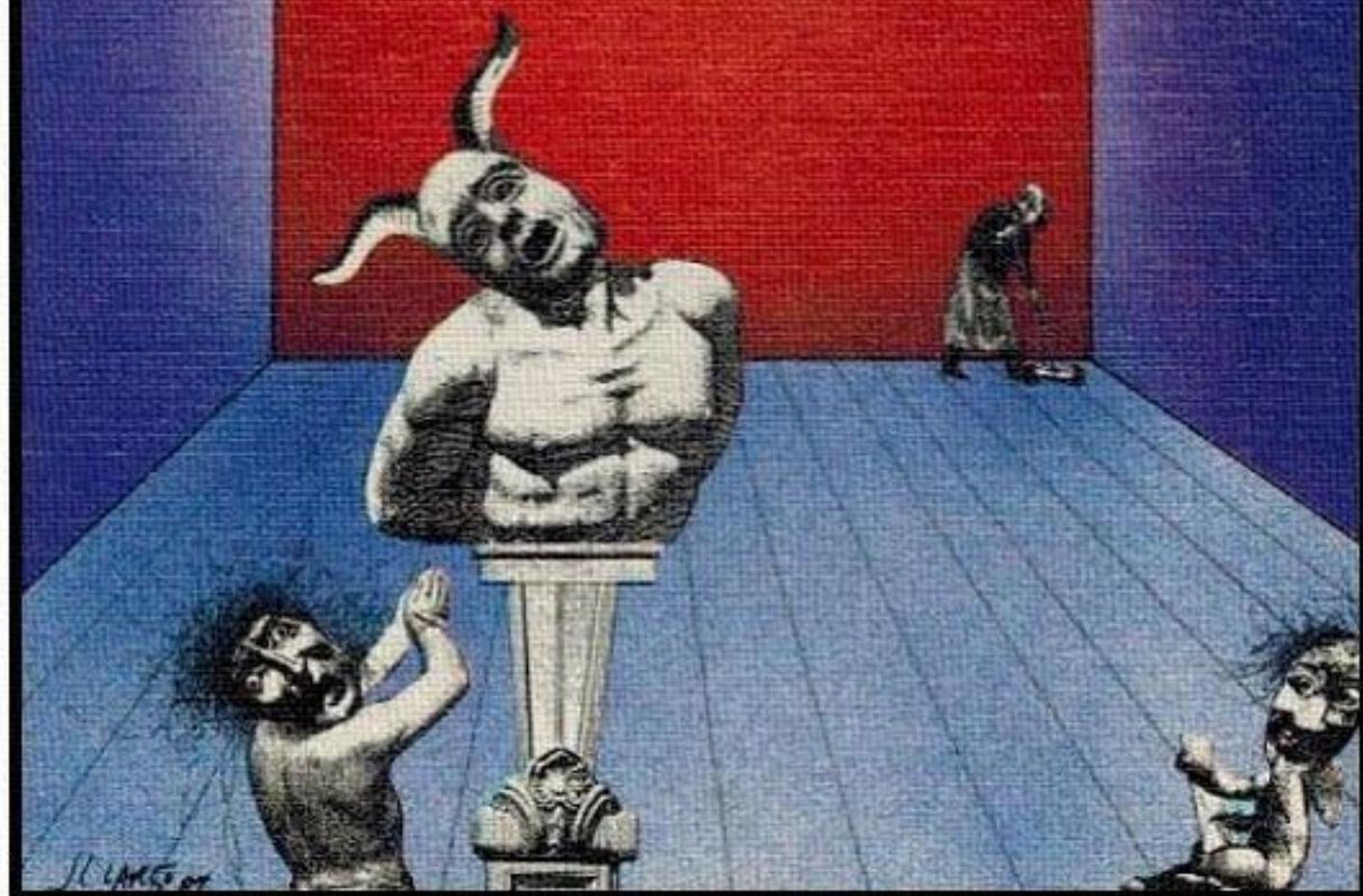


TUS
LIBROS



OSCAR
WILDE

EL RETRATO
DE
DORIAN GRAY



se

Cuando se publicó *El retrato de Dorian Gray*, los críticos reaccionaron como de costumbre acusando a su autor de inmoralidad. Wilde se defendió diciendo que su novela era «una verdadera obra de arte», de la que se desprendía una importante lección ética. (En realidad estaba parafraseando su propio prólogo, donde se contiene la célebre frase: No hay obras moralmente buenas o malas, sino bien escritas o mal escritas). El tema de la consecución de la eterna juventud a cambio del alma era antiguo, y Goethe lo había resucitado a principios de siglo con su *Fausto*. Pero Wilde supo darle tal tono de melancolía y desasosiego, que un siglo después sigue fascinándonos.



Oscar Wilde

El retrato de Dorian Gray

Tus libros - 93

ePub r1.0

Karras 04.03.2020

Título original: *The picture of Dorian Gray*
Oscar Wilde, 1891
Traducción, Apéndice y notas: Gabriela Bustelo
Ilustraciones: José Luis Largo

Editor digital: Karras
ePub base r2.1



Índice de contenido

Prefacio
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Apéndice
Bibliografía
Sobre el autor



OSCAR WILDE (1854-1900)

La presente obra es traducción directa e íntegra del original inglés *The picture of Dorian Gray*, en su primera edición, publicada en Londres en 1891.

Las ilustraciones, originales de José Luis Largo, han sido realizadas expresamente para esta edición.

Prefacio

El artista es el creador de cosas hermosas.

Revelar el arte y ocultar al artista es el objetivo del arte.

El crítico es aquel que puede trasladar a otro estilo o a un material nuevo su impresión de las cosas hermosas.

La más alta forma de crítica, igual que la más baja, es un modo de autobiografía.

Quienes hallan significados feos en las cosas hermosas están corrompidos y sin encanto. Esto es un defecto.

Quienes hallan significados hermosos en las cosas hermosas son los cultivados. Para ellos existe la esperanza.

Para los elegidos las cosas hermosas significan sólo la Belleza.

No existen libros morales o inmorales. Los libros están bien escritos o mal escritos. Nada más.

La aversión que siente el siglo diecinueve por el Realismo es la furia de Calibán^[1] al ver su rostro en un espejo.

La aversión que siente el siglo diecinueve por el Romanticismo es la furia de Calibán al no ver su rostro en un espejo.

La vida moral del hombre forma parte del material del artista, pero la moralidad del arte consiste en el uso perfecto de un medio imperfecto.

Ningún artista pretende demostrar nada. Incluso las cosas verdaderas pueden demostrarse.

Ningún artista tiene compromisos éticos. Un compromiso ético en un artista es un imperdonable manierismo de estilo.

Ningún artista es morboso jamás. El artista puede expresarlo todo.

El pensamiento y el lenguaje son para el artista instrumentos de un arte.

El vicio y la virtud son para el artista materiales para un arte.

Desde el punto de vista de la forma, el modelo de todas las artes es el arte del músico. Desde el punto de vista del sentimiento, el oficio del actor es el modelo.

Todo arte es a la vez superficie y símbolo.

Quienes se internan bajo la superficie lo hacen por su cuenta y riesgo.

Quienes leen el símbolo lo hacen por su cuenta y riesgo.

Es el espectador, y no la vida, el que verdaderamente refleja el arte.

La diversidad de opinión sobre una obra de arte demuestra que la obra es nueva, compleja y vital.

Cuando los críticos disienten, el artista está en armonía consigo mismo.

Podemos perdonar a un hombre por haber fabricado algo útil, siempre y cuando él mismo no lo admire. La única excusa para fabricar algo inútil es la admiración intensa que nos produce.

Todo arte es verdaderamente inútil.

Oscar Wilde



Capítulo 1

El estudio estaba cargado del denso aroma de las rosas, y cuando la ligera brisa veraniega pasaba entre los árboles del jardín, entraba por la puerta abierta el olor intenso de las lilas, o el perfume más delicado del majuelo en flor.

Desde el rincón del diván de alforjas persas en el que estaba tumbado, fumando, como era su costumbre, innumerables cigarrillos, lord Henry Wotton veía el brillo del dulce codeso de color de miel, cuyas ramas trémulas apenas parecían poder soportar la carga de una belleza tan fogosa; y de cuando en cuando la sombra fantástica de un pájaro volando atravesaba las largas cortinas de suave tusor^[2] que cubrían el enorme ventanal, produciendo un momentáneo efecto japonés y recordándole a Tokio, a aquellos pálidos pintores con rostro de jade que, usando como medio un arte que es necesariamente inmóvil, pretenden transmitir una sensación de rapidez y movimiento. El susurro apagado de las abejas abriéndose camino a través de la larga hierba sin segar o volando en círculo con monótona insistencia en torno a los polvorientos brotes dorados de la madreselva hacían que la tranquilidad resultara aún más intensa. El clamor lejano de Londres era como el bordón de un órgano distante.

En el centro de la habitación, sujeto a un caballete vertical, había un retrato de cuerpo entero de un hombre joven de una extraordinaria belleza física y, en frente, a cierta distancia, estaba sentado el artífice de la obra, Basil Hallward, cuya repentina desaparición algunos años atrás había causado en su momento una gran conmoción pública, dando lugar a conjeturas de lo más variadas y extrañas.

Mientras el pintor observaba la forma armoniosa y atractiva que tan diestramente había reflejado en su obra, una sonrisa de placer le atravesó el rostro y a punto estuvo de mantenerla. Pero de repente dio un respingo y, cerrando los ojos, se puso los dedos

en los párpados, como si pretendiera aprisionar en el cerebro algún sueño singular del que temiera despertar.

—Es tu mejor obra, Basil, lo mejor que has hecho en tu vida —dijo lord Henry lánguidamente—. El año que viene tienes que enviarlo a la Grosvenor^[3], de todas todas. La Academia es demasiado grande y demasiado vulgar. Siempre que he ido a visitarla, o bien había tanta gente que no se veían los cuadros, lo cual era terrible, o tantos cuadros que no se veía a la gente, lo cual era peor. La Grosvenor es realmente el único sitio que hay.

—No creo que lo envíe a ningún sitio —contestó él, echando la cabeza hacia atrás con ese estilo tan peculiar que hacía que sus amigos se rieran de él en Oxford—. No. No lo voy a enviar a ningún sitio.

Lord Henry elevó las cejas, mirándole asombrado a través de las finas guirnalda de humo azul que salían de su cigarrillo con opio y se elevaban en espirales caprichosas.

—¿Que no lo vas a enviar a ningún sitio? Querido amigo, ¿por qué? ¿Tienes algún motivo? ¡Qué tipos tan raros sois los pintores! Hacéis cualquier cosa con tal de conseguir la fama. En cuanto la habéis conseguido, da la sensación de que queréis quitárosla de encima. Y es una tontería, porque sólo hay una cosa en el mundo peor que lograr que la gente hable de uno, y es que la gente no hable de uno. Un retrato como éste te elevaría muy por encima de todos los jóvenes de Inglaterra, y los viejos te envidiarían, si es que los viejos son capaces de sentir algún tipo de emoción.

—Ya sé que vas a reírte de mí —dijo Basil—, pero lo cierto es que no puedo exponerlo. Hay demasiado de mí en él.

Lord Henry se estiró sobre el diván y soltó una carcajada.

—Sí, ya sabía que te ibas a reír; pero de todas formas, es verdad.

—¡Demasiado de ti en él! Por todos los santos, Basil, no sabía que fueras tan vanidoso; y desde luego no veo ninguna semejanza entre tú, con esa cara fuerte y tosca y ese pelo negro como el carbón, y este joven Adonis^[4], que parece hecho de marfil y pétalos de rosa. En fin, querido Basil, él es un Narciso^[5] y tú... Bueno, por supuesto que tienes una expresión intelectual. Pero la belleza, la auténtica belleza, termina donde empieza la expresión intelectual. El intelecto es en sí mismo un modo de exageración y destroza la armonía de cualquier rostro. En el momento en que uno se sienta a pensar, se convierte en una pura nariz, en una pura frente, o en algo espantoso. Mira a los hombres que han tenido éxito en cualquiera de las ramas del saber. ¡Son absolutamente espeluznantes! Excepto, por supuesto, en la Iglesia. Aunque lo cierto es que los miembros de la Iglesia no piensan. A los ochenta años, un obispo sigue diciendo lo mismo que le mandaron decir cuando tenía dieciocho, y la consecuencia natural es que siempre tiene un aspecto excelente. Tu misterioso y joven amigo, cuyo nombre nunca me has dicho, pero cuyo retrato me tiene absolutamente fascinado, no piensa jamás. Estoy convencido de ello. Es una criatura descerebrada y hermosa que siempre deberíamos tener a mano en invierno, cuando no

hay flores, y en verano, cuando queremos refrescar algo nuestra inteligencia. No te hagas ilusiones, Basil, no te pareces a él absolutamente nada.

—No me entiendes, *Harry* —contestó el artista—. Por supuesto que no me parezco a él. Lo sé perfectamente. Es más, sería una lástima parecerme a él. ¿Te encoges de hombros? Lo que te digo es verdad. En toda distinción física e intelectual hay una fatalidad, el tipo de fatalidad que parece seguir, a lo largo de la historia, los pasos vacilantes de los reyes. Es mejor no distinguimos de nuestros prójimos. En este mundo, el feo y el estúpido se llevan la mejor parte. Pueden quedarse sentados a sus anchas, contemplando el espectáculo. Aun cuando no conozcan la victoria, al menos se libran de conocer la derrota. Viven como deberíamos vivir todos, tranquilos, indiferentes y sin inquietudes. No traen la desgracia a los demás, ni la reciben de manos ajenas. Tu rango y tu riqueza, *Harry*; mi cerebro, tal y como es... mi arte, valga lo que valga; la belleza de *Dorian Gray*... Los tres sufriremos por lo que los dioses nos han dado, sufriremos terriblemente.

—¿*Dorian Gray*? ¿Es así como se llama? —preguntó lord Henry, atravesando el estudio en dirección a Basil Hallward.

—Sí, así se llama. No tenía intención de decírtelo.

—Pero ¿por qué no?

—Ay, no puedo explicarlo. Cuando una persona me gusta intensamente, nunca digo su nombre a nadie. Es como entregar una parte de esa persona. La discreción es una de las cosas que he llegado a valorar. Me parece lo único que convierte la vida moderna en misteriosa o maravillosa. La cosa más trivial se convierte en deliciosa sólo cuando uno la oculta. Últimamente, cuando salgo de la ciudad, nunca digo a mis amistades adónde voy. Si lo hiciera, no sentiría ningún placer. Es una costumbre tonta, a decir verdad, pero confiere a la vida de uno una gran dosis de romanticismo. Supongo que te parecerá una estupidez enorme, ¿verdad?

—En absoluto —contestó lord Henry—, en absoluto, mi querido Basil. No olvides que estoy casado, y el único encanto del matrimonio es que la vida basada en el engaño se convierte en algo absolutamente necesario para los cónyuges. Yo nunca sé dónde está mi mujer y mi mujer nunca sabe lo que yo hago. Cuando nos reunimos, porque nos reunimos de cuando en cuando para cenar juntos o para ir al *Duke's*, nos contamos las historias más absurdas con una cara de lo más seria. A mi mujer se le da muy bien..., mucho mejor, por cierto, que a mí. Nunca se equivoca con las fechas, cosa que yo siempre hago. En las ocasiones en que me descubre, no arma ningún tipo de alboroto. A veces me gustaría que lo hiciera; pero lo único que hace es reírse de mí.

—No me gusta nada cómo hablas de tu vida de casado, *Harry* —dijo Basil Hallward, paseando hacia la puerta que llevaba hacia el jardín—. Estoy convencido de que en realidad eres un marido excelente, pero estás profundamente avergonzado de tus propias virtudes. Eres un tipo extraordinario. Nunca dices nada moralmente correcto y nunca haces nada incorrecto. Tu cinismo es simplemente una pose.

—Ser natural es simplemente una pose, y la pose más irritante que conozco — exclamó lord Henry riéndose.

Y los dos jóvenes salieron juntos al jardín y se instalaron sobre un largo banco de bambú que quedaba bajo la sombra de un gran arbusto de laurel. La luz del sol se deslizaba sobre las pulidas hojas. En la hierba, temblaban las margaritas blancas.

Tras una pausa, lord Henry sacó su reloj.

—Me temo que voy a tener que irme, Basil —murmuró—, y antes de que me vaya, insisto en que contestes a una pregunta que te he hecho hace ya un tiempo.

—¿Qué pregunta? —dijo el pintor, manteniendo los ojos fijos en el suelo.

—Lo sabes perfectamente.

—No lo sé, Harry.

—Bien. Te lo diré, entonces. Quiero que me expliques por qué no vas a exponer el retrato de Dorian Gray. Quiero saber el auténtico motivo.

—Ya te he dicho el auténtico motivo.

—No, no es verdad. Me has dicho que hay demasiado de ti en él, lo cual me parece una tontería.

—Harry —dijo Basil Hallward mirándole directamente a los ojos—, todo retrato que se pinta con sentimiento es un retrato del artista, no del modelo. El modelo es simplemente el accidente, la ocasión. No es él a quien revela el pintor; es en realidad el pintor quien se revela a sí mismo en el lienzo coloreado. El motivo de no exponer este cuadro es que temo haber desvelado el secreto de mi alma.

Lord Henry soltó una carcajada.

—¿Y cuál es ese secreto? —preguntó.

—Voy a contártelo —dijo Hallward.

Pero su rostro se llenó de perplejidad.

—Soy todo expectación, Basil —continuó su compañero, mirándole de reojo.

—La verdad es que hay muy poco que contar, Harry —contestó el pintor, y me temo que no vas a comprenderlo del todo. Incluso puede que no lo creas del todo.

Lord Henry sonrió y, agachándose, arrancó de la hierba una margarita de pétalos rosas y la observó.

—Estoy totalmente convencido de que lo comprenderé —contestó, mirando detenidamente el pequeño disco de oro rodeado de plumas blancas— y, en cuanto a creer o no creer, estoy dispuesto a creer cualquier cosa, con tal que sea realmente increíble.

El viento hizo caer algunas flores de los árboles, y las densas lilas, con sus racimos de estrellas, se balanceaban suavemente en el aire lánguido. Un saltamontes empezó a chirriar junto al muro, y como un hilo azul una libélula larga y delgada pasó flotando sobre sus alas de gasa marrón. A lord Henry le pareció oír latir el corazón de Basil Hallward y le entró aún más curiosidad.

—La historia es muy sencilla —dijo el pintor al cabo de un rato—. Hace dos meses fui a una reunión en casa de lady Brandon. Ya sabes que nosotros, los pobres

artistas, tenemos que mostrarnos en sociedad de vez en cuando, sólo para recordar al público que no somos unos salvajes. Con un traje y una corbata blanca, como tú me dijiste una vez, cualquiera, hasta un corredor de bolsa, puede hacerse pasar por un ser civilizado. En fin, cuando llevaba unos diez minutos en la habitación, hablando con enormes señoras encopetadas y académicos aburridos, de repente tuve la sensación de que alguien me estaba mirando. Me di media vuelta y vi a Dorian Gray por primera vez. Cuando nuestros ojos se encontraron, noté que me ponía pálido. Me sobrevino una curiosa sensación de terror. Sabía que me había encontrado cara a cara con alguien cuya simple personalidad era tan fascinante que, si me dejaba llevar, acabaría absorbiendo toda mi naturaleza, mi alma entera, incluso mi arte. Yo nunca he querido ser objeto de influencias externas. Tú sabes bien, Harry, lo independiente que soy. Siempre he sido mi propio dueño; es decir, siempre lo había sido, hasta que conocí a Dorian Gray. Entonces..., pero no sé cómo explicártelo..., era como si algo me dijera que estaba al borde de sufrir una terrible crisis en mi vida. Tenía la extraña sensación de que el destino me había reservado exquisitas alegrías y exquisitos pesares. Me entró miedo y di media vuelta para abandonar la habitación. No fue mi conciencia la que me hizo obrar así; fue una especie de cobardía. No me atribuyo ningún mérito por intentar escapar.

—La conciencia y la cobardía son en realidad lo mismo, Basil. La conciencia es la marca de la empresa, nada más.

—No creo que eso sea cierto, Harry, y tú tampoco lo crees. Sin embargo, fuera cual fuere mi motivo, y puede haber sido el orgullo, porque yo era muy orgulloso, lo cierto es que luché por llegar a la puerta. Allí, por supuesto, tropecé con lady Brandon. «No pensará irse tan pronto, ¿verdad, señor Hallward?», chilló. Ya sabes la voz tan increíblemente aguda que tiene.

—Sí. Es un pavo real en todo menos en belleza —dijo lord Henry, haciendo pedazos la margarita con sus dedos largos y nerviosos.

—No logré deshacerme de ella. Me llevó ante realezas y personas con estrellas y medallas, y ancianas distinguidas con tiaras gigantescas y nariz de loro. Me presentaba como su queridísimo amigo. Yo sólo la había visto una vez, pero estaba empeñada en agasajarme. Creo que por aquel entonces uno de mis cuadros había tenido un gran éxito, o al menos había salido en los periódicos baratos, que son el modelo de la inmortalidad en el siglo diecinueve. De repente me encontré de frente con el joven cuya personalidad me había conmovido de manera tan extraña. Estábamos bastante cerca, casi tocándonos. Nuestras miradas se volvieron a encontrar. Fue una temeridad por mi parte, pero le pedí a lady Brandon que nos presentara. Quizá no fue tanta temeridad, después de todo. Era simplemente inevitable. Hubiéramos acabado hablando, incluso sin presentación. Estoy seguro de ello. Dorian me lo dijo después. Él también tuvo la sensación de que estábamos destinados a conocernos.

—¿Y cómo describió lady Brandon a este joven maravilloso? —preguntó su compañero—. Sé que le encanta hacer un breve *précis*^[6] de todos sus invitados. La recuerdo llevándome hasta un señor mayor, de cara roja y aspecto truculento, todo recubierto de medallones y cintas, y susurrándome con una voz trágica, que debió resultar audible para todas las personas de la habitación, los detalles más sorprendentes. Huí como pude. Me gusta descubrir a la gente por mi cuenta. Pero lady Brandon da a sus invitados exactamente el mismo trato que un subastador a sus bienes. O bien explica cómo son de arriba a abajo, o cuenta todo sobre ellos excepto lo que a uno le interesa saber.

—¡Pobre lady Brandon! ¡Qué duro eres con ella, Harry! —dijo Hallward con apatía.

—Querido amigo, ha intentado organizar un *salon*^[7] y lo único que ha conseguido ha sido abrir un restaurante. ¿Cómo es posible admirarla? Pero cuéntame, ¿qué dijo sobre el señor Dorian Gray?

—Pues algo así como: «Un joven encantador... su pobre madre y yo, absolutamente inseparables. No consigo recordar a qué se dedica..., me temo que no hace nada..., ah, sí, toca el piano..., ¿o era el violín, mi querido señor Gray?». A los dos nos entró la risa y nos hicimos amigos inmediatamente.

—La risa no es en absoluto un mal comienzo para una amistad, y es, sin duda alguna, la mejor forma de acabarla —dijo el joven lord mientras deshojaba otra margarita.

Hallward negó con la cabeza.

—Tú no comprendes lo que es la amistad, Harry —murmuró—, ni la enemistad, por cierto. Todos te parecen simpáticos, o mejor dicho, todos te son indiferentes.

—¡Qué horriblemente injusto eres! —exclamó lord Henry echándose el sombrero hacia atrás y mirando las nubecillas que, como madejas enmarañadas de blanca seda lustrosa, se deslizaban por el hueco azul turquesa del cielo estival—. Sí, es horriblemente injusto de tu parte. Yo hago grandes diferencias entre las personas. Elijo a los amigos por su buen aspecto, a los conocidos por su buen carácter y a los enemigos por su buen intelecto. Un hombre debe tener mucho cuidado en la elección de sus enemigos. Yo no tengo ni uno solo que sea un necio. Todos son hombres con algo de fuerza intelectual y, consecuentemente, todos me aprecian. ¿Te parece muy vanidoso esto que digo?

—Creo que sí, Harry. Pero de acuerdo con esa categoría, debo ser simplemente un conocido.

—Mi querido Basil, tú eres mucho más que un conocido.

—Y mucho menos que un amigo. Una especie de hermano, ¿puede ser?

—¡Bah, hermanos! No me interesan los hermanos. Mi hermano mayor no se muere, y mis hermanos pequeños parece que no saben hacer otra cosa.

—¡Harry! —exclamó Hallward frunciendo el ceño.

—Mi querido amigo, no hablo del todo en serio. Pero no puedo evitar odiar a mis parientes. Supongo que se debe a que ninguno de nosotros soporta que existan otras personas con nuestros mismos defectos. Comprendo perfectamente la furia de la democracia inglesa contra lo que denominan los vicios de las clases superiores. Las masas consideran que la embriaguez, la estupidez y la inmoralidad deberían ser exclusivamente de su propiedad, y que si cualquiera de nosotros hace el ridículo, estamos cazando furtivamente en su coto vedado. Cuando el pobre Southwark fue a juicio para divorciarse, la indignación de la gente fue verdaderamente magnífica. Y aun así, estoy convencido de que ni siquiera un diez por ciento del proletariado vive correctamente.

—No estoy de acuerdo con una sola palabra de lo que acabas de decir, y es más, Harry, estoy seguro de que tú tampoco.

Lord Henry se acarició su barba marrón y afilada, dándose golpecitos en la punta de la bota de charol con un bastón de ébano labrado.

—¡Qué inglés eres, Basil! Es la segunda vez que haces esa observación. Si uno expone una idea ante un verdadero inglés, lo cual es siempre una imprudencia, a éste jamás se le ocurre considerar si la idea está bien o está mal. A lo único que concede algo de importancia es a si uno se la cree o no. Ahora bien, el valor de una idea no tiene absolutamente nada que ver con la sinceridad del hombre que la expresa. De hecho, cuanto menos sincero sea el hombre, más puramente intelectual será la idea, puesto que en ese caso no estará alterada por sus deseos, sus necesidades, o sus prejuicios. Sin embargo, no tengo la intención de discutir contigo sobre política, sociología o metafísica. Me gustan más las personas que los principios, y lo que más me gusta del mundo son las personas sin principios. Sígueme hablando de Dorian Gray. ¿Le ves a menudo?

—Todos los días. No podría ser feliz si no le viera todos los días. Me es absolutamente necesario.

—¡Qué extraordinario! Yo pensaba que nunca te iba a importar nada más que tu arte.

—Ahora, él es todo mi arte —dijo el pintor solemnemente—. A veces pienso, Harry, que sólo hay dos períodos que tengan alguna importancia en la historia del mundo. El primero es la aparición de algún medio válido para el arte y el segundo es la aparición de una nueva personalidad, también válida para el arte. Lo que la invención de la pintura al óleo fue para los venecianos, lo que el rostro de Antinoo^[8] fue para la escultura griega de la última época, algún día el rostro de Dorian Gray será lo mismo para mí. No es simplemente que yo pinte a partir de él, dibuje a partir de él, esboce a partir de él. He hecho todo eso, por supuesto. Pero es mucho más que un prototipo o un modelo. No te voy a decir que esté descontento con lo que he creado a partir de él, ni que su belleza sea tal que el arte no pueda expresarla. No hay nada que el arte no pueda expresar, y sé que mi trabajo, desde que conozco a Dorian Gray, es bueno, lo mejor que he hecho en mi vida. Pero de alguna extraña manera,

¿lograrás comprenderlo?, su personalidad me ha sugerido una forma de arte absolutamente nueva, un tipo de estilo absolutamente nuevo. Veo las cosas de una manera diferente, pienso en ellas de una manera diferente. Ahora puedo recrear la vida de una manera que antes se me ocultaba. «Soñar con la forma en días de pensamiento»: ¿quién era el que decía eso? No lo recuerdo; pero es lo que ha sido Dorian Gray para mí. La simple presencia visible de este muchacho, pues me parece poco más que un muchacho, aunque en realidad tenga más de veinte años, ¡ay!, ¿te das cuenta de todo lo que significa? Inconscientemente, me define las líneas de una escuela nueva, una escuela que ha de poseer toda la pasión del espíritu romántico, toda la perfección del espíritu característica de los griegos. La armonía del alma y el cuerpo... ¡Qué importante es esto! Nosotros, en nuestra locura, los hemos separado y hemos inventado un realismo que es vulgar, una idealidad que está vacía. ¡Harry! ¡Si supieras lo que Dorian Gray significa para mí! ¿Recuerdas ese paisaje mío por el que Agnew⁹¹ ofreció un precio desmesurado, pero que yo no quise vender? Es de lo mejor que he hecho nunca. ¿Y por qué? Porque, mientras lo pintaba, Dorian Gray estaba sentado junto a mí. Me traspasó algún tipo de influencia sutil y, por primera vez, vi en un bosque corriente la magia que siempre había buscado en vano.

—¡Basil, eso es extraordinario! Tengo que ver a Dorian Gray.

Hallward se levantó del banco y paseó de un lado a otro del jardín. Al cabo de un rato, regresó.

—Harry —dijo—, para mí, Dorian Gray es simplemente un motivo de arte. Puede que tú no veas nada en él. Yo lo veo todo. Cuando más presente está en mi obra es cuando no tengo cerca ninguna imagen de él. Es, como ya he dicho, una sugerencia de una nueva forma. Le encuentro en las curvas de ciertas líneas, en la belleza y los matices de ciertos colores. Eso es todo.

—Entonces, ¿por qué no quieres exponer su retrato? —preguntó lord Henry.

—Porque, sin pretenderlo, he puesto en él algo de la expresión de toda esta curiosa idolatría artística, de la cual, por supuesto, nunca he querido hablar con él. Él nunca sabrá nada sobre ello. Pero el mundo puede adivinarlo; y no quiero mostrar mi alma ante sus ojos inquisidores. Me niego a poner mi corazón bajo su microscopio. En el cuadro hay demasiado de mí, Harry..., ¡demasiado de mí!

—Los poetas no son tan escrupulosos como tú. Saben bien lo útil que puede ser la pasión para la publicación. Hoy en día, un corazón roto da lugar a muchas ediciones.

—Les odio por ello —exclamó Hallward—. Un artista debe crear objetos preciosos, pero no debe poner en ellos nada de su propia vida. Vivimos en una época en la que los hombres tratan el arte como si tuviera que ser una forma de autobiografía. Hemos perdido el sentido abstracto de la belleza. Algún día mostraré al mundo lo que es; y por este motivo, el mundo jamás contemplará mi retrato de Dorian Gray.

—Creo que te equivocas, Basil, pero no voy a discutir contigo. Sólo discuten quienes se hallan perdidos intelectualmente. Dime, ¿Dorian Gray te tiene en gran

estima?

El pintor se quedó pensativo durante unos instantes.

—Me aprecia —contestó tras una pausa—; sé que me aprecia. Por supuesto, yo le halago tremendamente. Encuentro un extraño placer en decirle cosas de las que sé que me voy a arrepentir luego. En general, es muy amable conmigo, y nos sentamos en el estudio y hablamos de mil cosas. De vez en cuando, sin embargo, es horriblemente desconsiderado y parece disfrutar haciéndome sufrir. En esos momentos me da la sensación, Harry, de haber entregado mi alma a alguien que la usa como si fuera una flor para ponerse en la solapa, un objeto decorativo para entretener su vanidad, un adorno para un día de verano.

—Los días de verano, Basil, suelen hacerse largos —murmuró lord Henry—. Puede que tú te canses antes que él. Es triste pensarlo, pero el talento dura más que la belleza. Esto explica el hecho de que todos nos tomemos tantas molestias en educarnos excesivamente. En la terrible lucha por la existencia, queremos tener algo que perdure, y nos llenamos el cerebro de basura y de datos, con la vana esperanza de conservar nuestro lugar. El hombre bien informado..., ése es el ideal moderno. Y la mente del hombre bien informado es algo terrible. Es como un *bric-à-brac*^[10], llena de monstruos y polvo, en la que todo cuesta más de lo que vale. En cualquier caso, creo que tú te cansarás antes. Un día de estos mirarás a tu amigo y te parecerá que está algo desdibujado, o no te gustará el tono de su colorido, o algo semejante. En tu interior se lo reprocharás con amargura, y pensarás muy seriamente que se ha portado mal contigo. Cuando venga a visitarte, te mostrarás perfectamente frío e indiferente. Será una gran lástima, puesto que con ello te alterarás. Lo que me acabas de contar es todo un romance, un romance artístico, podríamos decir, y lo peor de tener cualquier tipo de romance es lo poco romántico que se queda uno después.

—Harry, no hables así. Mientras viva, la personalidad de Dorian Gray me dominará. Tú no puedes sentir lo que yo siento. Siempre estás cambiando.

—Ah, mi querido Basil, ése es precisamente el motivo de que sí pueda sentirlo. Aquellos que son fieles conocen sólo el lado trivial del amor; son los infieles los que conocen las grandes tragedias amorosas.

Y lord Henry encendió una cerilla en una elegante caja de plata, y se puso a fumar un cigarrillo con aire seguro y satisfecho, como si acabara de resumir el mundo en una frase. Se oyó la agitación de los gorriones cantando entre las verdes hojas lacadas de la hiedra y las sombras azules de las nubes se perseguían sobre la hierba como gorriones. ¡Qué bien se estaba en el jardín! ¡Y qué maravillosos eran los sentimientos de los demás! Mucho más agradables que los de ellos dos, le parecía a él. El alma de uno mismo y las pasiones de los amigos..., eso es lo único fascinante que hay en la vida. Se imaginó con silenciosa alegría el almuerzo soporífero que se había perdido al quedarse durante tanto tiempo con Basil Hallward. Si hubiera ido a casa de su tía, seguramente habría tenido que comer con lord Goodbody, y toda la conversación habría girado en torno a la alimentación de los pobres y a la necesidad de crear

hospicios-modelo. Cada comensal, según su clase, habría perorado sobre la importancia de aquellas virtudes que no tenían ninguna necesidad de poner en práctica. Los ricos habrían hablado del valor del ahorro, y los desocupados se habrían vuelto elocuentes al hablar de la dignidad del trabajo. ¡Qué suerte haberse librado de todo ello!

Mientras pensaba en su tía, le vino una idea a la cabeza. Se volvió hacia Hallward y dijo:

—Mi querido amigo, acabo de acordarme.

—¿Acordarte de qué, Harry?

—De dónde he oído el nombre de Dorian Gray.

—¿Dónde? —preguntó Hallward frunciendo ligeramente el ceño.

—No pongas esa cara, Basil. Fue en casa de mi tía, lady Agatha. Me contó que había descubierto a un joven maravilloso, que iba a ayudarla en el East End^[11], y que se llamaba Dorian Gray. De lo que estoy seguro es de que no me dijo que fuera guapo. Las mujeres no saben distinguir a los hombres guapos; por lo menos las buenas mujeres no. Me contó que era muy sincero y que tenía una maravillosa disposición. Yo inmediatamente me imaginé una criatura con gafas y pelo lacio, lleno de pecas horribles, con pies enormes y torpes. Ojalá hubiera sabido que se trataba de tu amigo.

—Me alegro mucho de que no fuera así, Harry.

—¿Por qué?

—No quiero que le conozcas.

—¿No quieres que yo le conozca?

—No.

—El señor Dorian Gray está en el estudio, señor —dijo el mayordomo, entrando en el jardín.

—No te va a quedar más remedio que presentarnos —exclamó lord Henry riéndose.

El pintor se volvió hacia su sirviente, que parpadeaba bajo la luz del sol.

—Diga al señor Gray que espere, Parker; entraré dentro de unos minutos.

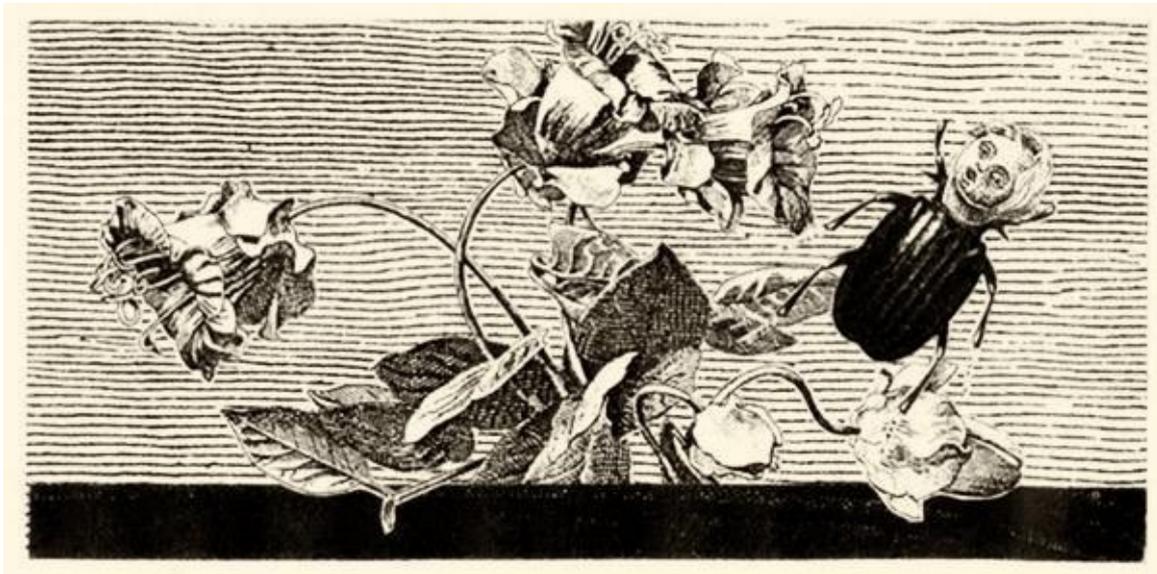
El hombre hizo una reverencia y subió por el sendero.

Basil Hallward miró a lord Henry.

—Dorian Gray es mi más querido amigo —dijo—. Posee una naturaleza simple y hermosa. Tu tía tenía mucha razón en lo que dijo de él. No le estropees. No intentes influir en él. Tu influencia sería negativa. El mundo es grande y en él hay mucha gente maravillosa. No me quites a la única persona que da a mi arte todo el encanto que posee; mi vida como artista depende de él. Te lo ruego, Harry. Confío en ti.

Había hablado muy lentamente, como si le salieran las palabras contra su voluntad.

—¡Qué tonterías dices! —dijo lord Henry sonriendo, y cogiendo a Hallward del brazo, le guió hacia la casa.



Capítulo 2

Al entrar vieron a Dorian Gray. Estaba sentado al piano, dándoles la espalda, pasando las páginas de un volumen de las *Escenas del bosque*, de Schumann^[12].

—Tienes que prestarme esto, Basil —exclamó—. Quiero aprenderlo. Es absolutamente maravilloso.

—Eso depende de cómo poses hoy, Dorian.

—Estoy cansado de posar, y no quiero un retrato mío de tamaño natural —contestó el muchacho, dándose la vuelta en el taburete con deliberación y petulancia.

Al ver a lord Henry se le colorearon las mejillas durante un instante y se levantó enseguida.

—Lo siento, Basil, pero no sabía que estuvieras acompañado.

—Éste es lord Henry Wotton, Dorian, un amigo mío de los tiempos de Oxford. Precisamente le estaba hablando de tus dotes como modelo, pero lo has estropeado.

—Lo que no ha estropeado es el placer de conocerle, señor Gray —dijo lord Henry, acercándose y dándole la mano—. Mi tía me ha hablado mucho de usted. Es uno de sus grandes favoritos, y me temo que también una de sus víctimas.

—En estos momentos su tía me tiene en la lista negra —contestó Dorian con un cómico gesto de penitencia—. Había prometido acompañarla a una reunión en Whitechapel^[13] el martes de la semana pasada, y lo olvidé por completo. Teníamos que haber tocado un dúo juntos..., tres dúos, creo. No quiero ni imaginar lo que me va a decir. Estoy tan asustado que no me atrevo a visitarla.

—Ya me encargaré yo de que hagan las paces. Mi tía le tiene un gran aprecio. Y no creo que importara tanto que no estuviera usted presente. El público debió pensar que era un dúo. Cuando la tía Agatha se sienta al piano, hace suficiente ruido para parecer dos personas.

—Es usted horrible con ella, y no muy amable conmigo —contestó Dorian riendo.

Lord Henry le observó. Sí, había que reconocer que era increíblemente bien parecido, con unos labios muy rojos, unos ojos azules y francos y un crespo pelo de color dorado. Su rostro inspiraba una confianza inmediata. Había en él todo el candor, toda la apasionada pureza de la juventud. Daba la impresión de que se había mantenido immaculado, aislado del mundo. Se comprendía la veneración que Basil Hallward le tenía.

—Es usted demasiado encantador para dedicarse a la filantropía, señor Gray, realmente demasiado encantador.

Y lord Henry se acomodó en el diván, abriendo su pitillera.

El pintor había estado ocupado mezclando sus colores y preparando sus pinceles. Parecía intranquilo y, al oír el último comentario de lord Henry, le miró de reojo, dudó, y finalmente dijo:

—Harry, quiero terminar este cuadro hoy. ¿Te parecería horriblemente grosero si te pido que te marches?

Lord Henry sonrió y miró a Dorian Gray.

—¿Debo marcharme, señor Gray? —preguntó.

—Por favor, no se marche, lord Henry. Ya veo que Basil está de mal humor hoy, y no hay quien le aguante cuando está de mal humor. Además, quiero que me diga por qué no debo dedicarme a la filantropía.

—No creo que se lo diga, señor Gray. Es un tema tan aburrido que habría que hablar de él seriamente. Pero desde luego no voy a salir corriendo, ya que usted me ha pedido que me quede. No te importa tanto, ¿verdad, Basil? Siempre me has dicho que agradeces que tus modelos tengan con quien hablar.

Hallward se mordió los labios.

—Si Dorian lo desea, por supuesto que debes quedarte. Los caprichos de Dorian son leyes para todos, excepto para él mismo.

Lord Henry cogió su sombrero y sus guantes.

—Te agradezco la insistencia, Basil, pero no tengo más remedio que marcharme. Tengo una cita con un hombre en el Orleans. Adiós, señor Gray. Venga a visitarme a la calle Curzon algún día por la tarde. Suelo estar en casa a las cinco. Escríbame cuando vaya a venir. Sentiría no estar para recibirle.

—Basil —exclamó Dorian Gray—, si lord Henry Wotton se marcha, yo también. Nunca abres la boca mientras pintas, y estar de pie sobre una tarima intentando tener buen aspecto es tremendamente aburrido. Pídele que se quede. Insisto en ello.

—Quédate, Harry, para complacer a Dorian y para complacerme a mí —dijo Hallward mirando fijamente su cuadro—. Es realmente cierto, nunca hablo mientras trabajo, y nunca escucho tampoco, y debe de ser realmente agotador para mis pobres modelos. Te ruego que te quedes.

—¿Y qué hacemos con mi hombre del Orleans?

El pintor soltó una carcajada.

—No creo que eso sea ningún problema. Siéntate, Harry. Veamos, Dorian, sube a la tarima, y no te muevas mucho, ni prestes demasiada atención a lo que diga lord Henry. Tiene muy mala influencia sobre todos sus amigos. Yo soy la única excepción.

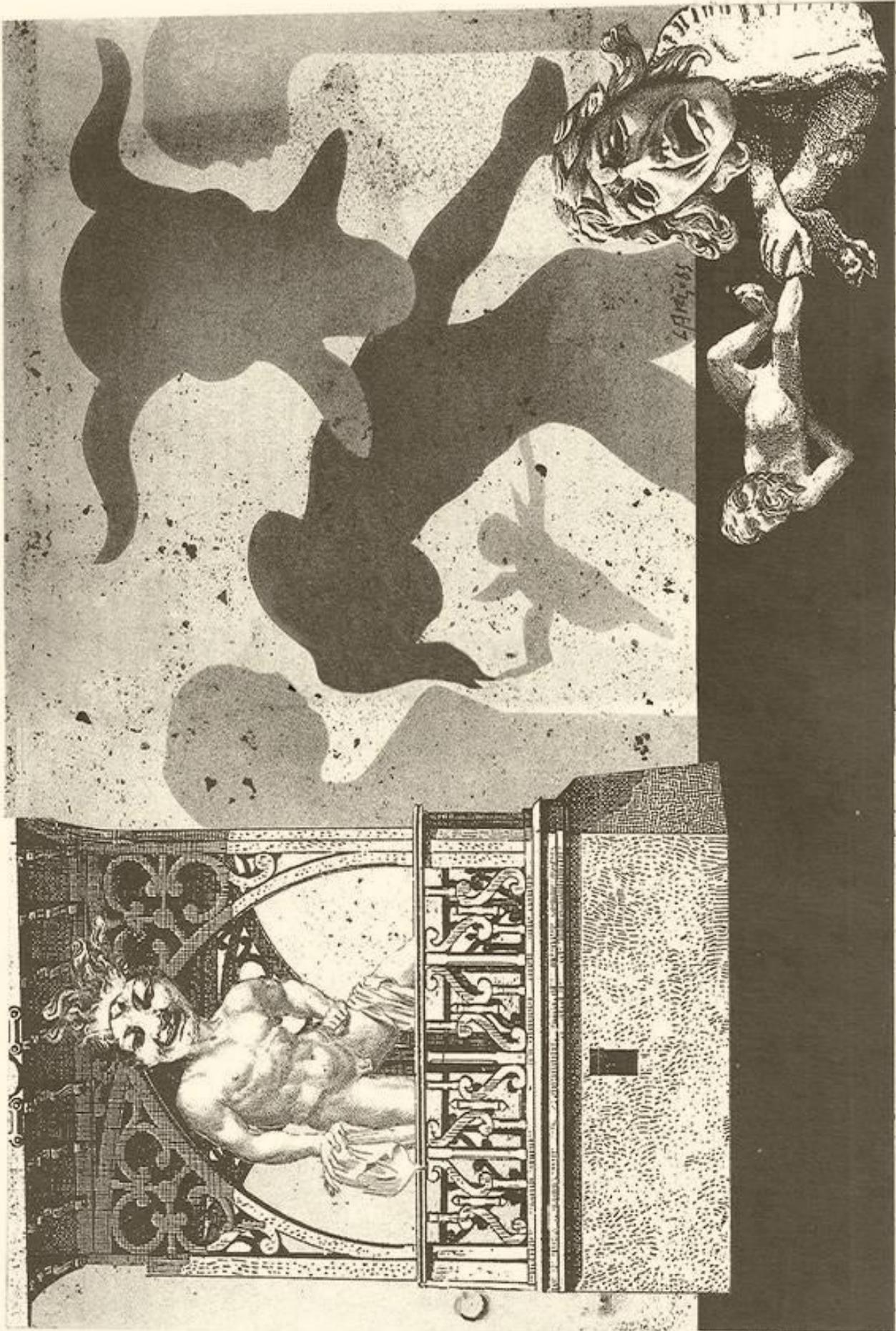
Dorian Gray subió a la tarima como si fuera un joven mártir griego, haciendo una *moue*¹⁴ para mostrar su desagrado a lord Henry, que le parecía muy agradable. ¡Qué poco se parecía a Basil! Formaban un contraste maravilloso. Y lord Henry tenía una voz realmente hermosa. Al cabo de unos instantes le dijo:

—¿Es cierto que tiene usted muy mala influencia, lord Henry? ¿Tan mala como dice Basil?

—La buena influencia no existe, señor Gray. Cualquier tipo de influencia es inmoral..., inmoral desde un punto de vista científico.

—¿Por qué?

—Porque influir en una persona es entregarle el alma. Esa persona ya no piensa de una forma natural, ni arde con una pasión natural. Sus virtudes no son reales. Sus pecados, si es que existe algo semejante, son un préstamo. Se convierte en el eco de la música de otro, en actor de un papel que no se ha escrito pensando en él. Nuestro objetivo en la vida es desarrollarnos. Cada uno de nosotros debe realizar su propia naturaleza perfectamente; para eso estamos aquí. Hoy en día, las personas se tienen miedo a sí mismas. Han olvidado el más alto de los deberes, el deber de uno consigo mismo. Por supuesto que las personas son caritativas. Alimentan al hambriento y visten al mendigo. Pero sus propias almas se mueren de hambre y están desnudas. Nuestra raza se ha quedado sin valor. Quizá nunca lo tuvimos. El pánico a la sociedad, que es la base de la moral, el pánico a Dios, que es el secreto de la religión... éstos son los dos elementos que nos gobiernan. Y aun así...



—Sé buen chico y gira la cabeza ligeramente hacia la derecha, Dorian —dijo el pintor, enfrascado en su labor y consciente sólo de que el muchacho tenía una mirada que nunca le había visto antes.

—Y aun así —continuó lord Henry con su voz grave y musical, haciendo ese elegante gesto con la mano que ya le caracterizaba en los tiempos de Eton^[15]—, estoy convencido de que, si un hombre pudiera vivir su vida de una forma intensa y completa, dando forma a todos sus sentimientos, expresión a todos sus pensamientos, realidad a todos sus sueños... creo que el mundo recibiría tal inyección de alegría que olvidaríamos todas las maldades del medievo y volveríamos al ideal helénico, o incluso a algo superior, más rico que el ideal helénico. Pero el más valiente de nuestros hombres siente miedo de sí mismo. La mutilación del salvaje tiene una supervivencia trágica en la restricción mental con que recortamos nuestras vidas. Se nos castiga por nuestros rechazos. Todos los impulsos que pretendemos estrangular permanecen en nuestra mente y nos envenenan. El cuerpo peca una vez y no vuelve a pecar, pues la acción es un modo de purificación. Nada permanece entonces más que el recuerdo de un placer, o el lujo de un arrepentimiento. La única forma de librarse de una tentación es entregarse a ella. Si uno se resiste, el alma enferma al ansiar aquello que se ha prohibido a sí misma, deseando lo que sus monstruosas leyes han convertido en monstruoso e ilegítimo. Alguien dijo que los grandes acontecimientos del mundo tienen lugar en la mente. Es en la mente, y sólo en la mente, donde también tienen lugar los grandes pecados del mundo. Usted, señor Gray, usted mismo, con su juventud de rosas rojas y su adolescencia de rosas blancas, ha tenido pasiones que le han atemorizado, pensamientos que le han llenado de terror, sueños de día y sueños de noche cuyo simple recuerdo le mancharía la mejilla de vergüenza...

—¡Basta! —titubeó Dorian Gray—. ¡Basta! Me aturde. No sé qué decir. Tiene que haber alguna respuesta que darle, pero no la encuentro. No hable. Déjeme pensar. O mejor dicho, déjeme intentar no pensar.

Durante casi diez minutos estuvo allí de pie, inmóvil, con los labios entreabiertos y los ojos extrañamente brillantes. Era vagamente consciente de ser objeto de influencias enteramente nuevas. Sin embargo, le daba la sensación de que provenían de él mismo. Las escasas palabras que le había dicho el amigo de Basil —palabras fortuitas, sin duda, y cargadas de paradoja voluntaria— habían tocado una fibra secreta que nadie había tocado hasta entonces, pero que ahora vibraba y latía ante extraños impulsos.

La música le había conmovido así. Le había perturbado muchas veces. Pero la música no era algo articulado. Lo que recreaba en su interior no era un mundo nuevo, sino más bien otro caos. ¡Palabras! ¡Simples palabras! ¡Qué terribles eran! ¡Qué claras, vivas, crueles! Uno no podía huir de ellas. Y aun así, ¡qué magia tan sutil poseían! Parecían dar una forma plástica a lo informe, y con una música propia tan

dulce como la de una viola o un laúd. ¡Simples palabras! ¿Había algo tan real como las palabras?

Sí, era cierto que existían cosas en su infancia que no había comprendido. Ahora las comprendía. De repente veía la vida en ardientes colores. Era como si hubiera estado caminando por el fuego. ¿Por qué no se había dado cuenta?

Con su sonrisa sutil, lord Henry le observaba. Sabía en qué preciso momento psicológico no hay que decir nada. Se sentía enormemente interesado. Estaba atónito ante la repentina impresión que habían producido sus palabras y, recordando un libro que había leído a los dieciséis años, un libro que le había revelado mucho de lo que no sabía hasta entonces, pensó que quizá Dorian Gray estuviera pasando por una experiencia similar. Él se había limitado a lanzar una flecha al aire. ¿Habría dado en el blanco? ¡Qué fascinante era aquel muchacho!

Hallward seguía pintando con ese maravilloso toque de vigor tan suyo, con el refinamiento verdadero y la perfecta delicadeza que en el arte, en todo caso, provienen tan sólo de la fuerza. No se había percatado del silencio.

—Basil, estoy cansado de estar de pie —exclamó Dorian Gray repentinamente—. Voy a salir a sentarme en el jardín. Aquí está muy cargado el aire.

—Mi querido amigo, cuánto lo siento. Cuando estoy pintando, no puedo pensar en nada más. Pero nunca habías posado tan bien. Has estado completamente quieto. Y he captado el efecto que quería; los labios entreabiertos y la mirada brillante. No sé qué te habrá estado contando Harry, pero ha conseguido que tuvieras una expresión maravillosa. Supongo que te habrá estado diciendo cumplidos. No debes creer ni una palabra de cuanto dice.

—Por supuesto que no me ha estado diciendo cumplidos. Quizá sea ése el motivo de que no crea nada de cuanto dice.

—Admita que lo cree todo —dijo lord Henry, mirándole con sus ojos soñadores y lánguidos—. Le acompaño al jardín. Hace un calor horrible en este estudio. Basil, danos algo frío de beber, algo con fresas.

—Naturalmente, Harry. Toca el timbre, y cuando venga Parker le diré lo que queréis. Tengo que dar los últimos toques al fondo, así que me reuniré con vosotros después. No entretengas demasiado a Dorian. Nunca he estado en tan buena forma para pintar como hoy. Ésta va a ser sin duda mi obra maestra.

Lord Henry salió al jardín, y encontró a Dorian Gray con el rostro hundido en el magnífico frescor de las lilas, sorbiendo fervientemente su perfume, como si fuera vino. Se acercó a él y le puso una mano en el hombro.

—Haces bien —murmuró—. No hay mejor remedio para el alma que los sentidos, igual que no hay mejor remedio para los sentidos que el alma.

El joven dio un respingo y retrocedió. No llevaba sombrero, y las hojas le habían revuelto los rizos rebeldes, enredando sus hebras doradas. Se le notaba el miedo en los ojos, como si acabara de despertar bruscamente. Tenía dilatadas sus bien

torneadas fosas nasales, y algún nervio oculto había agitado el escarlata de sus labios, haciéndolos temblar.

—Sí —continuó lord Henry—, éste es uno de los grandes secretos de la vida: curar el alma con los sentidos, y los sentidos con el alma. Usted es una creación maravillosa. Sabe más de lo que cree saber, igual que sabe menos de lo que quiere saber.

Dorian Gray frunció el ceño y apartó la mirada. No podía evitar sentir simpatía por el joven alto y elegante que tenía a su lado. Le interesaba aquel rostro oliváceo y romántico, con su expresión de cansancio. En aquella voz grave y lánguida había algo absolutamente fascinante. Incluso sus manos, frías, blancas como una flor, tenían un cierto encanto. Se movían mientras hablaba, como música, y parecían tener un lenguaje propio. Pero le daba miedo, y le daba vergüenza ese miedo. ¿Por qué había tenido que ser un extraño quien le hiciese revelarse ante sí mismo? Hacía meses que conocía a Basil Hallward, pero su amistad nunca le había alterado. De repente, había aparecido una persona que parecía haberle descubierto el misterio de la vida. Y aun así, ¿por qué tenía miedo? No era un colegial, ni una niña. Era absurdo estar asustado.

—Vamos a sentarnos a la sombra —dijo lord Henry—. Parker nos ha traído las bebidas y, si se queda aquí al sol, se va a estropear, y Basil no volverá a pintarle. Debe tener cuidado de no quemarse. No le sentaría bien.

—¿Qué puede importarme? —exclamó Dorian Gray, riendo, mientras se sentaba en el banco del fondo del jardín.

—Debería importarle mucho, señor Gray.

—¿Por qué?

—Porque posee usted una juventud absolutamente maravillosa, y la juventud es lo único que merece la pena conservar.

—A mí no me lo parece, lord Henry.

—No, no se lo parece ahora. Algún día, cuando esté viejo, arrugado y feo, cuando el pensamiento le haya llenado la frente de surcos, y la pasión le haya marcado los labios con sus fuegos funestos, sí lo creará, y será terrible. Ahora, vaya donde vaya, cautiva a todos. ¿Será siempre así?... Tiene un rostro increíblemente hermoso, señor Gray. No se enfade. Es cierto. Y la belleza es un tipo de talento..., es superior, de hecho, al talento, puesto que no precisa explicación. Forma parte de las grandes verdades del mundo, como la luz del sol, o la primavera, o el reflejo en las aguas oscuras de esa concha plateada que llamamos luna. Es algo que no puede cuestionarse. Tiene su propio derecho de soberanía. Convierte en príncipes a aquellos que la poseen. ¿Sonríe? ¡Ah! Cuando la haya perdido, no sonreirá... A veces se dice que la belleza es superficial. Quizá lo sea. Pero al menos no es tan superficial como el pensamiento. Para mí, la belleza es la maravilla de las maravillas. Sólo los poco profundos no juzgan por las apariencias. El verdadero misterio del mundo es lo visible, no lo invisible... Sí, señor Gray, los dioses han sido buenos con usted. Pero los dioses nos quitan rápidamente cuanto nos han dado. Dispone usted de pocos años

para poder vivir verdaderamente, perfectamente y plenamente. Cuando pierda la juventud, perderá también la belleza, y entonces descubrirá repentinamente que ya no le quedan triunfos, o tendrá que contentarse con triunfos vulgares, y el recuerdo de su pasado los hará aún más amargos que las derrotas. Cada mes que se desvanece le acerca a algo espantoso. El tiempo tiene celos de usted, y guerrea contra sus lilas y sus rosas. Llegará un momento en que será pálido y huesudo, y en que se le habrá apagado el brillo de sus ojos. Sufrirá enormemente... ¡Ah! Debe realizar su juventud mientras pueda. No desperdicie el oro de sus días escuchando a personas aburridas, intentando mejorar el fracaso irremediable, entregando su vida a los ignorantes, los simples y los vulgares. Estos son los objetivos enfermizos, los falsos ideales de nuestro tiempo. ¡Debe vivir! ¡Vivir la maravillosa vida que lleva dentro! No deje que se le escape nada. Esté siempre abierto a nuevas sensaciones. No tenga miedo a nada... Un nuevo hedonismo, eso es lo que precisa nuestro siglo. Y usted podría ser el símbolo visible. Con su personalidad, puede hacer cuanto se proponga. El mundo le pertenece durante una temporada... Nada más conocerle, supe que no era usted consciente de lo que realmente es, ni de lo que puede llegar a ser. Tiene usted tanto encanto, que me sentí obligado a abrirle los ojos. Pensé en lo trágico que sería que se echara a perder. Puesto que tan poco tiempo va a durar su juventud... tan poco tiempo. Las flores silvestres se marchitan, pero vuelven a brotar. El próximo mes de junio el codeso estará tan amarillo como ahora. Dentro de un mes habrá flores moradas en la clemátide^[16], y año tras año la noche verde de sus hojas se cuajará de estrellas moradas. Pero nunca recuperamos la juventud. El pulso alegre que nos anima a los veinte años se vuelve lento. Nos fallan las extremidades, se nos debilitan los sentidos. Nos convertimos en marionetas atroces, perseguidos por el recuerdo de las pasiones que tanto miedo nos dieron, de las exquisitas pasiones a las que no nos atrevimos a entregarnos. ¡Juventud! ¡Juventud! ¡No hay absolutamente nada en el mundo más que la juventud!

Dorian Gray escuchaba, absorto y con los ojos muy abiertos. El ramo de lilas cayó de su mano a la gravilla del suelo. Una abeja peluda se acercó y zumbó en torno a él durante un momento. Después se encaramó sobre el óvalo estrellado que formaban los diminutos capullos. Dorian la contemplaba con ese extraño interés por las trivialidades que intentamos desarrollar cuando nos atemorizan cosas de gran importancia, o cuando nos perturba una emoción nueva que no logramos expresar, o cuando alguna idea terrorífica toma nuestro cerebro al asalto y nos exige una rendición inmediata. Al cabo de un rato la abeja se fue volando. Dorian vio cómo se metía en la trompeta coloreada de una enredadera tiria. La flor tembló, y se balanceó suavemente hacia los lados.

De repente apareció el pintor en la puerta del estudio, y les hizo señales intermitentes para que entraran. Se miraron uno al otro y sonrieron.

—Os estoy esperando —exclamó—. Os ruego que entréis. La luz es perfecta, y podéis traer vuestras bebidas.

Se levantaron, encaminándose hacia la casa. Dos mariposas verdes y blancas revoloteaban a su alrededor, y en el peral del rincón del jardín empezó a cantar un tordo.

—¿Se alegra de haberme conocido, señor Gray? —dijo lord Henry mirándole.

—Sí, me alegro ahora. Pero ¿me alegraré siempre?

—¡Siempre! Ésa es una palabra horrible. Oírla me produce escalofríos. A las mujeres les entusiasma. Estropean todos los romances intentando que duren externamente. Además, es una palabra sin sentido. La única diferencia entre un capricho y una pasión eterna es que el capricho dura un poco más.

Al entrar en el estudio, Dorian Gray puso una mano sobre el brazo de lord Henry.

—En ese caso, que nuestra amistad sea un capricho —murmuró y, sonrojándose ante su propia osadía, subió a la tarima y volvió a adoptar su pose.

Lord Henry se acomodó en un gran sillón de mimbre y le miró. El roce húmedo del pincel sobre el lienzo era el único sonido que rompía el silencio, exceptuando los momentos en los que Hallward daba un paso hacia atrás para contemplar su labor desde una distancia. Bajo los rayos oblicuos que entraban por la puerta abierta, el polvo bailaba y se volvía dorado. El denso perfume de las rosas parecía impregnarlo todo.

Al cabo de un cuarto de hora, más o menos, Hallward dejó de pintar, miró durante un tiempo a Dorian Gray, y después al cuadro, mordiendo el extremo de uno de sus enormes pinceles y frunciendo el ceño.

—Ya está —exclamó al fin, y, agachándose, escribió su nombre en largas letras bermejas en la esquina izquierda del lienzo.

Lord Henry se acercó y examinó el cuadro. Era indudablemente una espléndida obra de arte, y también un magnífico retrato.

—Mi querido amigo, te felicito de todo corazón —dijo—. Es el mejor retrato de los tiempos modernos. Señor Gray, venga a contemplarse.

El joven dio un respingo, como si le hubieran despertado de un sueño.

—¿Es cierto que ya está terminado? —murmuró, bajándose de la tarima.

—Completamente —dijo el pintor—. Y has posado espléndidamente hoy. Te estoy muy agradecido.

—Eso me lo debes enteramente a mí —intervino lord Henry—. ¿No es así, señor Gray?

Dorian no contestó, y pasando indiferente junto a su cuadro, se volvió hacia él. Al verlo retrocedió, y por un momento las mejillas se le colorearon de placer. La alegría le iluminó los ojos, como si se hubiera reconocido a sí mismo por primera vez. Se quedó allí de pie, inmóvil, atónito, vagamente consciente de que Hallward le estaba hablando, pero sin captar el significado de las palabras. La impresión de su propia belleza había surgido como una revelación. Nunca la había sentido antes. Los cumplidos de Basil Hallward le habían parecido simplemente amables exageraciones debidas a la amistad. Las había escuchado, se había reído de ellas, y las había

olvidado. No habían influido en su naturaleza. Después había aparecido lord Henry Wotton con su extraño panegírico, su terrible advertencia sobre la brevedad de la juventud. Aquello ya le había perturbado en su momento, y ahora, mientras contemplaba la sombra de su propia hermosura, captó la realidad plena de la descripción. Sí, llegaría un día en que tendría el rostro arrugado y marchito, los ojos opacos y descoloridos, el porte de su figura quebrado y deforme. El rojo escarlata abandonaría sus labios, el dorado desaparecería de sus cabellos. La vida que había de hacer su alma le destrozaría el cuerpo. Se volvería espantoso, atroz y despreciable.

Al pensarlo, una aguda punzada de dolor le atravesó como un cuchillo, haciendo temblar cada fibra de su delicada naturaleza. El azul de sus ojos se convirtió en una amatista empañada por las lágrimas. Era como si le hubieran puesto una mano de hielo en el corazón.

—¿No te gusta? —exclamó Hallward, algo dolido por el silencio del joven, sin comprender lo que significaba.

—Por supuesto que le gusta —dijo lord Henry—. ¿Cómo no iba a gustarle? Es una de las mejores obras del arte moderno. Te daré por él cuanto me pidas, Quiero comprarlo.

—No es mío, Harry.

—¿De quién es?

—De Dorian, por supuesto —contestó el pintor.

—Es un hombre muy afortunado.

—¡Qué triste es! —murmuró Dorian Gray con los ojos aún fijos en su propio retrato—. ¡Qué triste es! Yo me haré viejo, horrible y espantoso. Pero este cuadro permanecerá siempre joven. Nunca será más viejo de lo que es en este día concreto de junio... ¡Si pudiera ser al contrario! ¡Si fuera yo quien permaneciera siempre joven y el cuadro tuviera que envejecer! Daría... ¡daría cualquier cosa! ¡Sí, no hay nada en el mundo entero que yo no diera! ¡Daría mi alma!

—No creo que a ti te interese un acuerdo semejante, Basil —exclamó lord Henry, soltando una carcajada—. Sería bastante duro para tu obra.

—Me opondría rotundamente, Harry —dijo Hallward.

Dorian Gray se volvió y le miró.

—Por supuesto que sí, Basil. Prefieres tu arte a tus amigos. Yo no significo para ti más que una estatua de bronce verde. No tanto, mejor dicho.

El pintor le miró atónito. Era tan impropio de Dorian hablar así. ¿Qué habría ocurrido? Parecía muy furioso. Tenía la cara roja y le ardían las mejillas.

—Sí —continuó—, soy menos para ti que tu Hermes de marfil o tu Fauno de plata^[17]. Ellos te gustarán siempre. ¿Cuánto tiempo te gustaré yo? Hasta que me salga la primera arruga, supongo. Ahora sé bien que, cuando uno pierde alguno de sus encantos, sea el que sea, lo pierde todo. Tu cuadro me lo ha demostrado. Lord Henry Wotton tiene mucha razón. La juventud es lo único que merece la pena. Cuando descubra que estoy envejeciendo, me mataré.

Hallward palideció y le cogió la mano.

—¡Dorian! ¡Dorian! —exclamó—. No hables así. Nunca he tenido un amigo como tú, y nunca tendré otro igual. ¡Cómo vas a estar celoso de los objetos materiales, tú, que eres mucho más valioso que cualquiera de ellos!

—Estoy celoso de cualquier cosa cuya belleza no muera. Estoy celoso del retrato que me has hecho. ¿Por qué ha de conservar lo que yo debo perder? Cada momento que pasa me quita algo a mí y se lo da a él. ¡Ay, si pudiera ser al contrario! ¡Si el cuadro pudiera cambiar y yo fuera siempre como soy ahora! ¿Por qué lo has pintado? Algún día se burlará de mí... ¡Se burlará horriblemente!

Los ojos se le llenaron de lágrimas ardientes; separó su mano de la del pintor y, tumbándose sobre el diván, hundió la cara entre los cojines, como si estuviera rezando.

—Tú tienes la culpa de esto, Harry —dijo el pintor amargamente.

Lord Henry se encogió de hombros.

—Es el verdadero Dorian Gray, simplemente.

—No lo es.

—Si no lo es, ¿qué culpa tengo yo?

—Tenías que haberte marchado cuando te lo pedí —murmuró.

—Me quedé cuando me lo pediste —fue la respuesta de lord Henry.

—Harry, no puedo discutir con mis dos mejores amigos a la vez, pero entre los dos habéis conseguido que odie el mejor trabajo que he hecho nunca, y lo voy a destruir. ¿Qué es sino lienzo y color? No voy a permitir que se interponga entre nuestras tres vidas y las eche a perder.

Dorian Gray levantó su cabeza dorada de la almohada y, con la cara pálida y los ojos llenos de lágrimas, le miró mientras se dirigía hacia la mesa de madera de pino que había bajo el alto ventanal encortinado. ¿Qué estaba haciendo allí? Sus dedos se movían entre el desorden de tubos de hojalata y pinceles secos, buscando algo. Sí, la espátula, con su fina hoja de acero flexible. Por fin la había encontrado. Iba a rasgar el lienzo.

Aún llorando, el muchacho se levantó del sofá de un salto, y, acercándose a Hallward, le arrancó la espátula de la mano y la lanzó al fondo de la habitación.

—¡No, Basil, no! —exclamó—. ¡Sería un crimen!

—Me alegro de que por fin aprecies mi obra, Dorian —dijo el pintor fríamente, al recuperarse de la sorpresa—. Ya era hora.

—¿Apreciarla? Estoy enamorado de ella, Basil. Forma parte de mí mismo. Lo noto.

—En cuanto estés seco, barnizado y enmarcado, te enviaré a casa. Entonces podrás hacer lo que quieras contigo mismo.

Y atravesó la habitación y tocó el timbre para que les trajeran el té.

—¿Tomarás el té, verdad, Dorian? ¿Y tú, Harry? ¿O tenéis algo en contra de placeres tan sencillos?

—Me entusiasman los placeres sencillos —dijo lord Henry—. Son el último refugio de los seres complejos. Pero no me gustan las escenas, excepto en el teatro. ¡Qué absurdos sois, los dos! Me gustaría saber quién definió al hombre como un animal racional. Es la definición más prematura que existe. El hombre es muchas cosas, pero no es racional. De lo cual me alegro; pero me gustaría que no discutierais sobre el cuadro. Este bobo no lo quiere realmente, y yo sí. Harías mucho mejor en dármelo a mí.

—¡Si se lo das a otra persona, Basil, jamás te perdonaré! —exclamó Dorian Gray—. Y no permito que nadie me llame bobo.

—Sabes bien que el cuadro es tuyo, Dorian. Te lo di antes de que existiera.

—Y sabe que ha sido usted un poco bobo, señor Gray, y que no le importa tanto que se le recuerde lo extremadamente joven que es.

—Debería haberme importado mucho esta mañana, lord Henry.

—¡Ah... esta mañana! Lo que ha vivido usted desde entonces.

Llamaron a la puerta y entró el mayordomo con una bandeja cargada que depositó sobre una pequeña mesa japonesa. Se oyó el tintineo de las tazas y los platos, el silbido aflautado de una tetera georgiana. Entró un criado con dos recipientes chinos en forma de globo. Dorian Gray se puso a servir el té. Los dos hombres se acercaron lánguidamente a la mesa y examinaron lo que había debajo de las tapaderas.

—Vamos al teatro esta noche —dijo lord Henry—. Tiene que haber algo en algún sitio que merezca la pena ver. Me he comprometido a cenar en White's^[18], pero como es con un buen amigo, puedo mandarle un telegrama diciendo que estoy enfermo, o que me va a ser imposible asistir debido a un compromiso posterior. Creo que ésta sería una buena excusa: tendría toda la sorpresa de la sinceridad.

—Es tan aburrido ponerse ropa de vestir —murmuró Hallward—. Y además, una vez puesta, es tan horrible.

—Sí —contestó lord Henry con aspecto soñador—, la vestimenta del siglo diecinueve es detestable. Es tan sombría, tan deprimente. El pecado es el único elemento de color que nos queda en la vida moderna.

—Realmente no debes decir esas cosas delante de Dorian, Harry.

—¿Delante de qué Dorian? ¿El que nos está sirviendo el té, o el del cuadro?

—Delante de ninguno de los dos.

—Me gustaría ir al teatro con usted, lord Henry.

—Entonces, venga; y tú también vendrás, ¿verdad, Basil?

—No puedo. Prefiero no ir. Tengo mucho trabajo pendiente.

—Bueno, entonces iremos usted y yo solos, señor Gray.

—Me gustaría enormemente.

El pintor se mordió los labios y se acercó, taza en mano, al cuadro.

—Yo me quedaré con el verdadero Dorian —dijo tristemente.

—¿Es el verdadero Dorian? —exclamó el original del retrato, acercándose a él—. ¿Soy realmente así?

—Sí; eres exactamente así.

—¡Qué maravilla, Basil!

—Al menos eres igual en apariencia. Pero él nunca cambiará —suspiró Hallward—. Ya es algo.

—¡Qué pesada se pone la gente con la fidelidad! —exclamó lord Henry—. Cuando lo cierto es que, incluso el amor, es tan sólo una cuestión fisiológica. No tiene nada que ver con la voluntad. Los hombres jóvenes quieren ser fieles y no lo son; los hombres viejos quieren ser infieles y no pueden. Es lo único que se puede decir.

—No vayas al teatro esta noche, Dorian —dijo Hallward—. Quédate a cenar conmigo.

—No puedo, Basil.

—¿Por qué?

—Porque he prometido a lord Henry Wotton acompañarle.

—No te va a apreciar más por mantener tus promesas. Él nunca cumple las suyas. Te ruego que no vayas.

Dorian Gray soltó una carcajada y negó con la cabeza.

—Te lo imploro.

El muchacho dudó y miró a lord Henry, que los observaba desde la mesa del té con una sonrisa complacida.

—Debo ir, Basil —contestó.

—Muy bien —dijo Hallward; y se acercó para dejar su taza sobre la bandeja—. Ya es tarde, y como tenéis que vestiros, será mejor que no perdáis tiempo. Adiós, Harry. Adiós, Dorian. Ven a verme pronto. Ven mañana.

—Por supuesto.

—¿No te olvidarás?

—No, claro que no —exclamó Dorian.

—Y... ¡Harry!

—¿Sí, Basil?

—Recuerda lo que te pedí cuando estábamos en el jardín esta mañana.

—Lo he olvidado.

—Confío en ti.

—Quisiera confiar en mí mismo —dijo lord Henry riéndose—. Vamos, señor Gray, tengo fuera el cabriolé, y puedo acercarle a su casa. Adiós, Basil. Ha sido una tarde verdaderamente interesante.

Al cerrarse la puerta tras ellos, el pintor se tumbó en un sofá, y una expresión de dolor le llenó el rostro.



Capítulo 3

A las doce y media del día siguiente, lord Henry Wotton fue paseando desde la calle Curzon hasta el Albany^[19] para hacer una visita a su tío, lord Fermor, un viejo solterón, cordial aunque algo tosco, a quien los demás calificaban de egoísta porque no obtenían de él ningún beneficio concreto, pero al que la sociedad consideraba generoso puesto que alimentaba a las personas que le divertían. Su padre había sido nuestro embajador en Madrid cuando Isabel era joven y Prim^[20] un desconocido, pero se había retirado del cuerpo diplomático en un momento de caprichoso enfado al ver que no le iban a ofrecer la embajada de París, un cargo para el que se consideraba con pleno derecho en virtud de su nacimiento, su indolencia, el buen inglés con que redactaba los despachos, y su pasión desmesurada por el placer. El hijo, que había sido secretario de su padre, dimitió con su jefe, maniobra que en el momento se consideró más bien estúpida, y, al heredar el título a los pocos meses, se dedicó seriamente al estudio del muy aristocrático arte de no hacer absolutamente nada. Tenía dos casas grandes en la ciudad, pero prefería vivir en habitaciones alquiladas, puesto que era más cómodo, y hacía la mayor parte de las comidas en el club. Prestaba una cierta atención a la administración de sus minas de hulla de los condados de Midland^[21], excusándose de esta mancha de laboriosidad aduciendo que la ventaja de tener carbón es que permite a un caballero quemar madera en su propio hogar. En política era *tory*^[22], excepto cuando los *tories* estaban en el poder, período en el que se dedicaba a insultarlos abiertamente por ser un atajo de radicales. Era un héroe para su ayuda de cámara, que lo tiranizaba, y un terror para casi todos sus parientes, a quienes él tiranizaba a su vez. Solamente Inglaterra podría haberle producido, y él siempre decía que el país iba a la ruina. Sus principios eran anticuados, pero habría mucho que decir a favor de sus prejuicios.

Cuando lord Henry entró en la habitación, encontró a su tío sentado, envuelto en un grueso abrigo de caza, fumando un veguero^[23] y quejándose mientras leía *The Times*^[24].

—Vaya, Harry —dijo el viejo caballero—, ¿qué te trae por aquí tan temprano? Yo pensaba que un *dandy* nunca se levanta antes de las dos, y que jamás está visible antes de las cinco.

—Es puro cariño familiar, tío George, te lo aseguro. Quiero sacarte una cosa.

—Dinero, supongo —dijo lord Fermor, torciendo el gesto—. Bien, siéntate y cuéntamelo. Los jóvenes de hoy en día creen que el dinero lo es todo.

—Sí —murmuró lord Henry, colocándose la flor en la chaqueta—; y cuando se hacen mayores, saben que es cierto. Pero yo no quiero dinero. Sólo las personas que pagan sus facturas quieren dinero, tío George, y yo nunca pago las mías. El crédito es el capital del hijo menor, y se vive de él maravillosamente. Además, yo siempre trato con los proveedores de Dartmoor y, en consecuencia, nunca me molestan. Lo que quiero es información; no información útil, por supuesto; información inútil.

—Pues te puedo contar cualquier cosa que venga en un *Blue Book*^[25] inglés, Harry, aunque esos muchachos de hoy en día escriben muchas tonterías. Cuando yo estaba en el cuerpo diplomático era otra cosa. Pero creo que ahora les hacen un examen de admisión. ¿Qué se puede esperar de ello? Los exámenes, señor mío, son una farsa desde el principio hasta el final. Si un hombre es un caballero, ya sabe bastante, y si no es un caballero, cuanto más sepa peor para él.

—El señor Dorian Gray no aparece en los *Blue Books*, tío George —dijo lord Henry lánguidamente.

—¿El señor Dorian Gray? ¿Quién es? —preguntó lord Fermor, frunciendo sus espesas cejas blancas.

—Eso es lo que quiero saber, tío George. O mejor dicho, sé quién es. Es el nieto del último lord Kelso. Su madre era una Devereux; lady Margaret Devereux. Quiero que me hables de su madre. ¿Cómo era? ¿Con quién se casó? Tú conoces a casi todos los de tú época, y quizá la conocieras. En este momento me interesa mucho el señor Gray. Acabo de conocerle.

—¡El nieto de Kelso! —repitió el viejo caballero—. ¡El nieto de Kelso!... Por supuesto... conocí a su madre muy bien. Creo que fui a su bautizo. Era una joven extraordinariamente hermosa, Margaret Devereux; y dejó a todos los hombres desesperados al huir con un joven sin dinero; un don nadie, señor mío, un alférez en un regimiento de infantería, o algo similar. Efectivamente. Lo recuerdo como si fuera ayer. Al pobre muchacho lo mataron en un duelo en Spa^[26], a los pocos meses de la boda. Corrió una historia muy fea sobre ello. Se contaba que Kelso convenció a un rufián aventurero, un bestia belga, de que insultara a su yerno en público; pagándole por hacerlo, señor mío, pagándole; y que el hombre lo ensartó como si fuera una paloma. Se echó tierra sobre el asunto, pero, demonios, Kelso pasó bastante tiempo comiendo su chuleta a solas en el club. Trajo a su hija con él, según contaban, y ella

no volvió a dirigirle la palabra. Ah, sí; fue un mal asunto. La joven murió también; al año de aquello. ¿Y dices que dejó un hijo? Eso no lo recordaba. ¿Cómo es? Si se parece a su madre, debe ser un joven muy guapo.

—Es muy guapo —asintió lord Henry.

—Espero que caiga en buenas manos —continuó el viejo—. Le tocará un buen pellizco si Kelso se portó como es debido con él. Su madre también tenía dinero. Todos los bienes de los Selby le correspondían por su abuelo. Su abuelo odiaba a Kelso, decía que era un perro. Y lo era. Fue a Madrid una vez, estando yo allí. Demonios, me avergonzaba de él. La Reina siempre me preguntaba por ese aristócrata inglés que discutía con los cocheros por la tarifa. Se habló mucho del tema. Yo pasé un mes sin atreverme a ir a Palacio. Espero que tratara a su nieto mejor que a los cocheros de punto.

—No lo sé —contestó lord Henry—. Me imagino que tendrá una posición desahogada. Aún no es mayor de edad. Sale a los Selby, lo sé. Me lo ha dicho. Y... ¿su madre era muy hermosa?

—Margaret Devereux era una de las criaturas más hermosas que he visto en mi vida, Henry. Qué pudo inducirla a comportarse como lo hizo, jamás lo comprenderé. Podía haberse casado con quien quisiera. Carlington estaba loco por ella. Era romántica, sin embargo. Todas las mujeres de aquella familia lo eran. Los hombres eran unos necios, pero ¡demonio!, las mujeres eran maravillosas. Carlington se puso de rodillas ante ella. Me lo contó ella misma. Se rió de él, y no había ni una sola joven en Londres que no estuviera tras él en aquel momento. Y por cierto, Harry, hablando de bodas absurdas, ¿es verdad ese disparate que me ha contado tu padre sobre Dartmoor que quiere casarse con una americana? ¿No se conforma con una inglesa, o qué?

—Casarse con americanas es una de las modas de ahora, tío George.

—Yo defiendo a las mujeres inglesas contra viento y marea, Harry —dijo lord Fermor, dando un golpe en la mesa con el puño.

—Ahora mismo, las americanas se llevan el resto.

—Tengo entendido que duran poco —murmuró su tío.

—Un noviazgo largo las agota, pero se les dan muy bien las carreras de obstáculos hacia el altar. Cogen las cosas al vuelo. Me parece que Dartmoor no tiene nada que hacer.

—¿Qué familia tiene? —gruñó el viejo caballero—. Tendrá familia, ¿no?

Lord Henry movió la cabeza dubitativamente.

—Las americanas ocultan a sus padres con la misma destreza que las inglesas ocultan su pasado —dijo, levantándose para irse.

—¿Serán chacineros, supongo?

—Eso espero, tío George, por el bien de Dartmoor. Creo que la chacinería es la profesión más lucrativa de América, después de la política.

—¿Es guapa?

—Se comporta como si lo fuera. Casi todas las mujeres americanas lo hacen. Es el secreto de su encanto.

—¿Por qué no pueden quedarse en su país estas mujeres americanas? Siempre nos están contando que es el Paraíso para una mujer.

—Lo es. Por ello, como le ocurría a Eva, están tan excesivamente ansiosas de salir de él —dijo lord Henry—. Adiós, tío George. Voy a llegar tarde a comer si me quedo más tiempo. Gracias por darme la información que quería. Siempre quiero saberlo todo sobre mis amigos nuevos, porque los de siempre ya no me interesan.

—¿Dónde vas a almorzar, Harry?

—En casa de tía Agatha. Le he pedido que me invite con el señor Gray. Es su último *protégé*²⁷¹.

—¡Ja! Di a tu tía Agatha, Harry, que no me moleste más con sus peticiones benéficas. Estoy harto. En fin, que la buena mujer piensa que no tengo otra cosa que hacer que extenderle cheques para sus caprichos absurdos.

—Muy bien, tío George, se lo diré, pero no surtirá efecto. Las personas filantrópicas pierden el sentido de la humanidad. Es su característica distintiva.

El anciano gruñó en señal de aprobación y tocó el timbre para llamar a su sirviente. Lord Henry pasó junto a los soportales bajos, entrando en la calle Burlington, y encaminó sus pasos hacia la plaza de Berkeley.

De modo que ésa era la historia de la familia de Dorian Gray. A pesar de lo crudamente que se la habían narrado, le había conmovido, pues le sugería un romance extraño, casi moderno. Una mujer hermosa arriesgándolo todo por una loca pasión. Unas semanas de felicidad delirante cortadas en seco por un crimen monstruoso y vil. Meses de agonía silenciosa, y un niño que nace en medio del dolor. A la madre se la lleva la muerte, el niño queda abandonado a la soledad y la tiranía de un hombre anciano carente de amor. Sí; era un pasado interesante. Daba tono al muchacho, le hacía más perfecto, por así decirlo. Tras cualquier objeto exquisito, se oculta algo trágico. Han de bregar los mundos, para que se abra la flor más miserable... Y qué encantador había estado durante la cena de la noche anterior, cuando con ojos asustados y labios entreabiertos, en una mezcla de placer y temor, se había sentado frente a él en el club, las sombras rojas de las velas tiñendo de un rosa más intenso el prodigio despierto de su rostro. Hablar con él era como tocar un delicado violín. Respondía a cada roce vibrante del arco... Había algo terriblemente subyugador en el ejercicio de la influencia. No existía otra actividad igual. Proyectar el alma hacia el interior de una forma estética, y dejarla permanecer allí durante un tiempo; oír nuestras opiniones intelectuales repetidas con la música adicional de la pasión y la juventud; traspasar a otro nuestro temperamento, como un líquido sutil o un extraño perfume; había un verdadero placer en ello, quizá el placer más satisfactorio que nos quede en una época tan limitada y vulgar como la nuestra, una época escandalosamente camal en sus placeres, y escandalosamente vulgar en sus propósitos... Era un tipo maravilloso, además, este muchacho, al que por una

casualidad tan curiosa había conocido en el estudio de Basil; o se le podía convertir en un tipo maravilloso, en cualquier caso. Suya era la elegancia, y la blanca pureza de la niñez, y la belleza como la que han conservado para nosotros los antiguos mármoles griegos. No había nada que no se pudiera hacer con él. Se le podía transformar en un Titán o en un juguete. ¡Qué lástima que una belleza semejante tuviera que desvanecerse!... ¿Y Basil? Desde un punto de vista psicológico, ¡qué interesante era! El nuevo estilo de arte, la nueva forma de ver la vida, todo ello sugerido tan extrañamente por la simple presencia visible de alguien que era inconsciente de todo ello; el ánimo silenciosa que habitaba el bosque sombrío y caminaba por los campos abiertos sin ser vista, mostrándose repentinamente, como una dríade^[28], y sin temor, ya que en el espíritu que la buscaba había despertado la maravillosa visión que se revela sólo a quienes son dignos de ello; las meras formas y pautas de las cosas se habían, por así decirlo, refinado, ganando una especie de valor simbólico, como si fueran pautas de otra forma más perfecta cuya sombra convertían en real. ¡Qué extraño era todo! ¿No había sido Platón, aquel artista pensante, el primero en analizarlo? ¿No había sido Buonarroti^[29] quien lo había cincelado en los mármoles coloreados de una secuencia de sonetos? Pero en nuestro propio siglo era extraño... Sí; intentaría ser para Dorian Gray lo que, sin saberlo, era el muchacho para el pintor que había creado el maravilloso retrato. Procuraría dominarle... Ya lo tenía, de hecho, dominado en parte. Se adueñaría de ese maravilloso espíritu. Había algo fascinante en este hijo del amor y de la muerte.

De repente se detuvo y levantó la vista hacia las casas. Se dio cuenta de que había pasado la de su tía hacía un trecho, y, sonriendo, volvió atrás. Al entrar en el vestíbulo algo sombrío, el mayordomo le dijo que ya habían entrado a comer. Dio a uno de los lacayos su sombrero y bastón, y pasó al comedor.

—Tarde como siempre, Harry —exclamó su tía, moviendo la cabeza en su dirección.

Inventó una excusa fácil y, sentándose en la silla vacía junto a ella, miró a su alrededor para ver quién había. Dorian inclinó la cabeza tímidamente desde el extremo de la mesa, un rubor de placer iluminándole la mejilla. En frente estaba la duquesa de Harley, una mujer de un carácter y una disposición admirables, muy estimada por todos los que la conocían, y con esas amplias proporciones arquitectónicas que, en mujeres que no son duquesas, los historiadores contemporáneos califican de robustez. Junto a ella, a su derecha, estaba sir Thomas Burdon, miembro radical del Parlamento, que seguía a su jefe en la vida pública, aunque en privado seguía a los mejores cocineros, cenando con los tories y pensando con los liberales, de acuerdo con una norma sabia y extendida. El lugar de su izquierda estaba ocupado por el señor Erskine de Treadley, un viejo caballero de considerable encanto y cultura que había, sin embargo, contraído la mala costumbre del silencio, habiendo dicho, como explicó una vez a tía Agatha, cuanto tenía que decir antes de los treinta. Su vecina era la señora Vandeleur, una de las más antiguas

amistades de su tía, una perfecta santa entre las mujeres, pero tan horriblemente desarreglada que parecía un libro de salmos mal encuadernado. Por suerte para él, al otro lado de ella estaba lord Faudel, una inteligentísima mediocridad de mediana edad, tan simple como un uniforme ministerial en la Cámara de los Comunes, y ambas conversaban con esa honradez intensa que es el único error imperdonable, como había comentado él mismo alguna vez, en el que caen las buenas personas de verdad, y del cual no escapa del todo ni una de ellas.

—Estábamos hablando del pobre Dartmoor, lord Henry —exclamó la duquesa, saludándole amablemente con la cabeza desde el otro lado de la mesa—. ¿Usted cree que realmente se vaya a casar con esa joven fascinante?

—Creo que ella ha decidido proponérselo, duquesa.

—¡Cuán horrible! —dijo lady Agatha—. Por Dios, alguien debería intervenir.

—He oído, y de buena fuente, que su padre es dueño de un almacén de frutos secos en América —dijo sir Thomas Burdon con desdén.

—Mi tío ya ha sugerido el negocio de chacinería, sir Thomas.

—¡Frutos secos! ¿Qué son los frutos secos americanos? —preguntó la duquesa, alzando sus grandes manos asombrada y recalcando el verbo.

—Las novelas americanas —contestó lord Henry, sirviéndose codorniz.

La duquesa se quedó desconcertada.

—No le hagas caso, querida —susurró lady Agatha—. Nunca dice nada en serio.

—Cuando se descubrió América —dijo el diputado radical, y empezó a dar datos aburridos.

Como suele ocurrir con las personas que intentan agotar un tema, acabó agotando a sus oyentes. La duquesa suspiró, e hizo uso de su derecho de interrupción.

—¡Ojalá no la hubieran descubierto! —exclamó—. En fin, que nuestras jóvenes no tienen ninguna oportunidad hoy en día. Es realmente injusto.

—Es posible que, a pesar de todo, no se haya descubierto América —dijo el señor Erskine—. Yo diría que simplemente se ha detectado.

—¡Pero si yo he visto especímenes de los habitantes! —contestó la duquesa vagamente—. Debo confesar que casi todas son tremendamente hermosas. Y visten bien, además. Se compran toda la ropa en París. Me encantaría poder hacer lo mismo.

—Dicen que los americanos buenos van a París al morir —dijo con una risita sir Thomas, que tenía un enorme armario lleno de ropa que le sobra al humor.

—Ah, ¿sí? ¿Y dónde van los americanos malos al morir? —quiso saber la duquesa.

—Van a América —murmuró lord Henry.

Sir Thomas frunció el ceño.

—Me temo que su sobrino tiene prejuicios contra ese gran país —dijo a lady Agatha—. Yo lo he recorrido de arriba abajo, en coches proporcionados por los dirigentes que, en estos asuntos, son extremadamente corteses. Les aseguro que es instructivo visitarlo.

—Pero ¿realmente tenemos que visitar Chicago para ser educados? —preguntó el señor Erskine en tono quejumbroso—. No me siento capaz de hacer el viaje.

—Sir Thomas levantó la mano.

—El señor Erskine de Treadley tiene el mundo entero en su biblioteca. A los hombres prácticos nos gusta ver las cosas, no leer sobre ellas. Los americanos son personas extremadamente interesantes. Son absolutamente razonables. Creo que ésa es su característica distintiva. Sí, señor Erskine, personas absolutamente razonables. Le aseguro que no hay nada absurdo en los americanos.

—¡Qué horror! —exclamó lord Henry—. Puedo soportar la fuerza bruta, pero la razón bruta es realmente insoportable. Hay algo injusto en su uso que choca con el intelecto.

—No le comprendo —dijo sir Thomas, enrojecido ligeramente.

—Yo sí, lord Henry —murmuró el señor Erskine, con una sonrisa.

—Las paradojas están muy bien a veces... —volvió a intervenir el baronet.

—¿Es una paradoja? —preguntó el señor Erskine—. A mí no me lo parece. Quizá lo sea. En cualquier caso, el camino de las paradojas es el de la verdad. Para poner a prueba la Realidad, debemos ponerla en la cuerda floja. Cuando las Verdades se convierten en acróbatas, podemos juzgarlas.

—¡Por Dios! —dijo lady Agatha—. ¡Cómo discuten los hombres! Estoy segura de que nunca entenderé lo que dicen. ¡Ah! Harry, estoy muy enfadada contigo. ¿Por qué no intentas convencer a nuestro buen señor Dorian Gray de que abandone el East End? Te aseguro que sería inestimable. Tendría un gran éxito tocando el piano.

—Quiero que toque para mí —exclamó lord Henry, sonriente, y al mirar hacia el extremo de la mesa recibió una brillante mirada como respuesta.

—Pero son tan desgraciados en Whitechapel —continuó lady Agatha.

—Yo lo comprendo todo menos el sufrimiento —dijo lord Henry, encogiendo los hombros—. Eso no lo comprendo. Es demasiado feo, horrible, angustioso. Hay algo terriblemente morboso en la comprensión moderna del dolor. Deberíamos intentar comprender el color, la belleza, la alegría de la vida. Cuanto menos se hable de los tormentos de la vida, mejor.

—De todas formas, el East End es un problema muy importante —comentó sir Thomas, moviendo gravemente la cabeza.

—En efecto —contestó el joven lord—. Es el problema de la esclavitud, e intentamos solucionarlo entreteniéndolo a los esclavos.

El político le observó con atención.

—Entonces, ¿qué cambio propone usted? —preguntó.

Lord Henry soltó una carcajada.

—Yo no quiero cambiar nada de Inglaterra excepto el clima —contestó—. Me conformo con la contemplación filosófica. Pero ya que el siglo diecinueve está en la quiebra debido a un gasto excesivo de comprensión, yo sugiero que apelemos a la

Ciencia para que nos encamine. La ventaja de las emociones es que nos desorientan, y la ventaja de la Ciencia es que no es emocional.

—Pero tenemos una gran responsabilidad —se atrevió a decir la señora Vandeleur tímidamente.

—Enormemente grande —la apoyó lady Agatha.

Lord Henry miró al señor Erskine.

—La Humanidad se toma a sí misma demasiado en serio. Es el pecado original del mundo. Si el cavernícola hubiera sabido reírse, la historia hubiera sido diferente.

—Me reconforta usted mucho —trinó la duquesa—. Siempre me he sentido algo culpable al venir a ver a su querida tía, pues no me intereso en absoluto por el East End. En el futuro, podré mirarla a la cara sin rubor.

—El rubor favorece mucho, duquesa —comentó lord Henry.

—Sólo cuando se es joven —contestó ella—. Cuando una mujer mayor como yo se sonroja, es muy mala señal. ¡Ay! Lord Henry, me gustaría que me dijera cómo puedo recuperar la juventud.

Él se quedó pensativo durante un momento.

—¿Recuerda algún gran error que haya cometido en sus tiempos jóvenes, duquesa? —preguntó, mirándola desde el otro lado de la mesa.

—Muchísimos, me temo —exclamó ella.

—En ese caso, vuelva a cometerlos —dijo él con gran convencimiento—. Para recuperar la juventud, basta con repetir nuestros desatinos.

—¡Una teoría deliciosa! —exclamó ella—. Debo ponerla en práctica.

—¡Una teoría peligrosa! —profirieron los labios apretados de sir Thomas.

Lady Agatha hizo un gesto con la cabeza, aunque la conversación le divertía. El señor Erskine escuchaba.

—Sí —continuó él—, es uno de los grandes secretos de la vida. En estos tiempos, la mayor parte de la gente muere de una especie de epidemia de sentido común, y descubren cuando ya es demasiado tarde que lo único de lo que no se arrepiente uno es de sus errores.

Una carcajada recorrió la mesa.

Lord Henry continuó jugando con la idea, deliberadamente; la lanzaba al aire, transformándola; la dejaba escapar y volvía a capturarla; la irisaba con la fantasía, le ponía alas con sus paradojas. Aquella alabanza del desatino, mientras hablaba, se fue convirtiendo en una filosofía, y la propia filosofía se hizo joven, y al escuchar la música alocada del placer se puso a bailar por las colinas de la vida, como una bacante, con la túnica manchada de vino y una corona de hiedra en la cabeza, burlándose de Sileno^[30] por estar sobrio. Las realidades huían despavoridas al verla, como criaturas asustadas en un bosque. Pisó con sus pies blancos la prensa enorme en la que se sienta el sabio Omar^[31], hasta que el bullente zumo de la uva empezó a subirle por las piernas desnudas en un remolino de burbujas moradas, o a encaramarse, hecho espuma roja, por los abiertos costados, negros y rezumantes, de

la cuba. Fue una improvisación extraordinaria. Él se daba cuenta de que Dorian Gray no le quitaba los ojos de encima, y la conciencia de que entre su público había un temperamento al que deseaba fascinar pareció agudizarle el ingenio, dando color a su imaginación. Se sentía brillante, fantástico, irresponsable. Tenía a sus oyentes embelesados, traspuestos, y le seguían la charla con grandes carcajadas. Dorian Gray no dejó de mirarle en ningún momento, sentado como bajo un hechizo, con sonrisas esporádicas en los labios y el asombro tomándose grave en sus ojos oscurecidos.

Finalmente, uniformada al uso de la época, la realidad entró en la habitación encamada por un sirviente que avisaba a la duquesa de que su coche la esperaba. Ella se retorció las manos fingiendo desesperación.

—¡Qué fastidio! —exclamó—. No me queda más remedio que marcharme. Tengo que recoger a mi marido en el club, para llevarle a una reunión absurda en los Salones de Willis, que debe presidir. Si llego tarde, se va a poner furioso, y prefiero que no me haga escenas cuando llevo esta toca. Es demasiado frágil. Una palabra áspera la estropearía. No, debo irme, querida Agatha. Adiós, lord Henry, es usted un encanto, y horriblemente desmoralizador. Lo cierto es que no sé qué decir sobre sus opiniones. Tiene que venir a casa a cenar una noche. ¿El martes? ¿Está libre el martes?

—Por usted abandonaría a cualquiera, duquesa —dijo lord Henry, haciendo una reverencia.

—¡Ah! Es muy amable de su parte, pero hace usted mal —exclamó ella—; le espero entonces; y salió majestuosamente de la habitación, seguida de lady Agatha y el resto de las señoras.

Cuando lord Henry volvió a sentarse, el señor Erskine se cambió de lugar y, ocupando una silla próxima, le puso una mano en el hombro.

—Oírle es como leer un libro —dijo—. ¿Por qué no escribe usted?

—Me gustan demasiado los libros para intentar escribirlos yo, señor Erskine. Por supuesto que me gustaría escribir una novela; una novela tan hermosa como una alfombra persa, y tan irreal. Pero en Inglaterra no existe un público literario, excepto para los periódicos, cartillas y enciclopedias. De todas las personas del mundo, los ingleses son quienes menos poseen el sentido de la belleza de la literatura.

—Me temo que tiene usted razón —contestó el señor Erskine—. Yo también tuve ambiciones literarias, pero las abandoné hace ya tiempo. Y ahora, mi querido amigo, si me permite llamarle así, ¿puedo preguntarle si está usted realmente convencido de todo cuanto ha dicho durante el almuerzo?

—No recuerdo bien lo que dije —sonrió lord Henry—. ¿Era muy fuerte?

—Muy fuerte, efectivamente. De hecho, le considero extremadamente peligroso, y si le ocurre algo a nuestra duquesa, todos le consideraremos el principal responsable. Pero me gustaría hablar con usted sobre la vida. La generación en la que yo nací era aburrida. Un día, cuando esté harto de Londres, venga a Treadley, y expóngame su filosofía del placer mientras tomamos un borgoña admirable que tengo la suerte de poseer.

—Iré encantado. Una visita a Treadley sería un gran privilegio: un anfitrión perfecto y una biblioteca perfecta.

—Usted la completará —contestó el viejo caballero con una reverencia cortés—. Y ahora debo despedirme de su excelente tía. Me esperan en el Ateneo. A esta hora siempre vamos allí, a dormir.

—¿Y duermen, señor Erskine?

—Los cuarenta que somos, en cuarenta sillones. Estamos ensayando para formar una Academia Inglesa de las Letras.

Lord Henry soltó una carcajada, y se levantó.

—Me voy al Parque^[32] —exclamó.

En el momento en que salía por la puerta, Dorian Gray le tocó el brazo.

—Permítame acompañarle —murmuró.

—Pero si había usted prometido a Basil Hallward que iría a visitarle —contestó lord Henry.

—Prefiero acompañarle a usted; sí, presiento que debo hacerlo. Permítamelo. ¿Y me promete hablarme sin parar? Nadie habla tan maravillosamente como usted.

—¡Ah! Ya he hablado bastante por hoy —dijo lord Henry, sonriendo—. Ahora lo único que quiero es contemplar la vida. Puede usted venir a contemplarla conmigo, si lo desea.



Capítulo 4

Una tarde, un mes después, Dorian Gray estaba reclinado en un lujoso sillón en la pequeña biblioteca de la casa de lord Henry en Mayfair^[33]. La habitación, a su manera, resultaba muy acogedora, con altas paredes de roble aceitinado, un friso de color crema, relieves de escayola en el techo, y una moqueta de fieltro pardusco cubierta de alfombras persas de seda con largos flecos. En una diminuta mesa de satén había una estatuilla de Clodión, y junto a ella, un ejemplar de *Les Cent Nouvelles*, encuadernado por Clovis Eve para Margarita de Valois^[34] y cubierto de las margaritas doradas que la reina había elegido para su emblema. Encima de la repisa de la chimenea había unos grandes jarrones de porcelana azul con tulipanes de colores, y a través de los entrepaños emplomados de la ventana entraba la luz color albaricoque de un día de verano en Londres.

Lord Henry aún no había llegado. Siempre se retrasaba por principio, siendo su principio que la puntualidad es la ladrona del tiempo. Por ello el joven estaba un poco enfurruñado, pasando con dedos apáticos las páginas de una edición primorosamente ilustrada de *Manon Lescaut*^[35] que había encontrado en una de las estanterías. El sonido solemne y monótono del reloj Luis XIV le estaba poniendo nervioso. Una o dos veces estuvo a punto de marcharse.

Por fin oyó un paso fuera, y se abrió la puerta.

—¡Qué tarde llegas, Harry! —murmuró.

—Me temo que no soy Harry, señor Gray —contestó una voz aguda.

Miró hacia atrás rápidamente y se levantó.

—Le ruego me disculpe. Creía que...

—Creía que era mi marido. Pero sólo se trata de su mujer. Permítame que me presente. Le conozco muy bien por sus fotografías. Creo que mi marido tiene unas

diecisiete.

—¿Diecisiete, lady Henry?

—Pues serán dieciocho, entonces. También le vi con él la otra noche, en la Ópera.

Se reía con nerviosismo mientras hablaba, observándole con sus vagos ojos nomeolvides. Era una mujer curiosa, cuyos vestidos parecían el fruto de un arrebato interrumpido por una tempestad. Casi siempre estaba enamorada de alguien, y como su pasión nunca era correspondida, mantenía intactas todas sus ilusiones. Pretendía tener un aspecto pintoresco, pero lo único que conseguía era ir desarreglada. Se llamaba Victoria, y tenía la manía de ir a misa.

—Fue en *Lohengrin*^[36], ¿verdad, Lady Henry?

—Sí, fue en la maravillosa *Lohengrin*. La música de Wagner me gusta más que ninguna. Es tan ruidosa que se puede hablar todo lo que se quiera sin que los demás lo oigan. Una gran ventaja, ¿no le parece, señor Gray?

La misma risa abrupta volvió a salir de sus finos labios, y empezó a jugar con un cortapapeles de concha.

Dorian sonrió, negando con la cabeza.

—Me temo que no estoy de acuerdo, lady Henry. Yo nunca hablo mientras oigo música, al menos mientras oigo buena música. Si la música es mala, es nuestro deber ahogarla conversando.

—¡Ah! Ésa es una de las opiniones de Harry, ¿no, señor Gray? Siempre oigo las opiniones de Harry en boca de sus amigos. Es así como me entero de ellas. Pero no piense usted que no me gusta la buena música. La adoro, pero me da miedo. Me hace ponerme demasiado romántica. He venerado solamente a pianistas, a veces incluso de dos en dos, según Harry. No sé qué es lo que tienen. Quizá lo de que sean extranjeros. Todos lo son, ¿verdad? Incluso los que han nacido en Inglaterra acaban convirtiéndose en extranjeros al cabo de un tiempo, ¿verdad? Es muy astuto por su parte, además de un gran tributo al arte. Lo hace muy cosmopolita, ¿no? Nunca ha venido a una de mis fiestas, ¿verdad, señor Gray? Tiene que venir alguna vez. Las orquídeas me resultan demasiado caras, pero no reparo en gastos en cuanto a extranjeros. Dan a los salones un aspecto de lo más pintoresco. ¡Pero aquí está Harry! ... Harry, he venido a verte para preguntarte una cosa... no recuerdo qué... y me he encontrado con el señor Gray. Hemos tenido una agradable charla sobre música. Tenemos las mismas ideas. No; creo que nuestras ideas son muy diferentes. Pero ha estado verdaderamente encantador. Me alegro tanto de haberle visto...

—Qué bien, mi amor, qué bien —dijo lord Henry, elevando sus negras cejas en forma de media luna y mirando a los dos con una sonrisa divertida—. Siento mucho haberme retrasado, Dorian. He ido a ver si encontraba un pedazo de brocado antiguo en la calle Wardour, y he tenido que pasarme horas regateando para llevármelo. Hoy en día, la gente sabe el precio de todo, y no conocen el valor de nada.

—Me temo que tengo que marcharme —exclamó lady Henry, rompiendo un silencio incómodo con su risa repentina y absurda—. He prometido acompañar a la

duquesa. Adiós, señor Gray. Adiós, Harry. Cenaréis fuera, supongo. Yo también. Quizá nos veamos en casa de lady Thombury.

—Tal vez, querida, —dijo lord Henry, cerrando la puerta mientras ella, como un ave del paraíso que ha pasado la noche bajo la lluvia, salía rápidamente de la habitación dejando un ligero olor a Frangipanni^[37].

—Lord Henry encendió un cigarro y se acomodó en el sofá.

—No te cases jamás con una mujer de pelo pajizo, Dorian —dijo, después de un par de bocanadas.

—¿Por qué, Harry?

—Porque son demasiado sentimentales.

—Pero a mí me gusta la gente sentimental.

—No te cases nunca, Dorian. Los hombres se casan por cansancio; las mujeres por curiosidad; ambos se decepcionan.

—No creo que me case, Henry. Estoy demasiado enamorado. Es uno de tus aforismos. Lo estoy poniendo en práctica, como hago con todo lo que dices.

—¿De quién estás enamorado? —preguntó lord Henry, tras una pausa.

—De una actriz —dijo Dorian Gray, sonrojándose.

Lord Henry se encogió de hombros.

—Es un *début* bastante típico.

—No dirías eso si la vieras, Harry.

—¿Quién es?

—Se llama Sybil Vane.

—No he oído hablar de ella.

—Ni tú ni nadie. Pero oiréis hablar de ella algún día. Es un genio.

—Mi querido muchacho, ninguna mujer es un genio. La mujer es un sexo decorativo. Nunca tienen nada que decir, pero lo dicen maravillosamente. La mujer representa el triunfo de la materia sobre la mente, mientras que el hombre representa el triunfo de la mente sobre la moral.

—Harry, ¿cómo puedes decir eso?

—Mi querido Dorian, es absolutamente cierto. En estos momentos me dedico precisamente a analizar a las mujeres, por eso sé bien lo que digo. No es un tema tan abstruso como yo creía. He descubierto que, básicamente, sólo existen dos tipos de mujeres, las simples y las que se pintan. Las simples son muy útiles. Si uno quiere parecer respetable, basta con sacar a una de ellas a cenar. Las otras mujeres son encantadoras. No obstante, cometen un error. Se pintan para parecer más jóvenes. Nuestras abuelas se pintaban para intentar hablar brillantemente. El *rouge*^[38] y el *esprit*^[39] iban unidos. Eso era antes. Ahora, mientras una mujer consiga parecer diez años más joven que su hija, estará perfectamente satisfecha. En cuanto a conversación, sólo hay cinco mujeres en Londres con las que merezca la pena hablar, y a dos de ellas no se las admite en sociedad. Pero háblame de tu genio. ¿Hace cuánto la conoces?

—Harry, tus opiniones me aterran.

—Olvídalas. ¿Hace cuánto la conoces?

—Unas tres semanas.

—¿Y dónde la conociste?

—Te lo voy a contar, Harry; pero debes procurar ser comprensivo. Al fin y al cabo, no hubiera sucedido de no haberte conocido a ti. Me llenaste de un deseo ilimitado de saberlo todo sobre la vida. Durante varios días, tras nuestro primer encuentro, algo parecía latirme en las venas. Mientras vagaba por el parque, o paseaba por Picadilly, empecé a fijarme en todas las personas que se cruzaban conmigo, intentando averiguar, con una curiosidad demente, cómo serían sus vidas. Algunos individuos me fascinaban. Otros me llenaban de terror. Había un veneno exquisito en el aire. Se había desatado en mí una pasión por las sensaciones... En fin, una tarde, sobre las siete, decidí salir en busca de alguna aventura. Me daba la sensación de que este Londres nuestro, gris, monstruoso, con sus miríadas de personas, sus pecadores sórdidos y sus pecados espléndidos, como tú lo expresaste una vez, debía tener algo reservado para mí. Me imaginaba mil cosas. El peligro en sí me producía placer. Recordaba lo que me habías dicho aquella noche maravillosa en que cenamos juntos por primera vez, aquello de que la búsqueda de la belleza es el verdadero secreto de la vida. No sé qué esperaba, pero salí y me encaminé hacia el Este, perdiéndome enseguida en un laberinto de calles mugrientas y oscuras plazas sin hierba. Sobre las ocho y media pasé delante de un teatrillo absurdo, con unas enormes lámparas de gas y unos carteles llamativos. De pie, en la entrada, había un judío espantoso, con el chaleco más sorprendente que he visto en mi vida, y fumando un puro asqueroso. Tenía unos bucles grasientos, y un diamante enorme le relucía en el centro de una camisa sucia. «¿Quiere un palco, milord?», preguntó al verme, quitándose el sombrero con un servilismo magnífico. Había algo en él, Harry, que me hizo gracia. Era como un monstruo... Te vas a reír de mí, lo sé, pero lo cierto es que entré y pagué una guinea^[40] entera por el palco de platea. Hasta el día de hoy, no he logrado entender por qué lo hice; pero si no lo hubiera hecho, Harry, si no lo hubiera hecho, me habría perdido el mayor romance de mi vida. Ya veo que te ríes. ¡Qué malvado!

—No me río, Dorian; al menos no me río de ti. Pero no deberías decir el mayor romance de tu vida. Deberías decir el primer romance de tu vida. Siempre habrá quien te ame, y tú siempre estarás enamorado del amor. Una *grande passion* es privilegio de quienes no tienen nada que hacer. Ésa es la utilidad de las clases desocupadas de un país. No temas. Te esperan cosas exquisitas. Éste no es más que el principio.

—¿Me crees tan simple? —exclamó Dorian Gray, furioso.

—No, te creo tan profundo.

—¿Qué quieres decir?

—Mi querido muchacho, los que aman sólo una vez en la vida sí que son simples. Lo que ellos llaman su lealtad, y su fidelidad, yo lo llamo el letargo de la costumbre o falta de imaginación. La fidelidad es a la vida emocional lo que la coherencia a la vida del intelecto: una mera confesión de los fracasos. ¡La fidelidad! Tengo que analizarla un día de éstos. En ella está la pasión por la propiedad. Hay muchas cosas que tiraríamos a la basura si no temiéramos que alguien pudiera cogerlas. Pero no quiero interrumpirte. Sigue con tu historia.

—Pues... de repente me vi sentado en un espantoso palco reservado, con un vulgar telón de boca como mirándome a la cara. Miré a través de la cortina, para inspeccionar la sala. Era un puro oropel, todo lleno de Cupidos y cornucopias, como una tarta de bodas de tres al cuarto. El gallinero y el patio de butacas estaban bastante llenos, pero las dos primeras filas de butacas mugrientas estaban vacías, y en lo que ellos debían llamar el piso principal habría una o dos personas. Pasaban mujeres vendiendo naranjas y gaseosa de jengibre, y el consumo de nueces era impresionante.

—Así debía ser el teatro inglés en sus épocas boyantes.

—Muy parecido, me imagino, y realmente triste. Estaba desconcertado, hasta que vi el cartel de la función. ¿Qué obra crees que era, Harry?

Supongo que *El niño idiota, o Tonto pero inocente*^[41]. A nuestros padres les gustaba ese tipo de piezas, según tengo entendido. Conforme van pasando los años, Dorian, cada vez me convengo más de que lo aceptable para nuestros padres no es suficiente para nosotros. En arte, como en política, *les grand-pères ont toujours tort*^[42].

—Esta obra sí era válida para nosotros, Harry. Era *Romeo y Julieta*^[43]. Debo admitir que me indignó bastante la idea de ver a Shakespeare representado en un agujero tan infame. Aun así, me parecía interesante, no sé por qué. En cualquier caso, decidí esperar hasta el primer acto. Había una orquesta espantosa, dirigida por un joven hebreo sentado ante un piano resquebrajado que casi me hizo marcharme, pero por fin se levantó el telón, y empezó la obra. Romeo era un hombre mayor, entrado en carnes, con cejas pintadas con corcho quemado, una voz ronca supuestamente trágica, y un cuerpo como un barril de cerveza. Mercucio^[44] era casi igual de horrible. Lo representaba un mal comediante, que había incorporado sus propios chascarrillos y era bien conocido en el patio de butacas. Eran los dos tan grotescos como el decorado, que parecía una barraca de feria. ¡Pero Julieta! Harry, imagina a una niña de apenas diecisiete años, con una carita como una flor, una cabecita griega con rizos plisados de color marrón oscuro, unos ojos como pozos violetas, llenos de pasión, labios como los pétalos de una rosa. Me pareció lo más hermoso que había visto en mi vida. Tú me dijiste una vez que eres insensible al patetismo, pero que la belleza, la belleza pura y simple, te puede llenar los ojos de lágrimas. Te digo, Harry, que apenas veía a la joven por la capa de lágrimas que me nublaba la vista. Y su voz... nunca había oído una voz igual. Era muy baja al principio, con notas profundas y suaves, que parecían caer dentro del oído de una en una. Después aumentaba un

poco de volumen, y sonaba como una flauta o un oboe lejano. En la escena del jardín tenía todo el éxtasis trémulo que se escucha justo antes del amanecer, cuando cantan los ruiseñores. Había momentos, más adelante, en que tenía la loca pasión de los violines. Ya sabes lo conmovedora que puede resultar una voz. La tuya y la de Sybil Vane son dos cosas que no olvidaré mientras viva. Cuando cierro los ojos, las oigo, y cada una de ellas me dice algo distinto. No sé cuál de ellas debo seguir. ¿Por qué no habría de amarla? Harry, sí que la amo. Noche tras noche, voy a verla actuar. Unas noches en Rosalind, otras en Imogen. La he visto morir en la penumbra de una tumba italiana, tomando el veneno de labios de su amado. La he visto vagar por el bosque de Arden, disfrazada de un apuesto joven, con medias, jubón y una elegante gorra^[45]. Ha estado loca, y ha estado en presencia de un rey culpable, dándole a probar ruda y hierbas amargas. Ha sido inocente, y las manos oscuras de los celos le han retorcido ese cuello fino como un junco^[46]. La he visto en todas las épocas y con todas las vestimentas. Las mujeres corrientes nunca son un reclamo para la imaginación. Están limitadas a su siglo. No poseen ningún encanto que las transfigure. Sus mentes son tan evidentes como sus sombreros. Uno siempre se las encuentra. Van al parque en coche por la mañana, y charlan mientras toman el té por la tarde. Todas tienen esa sonrisa estereotipada, y esos modales elegantes. Son realmente obvias. ¡Pero una actriz! ¡Qué diferente es una actriz! ¡Harry! ¿Por qué no me habías dicho que lo único que merece la pena amar en este mundo es una actriz?

—Porque he amado a tantísimas, Dorian...

—Ah, sí, mujeres horribles con el pelo teñido y la cara pintada.

—No critiques el pelo teñido y las caras pintadas. A veces tienen un encanto extraordinario —dijo lord Henry.

—Ojalá no te hubiera hablado de Sybil Vane.

—No podrías haberlo evitado, Dorian. Mientras vivas me contarás todo lo que hagas.

—Sí, Harry, creo que es cierto. No puedo evitar contarte las cosas. Ejerces una curiosa influencia sobre mí. Si alguna vez cometiera un crimen, vendría a confesártelo. Sé que me entenderías.

—Las personas como tú... los voluntariosos rayos de sol de esta vida... no cometéis crímenes, Dorian. Pero, en cualquier caso, te agradezco mucho el cumplido. Y ahora dime..., pásame las cerillas, anda, sé buen chico; gracias..., ¿qué tipo de relaciones mantienes con Sybil Vane?

Dorian Gray se puso en pie de un salto, con las mejillas encendidas y los ojos centelleantes.

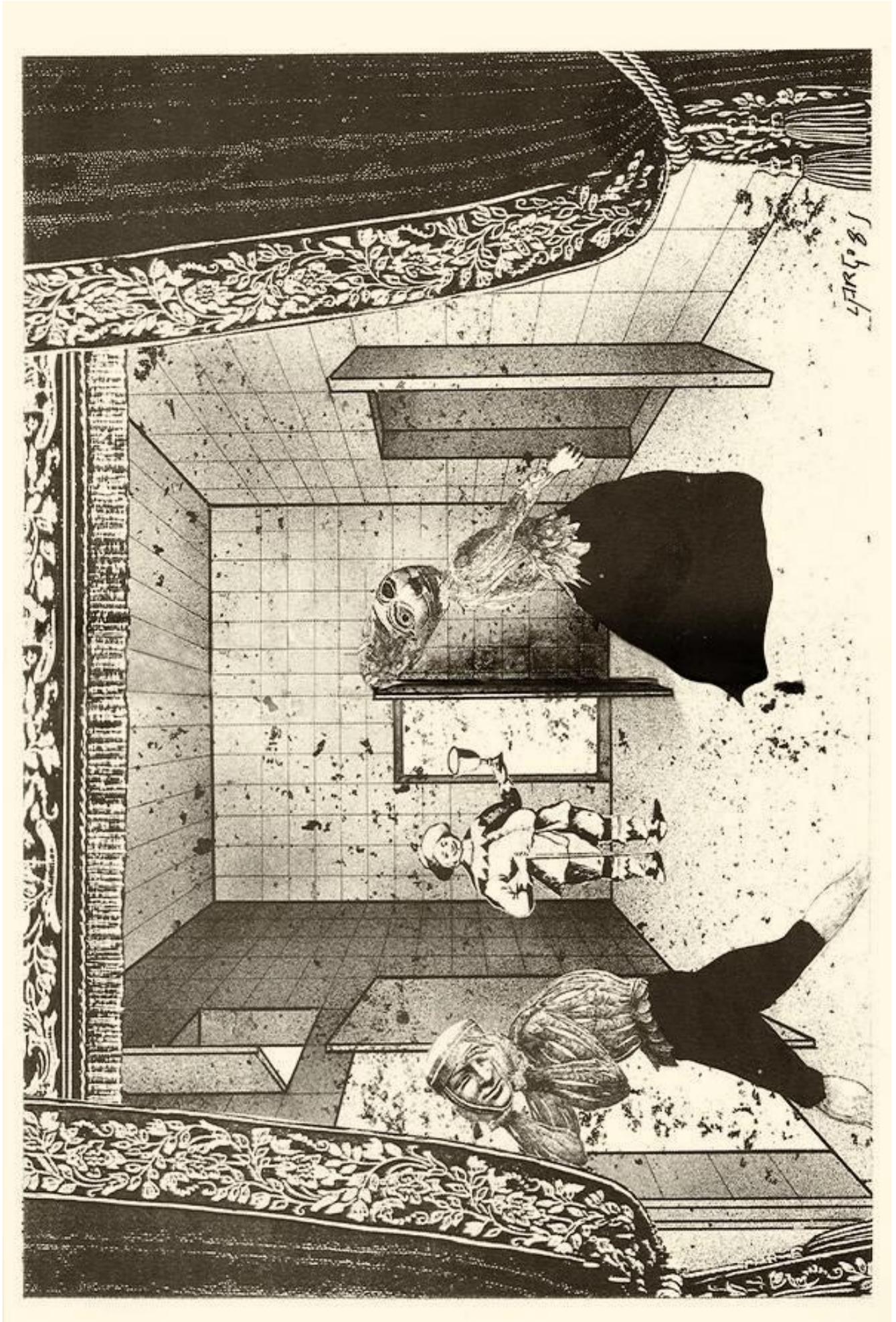
—¡Harry! ¡Sybil Vane es sagrada!

—Las cosas sagradas son precisamente las que merece la pena tocar, Dorian —dijo lord Henry con una voz extrañamente triste—. Pero ¿por qué te enfadas? Supongo que acabará perteneciéndote algún día. Cuando uno se enamora, empieza a

engañarse a sí mismo y acaba engañando a los demás. Esto es lo que en el mundo entero se llama un romance. En todo caso, al menos la conocerás...

—Por supuesto que la conozco. La primera noche que estuve en el teatro, ese judío horrible vino al palco después de la función y se ofreció a llevarme entre bastidores para presentármela. Me enfurecí y le dije que Julieta llevaba cientos de años muerta, y que su cuerpo yacía en una tumba de mármol en Verona. A juzgar por la cara de asombro que puso, creo que debió pensar que había bebido demasiado champán, o algo parecido.

—No me sorprende.



—Después me preguntó si escribía en algún periódico. Le dije que ni siquiera los leo. Esto pareció decepcionarle enormemente, y me confió que todos los críticos de teatro se han unido en una conspiración en su contra, y que no hay ni uno solo al que no se pueda comprar.

—En esto es muy posible que tenga razón. Aunque por otro lado, a juzgar por la apariencia que tienen, en su mayoría no deben resultar muy caros.

—Pues a él debían parecérselo —rió Dorian—. De todas formas, habían empezado a apagar las luces del teatro, y quise marcharme. El hombre pretendía que probara unos puros que me recomendó con insistencia. Rechacé el ofrecimiento. La noche siguiente, por supuesto, volví al lugar. Al verme me hizo una enorme reverencia y me aseguró que yo era un munificente mecenas de las artes. Me parecía un zopenco de lo más ofensivo, aunque tenía una extraordinaria pasión por Shakespeare. Una vez me dijo con gran orgullo que «el bardo», como insistía en llamarle, le había llevado a la quiebra cinco veces. Lo consideraba con distinción.

—Y es una distinción, mi querido Dorian... una gran distinción. Lo corriente es ir a la quiebra por haber invertido demasiado en la prosa de la vida. Arruinarse por la poesía es un honor. Pero ¿cuándo hablaste por primera vez con la señorita Sybil Vane?

—La tercera noche. Había representado el papel de Rosalind. No pude evitar ir a verla. Le había echado unas flores, y ella me había mirado; o al menos me lo había parecido. El vejete judío persistía. Estaba empeñado en llevarme entre bastidores, y acabé cediendo. Es curioso que me negara a conocerla, ¿no te parece?

—No, no me lo parece.

—¿Por qué, mi querido Harry?

—Te lo diré en otra ocasión. Ahora háblame de la joven.

—¿Sybil? Ah, estuvo tan discreta, y tan amable. En algunas cosas parece una niña. Me miraba con los ojos muy abiertos, asombrada de escuchar lo que me había parecido su actuación. Creo que los dos estábamos algo nerviosos. El vejete judío nos miraba sonriente desde la puerta del polvoriento camerino, soltando parrafadas floridas sobre nosotros, mientras nos mirábamos como niños. El hombre insistía en llamarme «milord», por lo que tuve que asegurar a Sybil que no soy nada semejante. Me miró y me dijo con gran naturalidad: «Usted parece más bien un príncipe. Debo llamarle el Príncipe Encantado».

—Vaya, vaya... Dorian, la señorita Sybil sabe decir cumplidos.

—No lo entiendes, Harry. Me estaba considerando simplemente un personaje de una obra. No sabe nada de la vida. Vive con su madre, una mujer ajada, con aspecto de cansancio, que hacía el papel de lady Capuleto^[47] la primera noche. Llevaba una especie de túnica de color fucsia, y parecía haber vivido mejores tiempos.

—Ya sé a lo que te refieres. Es un tipo de mirada que me deprime —murmuró lord Henry, mirándose los anillos.

—El judío quería contarme la historia de Sybil, pero le dije que no me interesaba.

—Hiciste muy bien. Siempre hay algo terriblemente mediocre en las tragedias de los demás.

—Sybil es lo único que me interesa. ¿Qué me importa de dónde venga? Desde su cabecita hasta sus piecitos, es absoluta y enteramente divina. Todas las noches de mi vida voy a verla actuar, y cada noche está más maravillosa.

—Ésa es la razón, supongo, por la que ya nunca cenas conmigo. Me imaginaba que debías traerte algún curioso romance entre manos. Y era cierto; pero no es exactamente lo que yo creía.

—Mi querido Henry, comemos o cenamos juntos todos los días, y he ido a la Ópera contigo varias veces —dijo Dorian, abriendo sus ojos azules, sorprendido.

—Siempre llegas tardísimo.

—No puedo dejar de ir a ver actuar a Sybil —exclamó Dorian—. No puedo perderme ni una sola función. Necesito su presencia; y cuando pienso en el alma maravillosa que se esconde en ese cuerpecito de marfil me lleno de asombro.

—Esta noche sí podrás cenar conmigo, ¿verdad, Dorian?

Dorian le dijo que no con la cabeza.

—Esta noche es Imogen —contestó—, y mañana por la noche será Julieta.

—¿Y cuándo es Sybil Vane?

—Nunca.

—Te felicito.

—¡Qué malo eres! Sybil es todas las grandes heroínas del mundo a la vez. Es más que un individuo. Ríete, pero te digo que tiene talento. La amo, y tengo que conseguir que me ame. ¡Tú, que conoces todos los secretos de la vida, dime cómo puedo hechizar a Sybil Vane para que me ame! Quiero dar celos a Romeo. Quiero que los amantes muertos de este mundo oigan nuestra risa y se pongan tristes. Quiero que el aliento de nuestra pasión haga consciente su polvo y llene sus cenizas de dolor. ¡Dios mío, Harry, cómo la adoro!

Caminaba de un lado a otro de la habitación mientras hablaba. En las mejillas le habían salido unas febriles manchas rojas. Estaba tremendamente nervioso.

Lord Henry le observaba con una sutil sensación de placer. ¡Qué diferente era ahora aquel muchacho tímido y asustado que había conocido en el estudio de Basil! Su naturaleza se había desarrollado como una flor, echando brotes rojos como llamas. Del escondite donde se ocultaba había salido su Alma y el Deseo se había cruzado con ella por el camino.

—¿Y qué piensas hacer? —dijo lord Henry finalmente.

—Quiero que tú y Basil vengáis conmigo una noche para verla actuar. No tengo el más mínimo temor sobre el resultado. Reconoceréis que tiene talento. Lo que pretendo hacer es arrebatársela al judío. Debe trabajar para él durante tres años, es decir, durante dos años y ocho meses, a partir de este momento. Tendré que pagarle algo, por supuesto. Cuando esté solucionado este asunto, compraré un teatro en el

West End y la daré a conocer como es debido. Enloquecerá al mundo como me ha enloquecido a mí.

—Eso es imposible, mi querido muchacho.

—Lo hará. No posee tan sólo un arte, un consumado instinto artístico, sino que también tiene personalidad; y tú siempre me estás diciendo que son las personalidades, no los principios, las que transforman las épocas.

—Y bien, ¿qué noche debemos ir?

—Veamos. Hoy es martes. Vamos a quedar mañana. Le toca Julieta mañana.

—Muy bien. En el Bristol a las ocho; yo recogeré a Basil.

—A las ocho no, Harry, por favor. A las seis y media. Tenemos que estar allí antes de que suban el telón. Debéis verla en el primer acto, cuando se encuentra con Romeo.

—¡A las seis y media! ¡Vaya una hora! Sería como ir a una merienda-cena, o ponerse a leer una novela inglesa. Tendrá que ser a las siete. Ningún caballero cena antes de las siete. ¿Tú verás a Basil antes o le escribo yo?

—¡Pobre Basil! Llevo una semana sin verle. Es muy feo por mi parte, puesto que me ha enviado mi retrato con un marco maravilloso que ha diseñado él mismo, y aunque estoy un poco celoso del cuadro por ser todo un mes más joven que yo, tengo que admitir que me entusiasma. Quizá será mejor que le escribas. No quiero verle a solas. Me molestan las cosas que dice. Me da buenos consejos.

—Lord Henry sonrió.

—A las personas les gusta regalar lo que más falta les hace a ellos mismos. Es lo que yo llamo la profundidad de la generosidad.

—Basil es un gran hombre, pero me parece un poco convencional. Me he dado cuenta al conocerte a ti, Harry.

—Basil, mi querido muchacho, se deja en el trabajo cuanto tiene de encantador. En consecuencia, para la vida sólo le quedan sus prejuicios, sus principios, y su sentido común. Todos los artistas simpáticos que conozco son malos. Los buenos artistas existen sólo en lo que hacen, y por ello carecen absolutamente de interés como personas. Un gran poeta, un gran poeta de verdad, es la menos poética de las criaturas. Pero los poetas menores son realmente fascinantes. Cuanto peores son sus rimas, más pintoresco es su aspecto. El simple hecho de haber publicado un libro de sonetos de segunda categoría hace que un hombre resulte irresistible. Este vive la poesía que no puede escribir. Los otros escriben la poesía que no se atreven a realizar.

—¿Será verdad eso, Harry? —dijo Dorian Gray, echando perfume en su pañuelo de un gran frasco con tapón dorado que había encima de la mesa—. Debe serlo, si tú lo dices. Y ahora, me voy. Imogen me espera. No olvides lo de mañana. Adiós.

Cuando Dorian salió de la habitación, a lord Henry le empezaron a pesar los párpados y se puso a reflexionar. Pocas personas le habían interesado tanto como Dorian Gray, pero que el muchacho adorara locamente a alguien no le hacía sentir la más mínima punzada de indignación o celos. Le complacía, puesto que convertía al

muchacho en un objeto de estudio más interesante. Siempre le habían apasionado los métodos de la ciencia natural, pero el objeto de estudio de esa ciencia le resultaba trivial y poco importante. Por ello había empezado a hacer la vivisección de sí mismo, y había acabado haciéndosela a los demás. La vida humana, eso era lo único que merecía la pena investigar. Comparado con ella no hay nada que tenga valor alguno. Es cierto que, al observar en su curioso crisol de dolor y placer, no puede uno llevar el rostro cubierto de una máscara de cristal, ni evitar que los vapores sulfurosos le dañen el cerebro y le enturbien la imaginación con fantasías monstruosas y sueños deformes. Hay venenos tan sutiles, que para conocer sus propiedades es necesario enfermar de ellos. Hay enfermedades tan extrañas que uno tiene que pasar por ellas si quiere comprender su naturaleza. ¡Sin embargo, qué grande es la recompensa! ¡Qué maravilloso se vuelve el mundo! Fijarse en la curiosa y cruel lógica de la pasión, en la vida emocional y coloreada del intelecto... observar dónde se encuentran y dónde se separan, en qué punto están en unión y en qué punto están en discordia... ¡En ello hay placer! ¡Qué importa lo que cueste! Por una sensación nunca se paga un precio demasiado alto.

Era consciente, y la idea produjo un destello de agrado en aquellos ojos castaños como ágatas, de que gracias a determinadas palabras suyas, palabras musicales dichas con una entonación musical, el alma de Dorian Gray se había vuelto hacia esa blanca niña, postrándose en adoración. En gran parte, el muchacho era una creación suya. Le había hecho precoz. Aquello tenía su mérito. Lo corriente es esperar a que la vida nos descubra sus secretos, pero hay unos pocos, los elegidos, que ven los misterios de la vida antes de que caiga el velo. Éste es a veces el efecto del arte, y, sobre todo, del arte de la literatura, que se ocupa directamente de las pasiones y del intelecto. Pero hay ocasiones en que una personalidad compleja puede ocupar el lugar y asumir el oficio del arte; ser, de hecho, a su manera, una obra de arte, al tener la Vida sus primorosas obras maestras, como las tiene la poesía, o la escultura, o la pintura.

Sí, el muchacho era precoz. Ya estaba recogiendo la cosecha y aún estaban en primavera. El pulso y la pasión de la juventud latían en él, pero había empezado a tomar conciencia de sí mismo. Observarle era un placer. Con la belleza de su rostro y la belleza de su alma, era algo asombroso. Lo de menos era cómo terminara todo aquello o cómo estuviera destinado que terminase. Dorian parecía una de esas graciosas figuras que vemos en un espectáculo o una función, cuyas alegrías nos parecen distantes, pero cuyas penas nos exaltan el sentido de la belleza, y cuyas heridas son como rosas rojas.

Alma y cuerpo, cuerpo y alma... ¡Qué misteriosos son! Hay animalidad en el alma y el cuerpo tiene sus momentos de espiritualidad. Los sentidos pueden refinarse y el cuerpo degradarse. ¿Quién es capaz de decir dónde cesa el impulso camal o dónde comienza el impulso físico? ¡Qué simples son las definiciones de los psicólogos corrientes! Y, sin embargo, ¡qué difícil decidir entre las aseveraciones de las diversas escuelas! ¿Es el alma una sombra afincada en la casa del pecado? ¿O será verdad

aquello de que el cuerpo está contenido en el alma como pensaba Giordano Bruno^[48]? La separación del espíritu y la materia es un misterio y la unión del espíritu y la materia también es un misterio.

Quizá la psicología acabara convirtiéndose en una ciencia tan absoluta como para explicamos todos los diminutos resortes de la vida. De momento, las personas no saben interpretarse a sí mismas, y casi nunca comprenden a los demás. La experiencia no tiene ningún valor ético. Es simplemente el nombre que damos a nuestros errores. Los moralistas, por norma, le han asignado una cierta eficacia ética en la formación del carácter, la han alabado por su capacidad de enseñarnos lo que se debe seguir y lo que se debe evitar. Pero la experiencia carece de fuerza motriz. Tiene tan poco de causa activa como la propia conciencia. Lo único que demuestra en realidad es que nuestro futuro será igual que nuestro pasado, y que el pecado que cometimos una vez, con horror, lo cometeremos muchas veces, y con alegría.

Lord Henry estaba convencido de que el método experimental es el único que nos permite llevar a cabo un análisis científico de las pasiones; y no había duda de que Dorian Gray era un sujeto pintiparado que prometía resultados ricos y fructíferos. Su repentino amor por Sybil Vane era un fenómeno psicológico en absoluto carente de interés. Era cierto que la curiosidad tenía mucho que ver en ello, la curiosidad y el deseo de nuevas experiencias; sin embargo, no era simple su pasión, sino muy compleja. Lo que había en ella del puro instinto sensual de la adolescencia se había transformado, por obra de la imaginación, en algo que carecía de sentido para el propio muchacho, y esto era lo peligroso. Las pasiones, sobre cuyo origen nos engañamos, son la mayor de las tiranías. Nuestros motivos más débiles son aquellos de cuya naturaleza somos conscientes. Es frecuente que al creer experimentar sobre otros en realidad estemos experimentando sobre nosotros mismos.

Mientras lord Henry soñaba con estas cosas, llamaron a la puerta y entró su mayordomo, recordándole que debía vestirse para cenar. Se levantó y miró a la calle. La puesta de sol había triturado las ventanas de enfrente, llenándolas de un escarlata dorado. Los cristales brillantes parecían placas de metal al rojo. El cielo los cubría como una rosa marchita. Pensó en lo colorido y la juventud de la vida de su amigo, y en cómo acabaría todo aquello.

Al regresar a casa, sobre las doce y media, vio un telegrama encima de la mesa de la entrada. Lo abrió y resultó ser de Dorian Gray. Era para decirle que iba a contraer matrimonio con Sybil Vane.



Capítulo 5

—¡Madre, madre, qué contenta estoy! —susurró la joven, hundiendo el rostro en el regazo de la mujer marchita y cansada que, con la espalda vuelta hacia la luz intrusa y estridente, estaba sentada en el único sillón que contenía su sórdida sala de estar.

—¡Qué contenta estoy! —repitió—. ¡Y quiero que tú también lo estés!

La señora Vane hizo un gesto de dolor, poniendo sus manos delgadas y emblanquecidas con bismuto sobre la cabeza de su hija.

—¡Contenta! —repitió—. Yo sólo estoy contenta, Sybil, cuando te veo actuar. No debes pensar en nada más. El señor Isaacs se ha portado muy bien con nosotras, y le debemos dinero.

La joven levantó la vista e hizo una mueca.

—¿Dinero, madre? —exclamó—. ¡Qué importa el dinero! El amor vale más que el dinero.

—El señor Isaacs nos ha adelantado cincuenta libras para pagar nuestras deudas y para comprar un uniforme decente a James. No debes olvidarlo, Sybil. Cincuenta libras es mucho dinero. El señor Isaacs ha estado enormemente considerado.

—No es un caballero, madre, y su modo de hablar me horroriza —dijo la joven, poniéndose en pie y dirigiéndose a la ventana.

—No sé qué íbamos a hacer sin él —contestó la mujer mayor en tono quejumbroso.

Sybil Vane echó hacia atrás la cabeza soltó una carcajada.

—Ya no nos hace falta, madre. Es el Príncipe Encantado quien gobierna nuestra vida ahora.

Aquí se detuvo. Floreció la rosa de su sangre, ensombreciéndole las mejillas. Una bocanada súbita separó los pétalos de sus labios, que temblaron. Una ráfaga

meridional de pasión le dio de lleno, meciéndole los pliegues primorosos del vestido.

—Le amo —dijo, sencillamente.

—¡Tonta, tonta! —fue la furiosa respuesta digna de un loro. El movimiento de los dedos torcidos y adornados con joyas falsas hacía que las palabras resultaran grotescas.

La joven volvió a soltar una carcajada. Se le notaba en la voz la alegría de un pájaro enjaulado. Sus ojos captaron la melodía, irradiándola con un destello; después se cerraron durante un momento, como si quisieran guardar el secreto. Al abrirse, estaban velados por la neblina de un sueño.

Una sabiduría de labios finos le hablaba desde el sillón gastado, recomendando prudencia, dando citas de ese libro de la cobardía cuyo autor remeda el sentido común. Ella no escuchaba. Estaba libre en su prisión de la pasión. Su príncipe, el Príncipe Encantado, estaba con ella. Había apelado a la memoria para rehacerlo. Había enviado a su alma a buscarlo y se lo había traído. Su beso volvía a arderle en la boca. Notaba su aliento tibio en los párpados.

Entonces la sabiduría alteró su método y empezó a hablar de espionaje y descubrimiento. Quizá este joven tuviera dinero. Si era así, deberían plantearse el matrimonio. En la concha de su oído rompían las olas de la astucia mundana. Las flechas del ardid pasaban volando a su lado. Vio los finos labios moviéndose, y sonrió. Repentinamente sintió la necesidad de hablar. Aquel silencio lleno de palabras la estaba perturbando.

—Madre, madre —exclamó—, ¿por qué me quiere tanto? Yo sé por qué le quiero a él. Le quiero porque es lo que debe ser el mismísimo Amor. Pero ¿qué ve en mí? No le merezco. Y aun así... no sabría decir por qué... aunque siento que hay tanto tras él, no me hace sentirme humilde. Estoy orgullosa, tremendamente orgullosa. Madre, ¿tú querías a mi padre tanto como yo quiero al Príncipe Encantado?

La mujer mayor se puso pálida bajo los gruesos polvos que le cubrían las mejillas, y sus labios secos se contrajeron en un espasmo de dolor. Sybil corrió hacia ella, le echó los brazos al cuello y la besó.

—Perdóname, madre. Ya sé que te duele hablar de nuestro padre. Pero si te duele es por lo mucho que le querías. No te pongas tan triste. Yo estoy tan contenta hoy como tú lo estabas hace veinte años. ¡Ah! ¡Déjame que sea feliz para siempre!

—Hija mía, eres demasiado joven para pensar en el amor. Además, ¿qué sabes de este joven? Ni siquiera sabes cómo se llama. Todo esto resulta de lo más inoportuno, y además, justo ahora que James se va a Australia y tengo tanto en que pensar, la verdad es que podrías haber tenido un poco de consideración. Sin embargo, como he dicho antes, si tiene dinero...

—¡Ah! ¡Madre, madre, déjame ser feliz!

La señora Vane la miró y, con uno de esos gestos teatreros que tan a menudo se convierten en un comportamiento habitual para una actriz, la abrazó. En ese momento se abrió la puerta, y un joven de pelo castaño y desgreñado entró en la habitación. Era

corpulento, de pies y manos grandes, y se movía con una cierta torpeza. No tenía la delicadeza de su hermana. Era difícil adivinar el parentesco tan cercano que existía entre ellos. La señora Vane le clavó los ojos e intensificó su sonrisa. Estaba elevando mentalmente a su hijo a la categoría de un público, segura de que el *tableau*^[49] resultaba interesante.



—Podías reservarme alguno de tus besos, Sybil, creo yo —dijo el muchacho en un tono quejumbroso pero amable.

—¡Ah! Pero si a ti no te gusta que te den besos, Jim —exclamó ella—. Eres como un oso.

Y corrió hacia él para abrazarle. James Vane contempló el rostro de su hermana con ternura.

Quiero que vengas a dar un paseo conmigo, Sybil. Supongo que no volveré a este horrible Londres jamás. Al menos, eso espero.

—Hijo mío, no digas esas cosas tan espantosas —murmuró la señora Vane mientras cogía un disfraz lleno de oropeles y se ponía a remendarlo suspirando.

Era una lástima que su hijo no se hubiera unido al grupo. Hubiera aumentado el dramatismo pintoresco de la situación.

—¿Por qué no, madre? Hablo en serio.

—Me entristeces, hijo mío. Confío en que vuelvas de Australia con una posición desahogada. Tengo entendido que no hay nada semejante a una buena sociedad en las colonias, nada que yo considere una buena sociedad; por lo tanto, cuando hayas hecho dinero, vendrás a instalarte en Londres.

—¡Buena sociedad! —murmuró el muchacho—. No me interesa absolutamente nada. Quiero ganar dinero para que tú y Sybil dejéis el teatro. Lo odio.

—¡Pero Jim! —dijo Sybil, riendo—. ¡Qué antipático! En fin, ¿es verdad que vas a dar un paseo conmigo? Sería muy agradable. Pensaba que ibas a despedirte de tus amigos... de Tom Hardy, el que te regaló esa pipa tan espantosa, o de Ned Langton, que se ríe de ti por usarla. Te agradezco mucho que me dediques tu última tarde. ¿Dónde iremos? Vamos al parque.

—Estoy hecho un asco —contestó él poniendo mala cara—. Al parque sólo va la gente bien.

—Qué tontería, Jim —susurró ella, acariciándole la manga de la chaqueta. Su hermano la miró indeciso.

—De acuerdo —dijo finalmente—, pero no tardes mucho en vestirme.

Ella salió bailando por la puerta. La oyeron cantar mientras subía las escaleras. Sus piecitos correteaban por el piso de arriba.

James fue de un extremo a otro de la habitación dos o tres veces. Después se volvió hacia la figura inmóvil del sillón.

—Madre, ¿está listo mi equipaje? —preguntó.

—Desde luego, James —contestó ella sin levantar los ojos de su labor.

En los últimos meses siempre se sentía incómoda cuando se quedaba sola con este hijo suyo tan áspero y serio. Su esencia profunda, más bien simple, se alteraba cuando sus miradas se encontraban. Siempre le había preocupado que sospechara algo. Aquel silencio, puesto que él no volvió a hacer ningún comentario, le resultaba intolerable. Empezó a quejarse. Las mujeres se defienden atacando, del mismo modo que atacan mediante rendiciones repentinas y extrañas.

—Espero que te resulte agradable, James, tu vida de marinero —dijo—. Debes recordar que la decisión ha sido tuya. Podías haber entrado en el despacho de un procurador. Los procuradores son una clase muy respetable y, aunque vivan en el campo, cenan a menudo con las mejores familias.

—Odio los despachos, y odio a los oficinistas —contestó él—. Pero tienes toda la razón. Mi vida depende de mí. Lo único que te pido es que cuides a Sybil. No permitas que le ocurra nada. Madre, tienes que vigilarla.

—James, hablas de una manera francamente extraña. Por supuesto que vigilo a Sybil.

—He oído que hay un caballero que va todas las noches al teatro, y que entra en el camerino a hablar con ella. ¿Es así? ¿Es verdad?

—Hablas de cosas que no comprendes, James. En esta profesión es frecuente recibir una gran cantidad de atenciones de lo más gratificantes. Yo misma tuve una época en que recibía muchos ramos de flores. Eso era cuando a los actores se nos comprendía. En cuanto a Sybil, en este momento no sé si sus vínculos son serios o no. Pero no hay duda de que el hombre en cuestión es un perfecto caballero. Siempre es de lo más educado conmigo. Además, tiene aspecto de ser rico, y las flores que envía son preciosas.

—No sabes su nombre, sin embargo —dijo el muchacho con dureza.

—No —contestó su madre, con una expresión plácida en el rostro—. Aún no ha revelado su verdadero nombre. A mí me parece muy romántico por su parte. Debe ser un miembro de la aristocracia.

James Vane se mordió los labios.

—Vigila a Sybil, madre —exclamó—. Vigílala.

—Hijo mío, me angustias muchísimo. Sybil siempre está bajo mi vigilancia particular. Por supuesto, si este hombre es rico, no hay motivo por el que no deba contraer una alianza con él. Confío en que pertenezca a la aristocracia. Tiene todo el aspecto, a decir verdad. Puede ser un matrimonio de lo más conveniente para Sybil. Harían una pareja encantadora. Él tiene muy buena planta; llama la atención.

El muchacho murmuró algo en voz baja y tamborileó en el entrepaño de la ventana con sus toscos dedos. Acababa de volverse para decir algo, cuando se abrió la puerta y Sybil entró corriendo.

—¡Qué serios estáis los dos! —exclamó—. ¿Qué ocurre?

—Nada —contestó él—. También hay que ponerse serio de vez en cuando. Adiós, madre; cenaré a las cinco. He metido todo en el baúl, menos mis camisas, así es que no debes preocuparte.

—Adiós, hijo mío —contestó ella con una reverencia de majestuosidad forzada.

Estaba muy molesta por el tono de él, y había algo en su mirada que le daba miedo.

—Bésame, madre —dijo la joven.

Sus labios como flores tocaron la mejilla marchita y derritieron el rocío.

—¡Hija mía, hija mía! —exclamó la señora Vane, mirando hacia el techo en busca de una galería imaginaria.

—Vamos Sybil —dijo su hermano con impaciencia. Odiaba la afectación de su madre.

Salieron al sol venteado y oscilante, y bajaron por la triste calle Euston. Los transeúntes miraban sorprendidos al muchacho hosco y fuerte, que, con una vestimenta desmadejada y fachuda, iba en compañía de una joven tan grácil y refinada. Era como un jardinero vulgar con una rosa.

Jim ponía mala cara de cuando en cuando, al descubrir la mirada inquisitiva de algún desconocido. Tenía esa aversión a que le observaran propia de los genios al final de su vida, y que las personas corrientes tienen siempre. Sybil, sin embargo, era bastante inconsciente del efecto que producía. El amor temblaba en forma de risa en sus labios. Estaba pensando en el Príncipe Encantado, y para poder pensar en él tranquilamente no hablaba de él, sino del barco en el que Jim iba a navegar, del oro que sin duda iba a encontrar, de la maravillosa heredera cuya vida iba a salvar de los malvados salteadores de camisa roja. Por supuesto que no iba a ser siempre un marinero, o sobrecargo, o lo que fuera. ¡Ni hablar! La vida de un marino es espantosa. ¡Tener que estar encerrado en un barco horrible, con las olas roncadas y chepudas intentando entrar, y un viento negro derribando los mástiles, y convirtiendo las velas en jirones largos y desgarrados! Lo mejor que podía hacer era abandonar la nave en Melbourne^[50], despedirse educadamente del capitán, y encaminarse inmediatamente hacia las minas de oro. Antes de cumplirse una semana encontraría una enorme pepita de gran pureza, la mayor pepita que se haya descubierto jamás, y la llevaría a la costa en un carro escoltado por seis policías a caballo. Los salteadores los atacarían tres veces, siendo vencidos en una impresionante matanza. Pero no. Más valía que no fuera a las minas de oro. Eran lugares horribles, donde los hombres se intoxicaban, morían a balazos en los bares y decían palabrotas. Tenía que dedicarse a criar ovejas, y una noche, al regresar a casa, vería a la bella heredera secuestrada por un bandido montado en un caballo negro, y se casarían, y volverían a Inglaterra, y vivirían en una mansión en Londres. Sí, le iban a ocurrir cosas maravillosas. Pero tenía que ser muy bueno, y no enfadarse, ni gastar el dinero tontamente. Sólo tenía un año más que él, pero sabía mucho más de la vida. También debía acordarse de escribir una carta en cada correo, y de rezar todas las noches antes de dormirse. Dios era muy bueno y le protegería. Ella rezaría por él también, y al cabo de unos años regresaría rico y feliz.

El muchacho la había escuchado cabizbajo, y no contestó. Estaba desconsolado por tener que marcharse de casa.

Sin embargo, aquél no era el único motivo de que estuviera triste y malhumorado. A pesar de su inexperiencia, tenía un fuerte presentimiento sobre el peligro de la situación de Sybil. Este joven *dandy* que la cortejaba podía traerle problemas. Era un caballero, y le odiaba por ello, le odiaba por un curioso instinto ancestral que él

mismo no lograba explicarse, y que precisamente por este motivo era tan intenso. Era consciente también de la simpleza y la vanidad de la naturaleza de su madre, y en ello veía un infinito peligro para Sybil y para la felicidad de Sybil. Los niños empiezan amando a sus padres; al crecer los juzgan; en algunos casos los perdonan.

¡Su madre! Tenía que preguntarle una cosa, algo a lo que llevaba muchos meses dando vueltas en silencio. Una frase que había escuchado en el teatro por casualidad, una burla susurrada que había llegado a sus oídos una noche mientras esperaba en la puerta del escenario, había desatado un tren de pensamientos horribles. Lo recordaba como si hubiera sido el latigazo de una fusta dándole en la cara. Frunció el ceño formando una arruga como una cuña, y con una mueca de dolor se mordió los labios.

—No has oído ni una palabra de lo que he dicho, Jim —exclamó Sybil—, y estoy haciendo unos planes deliciosos para tu futuro. Te ruego que digas algo.

—¿Qué quieres que diga?

—¡Ah! Que vas a ser un buen chico y que no nos vas a olvidar —contestó ella, sonriéndole.

Él se encogió de hombros.

—Es más probable que me olvides tú a mí que yo a ti, Sybil.

Ella enrojeció.

—¿Por qué dices eso, Jim? —preguntó.

—Tienes un amigo nuevo, según creo. ¿Quién es? ¿Por qué no me has hablado de él? Seguro que no tiene buenas intenciones.

—¡Basta, Jim! —exclamó ella—. No debes decir nada en su contra. Le amo.

—Pero si ni siquiera sabes su nombre —contestó el muchacho—. ¿Quién es? Tengo derecho a saberlo.

—Se llama el Príncipe Encantado. ¿No te gusta el nombre? Ay, so bobo, más te vale no olvidarlo. Si le vieras, te parecería la persona más maravillosa del mundo. Algún día le conocerás, cuando vuelvas de Australia. Te parecerá muy simpático. A todos se lo parece, y yo... estoy enamorada de él. Ojalá pudieras venir al teatro esta noche. Va a ir a verme, y hago el papel de Julieta. ¡Ah! ¡Cómo voy a actuar! Imagínate, Jim, ¡estar enamorada y hacer el papel de Julieta! ¡Tenerle ahí sentado! ¡Actuar para complacerle! Me temo que puedo asustar a la compañía, asustarlos o embelesarlos. Estar enamorado es sobrepasarse a uno mismo. El pobre imbécil del señor Isaacs se pondrá a gritar «qué genio» rodeado de sus holgazanes del bar. Me ha ido predicando como un dogma; esta noche me anunciará como una revelación. Lo presiento. Y es todo suyo, sólo suyo, del Príncipe Encantado, mi maravilloso amor, mi dios de los dones. Pero yo soy pobre a su lado. ¿Pobre? ¿Qué más da? Cuando la pobreza acecha en la puerta, el amor entra volando por la ventana. Conviene dar un repaso a nuestros refranes. Los han escrito en invierno, y estamos en verano; para mí, en primavera, en un verdadero baile de flores en un cielo azul.

—Es un caballero —dijo el muchacho en tono lúgubre.

—¡Un Príncipe! —exclamó ella musicalmente—. ¿Qué más quieres?

—Pretende esclavizarte.

—Cuando pienso en ser libre me dan escalofríos.

—Te pido que te guardes de él.

—Verle es adorarle, conocerle es confiar en él.

—Sybil, estás loca por él.

Ella se rió, y le cogió del brazo.

—Mi querido Jim, vaya un descubrimiento. Algún día tú también te enamorarás. Entonces sabrás lo que es. No te pongas tan triste. Deberías estar contento sabiendo que, aunque te vayas, me dejas más feliz que nunca. La vida ha sido muy dura para nosotros, terriblemente dura y difícil. Pero a partir de ahora va a ser diferente. Tú te vas a un mundo nuevo, y yo acabo de encontrar un mundo nuevo. Aquí hay dos sillas; vamos a sentarnos a ver pasar a las gentes elegantes.

Se sentaron entre un grupo de observadores. Los macizos tulipanes del otro lado de la calle brillaban como aros de fuego. Un polvo blanco, que parecía una nube trémula de muguete^[51], palpitaba en el aire. Las sombrillas de colores bailaban y se agitaban como mariposas gigantes.

Sybil consiguió que su hermano hablara de sí mismo, de sus esperanzas, sus proyectos. Se expresaba con lentitud y esfuerzo. Los hermanos se pasaban las palabras como si fueran las fichas de un juego. Sybil se sentía oprimida. No podía comunicar su alegría. Una vaga sonrisa fue lo único que le obsequió aquella boca triste. Acabó quedándose en silencio. De repente vio un destello de pelo dorado y labios sonrientes, y en una calea descapotada, junto con dos señores, pasó Dorian Gray.

Sybil se puso en pie.

—¡Ahí está! —exclamó.

—¿Quién? —dijo Jim Vane.

—El Príncipe Encantado —contestó ella, contemplando la victoria.

James se levantó de un salto, cogiéndole el brazo bruscamente.

—Enséñamelo. ¿Cuál es? Señálamelo. ¡Tengo que verlo!

Pero en ese momento se cruzó la cuadriga del duque de Berwick, y cuando el lugar quedó despejado, el carruaje ya había salido del parque.

—Se ha ido —murmuró Sybil, tristemente—. Ojalá le hubieras visto.

—Me hubiera gustado, porque te juro por Dios que, si te hace mal alguno, le mataré.

Ella le miró horrorizada. Él repitió sus palabras, que cortaron el aire como una daga. Las personas que había alrededor los contemplaban atónitos. Una señora que había junto a ella sonrió disimuladamente.

—Ven, Jim, vámonos —susurró Sybil.

Él la siguió, reacio, mientras ella se abría paso entre la gente. Estaba contento de haber hablado como lo había hecho.

Al llegar a la estatua de Aquiles, ella se volvió. La piedad de sus ojos se convirtió en una risa en sus labios.

—Eres bobo, Jim, completamente bobo; tienes muy mal genio, simplemente. ¿Por qué dices esas cosas tan horribles? Tú no puedes entenderlo. Te pones tan antipático porque tienes celos. ¡Ah!, cómo me gustaría que te enamoraras. El amor hace que las personas sean buenas, y lo que tú has dicho es malvado.

—Tengo diecisiete años —contesto él—. Sé lo que me hago. Madre no te sirve de ayuda. No comprende cómo debe cuidar de ti. Quisiera no tener que marcharme a Australia. Incluso puede que anule el viaje. Lo haría si no hubiera firmado todas las cláusulas.

—Por Dios, no te pongas tan serio, Jim. Eres como un héroe de aquellos absurdos melodramas en los que a madre le gustaba tanto actuar. No voy a discutir contigo. Lo he visto, y, ¡ay!, verle significa la más perfecta felicidad. No discutamos. Eres incapaz de hacer daño a una persona a la que quiero, ¿verdad?

—Mientras le quieras no, supongo —fue la malhumorada respuesta.

—¡Le amaré siempre! —exclamó ella.

—¿Y él?

—¡Siempre también!

—Más le vale.

Sybil se separó de él, asustada. Después soltó una carcajada y le puso una mano en el brazo. No era más que un niño.

En el Marble Arch^[52] pararon un ómnibus que los dejó cerca de su modesta casa de la calle de Euston. Eran más de las cinco, y Sybil tenía que descansar durante unas horas antes de actuar. Jim insistió en ello. Dijo que prefería despedirse de ella cuando su madre no estuviera presente. Seguro que se pondría dramática, y a él le horrorizaban las escenas.

En la habitación de Sybil, se despidieron. El muchacho estaba invadido por los celos y por un odio feroz y asesino hacia el desconocido que, según parecía, se había interpuesto entre ellos. Sin embargo, cuando ella le echó los brazos al cuello, pasándole los dedos por el pelo, se ablandó, besándola con cariño verdadero. Tenía los ojos llenos de lágrimas al bajar las escaleras.

Su madre estaba esperándole abajo. Se quejó de su impuntualidad al verle entrar. Él no contestó, sentándose ante su escasa cena. Las moscas zumbaban alrededor de la mesa, y se deslizaban sobre el mantel manchado. Por encima del ruido de los ómnibus y traqueteo de los cabriolés, no le quedaba más remedio que escuchar el runrún de aquella voz que iba devorando cada minuto del tiempo que le quedaba.

Después de un momento, apartó el plato y apoyó la cabeza en las manos. Estaba en su derecho al querer saberlo. Debían habérselo dicho antes, si era lo que él sospechaba. Apergaminada por el terror, su madre le observaba. Las palabras le caían mecánicamente de los labios. Retorcía sin parar un pañuelo de encaje deshilachado. Cuando el reloj dio las seis, él se levantó y fue hacia la puerta. Entonces se volvió, y

la miró. Sus ojos se encontraron. En los de ella había una frenética súplica de piedad. Esto le llenó de ira.

—Madre, quiero hacerte una pregunta —dijo.

Los ojos de ella vagaron por la habitación. No contestó.

—Dime la verdad. Tengo derecho a saberlo. ¿Estabas casada con mi padre?

Ella suspiró profundamente. Era un suspiro de alivio. El espantoso momento, el momento que día y noche, durante semanas y meses, había esperado con horror, había llegado por fin, y no sentía ningún miedo. De hecho, hasta cierto punto era una desilusión. La tosca franqueza de la pregunta requería una respuesta directa. Aquella situación no era de las que se alcanzan de una manera gradual. Era desabrida. Le recordaba a un ensayo mal hecho.

—No —contestó pensando en la cruda simplicidad de la vida.

—¿Mi padre era un sinvergüenza, entonces? —exclamó el muchacho, apretando los puños.

Ella dijo que no con la cabeza.

—Yo sabía que él no era libre. Nos queríamos mucho. De haber vivido, se hubiera ocupado de nosotros. No hables mal de él, hijo mío. Era tu padre, y un caballero. Lo cierto es que estaba muy bien relacionado.

Un juramento salió de los labios del joven.

—No me preocupa por mí —exclamó—, pero no permitas a Sybil... ¿Es un caballero, verdad, ése que está enamorado de ella, o dice que lo está? Muy bien relacionado, también, supongo.

Por un instante, la mujer sintió una horrenda sensación de humillación. Bajó la cabeza. Se restregó los ojos con manos temblorosas.

—Sybil tiene una madre —murmuró—; yo no la tuve.

El muchacho se conmovió. Acercándose, se agachó y la besó.

—Siento haberte apenado preguntándote por mi padre —dijo—, pero no he podido evitarlo. Ahora debo irme. Adiós. No olvides que a partir de ahora sólo tendrás una hija de la que cuidar, y créeme, si este hombre se porta mal con mi hermana, descubriré quién es, lo encontraré y lo mataré como a un perro. Lo juro.

La exagerada locura de la amenaza, aquel gesto apasionado, aquellas palabras tan insensatas y melodramáticas, hicieron que la vida le pareciera aún más intensa. La atmósfera le resultaba familiar. Empezó a respirar con mayor tranquilidad y, por primera vez en muchos meses, sintió auténtica admiración por su hijo. Le hubiera gustado haber continuado la escena en una escala más o menos emotiva, pero él la cortó en seco. Había que bajar los baúles, y buscar unas bufandas. El criado de la casa de huéspedes entraba y salía. Hubo que regatear con el cochero. El momento se perdió en detalles vulgares. Con una sensación de desilusión renovada agitó el pañuelo de encaje deshilachado desde la ventana, mientras su hijo se marchaba en el coche. Era consciente de haber desaprovechado una gran oportunidad. Se consoló contando a Sybil lo desgraciada que iba a ser su vida a partir de aquel momento,

puesto que sólo le quedaba una hija a quien cuidar. Aquella frase se le había quedado grabada. Le gustaba. De la amenaza no hizo mención. Había sido vivida y dramática. Acabarían recordándola entre risas algún día.



Capítulo 6

—Supongo que estarás enterado de la noticia, Basil —dijo lord Henry aquella noche, mientras hacían pasar a Hallward a un cuartito privado en el Bristol, donde había una mesa preparada para tres personas.

—No, Harry —contestó el artista, dando su sombrero y abrigo al solícito camarero—. ¿De qué se trata? Espero que no tenga que ver con la política, que no me interesa nada. No hay ni una sola persona en la Cámara de los Comunes a quien merezca la pena pintar; aunque a muchos de los diputados les vendría bien un lavado de cara.

—Dorian Gray se ha comprometido para casarse —dijo lord Henry, observándole mientras hablaba.

Hallward dio un respingo, y después frunció el ceño.

—¡Dorian Gray comprometido para casarse! —exclamó—. ¡Es imposible!

—Es absolutamente cierto.

—¿Con quién?

—Con una supuesta actriz.

—No me lo puedo creer. Dorian es demasiado sensible para eso.

—Dorian es demasiado inteligente para no hacer disparates de vez en cuando, mi querido Basil.

—El matrimonio no es de esas cosas que se hacen de vez en cuando, Harry.

—Excepto en América —replicó lord Henry lánguidamente—. Pero no he dicho que estuviera casado. He dicho que se ha comprometido para casarse. Hay una gran diferencia. Tengo un recuerdo nítido de lo que es estar casado, pero no consigo en absoluto que me venga a la memoria lo que es estar comprometido. Me inclino a pensar que jamás he estado comprometido.

—Pero piensa en el rango de Dorian, su posición y riqueza. Sería absurdo que se casara con alguien tan inferior.

—Si quieres que se case con esta joven, díselo entonces, Basil. Lo hará con toda seguridad. Cuando un hombre hace algo absolutamente necio, siempre es por los motivos más nobles.

—Espero que esta joven sea buena, Harry. No quiero ver a Dorian atado a una criatura vil, que pudiera degradarle el carácter y destrozarle el intelecto.

—Ah, es mejor que buena... es hermosa —murmuró lord Henry, bebiendo un sorbo de un vaso de vermú y naranja amarga—. Dorian dice que es hermosa; y no suele equivocarse en este tipo de cosas. Tu retrato de él ha intensificado su capacidad de apreciación del aspecto personal de los demás. Ha tenido ese excelente efecto, entre otros. La veremos esta noche, si ese muchacho no olvida su cita.

—¿Hablas en serio?

—Muy en serio, Basil. Sería un miserable si pensara que puedo ser más serio que en este momento.

—Pero ¿tú lo apruebas, Harry? —preguntó el pintor, paseando de un extremo a otro de la habitación y mordiéndose los labios—. No lo aprobarás, sin duda. Será un encaprichamiento bobo.

—Yo nunca apruebo ni desapruebo nada, la verdad. Es absurdo tomar una actitud así ante la vida. No nos han traído a este mundo para airear nuestros prejuicios morales. Nunca me fijo en lo que dice la gente corriente, y nunca interfiero en lo que hacen las personas atractivas. Si una personalidad me fascina, la forma de expresión que esa personalidad elija me parece absolutamente deliciosa. Dorian Gray se enamora de una joven hermosa que interpreta a Julieta y pretende casarse con ella. ¿Por qué no? Si se casara con Mesalina^[53] no resultaría menos interesante. Ya sabes que no soy un defensor del matrimonio. El auténtico fallo del matrimonio es que nos vuelve desinteresados. Y las personas desinteresadas son anodinas. Carecen de individualidad. Sin embargo, hay un determinado tipo de temperamento que se vuelve incluso más complejo con el matrimonio. Conservan su egolatría, añadiéndole otros muchos egoísmos. Se ven obligados a llevar más de una vida. Se vuelven sumamente organizados, y ser sumamente organizado es, me imagino, el objeto de la existencia del hombre. Además, toda la experiencia tiene valor, y se diga lo que se diga en contra del matrimonio, es indudablemente una experiencia. Espero que Dorian Gray haga de esta joven su esposa, la adore apasionadamente durante seis meses, y se deje fascinar repentinamente por otra persona. Sería un objeto de estudio maravilloso.

—No estás diciendo ni una palabra de verdad, Harry; y lo sabes. Si la vida de Dorian Gray se echara a perder, nadie lo sentiría más que tú. Eres mucho mejor de lo que finges ser.

Lord Henry soltó una carcajada.

—El motivo de que a todos nos guste pensar que los demás son tan buenos es que nos tememos a nosotros mismos. La base del optimismo es el puro terror. Nos creemos generosos porque atribuimos a nuestro vecino la posesión de aquellas virtudes que pueden resultarnos beneficiosas. Alabamos al banquero para que nos permita estar al descubierto, y hallamos buenas cualidades en el salteador de caminos con la esperanza de que tenga piedad de nuestros bolsillos. Creo firmemente todo lo que he dicho. El optimismo me produce el mayor de los desprecios. En cuanto a una vida echada a perder, no hay vida echada a perder más que aquella cuyo crecimiento queda detenido. Si quieres destrozar un carácter, lo único que tienes que hacer es intentar reformarlo. En cuanto al matrimonio, por supuesto que sería una tontería, pero hay otros lazos más interesantes entre hombre y mujer. Haré lo posible por fomentarlos. Tienen el encanto de estar de moda. Pero aquí tenemos a Dorian. Él puede hablarte de ello mejor que yo.

—¡Mi querido Harry, mi querido Basil, tenéis que felicitarme! —exclamó el muchacho, quitándose el macferlán con la esclavina forrada de satén y dando la mano a cada uno de sus dos amigos—. Nunca he sido tan feliz. Por supuesto que es repentino; todo lo verdaderamente delicioso es repentino. Y aun así, es como si llevara toda la vida buscándolo.

Tenía el rostro enrojecido por el nerviosismo y la alegría, y estaba extraordinariamente hermoso.

—Espero que seas muy feliz siempre, Dorian —dijo Hallward—, pero no sé si perdonarte por no haberme comunicado tu compromiso. A Harry sí se lo has dicho.

—Y yo no te perdono que llegues tarde a cenar —interrumpió lord Henry, poniendo una mano sobre el hombro del muchacho y sonriendo mientras hablaba—. Bien, sentémonos y veamos cómo es el nuevo *chef* de aquí, y así podrás contarnos cómo empezó todo.

—La verdad es que no hay mucho que contar —exclamó Dorian mientras se sentaban en torno a la pequeña mesa redonda—. Lo que ocurrió fue sencillamente esto: después de dejarte ayer por la noche, Harry, me vestí, cené en ese restaurante italiano que me has descubierto en la calle Rupert, y fui al teatro a las ocho. Sybil interpretaba el papel de Rosalind. Por supuesto que el decorado era horrible y el Orlando^[54] absurdo. ¡Pero Sybil! ¡Tendríaís que haberla visto! Cuando salió disfrazada de hombre estaba absolutamente maravillosa. Llevaba un jubón de terciopelo musgo, con mangas canela, medias prietas de color marrón con ligas cruzadas, una gorrita verde con una joya que sujetaba una pluma de halcón, y una capa con capucha forrada de rojo pálido. Nunca me había parecido tan exquisita. Tenía toda la finura de esa estatuilla de Tanagra^[55] que tienes en el estudio, Basil. El pelo se le arracimaba alrededor del rostro como hojas oscuras en torno a una rosa pálida. En cuanto a su actuación... en fin, ya la veréis esta noche. Es simplemente una artista nata. Me quedé arrobado. Olvidé que estaba en un palco, en Londres, en el siglo diecinueve. Estaba lejos con mi amor, en un bosque que ningún hombre había

visto jamás. Al acabarse la función, fui entre bastidores a hablar con ella. Mientras estábamos allí sentados, de repente vi en sus ojos una expresión que no había visto jamás. Mis labios se acercaron a los suyos. Nos besamos. Soy incapaz de describiros lo que sentí en aquel momento. Fue como si mi vida entera hubiera confluído en un punto perfecto de felicidad rosácea. Ella tembló entera, agitándose como un narciso blanco. Cayó al suelo de rodillas y me besó las manos. Creo que no debería contaros todo esto, pero no puedo remediarlo. Por supuesto, nuestro compromiso es un secreto absoluto. Ella ni siquiera se lo ha contado a su madre. No sé qué dirán mis tutores. Estoy seguro de que lord Radley se pondrá furioso. No me importa. Seré mayor de edad en menos de un año, y entonces podré hacer lo que quiera. He hecho bien, ¿verdad, Basil?, en hallar mi amor en la poesía y encontrar una esposa en las obras de Shakespeare. Unos labios a los que Shakespeare enseñó a hablar han susurrado su secreto en mi oído. Rosalind me ha rodeado con sus brazos, y he besado en la boca a Julieta.

—Sí, Dorian, supongo que habrás hecho bien —dijo Hallward lentamente.

—¿La has visto hoy? —preguntó lord Henry.

Dorian Gray negó con la cabeza.

—La dejé en el bosque de Arden, la encontraré en un vergel en Verana.

Lord Henry bebió de su champán con actitud meditabunda.

—¿En qué momento concreto mencionaste la palabra matrimonio, Dorian? ¿Y qué contestó ella? Quizá lo hayas olvidado.

—Mi querido Harry, no actué como si se tratara de una transacción comercial, y no hice una propuesta formal. Le dije que la amaba, y ella dijo que no era digna de ser mi esposa. ¡Digna! Por Dios, si el mundo entero no es nada para mí comparado con ella.

—Las mujeres son maravillosamente prácticas —murmuró lord Henry—, mucho más prácticas que nosotros. En situaciones de este tipo a menudo se nos olvida hablar de matrimonio y son ellas quienes nos lo recuerdan.

Hallward le puso una mano en el brazo.

—Por favor, Harry. Has molestado a Dorian. Él no es como los demás hombres. Jamás haría sufrir a alguien voluntariamente. Es demasiado sensible.

Lord Henry miró al otro lado de la mesa.

—Dorian nunca se enfada conmigo —contestó—. He hecho la pregunta por la mejor razón que existe, por la única razón que de hecho justifica cualquier pregunta: la simple curiosidad. Tengo la teoría de que son siempre las mujeres las que nos piden la mano, no somos nosotros quienes se la pedimos a ellas. Excepto, por supuesto, en las clases medias. Lo que ocurre es que las clases medias no son modernas.

Dorian Gray soltó una carcajada y echó hacia atrás la cabeza.

—Eres verdaderamente incorregible, Harry; pero no me importa. Es imposible enfadarse contigo. Cuando veas a Sybil Vane te darás cuenta de que el hombre que

fuera capaz de agraviarla sería un salvaje, un salvaje sin corazón. No comprendo cómo alguien puede desear avergonzar a quien ama. Yo amo a Sybil Vane. Quiero subirla a un pedestal de oro y ver al mundo adorar a la mujer que me pertenece. ¿Qué es el matrimonio? Un juramento irrevocable. Por eso te burlas de él. ¡Ah!, no te burlas. Es un juramento irrevocable que yo deseo hacer. Su confianza me hace ser fiel, su fe me hace bueno. Cuando estoy con ella, reniego de cuanto me has enseñado. Soy otro diferente del que tú conoces. Me transformo, y el mero roce de la mano de Sybil Vane hace que me olvide de ti y de todas tus teorías malvadas, fascinantes, venenosas y deliciosas.

—¿Que son cuáles? —preguntó lord Henry, sirviéndose ensalada.

—Pues tus teorías sobre la vida, tus teorías sobre el amor, tus teorías sobre el placer. A decir verdad, todas tus teorías, Harry.

—El placer es lo único sobre lo que merece la pena tener una teoría —contestó con su voz lenta, melodiosa—. Pero me temo que no puedo atribuirme mi teoría. Pertenece a la naturaleza, no a mí. El placer es la prueba de la naturaleza, su señal de aprobación. Cuando estamos contentos siempre somos buenos, pero cuando somos buenos no siempre estamos contentos.

—¡Ah! ¿Pero a qué te refieres al decir «bueno»? —exclamó Basil Hallward.

—Sí —repitió Dorian, echándose hacia atrás en la silla y mirando a lord Henry por encima de los densos ramos de lirios de labios morados que había en el centro de la mesa—, ¿a qué te refieres al decir «bueno», Harry?

—Ser bueno es estar en armonía con uno mismo —contestó, tocando el fino tallo de su copa con sus dedos pálidos y delgados—. La discordia es verse obligado a estar en armonía con los demás. La propia vida, eso es lo importante. En cuanto a las vidas de los vecinos, si uno quiere ser un mojigato o un puritano, puede ir soltando moralinas sobre ellos, pero no le conciernen. Además, el individualismo tiene un objetivo más elevado. La moral moderna consiste en aceptar los cánones de nuestra época. A mi modo de ver, que un hombre culto acepte los cánones de su época es un ejemplo de la inmoralidad más flagrante.

—Pero, con toda seguridad, si uno vive exclusivamente para uno mismo, Harry, pagará un precio terrible por hacerlo —sugirió el pintor.

—Sí, está todo carísimo hoy en día. Me imagino que la verdadera tragedia de los pobres es que no pueden permitirse nada más que la abnegación. Los pecados hermosos, como los objetos hermosos, son privilegio de los ricos.

—Se paga de otras maneras, no con dinero.

—¿De qué maneras, Basil?

—Pues me imagino que a base de remordimientos, de penas, de... bueno, de la conciencia de la degradación.

Lord Henry se encogió de hombros.

—Mi querido amigo, el arte medieval es delicioso, pero los sentimientos medievales se han quedado anticuados. Se pueden usar en la ficción, por supuesto.

Pero los únicos elementos que se pueden usar en la ficción son aquellos que se han dejado de usar en la realidad. Créeme, ningún hombre civilizado se arrepiente de un placer, y ningún hombre salvaje descubre jamás lo que es un placer.

—Yo sé lo que es el placer —exclamó Dorian Gray—. Es adorar a alguien.

—No hay duda de que es mejor que ser adorado —contestó lord Henry, toqueteando unas frutas—. Ser adorado es muy molesto. Las mujeres nos tratan del mismo modo que la humanidad trata a sus dioses. Nos adoran, y siempre nos están dando la lata para que les hagamos algún favor.

—Tenía que haber dicho que cuanto exijan nos lo han dado ellas a nosotros primero —murmuró el muchacho muy seriamente—. Ellas crean el amor en nuestro interior. Tienen derecho a reclamárnoslo.

—Eso es muy cierto, Dorian —exclamó Hallward.

—Nada es nunca muy cierto —dijo lord Henry.

—Esto sí —interrumpió Dorian—. Debes admitir, Harry, que la mujer da al hombre lo mejor que tiene.

—Es posible —suspiró él—, pero invariablemente quieren que se lo devolvamos en perras chicas. Eso es lo malo. La mujer, como dijo un astuto francés, nos inspira el deseo de hacer una obra maestra, y siempre nos lo impide.

—¡Harry, eres terrible! No sé por qué te tengo tanto aprecio.

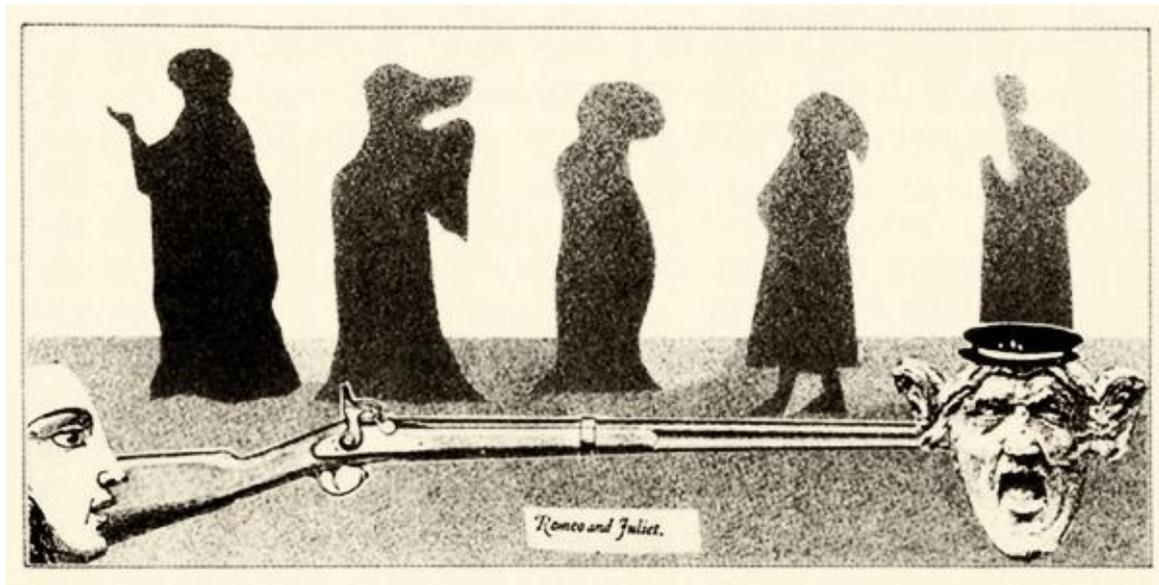
—Siempre me tendrás aprecio, Dorian —contestó él—. ¿Tomáis café, amigos míos...? Camarero, tráiganos café, un buen champán, y unos cigarrillos. No; olvídense de los cigarrillos; tengo. Basil, no puedo permitirte que fumes puros. Debes fumar un cigarrillo. Un cigarrillo es la forma perfecta de un placer perfecto. Es exquisito, y le deja a uno insatisfecho. ¿Qué más se puede pedir? Sí, Dorian, siempre me tendrás aprecio. Yo represento para ti todos los pecados que nunca has tenido el valor de cometer.

—¡Qué tonterías dices, Harry! —exclamó el muchacho, encendiendo su cigarrillo en un dragón plateado de boca llameante que el camarero había colocado sobre la mesa—. Vayamos al teatro. Cuando Sybil salga al escenario tu ideal de la vida será diferente. Ella representará para ti algo que aún no conoces.

—Lo conozco todo —dijo lord Henry con una expresión de cansancio en los ojos—, pero siempre estoy dispuesto a sentir una emoción nueva. Me temo, sin embargo, que, al menos para mí, no existe tal cosa. En cualquier caso, puede que tu joven maravillosa me conmueva. Me encanta el teatro. Es mucho más real que la vida. Vayamos pues. Dorian, tú vendrás conmigo. Lo siento mucho, Basil, pero en esta berlina sólo caben dos. Tendrás que seguimos en un cabriolé.

Se levantaron y se pusieron los abrigos, tomando el café de pie. El pintor estaba silencioso y preocupado. Tenía un aire lúgubre. Este matrimonio le parecía intolerable, aunque era mejor que muchas otras cosas que podían haber ocurrido. Al cabo de unos minutos, fueron al piso de abajo. Basil fue solo, como se había dispuesto, observando las luces de la pequeña berlina que tenía delante. Empezó a

notar una extraña sensación de pérdida. Estaba seguro de que Dorian Gray jamás volvería a ser para él todo lo que había sido en el pasado. La vida se había interpuesto entre ellos... Los ojos se le oscurecieron, las calles abarrotadas y brillantes se volvieron borrosas. Cuando el coche se detuvo ante el teatro, fue como si hubieran pasado varios años.



Capítulo 7

Por algún motivo u otro, el teatro estaba lleno aquella noche, y el gordo judío que los recibió en la puerta estaba radiante, con una sonrisa grasienta y trémula que le llegaba de oreja a oreja. Los acompañó hasta el palco con una especie de humildad pomposa, agitando unas manos gordas, cargadas de joyas, y hablando a pleno pulmón. Dorian Gray le aborreció más que nunca. Era como buscar a Miranda^[56] y encontrarse con Calibán. Lord Henry, sin embargo, le tomó cierta simpatía. Al menos así lo declaró, e insistió en darle la mano y en asegurarle que era un orgullo conocer a un hombre que había descubierto un verdadero talento y había ido a la quiebra por un poeta. Hallward se entretenía observando los rostros del patio de butacas. El calor era terriblemente agobiante, y la enorme lámpara del techo ardía como una monstruosa dalia con pétalos de fuego amarillo. Los jóvenes del gallinero se habían quitado los abrigos y chaquetas, dejándolos sobre la barandilla. Hablaban entre sí de un extremo a otro del teatro, y compartían sus naranjas con las jóvenes estridentes que se sentaban a su lado. En el patio de butacas había varias mujeres riéndose. Sus voces eran horriblemente chillonas y discordes. Desde el bar llegaba el sonido de las botellas que estaban descorchando.

—¡Vaya un lugar para encontrar una divinidad! —dijo lord Henry.

—¡Sí! —contestó Dorian Gray—. Fue aquí donde la encontré y es divina sobre todas las cosas. Cuando salga a escena olvidaréis todo lo demás. Estas gentes rudas y

vulgares, con sus caras toscas y sus gestos brutales, se convierten en algo diferente cuando ella actúa. Se quedan en silencio, mirándola. Lloran y ríen según ella se lo ordena. Los vuelve tan sensibles como un violín. Los espiritualiza, y se convierten en personas de carne y hueso con las que uno se identifica.

—¡Con las que uno se identifica! ¡Espero que no! —exclamó lord Henry, que observaba a los del gallinero con sus gemelos.

—No le hagas ningún caso, Dorian —dijo el pintor—. Sé a lo que te refieres, y tengo fe en esta joven. Cualquiera persona a la que tú ames debe ser maravillosa, y una mujer que produzca el efecto que has descrito debe ser exquisita y noble. Espiritualizar la época en que uno vive... eso es algo que merece la pena. Si esta joven puede dotar de alma a quienes han vivido sin tenerla, si puede volver sensibles a la belleza a personas cuyas vidas han sido sórdidas y horribles, si es capaz de despojarlos de su egoísmo y prestarles lágrimas para penas que no son las propias, es digna de tu adoración, digna de la adoración del mundo entero. Este matrimonio es del todo correcto. Al principio no lo creía así, pero ahora lo admito. Los dioses han creado a Sybil Vane para ti. Sin ella, te hubieras quedado incompleto.

—Gracias, Basil —contestó Dorian Gray, dándole una palmadita en la mano—. Sabía que me entenderías. Harry es tan cínico que me aterroriza. Aquí tenemos la orquesta. Es realmente terrible, pero sólo durará unos cinco minutos. Después se levantará el telón y veréis a la mujer a quien voy a entregar mi vida entera, a quien he dado todo lo que hay de bueno en mí.

Un cuarto de hora más tarde, en medio de un extraordinario tumulto de aplausos, Sybil Vane salió al escenario. Sí, había que admitir que era hermosa, una de las criaturas más hermosas, pensó lord Henry, que había visto en su vida. Aquel porte tímido y aquellos ojos asustados le recordaban a los de un ciervo. Al ver el teatro abarrotado y entusiasta, un ligero rubor, como la sombra de una rosa en un espejo de plata, le vino a las mejillas. Dio unos pasos hacia atrás, sus labios parecieron temblar. Basil Hallward se levantó de un salto y empezó a aplaudir. Inmóvil, como sí estuviera en un sueño, Dorian Gray la contemplaba. Lord Henry miraba a través de sus gemelos, murmurando:

—¡Encantadora, encantadora!

La escena era el vestíbulo de la casa de Capuleto, y Romeo, con su atuendo de peregrino, acababa de entrar acompañado de Mercucio y sus otros amigos. La orquesta, si es que podía llamarse así, tocó unos compases de música y comenzó el baile. En medio de la multitud de actores torpes y desgarrados, Sybil Vane se movía como una criatura de un mundo superior. Al bailar, su cuerpo parecía una planta meciéndose en el agua. Las curvas de su cuello eran las curvas de una azucena blanca. Sus manos eran frío marfil.

Sin embargo, estaba curiosamente apática. No mostraba alegría cuando miraba a Romeo. Las escasas palabras que tenía que decir:

*Buen peregrino, sois demasiado injusto con vuestra mano,
no habéis mostrado en esto sino devoción y cortesía;
las santas tienen manos que tocar pueden los peregrinos,
y es un sagrado beso este contacto...[57]*

con el breve diálogo que sigue, fueron recitadas de forma absolutamente artificial. La voz era exquisita, pero desde el punto de vista del tono era sumamente falsa. Era inadecuada en cuanto al color. Dejaba al verso sin vida. Convertía la pasión en algo irreal.

Dorian Gray se puso pálido al contemplarla. Estaba desconcertado y ansioso. Ninguno de sus amigos se atrevía a decirle nada. La joven parecía verdaderamente incompetente. Se habían llevado una decepción horrible.

Aun así pensaron que la verdadera prueba para cualquier Julieta es la escena del balcón del segundo acto. Esperarían a verlo. Si fallaba entonces, no había nada que hacer.

Cuando salió a la luz de la luna, estaba deliciosa. Eso no se podía negar. Pero la teatralidad de su actuación era insoportable e iba en aumento. Sus gestos eran absurdamente artificiales. Recalcaba todo lo que tenía que decir. El hermoso pasaje:

*Tú sabes que el velo de la noche está sobre mi faz;
si no, verías que el rubor colorea mi mejilla
pensando en las palabras que esta noche me oíste pronunciar...[58]*

lo declamó con la lastimosa precisión de una colegiala que ha aprendido a recitar con un profesor de declamación de segunda categoría. Cuando se apoyó en la barandilla y llegó a esas maravillosas líneas:

*Aunque seas mi alegría,
no gozo con este compromiso nocturno.
Es demasiado temerario, demasiado repentino e imprevisto;
demasiado parecido al relámpago que ha cesado de ser
antes de que pueda decirse: «Relumbra». ¡Buenas noches, amado!
Este capullo de amor abierto por el aura estival
puede ser una bella flor en nuestra cita próxima...[59]*

dijo las palabras como si no tuvieran significado alguno para ella. No era una cuestión de nerviosismo. De hecho, lejos de estar nerviosa, estaba absolutamente contenida. Era simplemente una mala actuación, un auténtico fracaso.

Incluso el público vulgar e inculto que ocupaba el gallinero y el patio de butacas dejó de mostrar interés por la obra. Empezaron a inquietarse, a hablar en voz alta y

silbar. El judío, que estaba de pie al fondo del piso principal, daba patadas en el suelo y soltaba juramentos airados. La única persona que permanecía impassible era la propia joven.

Al finalizar el segundo acto se oyó una tormenta de silbidos, y lord Henry se levantó, poniéndose el abrigo.

—Es muy hermosa, Dorian —dijo—, pero no sabe actuar. Vámonos.

—Yo voy a ver la función entera —contestó el muchacho con una voz dura y amarga—. Siento muchísimo haberte hecho desperdiciar una noche, Harry. Os pido disculpas a los dos.

—Mi querido Dorian, supongo que la señorita Vane estará enferma —interrumpió Hallward—. Ya vendremos otro día.

—Ojalá estuviera enferma —replicó él—. A mí lo único que me parece es obtusa y fría. Está completamente alterada. Anoche era una gran artista. Hoy no es más que una actriz mediocre y vulgar.

—No hables así de alguien a quien amas, Dorian. El amor es más maravilloso que el arte.

—Ambos son simples formas de imitación —comentó lord Henry—. Y ahora, vayámonos. Dorian, no deberías quedarte. Ver una mala actuación no es bueno para el estado de ánimo. En cualquier caso, supongo que no querrás que tu esposa continúe actuando. ¿Qué importa si representa a Julieta como una muñeca de madera? Es muy hermosa, y si sabe tan poco sobre la vida como sobre el arte dramático, será una experiencia deliciosa. Sólo hay dos tipos de individuos que resultan verdaderamente fascinantes: aquellos que lo saben absolutamente todo y aquellos que no saben absolutamente nada. ¡Dios Santo, mi querido muchacho, no te pongas tan trágico! El secreto para permanecer joven es no tener jamás un humor que desfavorezca. Ven al club con Basil y conmigo. Fumaremos unos cigarrillos y brindaremos por la belleza de Sybil Vane. Es hermosa. ¿Qué más puedes pedir?

—Vete, Harry —exclamó el muchacho—. Quiero estar solo. Basil, debéis marcharos. ¡Ah! ¿No veis que se me está rompiendo el corazón?

Los ojos se le llenaron de lágrimas acaloradas. Le temblaron los labios y, precipitándose al fondo del palco, se apoyó en la pared, ocultando el rostro entre las manos.

—Vámonos, Basil —dijo lord Henry con una extraña ternura en la voz; y los dos hombres salieron juntos.

Unos minutos después, se encendieron los focos y el telón se levantó para dar lugar al tercer acto. Dorian Gray volvió a su asiento. Estaba pálido, orgulloso e indiferente. La obra seguía igual, y parecía interminable. La mitad del público se marchó, haciendo ruido con sus enormes botas y riéndose a carcajadas. Había sido un fiasco. El último acto se representó ante filas casi vacías. Al caer el telón se oyeron unas risitas, y bastantes refunfuños.

En cuanto se acabó, Dorian Gray fue entre bastidores, al camerino. La joven estaba allí sola, con una expresión de triunfo en el rostro. Tenía los ojos iluminados con un fuego exquisito. Estaba resplandeciente. Sus labios entreabiertos reían de algún secreto que sólo ellos conocían.

Al entrar él, le miró, y su semblante se llenó de una alegría infinita.

—¡Qué mal he actuado esta noche, Dorian! —exclamó.

—¡Horriblemente! —contestó él, contemplándola atónito—. ¡Horriblemente! Ha sido espantoso. ¿Estás enferma? No te puedes imaginar lo que ha sido. No sabes cómo he sufrido.

La joven sonrió.

—Dorian —contestó, pronunciando lentamente el nombre con una música profunda en la voz, como si fuera más dulce que la miel para su boca de pétalos rojos—. Dorian, creía que lo habías comprendido. Pero ahora sí lo comprendes, ¿verdad?

—¿Qué tengo que comprender? —preguntó él, furioso.

—Por qué he actuado tan mal esta noche. Por qué siempre lo haré mal. Por qué jamás volveré a actuar bien.

Dorian se encogió de hombros.

—Estás enferma, supongo. Cuando estés enferma, no deberías actuar. Haces el ridículo. Mis amigos se han aburrido mucho. Yo también me he aburrido.

Ella parecía no oírle. Estaba transfigurada por la alegría, por un éxtasis de felicidad.

—Dorian, Dorian —exclamó—. Antes de conocerte, el teatro era la única realidad de mi vida. Sólo vivía cuando actuaba. Creía que todo ello era verdad. Una noche era Rosalind, la siguiente era Porcia. La felicidad de Beatriz era mi felicidad, y las penas de Cordelia^[60] eran mías también. Tenía fe en las cosas de mi alrededor. Las gentes corrientes que actúan conmigo me parecían divinas. Los decorados pintados eran mi mundo. No conocía nada más que sombras, y me parecían reales. Entonces apareciste tú... ¡ay, mi maravilloso amor!... y liberaste mi alma de su prisión. Me has enseñado lo que es realmente la realidad. Esta noche, por primera vez en la vida, he visto con nitidez el vacío, el cartón piedra, la necedad del fatuo espectáculo en el que siempre he actuado. Esta noche, por primera vez, me he dado cuenta de que Romeo es horroroso, y viejo, y pintado, de que la luna de la huerta es falsa, que el decorado es vulgar, y que las palabras que yo tenía que decir son irreales, no son mías, no son las que yo quiero decir. Tú me has traído algo superior, algo de lo que todo arte no es sino un reflejo. Me has hecho comprender lo que es realmente el amor. ¡Mi amor, mi amor, Príncipe Encantado, Príncipe de la vida! Estoy harta de sombras. Tú eres más para mí que todo el arte del mundo. ¿Qué tengo yo que ver con las marionetas de una función? Al salir al escenario esta noche, no lograba comprender por qué había perdido mi capacidad. Estaba convencida de que lo iba a hacer maravillosamente. Pero me di cuenta de que no podía hacer nada. De repente, descubrí lo que aquello significaba. La revelación me resultó exquisita. Los oí

silbando, y sonreí. ¿Qué pueden saber ellos de un amor como el nuestro? Llévame contigo, donde podamos estar completamente solos. Odio el teatro. Puedo imitar una pasión que no siento, pero no puedo imitar una pasión que me abrasa como el fuego. Ay, Dorian, Dorian, ¿comprendes ahora lo que significa todo esto? Incluso aunque fuera capaz de hacerlo, representar que estoy enamorada sería una profanación. Tú me has hecho darme cuenta.

Dorian se dejó caer sobre el sofá, y ocultó el rostro.

—Has matado mi amor —murmuró.

Ella le miró sorprendida y soltó una carcajada. Él no respondió. Ella se acercó y le acarició el pelo con sus pequeños dedos. Se arrodilló y le acercó las manos a los labios. Él se apartó, sintiendo un escalofrío.

Entonces se levantó de un salto y fue hasta la puerta.

—Sí —exclamó—, has matado mi amor. Antes me exaltabas la imaginación. Ahora ni siquiera me inspiras curiosidad. Sencillamente no me produces ningún efecto. Te amaba porque eras maravillosa, porque tenías talento e inteligencia, porque encarnabas los sueños de los grandes poetas y dabas forma y sustancia a las sombras del arte. Lo has echado todo a perder. Eres simple y necia. ¡Dios mío, qué estúpido he sido al amarte! ¡Qué loco estaba! Ya no significas nada para mí. Jamás volveré a verte. No pensaré en ti. No volveré a mencionar tu nombre. Tú no sabes lo que has sido para mí. Dios mío... ¡No puedo ni pensarlo! ¡Ojalá no te hubiera puesto los ojos encima! Has destruido el romance de mi vida. ¡Qué poco sabes del amor si dices que desfigura tu arte! Sin tu arte, no eres nada. Yo te hubiera hecho famosa, espléndida, magnífica. El mundo te hubiera adorado, y hubieras llevado mi nombre. ¿Qué eres ahora? Una actriz de tercera categoría con un rostro bonito.

La joven palideció y se echó a temblar. Juntó las manos tensamente, y la voz parecía habersele quedado atascada en la garganta.

—No hablarás en serio, ¿verdad, Dorian? —murmuró—. Estás actuando.

—¡Actuando! Eso te lo dejo a ti. Es lo tuyo —contestó él amargamente.

Ella, aún de rodillas, se levantó, y con una patética expresión de dolor en el rostro, atravesó la habitación para acercarse a él. Le puso una mano encima del brazo, y le miró a los ojos. Dorian la separó de sí con brusquedad.

—¡No me toques! —exclamó.

Ella soltó un quejido gutural, y se dejó caer a sus pies, quedándose allí como una flor pisoteada.

—¡Dorian, Dorian, no me dejes! —susurró—. Siento mucho no haber actuado bien. No hacía más que pensar en ti. Pero me esforzaré, por supuesto que me esforzaré. Lo sentí de una forma tan repentina, mi amor por ti. Creó que jamás lo hubiera sentido si no me hubieras besado... si no nos hubiéramos besado. Bésame otra vez, amor mío. No me dejes. Sería incapaz de soportarlo. ¡Ay!, no me dejes. Mi hermano... No; olvídale. No hablaba en serio. Era una broma... Pero ¡ay!, ¿no puedes perdonarme por lo de esta noche? Trabajaré mucho e intentaré mejorar. No

seas cruel conmigo, porque te quiero más que a nada en este mundo. Además, sólo en esto he dejado de complacerte. Pero tienes mucha razón, Dorian. Tenía que haber mostrado mis dotes de artista. He sido una necia; pero no podía remediarlo. Ay, no me dejes, no me dejes.

Se puso a sollozar apasionadamente, quedándose agazapada en el suelo como una criatura herida, y Dorian Gray la contempló con sus hermosos ojos, y sus labios cincelados se curvaron con un desprecio exquisito. Siempre hay algo ridículo en los sentimientos de aquellos a quienes hemos dejado de amar. Sybil Vane le parecía absurdamente melodramática. Sus lágrimas y gemidos le enfurecían.

—Me voy —dijo por fin, con su voz tranquila y clara—. No pretendo ser desagradable, pero no puedo volverte a ver. Me has desilusionado.

Ella seguía sollozando en silencio y no dio respuesta alguna, pero se acercó a él. Extendió sus pequeñas manos ciegamente, como si le estuviera buscando. Dorian se dio la vuelta bruscamente y salió de la habitación. Un momento después, ya estaba fuera del teatro.

No sabía ni dónde iba. Era consciente de estar recorriendo calles mal iluminadas, pasando por delante de arcos sumidos en sombras negras y de casas con aspecto siniestro. Mujeres de voz ronca y risa áspera le decían cosas. Había borrachos tambaleándose y blasfemando, hablando solos, como simios monstruosos. Vio niños grotescos acurrucados en los portales, y escuchó gritos y palabrotas que salían de patios lúgubres.

Justo en el momento en que empezaba a amanecer, se dio cuenta de que estaba cerca de Covent Garden^[61]. La oscuridad se disipó y, arrebolado con tenues fuegos, el cielo se fue ahuecando, convirtiéndose en una perla perfecta. Unas enormes carretas llenas de azucenas titilantes rodaban estrepitosamente por la calle pulida y vacía. El aire estaba cargado del perfume de las flores, y su belleza fue como un calmante para su dolor. Siguió hasta el mercado y vio a los hombres descargando sus carros. Un vendedor vestido de blanco le ofreció unas cerezas. Le dio las gracias, sorprendido de que no quisiera cobrarle nada, y se puso a comerlas desganadamente. Las habían cogido a media noche y aún tenían dentro el frío de la luna. Una larga fila de niños, llevando cajas de tulipanes rayados y de rosas rojas y amarillas, desfilaron frente a él, abriéndose camino entre los gigantescos montones de verduras de color jade. Bajo el pórtico de pilares grises desteñidos por el sol, holgazaneaban una tropa de niñas harapientas y destocadas, esperando a que terminara la subasta. Algunas de ellas se apiñaban en torno a las puertas de batiente del café de la plaza. Los grandes caballos de tiro resbalaban y pateaban los toscos adoquines, meneando sus cascabeles y arreos. Algunos de los zagales se habían quedado dormidos encima de unos sacos. Con cuellos irisados y patas rosáceas, las palomas correteaban comiendo semillas.

Al cabo de un rato, Dorian paró un coche y se fue a casa. Se quedó en el portal durante un momento, mirando la plaza silenciosa con sus ventanas cerradas y lisas y sus persianas llamativas. El cielo se había convertido en un puro ópalo y los tejados

de las casas brillaban sobre él como la plata. De una de las chimeneas de enfrente salía una fina guirnalda de humo. Se rizó, una cinta violeta, atravesando el aire nacarado.

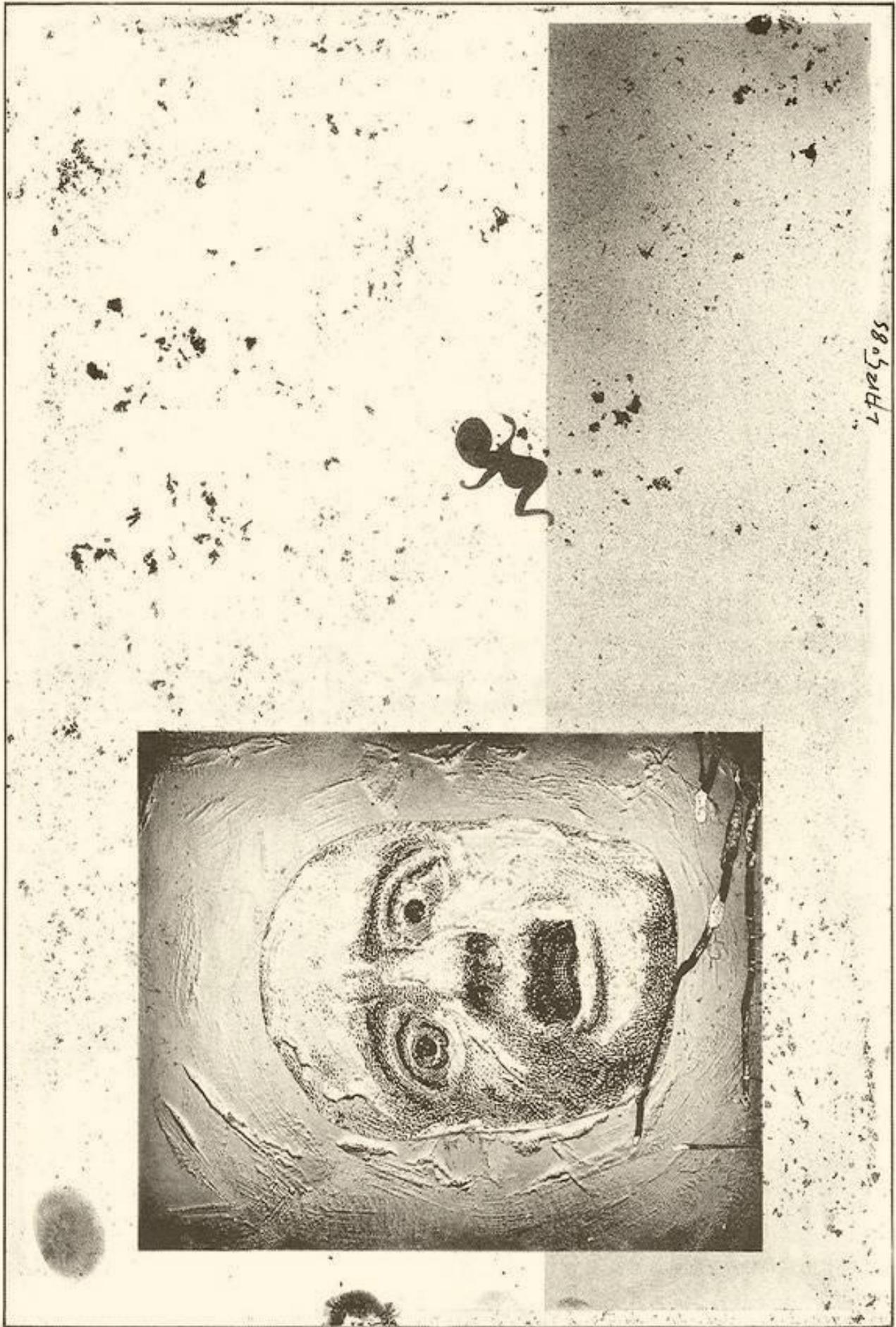
En el enorme farol veneciano de color dorado, botín de la barcaza de un dux, que colgaba del techo del gran vestíbulo forrado en roble que había a la entrada, aún salía luz de tres llamas oscilantes; parecían finos pétalos de fuego azul, ribeteadas de un resplandor blanco. Las apagó, y después de tirar el sombrero y la capa encima de la mesa, atravesó la biblioteca hacia la puerta de su habitación, una gran cámara octogonal situada en la planta baja que, en su reciente interés por el lujo, acababa de decorar, y donde había colgados unos curiosos tapices renacentistas que habían aparecido en un desván abandonado en Selby Royal. Al ir a girar el picaporte, vio el retrato que Basil Hallward le había pintado. Dio un respingo, como si se hubiera sorprendido. Entró entonces en su habitación, con aspecto desconcertado. Al quitarse la flor del ojal, pareció dudar. Finalmente volvió, se acercó al cuadro y lo examinó. Bajo la débil luz que lograba atravesar las cortinas de seda color crema, daba la sensación de que el rostro estaba algo cambiado. La expresión parecía distinta. Era como si hubiera un toque de crueldad en la boca. Resultaba verdaderamente raro.

Se volvió y, acercándose a la ventana, subió la persiana. El terso amanecer inundó la estancia, arrinconando las sombras polvorientas y haciéndolas temblar. Pero la extraña expresión que había notado en el rostro del retrato seguía ahí, incluso se había intensificado. La luz del sol, resplandeciente, le mostraba unas líneas de crueldad en torno a la boca, tan nítidas como si se estuviera mirando al espejo después de haber hecho algo horrible.

Con un gesto de preocupación, cogió de la mesa un espejo oval enmarcado en Cupidos de marfil, uno de los numerosos regalos de lord Henry, y se miró atropelladamente en sus pulidas profundidades. Sus labios rojos no estaban deformados por ninguna línea semejante. ¿Qué significaba aquello?

Se restregó los ojos y, acercándose al cuadro, volvió a examinarlo. El cuadro en sí no parecía haber cambiado, pero indudablemente la expresión global estaba trastocada. No se lo había imaginado. Era horriblemente evidente.

Se desplomó sobre una silla y se puso a pensar. En ese momento le vino a la mente lo que había dicho en el estudio de Basil Hallward el día que había terminado el cuadro. Sí, lo recordaba perfectamente. Había deseado enardecidamente permanecer joven y que el retrato fuera envejeciendo; mantener su belleza intacta y que el rostro del retrato cargara con la lacra de sus pasiones y sus pecados; que la imagen pintada mostrara los surcos del dolor y el pensamiento, y que él pudiese conservar la delicada flor y la belleza de su adolescencia apenas consciente. ¿Se había cumplido su deseo? Tales cosas eran imposibles. Era monstruoso siquiera pensar en ellas. Y a pesar de todo, ahí estaba el cuadro, con un toque de crueldad en la boca.



¡Crueldad! ¿Había sido cruel? La culpa la había tenido ella, no él. Había soñado con que ella fuera una gran artista, le había dado su amor porque la había creído genial. Y le había desilusionado. Era simple e indigna. Aun así, sintió un remordimiento infinito al pensar en ella tumbada a sus pies, sollozando como una niña. Recordó la frialdad con que la había contemplado. ¿Por qué le habían hecho así? ¿Por qué le habían dado un alma? Pero él también había sufrido. Durante las tres terribles horas que había durado la obra, había vivido siglos de dolor, eón sobre eón^[62] de tortura. Su vida valía mucho más que la de ella. Ella le había hecho sufrir durante un momento, aunque él la hubiera herido por toda una eternidad. Además, las mujeres están mejor dotadas para aguantar el sufrimiento que los hombres. Ellas viven de sus sentimientos. Sólo piensan en sus sentimientos. Cuando tienen amantes, es sólo para poder tener escenas con alguien. Lord Henry se lo había dicho, y lord Henry sabía bien lo que son las mujeres. ¿Por qué iba a preocuparse por Sybil Vane? Ya no significaba nada para él.

¿Y el cuadro? ¿Qué se podía decir de él? Que guardaba el secreto de su vida y narraba su historia. Gracias a él había aprendido a amar su propia belleza. ¿Le enseñaría también a odiar su propia alma? ¿Sería capaz de volver a mirarlo?

No; era una simple ilusión forjada sobre los sentidos extenuados. La horrible noche que había pasado había dejado sus fantasmas. De repente le había caído en la mente esa diminuta mota escarlata que enloquece a los hombres. El cuadro no había cambiado. Era una locura pensarlo.

Sin embargo, le estaba observando, con su hermosa cara estropeada y su sonrisa cruel. Su pelo brillante resplandecía con el sol temprano. Sintió una piedad infinita, no por él mismo, sino por la imagen pintada. Ya se había transformado, y se transformaría más. Su oro se marchitaría, tomándose gris. Por cada pecado que cometiera, saldría una mancha a salpicar y enturbiar su hermosura. Pero no iba a pecar. El cuadro, cambiado o no, sería el emblema visible de su conciencia. Resistiría la tentación. No volvería a ver a lord Henry... al menos, no escucharía aquellas teorías sutiles y venenosas que en el jardín de Basil Hallward le habían inculcado la pasión por lo imposible. Volvería junto a Sybil Vane, le pediría disculpas, se casaría con ella, intentaría volver a amarla. Sí, era su deber hacerlo. Ella debía haber sufrido más que él. ¡Pobre niña! Había sido egoísta y cruel con ella. La fascinación que había ejercido sobre él volvería a existir. Serían felices juntos. Su vida junto a ella sería hermosa y pura.

Se levantó de la silla y colocó un enorme biombo justo delante del retrato, sintiendo un escalofrío al mirarlo.

—¡Qué horror! —murmuró para sí, acercándose al ventanal y abriéndolo.

Al salir y pisar la hierba, respiró hondamente. Fue como si el aire fresco de la mañana le librara de todas sus pasiones sombrías. Pensaba solamente en Sybil. Volvió a sentir un leve eco de su amor. Repitió su nombre una y otra vez. Los pájaros que cantaban en el jardín empapado de rocío parecían hablar a las flores sobre ella.



Capítulo 8

Era bastante más de mediodía cuando se despertó. El mayordomo había ido a su habitación varias veces, de puntillas, para ver si se movía, asombrado de que su joven señor se levantara tan tarde. Por fin sonó la campanilla y Víctor entró silenciosamente, trayendo una taza de té y un montón de cartas sobre una pequeña bandeja de porcelana de Sèvres^[63]. Abrió las cortinas de raso oliváceo, forradas de azul brillante, que colgaban frente a los tres altos ventanales.

—*Monsieur* ha dormido bien esta mañana —dijo, sonriendo.

—¿Qué hora es, Victor? —preguntó Dorian Gray, soñoliento.

—La una y cuarto, *monsieur*.

¡Qué tarde era! Se sentó en la cama y, después de tomar unos sorbos de té, miró el correo. Una de las cartas era de lord Henry y la habían entregado en mano por la mañana. Pareció dudar, y la dejó a un lado. Abrió las demás con indiferencia. Contenían la colección acostumbrada de tarjetas, invitaciones a cenar, entradas para vistas privadas, programas de conciertos benéficos y cosas por el estilo con que atosigan a los jóvenes elegantes durante todas las mañanas de la temporada. Había una factura bastante elevada por el importe de un juego de tocador Luis XV^[64] de plata repujada, que aún no se había atrevido a enviar a sus tutores, personas extremadamente anticuadas que no se daban cuenta de que en estos tiempos los objetos innecesarios son una auténtica necesidad; y había varios comunicados, con

una redacción correctísima, que enviaban los prestamistas de la calle Jermyn, ofreciéndose a adelantarle cualquier cantidad de dinero inmediatamente y con unos intereses de lo más razonable.

Al cabo de unos diez minutos se levantó y, poniéndose una exquisita bata de lana de cachemir, pasó al cuarto de baño pavimentado en ónice. El agua fresca le refrescó después de su largo descanso. Parecía haber olvidado todo cuanto le había ocurrido. Una o dos veces tuvo la sensación de haber tomado parte en una extraña tragedia, pero tenía la típica irrealidad de los sueños.

En cuanto terminó de vestirse fue a la biblioteca y se sentó a tomar el ligero desayuno francés que le habían puesto en una pequeña mesa redonda junto al ventanal abierto. Hacía un día exquisito. El aire cálido parecía cargado de especias. Una abeja entró volando y zumbó alrededor de un cuenco de dragones azules que, lleno de rosas azufradas, tenía a su lado. Se sentía perfectamente feliz.

De repente se fijó en el biombo que había colocado delante del retrato y dio un respingo.

—¿*Monsieur* tiene frío? —preguntó el mayordomo al depositar una tortilla sobre la mesa—. ¿Cierro la ventana?

Dorian negó con la cabeza.

—No tengo frío —murmuró.

¿Sería verdad todo aquello? ¿El retrato había cambiado? ¿O su imaginación le había hecho ver un gesto malévolos donde antes había un gesto feliz?

¡Cómo iba a transformarse un lienzo pintado...! Era absurdo. Sería una buena historia que contarle a Basil algún día. Le haría sonreír.

Sin embargo, ¡qué nítido era su recuerdo! Primero con el tenue crepúsculo y, luego, con el brillante amanecer, había visto un toque de crueldad en los labios alterados. Casi temía que su mayordomo saliera de la habitación. Sabía que cuando estuviera solo tendría que examinar el retrato. Era la certeza lo que le producía temor. Cuando, después de traer el café y los cigarrillos, el hombre se volvió para marcharse, estuvo a punto de decirle que se quedara. En el momento en que cerraba la puerta, lo llamó. El hombre esperó a recibir órdenes. Dorian le miró durante un instante.

—No estoy en casa para nadie, Victor —dijo con un suspiro.

El hombre se inclinó y se retiró.

Levantándose de la mesa, Dorian Gray encendió un cigarrillo y se dejó caer sobre un sofá lujosamente tapizado que había frente al biombo. Era un biombo antiguo, de cuero español, repujado y labrado con un dibujo florido de estilo Luis XIV^[65]. Lo observó con curiosidad, preguntándose si ya habría servido en alguna ocasión para ocultar el secreto de la vida de un hombre.

¿Debía moverlo en realidad? ¿Por qué no dejarlo donde estaba? ¿De qué servía saberlo? En caso de ser cierto, qué terrible. En caso de no serlo, ¿para qué iba a preocuparse? Pero ¿qué ocurriría si, por algún destino o suerte nefasta, unos ojos distintos de los suyos miraran tras el biombo y vieran la horrible transformación?

¿Qué haría si venía Basil Hallward y pedía ver su propio cuadro? Estaba seguro de que Basil lo haría. No; había que inspeccionarlo, inmediatamente. Cualquier cosa sería mejor que aquel espantoso estado de duda.

Se puso en pie y cerró ambas puertas. Al menos estaría solo cuando contemplara la máscara de su vergüenza. Se acercó, apartó el biombo y se encaró consigo mismo. Era absolutamente cierto. El retrato había cambiado.

Como recordaría después en numerosas ocasiones, y siempre con asombro, en un principio contempló el retrato con un interés casi científico. Que se hubiera producido una transformación semejante le parecía increíble. Y sin embargo, era un hecho. ¿Había alguna afinidad sutil entre los átomos químicos que constituían la forma y el color sobre el lienzo y el alma que él llevaba en su interior? ¿Podía ser que los átomos llevaran a cabo lo que el alma pensaba? ¿Que convirtieran en realidad lo que el alma soñaba? ¿O había algún otro motivo más terrible? Sintió un escalofrío, tuvo miedo y, volviendo al sofá, se tumbó, contemplando el cuadro con un terror enfermizo.

En cualquier caso, el cuadro le había hecho un favor. Le había hecho tomar conciencia de lo injusto y cruel que había sido con Sybil Vane. No era demasiado tarde para intentar remediarlo. Aún podía ser su esposa. El amor irreal y egoísta desaparecería bajo una influencia superior, se transformaría en una pasión más noble, y el cuadro en que Basil Hallward le había retratado le serviría de guía durante el resto de su vida; sería lo que la santidad es para algunos, la conciencia para otros, y el miedo a Dios es para todos nosotros. Para el remordimiento existen los opiáceos, drogas que duermen el sentido de la moralidad. Pero esto que había ocurrido era un símbolo visible de la degradación del pecado. Era una señal omnipresente de la ruina en la que los hombres sumen sus almas.

Dieron las tres, y las cuatro, y la media dio su campanada doble, pero Dorian Gray no se movió. Estaba intentando recoger las hebras escarlatas de la vida y entrecruzarlas para formar una tela; abrirse camino en el sanguíneo laberinto de pasión por donde vagaba. No sabía qué hacer, ni qué pensar. Finalmente se acercó a la mesa y escribió una carta apasionada a la mujer que había amado, implorándole perdón y acusándose de demencia. Llenó página tras página de delirantes palabras de tristeza, y aún más delirantes palabras de dolor. Hacerse reproches a uno mismo es un lujo. Cuando nos sentimos culpables, creemos que nadie más tiene derecho a culparnos. Es la confesión, no el cura, lo que nos da la absolución. Cuando Dorian terminó la carta, le pareció que ya estaba perdonado.

De repente llamaron a la puerta y oyó la voz de lord Henry.

—Mi querido muchacho, insisto en verte. Déjame entrar inmediatamente. No puedo tolerar que te encierres de esta manera.

Al principio no contestó, sino que permaneció muy quieto. Los golpes en la puerta continuaban y se fueron haciendo más fuertes. Sí, sería mejor dejar entrar a lord Henry, y explicarle la nueva vida que iba a llevar, discutir con él si hubiera

necesidad de hacerlo, romper su amistad en caso de que resultara inevitable. Se levantó de un salto, tapó el cuadro con el biombo apresuradamente, y abrió la puerta.

—Lo siento muchísimo, Dorian —dijo lord Henry al entrar—. Pero no debes pensar demasiado en ello.

—¿Te refieres a lo de Sybil Vane? —preguntó el muchacho.

—Sí, por supuesto —contestó lord Henry, dejándose caer en una silla y quitándose lentamente unos guantes amarillos—. Es espantoso, desde un punto de vista, pero no has tenido tú la culpa. Dime, ¿fuiste al camerino a verla, al terminar la función?

—Sí.

—Lo imaginaba. ¿Y tuvisteis una discusión?

—Estuve brutal, Harry, absolutamente brutal, Pero ya se ha arreglado todo. No me arrepiento de nada de lo que ha ocurrido. Gracias a ello me conozco mejor.

—Ah, Dorian, ¡cuánto me alegro de que te lo hayas tomado así! Temía encontrarte sumido en remordimientos y arrancándote ese pelo tan bonito que tienes.

—Ya se me ha pasado —dijo Dorian, moviendo la cabeza y sonriendo—. Ahora estoy perfectamente contento. Ya sé lo que realmente es la conciencia, para empezar. No es lo que tú me habías dicho. Es lo más divino que tenemos. No te rías de la conciencia, Harry, no vuelvas a hacerlo... al menos delante de mí. Quiero ser bueno. No puedo soportar la idea de tener un alma monstruosa.

—¡Una deliciosa base artística para la ética, Dorian! Te felicito. ¿Y por dónde vas a empezar?

—Voy a casarme con Sybil Vane.

—¡Casarte con Sybil Vane! —exclamó lord Henry, levantándose y mirándole entre sorprendido y desconcertado—. Pero mi querido Dorian...

—Sí, Harry, ya sé lo que me vas a decir. Algo espantoso sobre el matrimonio. No lo digas. No vuelvas a decirme ese tipo de cosas jamás. Hace dos días pedí a Sybil Vane que se casara conmigo. No voy a romper mi palabra. ¡Será mi esposa!

—¡Tu esposa! ¡Dorian...! ¿No has recibido mi carta? Te he escrito esta mañana, y he enviado a mi criado para entregar la nota en mano.

—¿Tu carta? Ah, sí, ahora recuerdo. Aún no la he leído, Harry. Me temía que iba a haber algo en ella que no me iba a gustar. Haces la vida pedazos con tus epigramas.

—Entonces, ¿no sabes nada?

—¿A qué te refieres?

Lord Henry atravesó la habitación y, sentándose junto a Dorian Gray, le cogió las manos con fuerza entre las suyas.

—Dorian —dijo—, mi carta... no te asustes... era para decirte que Sybil Vane ha muerto.

Un grito de dolor salió de los labios del joven, y se levantó de un salto, separándose de lord Henry bruscamente.

—¡Ha muerto! ¡Sybil muerta! ¡No es verdad! ¡Es una mentira horrible! ¿Cómo te atreves a decirla?

—Es absolutamente cierto, Dorian —dijo lord Henry en tono solemne—. Ha salido en todos los periódicos de la mañana. Te he escrito para pedirte que no vieras a nadie hasta que llegara yo. Habrá una investigación, por supuesto, y no debes verte mezclado en ella. En París, un hombre se pone de moda con este tipo de cosas. Pero en Londres, la gente tiene demasiados prejuicios. Aquí no conviene hacer el *début* con un escándalo. Hay que reservar esta posibilidad para dar un interés a la vejez. En el teatro no saben cómo te llamas, ¿verdad? Si no lo saben, no hay problema. ¿Alguien te ha visto yendo a su habitación? Es una cuestión importante.

Dorian no dijo nada durante un tiempo. Estaba paralizado por el horror. Por fin, tartamudeando, con voz ahogada, dijo:

—Harry, ¿has dicho investigación? ¿A qué te refieres? ¿Sybil se ha...? ¡Harry, no puedo soportarlo! Pero date prisa. Cuéntamelo todo.

—Estoy absolutamente convencido de que no ha sido un accidente, Dorian, aunque conviene que el público lo crea. Parece ser que cuando salía del teatro con su madre, sobre las doce y media o así, dijo que había olvidado algo en el piso de arriba. La esperaron, pero no volvió a bajar. Acabaron encontrándola muerta en el suelo del camerino. Había tomado algo por error, uno de esos brebajes espantosos que usan en los teatros. No sé lo que era, pero tenía ácido prúsico, o plomo blanco^[66]. Debía ser ácido prúsico, puesto que murió al instante.

—¡Harry, Harry, es terrible! —exclamó el joven.

—Sí; es muy trágico, por supuesto, pero no debes verte mezclado en ello. Me he enterado por el *Standard*^[67] de que tenía diecisiete años. Yo hubiera dicho que era incluso más joven. Parecía una niña, y daba la impresión de saber tan poco sobre arte dramático. Dorian, no permitas que esto te haga perder la serenidad. Ven a cenar conmigo, y después iremos a la Ópera. Esta noche canta la Patti^[68], y estarán todos. Puedes ir al palco de mi hermana. La suelen acompañar mujeres distinguidas.

—Entonces, he matado a Sybil Vane —dijo Dorian Gray como si estuviera hablando solo—, la he matado como si le hubiera cortado la garganta con un cuchillo. Pero las rosas no son menos bellas. Los pájaros de mi jardín siguen cantando con la misma alegría. Y esta noche debo cenar contigo, e ir a la Ópera, y cenar en algún sitio después, supongo. ¡Qué extraordinariamente dramática es la vida! Si hubiera leído todo esto en un libro, Harry, creo que hubiera llorado. Sin embargo, ahora que ha ocurrido en la realidad, y me ha ocurrido a mí, resulta demasiado increíble para soltar lágrimas. Ésta es la primera carta de amor apasionado que he escrito en mi vida. Qué curioso, que mi primera carta de amor apasionado vaya dirigida a una mujer muerta. Me gustaría saber si sienten algo esas personas calladas y blancas a las que llamamos muertos. ¡Sybil! ¿Sentirá algo, sabrá algo, oirá algo? Ay, Harry, ¡cómo la quise una vez! Parece que fue hace años. Lo era todo para mí. Y entonces vino esa noche horrible..., pero si fue anoche, ¿no?... cuando actuó tan mal, y casi se me rompe el

corazón. Me lo explicó todo. Era terriblemente patético. Pero no me conmovió lo más mínimo. Me pareció de lo más simple. De repente ocurrió algo que me dio miedo. No puedo contártelo, pero fue terrible. Decidí volver con ella. Me daba la sensación de haberme portado mal. Y ahora está muerta. ¡Dios mío, Dios mío! Harry, ¿qué puedo hacer? No sabes en qué peligro estoy, y no hay nada que me sostenga. Ella lo hubiera hecho. No tenía derecho a matarse. Ha sido muy egoísta por su parte.

—Mi querido Dorian —contestó lord Henry, cogiendo un cigarrillo de su pitillera y sacando una caja de cerillas de metal dorado—, la única forma en que una mujer puede reformar a un hombre es aburriéndole tanto que pierda todo posible interés en la vida. Si te hubieras casado con esta joven, hubieras sido desgraciado. Por supuesto que la hubieras tratado con amabilidad. Uno siempre puede ser amable con las personas que no le importan nada. Pero ella hubiera tardado poco en descubrir tu indiferencia. Y cuando una mujer descubre eso en su marido, o se vuelve horriblemente desaliñada, o lleva unos sombreros muy elegantes que suele pagar el marido de otra mujer. Por no hablar del error social, que hubiera sido abyecto, que yo no hubiera permitido, por supuesto, pero te aseguro que, en cualquier caso, hubiera sido un fracaso absoluto.

—Supongo que sí —murmuró el joven, paseando de un extremo a otro de la habitación con el rostro terriblemente pálido—. Pero me parecía mi deber. Yo no tengo la culpa de que esta horrible tragedia me haya impedido hacer lo correcto. Recuerdo haberte oído decir que las buenas determinaciones arrastran una fatalidad: que siempre se toman demasiado tarde. Es evidente que a mí me ha ocurrido.

—Las buenas determinaciones son intentos inútiles de interferir en las leyes científicas. Su origen es la pura vanidad. Su resultado es absolutamente nulo. Nos dan, de vez en cuando, esas emociones lujosas y estériles que tienen un cierto encanto para los débiles. Es cuanto se puede decir de ellas. No son más que cheques que el hombre usa, pero pertenecen a un banco donde no tiene una cuenta abierta.

—Harry —exclamó Dorian Gray, yendo a sentarse a su lado—, ¿por qué no puedo lamentar esta tragedia tanto como me gustaría? No creo que sea tan despiadado. ¿Tú lo crees?

—Has hecho demasiadas tonterías en las últimas dos semanas para merecer ese calificativo, Dorian —contestó lord Henry con su sonrisa dulce y melancólica.

El muchacho frunció el ceño.

—No me convence esa explicación, Harry —replicó—, pero me alegro de que no me consideres despiadado. No lo soy en absoluto. Sé que no lo soy. Sin embargo, debo admitir que esto que ha ocurrido no me afecta como debiera. Me parece simplemente un final maravilloso para un drama maravilloso. Tiene toda la belleza terrible de una tragedia griega, una tragedia en la que yo he tenido una participación grande, pero no me ha dejado heridas.

—Ésta es una cuestión interesante —dijo lord Henry, que encontraba un placer exquisito en experimentar con el egoísmo inconsciente del muchacho—, una cuestión

sumamente interesante. Me imagino que la verdadera explicación es ésta. Sucede a menudo que las verdaderas tragedias de nuestra vida ocurren de una manera tan poco artística que nos hieren con una cruda violencia, una absoluta coherencia, una absurda ausencia de significado, una rotunda falta de estilo. Nos afectan como nos afecta la vulgaridad. Nos impresionan por su simple fuerza bruta y, por ello, nos indignan. A veces, no obstante, una tragedia que posee elementos artísticos de belleza se cruza en nuestras vidas. Si estos elementos estéticos son reales, la cuestión nos atrae porque buscamos en ella un efecto dramático. De repente descubrimos que ya no somos los actores, sino los espectadores de la obra. O mejor dicho, somos ambos a la vez. Nos miramos a nosotros mismos, y el mero encanto del espectáculo nos maravilla. En el caso presente, ¿qué es lo que ha ocurrido en realidad? Una persona se ha quitado la vida porque te ama. Me gustaría haber pasado por una experiencia semejante. Me hubiera hecho enamorarme del amor para el resto de mis días. Las personas que me han adorado (no han sido muy numerosas, pero alguna ha habido) siempre han insistido en seguir vivas, mucho después de que yo hubiera dejado de quererlas, o ellas a mí. Se han vuelto rollizas y aburridas, y cuando me encuentro con ellas se ponen a hablar de recuerdos nada más verme. ¡Esa tremenda memoria que tiene la mujer! ¡Es algo pavoroso! ¡Y qué estancamiento intelectual tan absoluto pone de manifiesto! Uno debería absorber el color de la vida, pero sin recordar los detalles. Los detalles son siempre vulgares.

—Tengo que plantar amapolas en el jardín —suspiró Dorian.

—No hay ninguna necesidad —replicó su compañero—. La vida siempre lleva amapolas en las manos. Por supuesto, de vez en cuando hay cosas que se prolongan. Yo pasé una temporada entera llevando violetas, a modo de luto artístico por un romance que no moría. Sin embargo, finalmente acabó muriendo. No recuerdo qué lo mató. Creo que fue cuando me propuso sacrificar el mundo entero por mí. Ése siempre es un momento espantoso. Le hace a uno encararse con el terror de la eternidad. Te parecerá increíble..., pero hace una semana, en casa de lady Hampshire, me tocó cenar al lado de la dama en cuestión, e insistió en repasar el asunto de arriba abajo, escarbando en el pasado y rastrillando el futuro. Yo había enterrado mi romance entre los asfódelos^[69]. Ella lo sacó, y me aseguró que le había destrozado la vida. Debo añadir que cenó copiosamente, con lo cual no sentí ninguna ansiedad. ¡Pero qué mal gusto demostró tener! El único encanto del pasado es que sea el pasado. Sin embargo, las mujeres nunca saben cuando se ha bajado el telón. Siempre quieren un sexto acto, y en cuanto la obra ha dejado de tener el más mínimo interés, siempre pretenden continuarla. Si logran salirse con la suya, todas las comedias tendrían un final trágico, y todas las tragedias acabarían en farsa. Las mujeres son maravillosamente artificiales, pero no tienen sensibilidad artística. Tú eres más afortunado que yo. Te aseguro, Dorian, que ni una sola de las mujeres que conozco hubiera hecho por mí lo que Sybil Vane ha hecho por ti. Las mujeres corrientes siempre intentan consolarse. A algunas les da por llevar colores sentimentales. Nunca

te fíes de una mujer que vista de malva, tenga la edad que tenga, ni de una de más de treinta y cinco años que se ponga lazos rosas. Significa que tienen una historia. Otras encuentran un enorme consuelo en descubrir repentinamente las buenas cualidades de sus maridos. Nos lanzan su felicidad conyugal a la cara como si fuera el más fascinante de los pecados. La religión consuela a algunas, porque sus misterios tienen todo el encanto del coqueteo, según me contó una mujer en una ocasión; y lo entiendo bastante bien. Además, nada le vuelve a uno tan vanidoso como que le digan que es un pecador. La conciencia nos vuelve ególatras a todos. Sí; son innumerables los consuelos que hallan las mujeres en la vida moderna. A decir verdad, no he mencionado el más importante.

—¿Cuál es, Harry? —dijo el muchacho con indiferencia.

—Ah, el consuelo obvio. Hacer uso del admirador de otra cuando una ha perdido el propio. En la buena sociedad, eso siempre sirve para rehabilitar a una mujer. En serio, Dorian, ¡qué distinta debía ser Sybil Vane de todas las mujeres que uno conoce! Yo veo algo muy hermoso en su muerte. Me alegro de vivir en un siglo en el que ocurren semejantes prodigios. Le hacen a uno tener fe en la realidad de ciertas cosas con las que todos jugamos, tales como el romance, la pasión, y el amor.

—Fui terriblemente cruel con ella. Pareces haberlo olvidado.

—Me temo que las mujeres aprecian la crueldad, la crueldad sincera, más que cualquier otra cosa. Tienen unos instintos maravillosamente primitivos. Las hemos emancipado, pero continúan siendo esclavas en busca de un amo, a pesar de todo. Les entusiasma que las dominen. Estoy seguro de que debiste estar espléndido. Nunca te he visto verdadera y absolutamente furioso, pero me imagino el aspecto tan delicioso que debías tener. Al fin y al cabo, anteayer me dijiste algo que en aquel momento me pareció disparatado, pero ahora veo que es absolutamente cierto, y en ello está la clave de todo el asunto.

—¿Qué es, Harry?

—Me dijiste que Sybil Vane representaba para ti todas las heroínas románticas... que era Desdémona una noche, y Ofelia la siguiente; que si mona siendo Julieta, resucitaba encamando a Imogen.

—Ya no resucitará jamás —murmuró el muchacho, ocultando el rostro entre las manos.

—No, ya no resucitará. Ha representado su último papel. Pero debes considerar esa muerte solitaria en el camerino modesto simplemente como un fragmento extraño y espeluznante de una tragedia de la época de Jacobo I, como una maravillosa escena de Webster, o Ford, o Cyril Toumeur^[70]. La joven no llegó a vivir realmente, por lo que tampoco ha muerto realmente. Al menos para ti, siempre fue un sueño, un fantasma que revoloteaba por las obras de Shakespeare y las embellecía con su presencia, un caramillo a través del cual la música de Shakespeare parecía más rica y llena de alegría. En el momento en que Sybil Vane tocó la vida real, la dañó, y ella quedó dañada, y por eso murió. Guarda luto por Ofelia, si lo deseas. Ponte cenizas en

la cabeza porque Cordelia haya sido estrangulada. Clama al cielo porque haya muerto la hija de Brabancio^[71]. Pero no derrames lágrimas por Sybil Vane. Era menos real que todas las otras.

Se hizo un silencio. El anochecer oscureció la habitación. Silenciosamente y con pies plateados, fueron entrando las sombras del jardín. Los colores se fueron desvaneciendo cansinamente de los objetos.

Al cabo de un tiempo, Dorian Gray levantó la vista.

—Me acabas de explicar cómo soy, Harry —murmuró, con algo semejante a un suspiro de alivio—. Yo presentía todo lo que has dicho, pero me producía una especie de temor, y no podía expresármelo a mí mismo. ¡Qué bien me conoces! Pero no volveremos a hablar de lo que ha ocurrido. Ha sido una experiencia maravillosa. Eso es todo. Quisiera saber si la vida aún me reserva algo igual de maravilloso.

—La vida te reserva todo, Dorian. Con esa belleza tan extraordinaria, no hay nada que no puedas conseguir.

—Pero imagínate, Harry, que me salen ojeras y arrugas. ¿Entonces, qué?

—Ah, entonces —dijo lord Henry, levantándose para marcharse—, entonces, mi querido Dorian, tendrías que luchar para conseguir tus victorias. De momento, te llegan solas. No; debes conservar tu buen aspecto. Vivimos en una época que lee demasiado para ser sabia, y que piensa demasiado para ser hermosa. No podemos prescindir de ti. Y ahora será mejor que te vistas para ir al club. Ya llegamos tarde, en cualquier caso.

—Creo que me encontraré contigo en la Ópera, Harry. Estoy tan cansado que no tengo hambre. ¿Cuál es el número del palco de tu hermana?

—El veintisiete, creo. Está en el piso principal. Verás su nombre escrito en la puerta. Pero es una lástima que no vengas a cenar.

—No me apetece —dijo Dorian con dejadez—. Pero te agradezco mucho todo lo que has dicho. Eres indudablemente mi mejor amigo. Nadie me ha comprendido como tú.

—Éste es sólo el comienzo de nuestra amistad, Dorian —contestó lord Henry dándole la mano—. Adiós. Nos veremos antes de las nueve y media, espero. Recuerda que canta la Patti.

Al cerrarse la puerta tras él, Dorian tocó la campanilla, y a los pocos minutos apareció Víctor con las lámparas y bajó las persianas. Dorian esperó impacientemente a que se marchara. Le parecía interminable el tiempo que tardaba el hombre en hacer las cosas.

En cuanto se hubo marchado, se abalanzó sobre el biombo y lo apartó. No; el cuadro no había sufrido más cambios. Había recibido la noticia de la muerte de Sybil Vane antes que él. Era consciente de los acontecimientos de la vida según iban ocurriendo. La crueldad viciosa que alteraba las finas líneas de la boca había aparecido, sin duda, en el preciso momento en que la joven había tomado el veneno, fuera cual fuera. ¿O sería indiferente a las consecuencias? ¿Se limitaría a tener en

cuenta lo que ocurría dentro del alma? No podía saberlo, pero esperaba ver el cambio con sus propios ojos algún día, aunque la idea le produjo un escalofrío.

¡Pobre Sybil! ¡Vaya una historia! ¡Tantas veces que había representado la muerte! Al final había sido alcanzada por la muerte, que se la había llevado. ¿Cómo habría representado aquel último acto tan espantoso? ¿Le habría maldecido al morir? No; había muerto por amor, y él iba a considerar el amor como un sacramento a partir de ahora. Ella lo había expiado todo con el sacrificio que había hecho de su vida. No volvería a pensar en lo que le había hecho sufrir aquella horrible noche en el teatro. Cuando pensara en ella, la imaginaría como una maravillosa figura trágica enviada al escenario del mundo para demostrar el poder supremo del amor. ¿Una maravillosa figura trágica? Se le saltaron las lágrimas al recordar su aspecto de niña, su encanto caprichoso, su languidez trémula. Se secó los ojos rápidamente y volvió a mirar el cuadro.

Le pareció que había llegado el momento de hacer su elección. ¿O la elección ya estaba tomada? Sí, la vida había decidido por él... la vida y su infinita curiosidad sobre la vida. La juventud eterna, la pasión infinita, los placeres sutiles y secretos, la felicidad desmedida y los pecados desenfrenados... iba a pasar por todo ello. El retrato cargaría con la lacra de su vergüenza, sencillamente.

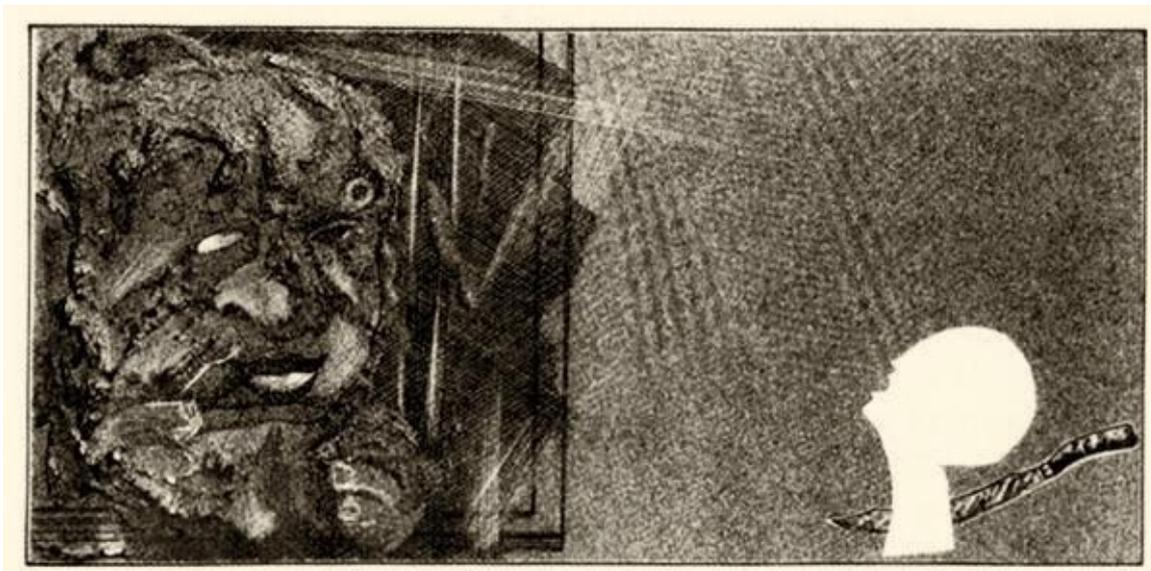
Sintió una punzada de dolor al pensar en la profanación que aguardaba al rostro del lienzo. Un día, en una adolescente parodia de Narciso, había besado, o fingido que besaba, esos labios pintados que ahora le sonreían tan cruelmente. Una mañana tras otra se había sentado frente al retrato, asombrado ante su belleza, casi enamorado de ella, le pareció algunas veces. ¿Iba a alterarse esa belleza con cada capricho al que se entregara? ¿Se convertiría irremediamente en algo monstruoso y repugnante, que habría que ocultar en un cuarto cerrado, apartándolo de la luz del sol que tantas veces había vuelto más doradas las maravillosas ondas de su pelo? ¡Qué lástima! ¡Qué lástima!

Estuvo tentado de ponerse a rezar para que cesara la espantosa simpatía que existía entre el cuadro y él. La transformación había sucedido en respuesta a un ruego; quizá, en respuesta a un ruego, permaneciera inmutable. Sin embargo, ¿quién, que supiera algo de la vida, rechazaría la oportunidad de permanecer siempre joven, por muy fantástica que fuera la oportunidad, o por muy terribles que fueran las consecuencias que trajera consigo? Por otra parte, ¿sería cierto que aquello dependía de él? ¿Habría sido efectivamente un ruego lo que había producido la sustitución? ¿No habría alguna curiosa explicación científica? Si el pensamiento era capaz de ejercer su influencia sobre un organismo vivo, ¿no podría ejercerla sobre los objetos muertos e inorgánicos? Más aún, prescindiendo del pensamiento y del deseo consciente, ¿podría ser que un objeto externo vibrara al unísono con nuestros humores y pasiones, poniéndose en contacto los átomos en un amor secreto de afinidad extraña? Pero el motivo no tenía importancia alguna. No volvería a tentar a

un poder tan terrible con un ruego. Si el cuadro había de alterarse, que así fuera. Eso es todo. ¿De qué servía hacerse preguntas sobre ello?

Por otra parte, contemplarlo sería un verdadero placer. Le permitiría a su mente seguir por todos los recovecos secretos. El retrato sería para él el más mágico de los espejos. Del mismo modo que le había revelado su propio cuerpo, le revelaría su propia alma. Y cuando llegara el invierno para el cuadro, él aún se mantendría donde la primavera tiembla al borde del verano. Cuando la sangre abandonara el rostro pintado, dejando tras sí una pálida máscara de tiza con ojos de plomo, él conservaría el encanto de la juventud. Ni una sola flor de su belleza se marchitaría jamás. Ni un solo pulso de su vida se volvería débil. Como los dioses de los griegos, sería fuerte, y veloz, y dichoso. ¿Qué importaba lo que le pudiera ocurrir a la imagen coloreada del lienzo? Él estaría a salvo. Eso era lo importante.

Volvió a colocar el biombo en su posición anterior, frente al cuadro, sonriendo al hacerlo, y pasó a su dormitorio, donde le aguardaba su mayordomo. Una hora después estaba en la Ópera, y lord Henry se apoyaba en su silla.



Capítulo 9

A la mañana siguiente, cuando estaba sentado desayunando, hicieron pasar a Basil Hallward.

—Cuánto me alegro de haberte encontrado, Dorian —dijo gravemente—. Vine anoche y me dijeron que estabas en la Ópera. Sabía que era imposible, por supuesto. Pero debías haber dejado dicho dónde estabas en realidad. He pasado una noche espantosa, temiéndome que una tragedia pudiera seguir a otra. Lo cierto es que podías haberme telegrafiado al tener la primera noticia. Me enteré por casualidad por la última edición de *The Globe*^[72], que cogí en el club. Vine aquí de inmediato, y sentí muchísimo no encontrarte. No tengo palabras para decirte lo desconsolado que estoy. Sé lo que debes estar sufriendo. Pero ¿dónde estabas? ¿Has ido a ver a la madre de la joven? Por un momento pensé en seguirte hasta allí. En el periódico salía la dirección. Es en la calle Euston, ¿no? Pero temía entrometerme en una tristeza ajena sin poder aliviarla. ¡Pobre mujer! ¡En qué estado debe encontrarse! ¡Su única hija! ¿Qué dirá de todo ello?

—Mi querido Basil, ¿cómo voy a saberlo? —murmuró Dorian Gray, sorbiendo un vino amarillo ambarino en una delicada burbuja de cristal veneciano decorada en oro, con un rostro que denotaba aburrimiento—. Estaba en la Ópera. Debías haber ido. Conocí a lady Gwendolen, la hermana de Harry. Fuimos a su palco. Es absolutamente encantadora; y la Patti cantó divinamente. No hables de temas desagradables. Si uno no habla de las cosas, es como si no hubieran ocurrido. La expresión, como dice Harry, es lo que confiere realidad a las cosas. Y te diré que no era hija única. Queda un hijo, un joven encantador, según tengo entendido. Pero no se dedica al teatro. Es marino, o algo por el estilo. Y ahora, háblame de ti y de lo que estás pintando.

—¿Fuiste a la Ópera? —dijo Hallward, hablando muy despacio y con una tensa nota de dolor en la voz—. ¿Fuiste a la Ópera mientras Sybil Vane yacía muerta en

algún sórdido lugar? ¿Eres capaz de decirme que hay otras mujeres encantadoras y que la Patti cantó divinamente, cuando la joven a la que amabas aún no ha hallado la paz de una tumba en que descansar? ¡Por Dios, hombre, con los horrores que aguardan a ese pálido cuerpecillo!

—¡Basta, Basil! ¡No quiero oírlo! —exclamó Dorian, levantándose de un salto—. No debes hablarme de ello. Lo hecho, hecho está. Lo pasado, pasado.

—¿Ayer es el pasado?

—¿Qué tiene que ver el transcurso del tiempo en este asunto? Sólo las personas simples precisan de años para librarse de una emoción. Un hombre dueño de sí mismo puede poner fin a una pena tan fácilmente como puede inventar un placer. No quiero estar a merced de mis sentimientos. Quiero aprovecharlos, disfrutar de ellos y dominarlos.

—¡Dorian, eso es horrible! Algo te ha transformado por completo. Pareces exactamente el mismo muchacho encantador que, día tras día, venía a mi estudio a posar para su retrato. Pero entonces eras sencillo, natural y cariñoso. Eras el ser más puro del mundo. Ahora, no sé qué te ha ocurrido. Hablas como si no tuvieras corazón, ni piedad. Ha sido por la influencia de Harry. Me doy cuenta.

El joven se ruborizó y, yendo a la ventana, contempló el verde jardín, brillante y azotado por el sol.

—A Harry le debo mucho, Basil —dijo, finalmente—, más de lo que te debo a ti. Tú sólo me enseñaste a ser vanidoso.

—Pues ya he recibido mi castigo, Dorian... o lo recibiré algún día.

—No te entiendo, Basil —exclamó, volviéndose—. No sé lo que quieres. ¿Qué quieres?

—Quiero al Dorian Gray que pinté una vez —dijo el artista tristemente.

—Basil —dijo el muchacho, acercándose a él y poniéndole una mano en el hombro—, llegas tarde. Ayer, cuando supe que Sybil Vane se había quitado la vida...

—¿Que se ha quitado la vida? ¡Santo Dios! ¿No hay absolutamente duda sobre ello?

—¡Mi querido Basil! ¿Pensabas acaso que se trataba de un vulgar accidente? Por supuesto que se ha quitado la vida.

El hombre mayor se cubrió el rostro con las manos.

—Qué horrible —murmuró, y un escalofrío le atravesó el cuerpo.

—No —dijo Dorian Gray—, no tiene nada de horrible. Es una de las grandes tragedias románticas de nuestra época. Por regla general, las personas que hacen teatro llevan una vida de lo más vulgar. Suelen ser buenos maridos, o esposas fieles, o algo igual de aburrido. Tú ya me entiendes, la virtud de las clases medias y todo eso. ¡Qué diferente era Sybil! Vivió su mejor tragedia. Siempre fue una heroína. La última noche en que actuó, cuando tú la viste, actuó mal porque había conocido la realidad del amor. Cuando supo de su irrealidad, murió, como podía haber muerto Julieta. Volvió a entrar en la esfera del arte. Fue como una mártir. Su muerte tiene toda la

inutilidad patética del martirio, con su belleza malgastada. Pero, como iba diciendo, no debes pensar que yo no he sufrido. Si hubieras venido ayer en un determinado momento, sobre las cinco y media, quizá, o las seis menos cuarto, me habrías encontrado llorando. Ni siquiera Harry, que estuvo aquí, que fue de hecho quien me dio la noticia, se dio cuenta del estado en que me hallaba. Sufrí intensamente. Y después se me pasó. No puedo repetir una emoción. Nadie puede hacerlo, excepto los sentimentales. Además, eres horriblemente injusto, Basil. Has venido aquí a consolarme. Es muy amable de tu parte. Sin embargo, al ver que ya estoy consolado, te pones furioso. ¡Es típico de los piadosos! Me recuerdas una historia que me contó Harry sobre un filántropo que pasó veinte años de su vida intentando reparar un agravio, o alterar una ley injusta... no recuerdo bien qué era exactamente. Por fin lo consiguió, y no había nada que hacer, y estuvo a punto de morir de *ennui*^[73], convirtiéndose en un misántropo convencido. Además, mi querido Basil, si realmente quieres consolarme, será mejor que me enseñes a olvidar lo que ha ocurrido, o a considerarlo desde el adecuado punto de vista artístico. ¿No era Gautier el que escribía sobre *la consolation des arts*^[74]? Recuerdo que un día cogí en tu estudio un librito encuadernado en vitela y leí esa frase al azar. Bien, pues yo no soy como ese joven del que me hablaste cuando estuvimos en Marlow, aquel que decía que el satén amarillo le consuela a uno de todas las miserias de la vida. Me gustan los objetos hermosos que se ven y se tocan. Los brocados antiguos, los bronce patinados, las piezas lacadas, los marfiles tallados, los ambientes exquisitos, el lujo, la pompa..., tienen tanta importancia para mí. Pero el temperamento artístico que crean, o que revelan, en cualquier caso, significa aún más para mí. Convertirse en un espectador de nuestra propia vida, como dice Harry, es librarse del sufrimiento. Sé que te sorprende que te hable así. No te habías dado cuenta de cómo he cambiado. Era un chiquillo cuando me conociste. Ahora soy un hombre. Tengo nuevas pasiones, ideas, pensamientos. Soy diferente, pero no debes quererme menos. He cambiado, pero siempre seremos amigos. Por supuesto que siento un gran cariño por Harry. Pero sé que tú eres mejor persona. No eres fuerte, tienes demasiado miedo a la vida, pero eres mejor. ¡Y qué buenos ratos hemos pasado juntos! No me abandones, Basil, y no discutas conmigo. Soy lo que soy. No hay nada más que decir.

El pintor se quedó extrañamente conmovido. Sentía una ternura infinita por aquel muchacho, y su personalidad había significado un punto álgido para su arte. No podía soportar la idea de seguir haciéndole reproches. Aquella indiferencia debía ser un estado de ánimo que ya se le pasaría. Era tan bueno, tan noble.

—Bien, Dorian —dijo, finalmente, con una sonrisa triste—. A partir de hoy no volveré a hablarte de este suceso tan horrible. Sólo espero que tu nombre no se vea mezclado. La encuesta judicial tendrá lugar esta tarde. ¿Te han mandado ya aviso?

Dorian dijo que no con la cabeza y se le llenó el rostro de indignación al oír la palabra «encuesta» judicial. Era tan cruda y vulgar.

—No saben mi nombre —contestó.

—¿Ni siquiera ella lo sabía?

—Sólo mi nombre de pila, y estoy totalmente seguro de que jamás se lo mencionó a nadie. Una vez me dijo que tenían todos bastante curiosidad por saber quién era yo, y que ella invariablemente les decía que me llamaba el Príncipe Encantado. Qué graciosa era. Tienes que hacerme un dibujo de Sybil, Basil. Me gustaría conservar algo suyo, aparte del recuerdo de unos besos y unas palabras quebradas y patéticas.

—Intentaré hacerlo, Dorian, si te complace. Pero tienes que venir a casa y volver a posar para mí. No puedo hacer nada sin ti.

—No volveré a posar para ti, Basil. ¡Es imposible! —exclamó dando un respingo. El pintor le miró fijamente.

—¡Mi querido muchacho! ¡Qué tontería! —exclamó—. ¿Quieres decir que no te gusta lo que hice? ¿Dónde está? ¿Por qué has puesto el biombo delante? Déjame verlo. Es lo mejor que he hecho en mi vida. Quitá ese biombo, por favor, Dorian. Es vergonzoso que tu criado oculte mi obra así. Ya me había parecido, nada más entrar, que la habitación estaba distinta.

—Mi criado no ha hecho nada, Basil. ¿Acaso piensas que le dejo ordenarme la habitación? A veces me pone unas flores, pero nada más. No; he sido yo. Le daba demasiada luz.

—¡Demasiada luz! Qué cosas dices, mi querido amigo. Es un lugar admirable para el cuadro. Déjame verlo.

Y Hallward se dirigió hacia la esquina de la habitación. Un grito de terror salió de los labios de Dorian, que corrió a ponerse entre el pintor y el biombo.

—Basil —dijo, muy pálido—, no debes verlo. No quiero que lo hagas.

—¿Que no puedo ver mi propio cuadro? No hablarás en serio... ¿Por qué no habría de hacerlo?

—Si intentas verlo, te doy mi palabra de honor de que no volveré a dirigirte la palabra mientras viva. Hablo muy en serio. No te ofrezco ninguna explicación, y tú no debes pedírmela. Pero recuérdalo, si tocas ese biombo, todo habrá acabado entre nosotros.

Hallward se quedó estupefacto. Miró a Dorian Gray con un asombro absoluto. Nunca le había visto ponerse así. El muchacho estaba pálido de rabia. Tenía los puños apretados y las pupilas de sus ojos parecían dos discos de fuego azul. Le temblaba todo el cuerpo.

—¡Dorian!

—¡No hables!

—Pero ¿qué te ocurre? Por supuesto que no lo miraré si tú no quieres —dijo con cierta frialdad, volviéndose y yendo hacia la ventana—. Pero la verdad es que resulta absurdo que no pueda contemplar mi propio cuadro, sobre todo teniendo en cuenta que lo voy a exponer en París este otoño. Probablemente tendré que darle otra capa de barniz antes, así que tendré que verlo algún día, y ¿por qué no hoy?

—¿Exponerlo? ¿Quieres exponerlo? —exclamó Dorian Gray, con una extraña sensación de terror.

¿El mundo entero iba a descubrir su secreto? ¿La gente iba a contemplar el misterio de su vida? Eso era imposible. Había que hacer algo, no sabía qué, inmediatamente.

—Sí; supongo que no te opondrás a ello. George Petit va a reunir todas mis mejores obras para una exposición especial en la Rue de Sèze, que se inaugurará en la primera semana de octubre. El retrato sólo estará fuera un mes. Me imagino que podrás pasarte sin él durante ese tiempo. Además, seguro que estarás fuera de la ciudad. Y si siempre lo tienes detrás de un biombo, mucho no puede importarte.

Dorian Gray se pasó la mano por la frente. La tenía llena de gotas de sudor. Se sintió al borde de un peligro horrible.

—Me dijiste hace un mes que jamás lo expondrías —exclamó—. ¿Por qué has cambiado de idea? Vosotros, los que presumís de ser consecuentes, tenéis los mismos altibajos que los demás. La única diferencia es que vuestros caprichos son bastante absurdos. No puedes haber olvidado que me aseguraste con gran solemnidad que nada en el mundo te induciría a enviar el cuadro a una exposición. A Harry le dijiste exactamente lo mismo.

Se detuvo bruscamente, y se le iluminaron los ojos. Acababa de recordar que lord Henry le había dicho en una ocasión, medio en serio, medio en broma: «Si quieres pasar un cuarto de hora entretenido, haz que Basil te cuente por qué se niega a exhibir su retrato. A mí me ha dicho el motivo, y es toda una revelación». Sí, quizá Basil también tenía un secreto. Se lo preguntaría para ver qué averiguaba.

—Basil —dijo, acercándose mucho a él y mirándole directamente a los ojos—, los dos tenemos un secreto. Cuéntame el tuyo y yo te contaré el mío. ¿Cuál era el motivo por el que te negabas a exponer mi retrato?

El pintor sintió un escalofrío.

—Dorian, si te lo contara, podrías quererme menos de lo que me quieres, y te reirías de mí. No podría soportar que hicieras ninguna de las dos cosas. Si deseas que no vuelva a mirar tu retrato en la vida, me conformo. Siempre puedo mirarte a ti. Si quieres que mi mejor obra quede oculta a los ojos del mundo, lo acepto. Tu amistad es más importante para mí que toda fama o notoriedad.

—No, Basil, debes decírmelo —insistió Dorian Gray—. Creo que tengo derecho a saberlo.

Se le había pasado el terror y la curiosidad había ocupado su lugar. Estaba decidido a descubrir el misterio de Basil Hallward.

—Sentémonos, Dorian —dijo el pintor, con gesto preocupado—. Sentémonos. Y respóndeme a una sola pregunta. ¿Has notado en el cuadro algo curioso, algo que al principio debió pasarte inadvertido, pero que ahora se te ha revelado repentinamente?

—¡Basil! —exclamó el muchacho, agarrándose a los brazos de la silla con manos temblorosas, y mirándole con ojos abiertos y asustados.

—Ya veo que sí. No hables. Espera a oír lo que voy a decirte. Dorian, desde el momento en que te conocí, tu personalidad ejerció sobre mí una influencia verdaderamente extraordinaria. Me sentía dominado por ti, en alma, mente y voluntad. Te convertiste para mí en la encarnación de ese ideal nunca visto cuyo fantasma nos persigue a los artistas como un sueño exquisito. Te veneraba. Tenía celos de todas las personas que hablaban contigo. Quería tenerte para mí solo. Sólo estaba contento cuando estaba contigo. Cuando estabas lejos seguías presente en mi arte... Por supuesto, no podía permitir que tú lo supieras. Era imposible. No lo hubieras comprendido. Apenas lo comprendía yo mismo. Sólo sabía que me había encarado con la perfección, y que el mundo se había vuelto maravilloso ante mis ojos, demasiado maravilloso, quizá, pues en las idolatrías tan intensas hay un peligro, el peligro de perderlas, no menor que el de conservarlas... Las semanas iban pasando y cada vez me absorbías más. Pero de repente se produjo un cambio. Yo te había pintado como un París^[75] de armadura primorosa, y como un Adonis con su capote de cazador y su pulida jabalina. Coronado de flores de loto, ibas sentado en la proa de la barcaza de Adriano, contemplando el Nilo^[76] turbio y verdoso. Te acercabas al tranquilo estanque de un bosque griego, viendo en la silenciosa plata del agua el prodigio de tu rostro. Y todo ello era como debe ser el arte, inconsciente, remoto e ideal. Un día, un día que se me antoja fatal, decidí pintar un maravilloso retrato de ti tal y como eres, no con el atuendo de épocas pretéritas, sino con tu propia vestimenta y en tu propio tiempo. Si fue el realismo del método, o el mero encanto de tu personalidad, que se presentaba ante mí sin veladuras..., no lo puedo decir. Pero sé que mientras trabajaba, cada brizna y partícula de color parecía revelar mi secreto. Empecé a temer que las gentes descubrieran mi idolatría. Sabía, Dorian, que había dicho demasiado, que había puesto demasiado de mí en el cuadro. Fue entonces cuando tomé la determinación de no permitir jamás que el cuadro fuera expuesto. Tú te enfadaste un poco; pero no te dabas cuenta entonces de cuánto significaba para mí. Harry, con quien había hablado de ello, se rió de mí. Pero no me importó. Cuando el cuadro estuvo terminado y lo contemplé a solas, supe que no me había equivocado... Y bien, al cabo de unos días me quedé sin él, y nada más librarme de la intolerable fascinación de su presencia, me pareció una locura haber imaginado que había visto algo en él aparte de tu formidable belleza y mi capacidad para pintar. Incluso ahora me parece erróneo pensar que la pasión que uno siente al crear puede mostrarse realmente en la obra que uno crea. El arte es siempre más abstracto de lo que nos imaginamos. La forma y el color nos hablan de la forma y el color, ni más ni menos. Muchas veces pienso que el arte oculta al artista, en lugar de revelarlo. Entonces, al recibir esta oferta de París, decidí convertir tu retrato en el cuadro principal de mi exposición. No se me había pasado por la cabeza que pudieras negarte a ello. Ahora comprendo que tienes razón. El cuadro no puede mostrarse. No debes enfadarte conmigo, Dorian, por esto que te he contado. Como dije a Harry en una ocasión, has nacido para ser adorado.

Dorian Gray suspiró profundamente. El color volvió a sus mejillas, y una sonrisa le rondó los labios. El peligro había pasado. Estaba a salvo de momento. Pero no podía evitar sentir una piedad infinita por el pintor que acababa de hacerle tan extraña confesión, y se preguntó si a él le podría ocurrir aquello de sentirse absolutamente dominado por la personalidad de un amigo. Lord Henry tenía el encanto de ser muy peligroso. Pero nada más. Era demasiado inteligente y cínico para inspirar cariño. ¿Habría alguna vez alguien que le provocara una extraña idolatría? ¿Sería una de las cosas que la vida le iba a deparar?

—Me parece extraordinario, Dorian —dijo Hallward—, que hayas podido ver esto en el cuadro. ¿Es realmente cierto?

—Vi algo en él —contestó—, algo que me pareció realmente curioso.

—Entonces, ¿me permites verlo?

Dorian dijo que no, moviendo la cabeza.

—Eso es algo que no debes pedirme, Basil. De ninguna manera puedo permitir que te pongas ante ese cuadro.

—Pero algún día lo harás, espero.

—Jamás.

—Bien, quizá tengas razón. Y ahora, adiós, Dorian. Has sido la única persona que realmente ha influido en mi pintura. Todo lo bueno que haya hecho te lo debo a ti. ¡Ah! No sabes lo que me ha costado contarte todo esto.

—Mi querido Basil —dijo Dorian—, ¿qué me has contado? Simplemente que piensas que me admirabas demasiado. Ni siquiera es un cumplido.

—No pretendía que lo fuera. Ha sido una confesión. Y ahora que la he hecho, me parece haber perdido algo. Quizá no convenga intentar explicar una idolatría con palabras.

—Ha sido una confesión muy decepcionante.

—Vaya, ¿qué esperabas, Dorian? No habrás visto algo más en el cuadro, ¿verdad? ¿Hay algo más?

—No; no hay nada más. ¿Por qué lo preguntas? Pero no debes hablar de idolatría. Es absurdo. Tú y yo somos amigos, Basil, y debemos continuar siéndolo.

—También tienes a Harry —dijo el pintor, tristemente.

—¡Ah, Harry! —exclamó el muchacho, con una carcajada—. Harry dedica los días diciendo lo que es increíble y las noches haciendo lo que es improbable. Es precisamente el tipo de vida que me gustaría llevar. Aun así, no creo que acudiera a Harry en caso de tener un problema. Acudiría antes a ti, Basil.

—¿Volverás a posar para mí?

—¡Imposible!

—Puedes destruir mi vida como artista si te niegas, Dorian. Ningún hombre se encuentra con dos cosas ideales a lo largo de su vida. Y son pocos los que encuentran una sola.

—No puedo explicártelo, Basil, pero no debo volver a posar para ti. En los retratos hay un elemento de fatalidad. Tienen vida propia. Iré a tu casa a tomar el té. Será igual de agradable.

Al salir Basil de la habitación, Dorian Gray sonrió. ¡Pobre Basil! ¡Si supiera el verdadero motivo! Y qué extraño era que, en lugar de verse obligado a revelar su secreto, hubiera conseguido, casi por casualidad, sonsacar un secreto a su amigo. ¡Qué clarificadora había sido aquella confesión tan extraña! Ahora comprendía los repentinos celos del pintor, su intensa devoción, sus curiosas reticencias... lo comprendía todo, y le daba lástima. Había algo trágico en una amistad tan teñida de romanticismo.

Suspiró, y tocó la campanilla. Había que ocultar el retrato, a toda costa. No podía volver a arriesgarse a que lo descubrieran. Había sido una locura tenerlo, siquiera durante una hora, en una habitación a la que tenía acceso cualquiera de sus amigos.



Capítulo 10

Cuando entró su criado, le miró fijamente, intentando averiguar si se le habría ocurrido mirar detrás del biombo. El hombre permaneció impasible, esperando recibir órdenes. Dorian encendió un cigarrillo, se acercó al espejo y echó un vistazo. Veía el reflejo del rostro de Víctor perfectamente. Era una plácida máscara de servilismo. No había nada que temer. Sin embargo, convenía ser precavido.

Hablando muy despacio, le pidió que dijera al ama de llaves que quería verla, y que hiciera venir a dos hombres de la tienda de marcos cuanto antes. Le dio la sensación de que, al salir el hombre de la habitación, sus ojos miraron fugazmente hacia el biombo. ¿O sería cosa de su imaginación?

Al cabo de unos minutos, con su vestido de seda negra y unos anticuados mitones de hilo cubriéndole las arrugas de las manos, la señora Leaf entró en la biblioteca. Dorian le pidió la llave de la habitación que se había usado como aula.

—¿La llave del aula, señor Dorian? —exclamó—. Dios mío, si está llena de polvo. Tengo que limpiarla y ordenarla si va usted a entrar. No puede verla como está ahora, señor. Ni mucho menos.

—No quiero que la ordene, Leaf. Sólo quiero la llave.

—Pues, señor, se llenará de telarañas en cuanto entre. Dios mío, si lleva casi cinco años cerrada, desde que murió milord.

Dorian puso mala cara ante la mención de su abuelo. Le traía recuerdos dolorosos.

—No importa. Lo que quiero es verla, nada más. Dame la llave.

—Aquí tiene la llave, señor —dijo la mujer, repasando el contenido de su manajo con manos temblorosas e indecisas—. Aquí tiene la llave. Ahora mismo la quito del manajo. Pero ¿no se le habrá ocurrido instalarse allí, señor, con lo cómodo que está aquí?

—No, no —exclamó con petulancia—. Gracias. Eso es todo.

La mujer se resistía, parlotando sobre uno de los pormenores de la casa. Dorian suspiró, y le dijo que hiciera lo que considerase más conveniente. Por fin se marchó, con una gran sonrisa.

Al cerrarse la puerta, Dorian se metió la mano en el bolsillo y miró a su alrededor. Vio una gran colcha de satén morado bordada en oro, una espléndida muestra del arte veneciano de finales del siglo XVII, que su abuelo había encontrado en un convento cerca de Bolonia^[77]. Sí, serviría para envolver aquel espanto. Quizá la hubieran usado como paño mortuario. Ahora iba a ocultar un objeto que contenía la corrupción en sí mismo, una corrupción peor que la de la propia muerte, ya que engendraría horrores y, sin embargo, no moriría. Lo que es el gusano al cadáver, serían sus pecados a la imagen pintada sobre el lienzo. Destruirían la belleza, y devorarían el encanto. Lo profanarían y lo convertirían en algo vergonzoso. Pero continuaría vivo. Viviría para siempre.

Sintió un escalofrío y, por un momento, lamentó no haber contado a Basil la verdadera razón por la que quería mantener el cuadro oculto. Basil le hubiera ayudado a resistir la influencia de lord Henry, y las influencias aun más venenosas de su propio carácter. En el amor que Basil le profesaba, pues era amor, no había nada que no fuera noble e intelectual. No se trataba de la mera admiración por la belleza, que nace de los sentidos, y que muere al agotarse los sentidos. Era un amor como el que había conocido Miguel Angel..., y Montaigne, y Winckelmann, y el propio Shakespeare^[78]. Sí, Basil podía haberle salvado. Pero ya era tarde. El pasado siempre se puede aniquilar. El remordimiento, la negación y el olvido sirven para hacerlo. Pero el futuro es inevitable. Había pasiones en él que acabarían encontrando su terrible escape, sueños que harían real la sombra de su maldad.

Cogió del sofá la gran tela de púrpura y oro que lo cubría y, llevándola en las manos, fue detrás del biombo. ¿Era acaso el rostro del lienzo más vil que antes? Parecía igual; pero el odio que le producía se había intensificado. Pelo dorado, ojos azules, labios rojos como rosas... seguían allí. Era simplemente la expresión lo que se había alterado, lo que era horrible por su crueldad. En comparación con lo que veía de censura y de reprimenda en la imagen, ¡qué nimios parecían los reproches de Basil sobre Sybil Vane! ¡Qué nimios y qué poco importantes! Era su alma la que le miraba desde el lienzo, llamándole a juicio. Se tropezó con una mirada de dolor, y cubrió el cuadro con el rico manto. Mientras estaba en ello, llamaron a la puerta. Salió de detrás del biombo y entró su sirviente.

—Los hombres están aquí, *monsieur*.

Convenía librarse de aquel hombre inmediatamente. No podía permitir que supiera dónde iba a llevar el cuadro. Tenía aspecto de ser astuto, con esos ojos inteligentes y traidores. Sentándose ante el escritorio, garabateó una nota para lord Henry, pidiéndole que le mandara algo que leer y recordándole que tenían una cita a las ocho y cuarto de la noche.

—Espere a recibir contestación —dijo, entregándosela—, y haga pasar a los hombres.

A los dos o tres minutos volvieron a llamar a la puerta, y el propio señor Hubbard, el famoso fabricante de marcos de la calle South Adudley, entró con un ayudante de aspecto más bien tosco. El señor Hubbard era un hombrecillo de piel sonrosada y bigote rojizo, cuya admiración por la pintura se veía considerablemente atenuada por la pobreza inveterada de los artistas que trataban con él. Tenía por costumbre no salir jamás de la tienda. Esperaba a que fueran a verle. Pero con Dorian Gray siempre hacía una excepción. Había algo en Dorian que encandilaba a la gente. Simplemente verle era un placer.

—¿Qué desea usted, señor Gray? —dijo, frotándose las manos, gordas y pecosas—. He pensado que es un honor para mí venir en persona. Precisamente ahora tengo una belleza de marco, señor. Lo he comprado en una subasta. Es florentino, antiguo. Tengo entendido que estaba en Fonhill^[79]. Es verdaderamente adecuado para un motivo religioso, señor Gray.

—Siento muchísimo que se haya tomado la molestia de venir, señor Hubbard. Iré sin falta a ver el marco, aunque en estos momentos no me dedico precisamente a la pintura religiosa, pero hoy sólo quiero que suban un cuadro a un piso superior de la cara. Pesa bastante y quizá dos de sus hombres puedan hacerlo.

—Perfectamente, señor Gray. Es un placer poder serle de ayuda. ¿Cuál es la obra, señor?

—Ésta —contestó Dorian, echando el biombo hacia atrás—. ¿Podrán llevarla tal y como está, con la tela? No quiero que se arañe al subir las escaleras.

—No hay ningún problema, señor —dijo el afable artesano mientras, con ayuda de su ayudante, empezaba a descolgar el cuadro de las grandes cadenas de latón que lo sostenían—. Y ahora, ¿dónde lo llevamos, señor Gray?

—Yo les mostraré el camino, señor Hubbard, si son tan amables de seguirme. O quizá sea mejor que vayan ustedes delante. Me temo que se trata del último piso. Subiremos por la escalera principal, que es más ancha.

Les abrió la puerta y salieron al pasillo para comenzar el ascenso. El complicado tipo de marco hacía que el cuadro resultara extremadamente voluminoso, y de cuando en cuando, a pesar de las obsequiosas protestas del señor Hubbard, que como buen comerciante odiaba de todo corazón ver a un caballero haciendo algo útil, Dorian acercaba la mano para ayudarles.

—Pues sí que pesa, señor —dijo el hombrecillo, sin aliento, cuando llegaron al primer rellano; y se secó la frente reluciente.

—Me temo que sí —murmuró Dorian mientras abría la puerta del cuarto que habría de guardar el curioso secreto de su vida y ocultar su alma a los ojos del resto de los hombres.

Llevaba más de cuatro años sin entrar allí; en realidad, desde que lo había usado primero como cuarto de juegos y luego como despacho al ser algo mayor. Era una

habitación grande, bien proporcionada, que lord Kelso había mandado construir para el pequeño nieto al que, por su increíble parecido con su madre y por otra serie de motivos, siempre quiso mantener a cierta distancia. El lugar apenas había cambiado. Casi lo primero que vio fue el enorme *cassone*^[80] italiano, con sus paneles cubiertos de pinturas fantásticas y sus opacas molduras, donde tantas veces se había escondido de niño. También estaba la estantería de satín^[81] llena de manoseados libros de colegio. En la pared de detrás seguía el mismo tapiz flamenco, donde un rey y una reina descoloridos jugaban al ajedrez en un jardín mientras una partida de halconeros pasaba junto a ellos a caballo, con guanteletes en los que se posaban los pájaros encapuchados. ¡Qué bien se acordaba de todo aquello! Cada instante de su infancia solitaria le vino a la cabeza mientras miraba a su alrededor. Pensó en la inmaculada pureza de su niñez, y le pareció horrible que fuera allí donde hubiera de permanecer oculto el fatídico retrato. ¡Qué poco había imaginado, en aquellos tiempos muertos, lo que le iba a deparar la vida!

Sin embargo, no había en la casa otro lugar como aquel, tan resguardado de miradas entrometidas. La llave estaba en su poder y nadie más podía entrar allí. Bajo su manto morado, el rostro pintado del lienzo podía irse volviendo bestial, sórdido y repugnante. ¿Qué importaba? Nadie lo vería. Ni siquiera él mismo. ¿Por qué iba a tener que contemplar la monstruosa corrupción de su alma? Iba a conservar su juventud; ya era bastante. Y además, ¿no podía ser que su interior se refinara con el tiempo? El futuro no tenía por qué estar lleno de vergüenza. Quizá apareciera algún amor en su vida, purificándole y sirviendo de escudo frente a los pecados que ya parecían acecharle en espíritu y carne, unos curiosos pecados invisibles, sutiles y fascinantes de puro misteriosos. Quizá, algún día, la crueldad acabara desapareciendo de aquella boca roja y sensible, y entonces podría mostrar al mundo la obra maestra de Basil Hallward.

No; eso era imposible. Hora tras hora, semana tras semana, la cosa aquella iría envejeciendo. Podía ser que escapara al horror del pecado, pero le esperaba el horror de la edad. Las mejillas se ahuecarían, o se volverían flácidas. Los ojos descoloridos acabarían rodeados de unas patas de gallo amarillas y serían espantosos. El pelo perdería su brillo; la boca estaría siempre abierta o caída, sería bobalicona o vulgar, como las bocas de los viejos. La garganta arrugada; las manos, frías y llenas de venas azules; el cuerpo, retorcido; recordaba haberlo visto en el abuelo que había sido tan estricto con él durante su niñez. El cuadro debía permanecer oculto. No quedaba otro remedio.

—Pasen, señor Hubbard, por favor —dijo con voz de cansancio, volviéndose—. Siento haberlos hecho esperar tanto. Estaba pensando en otra cosa.

—Un descanso siempre se agradece, señor Gray —contestó el artesano, que seguía sin aliento—. ¿Dónde lo ponemos, señor?

—Ah, en cualquier sitio. Aquí, aquí mismo. No quiero colgarlo. Déjenlo apoyado en la pared. Gracias.

—¿Puede uno mirar la obra, señor?

Dorian dio un respingo.

—No creo que le interese, señor Hubbard —dijo, sin quitarle ojo, dispuesto a lanzarse sobre él y echarle al suelo si se atrevía a levantar la preciosa tela que ocultaba el secreto de su vida—. Ya no le molesto más. Le agradezco mucho la amabilidad de haber venido.

—Nada, nada, señor Gray. Siempre a su servicio, señor.

Y el señor Hubbard se fue escaleras abajo, seguido de su ayudante, que volvió la cabeza para mirar a Dorian Gray con una expresión de asombro tímido en su rostro tosco y poco agraciado. Nunca había visto una persona tan extraordinaria.

Al apagarse el sonido de los pasos, Dorian cerró la puerta y se metió la llave en el bolsillo. Por fin estaba a salvo. Nadie volvería a contemplar aquel horror. Solamente sus ojos verían su propia vergüenza.

Al llegar a la biblioteca se encontró con que acababan de dar las cinco y ya habían subido el té. Sobre una mesita de madera oscura y perfumada con incrustaciones de nácar, regalo de lady Radley, la esposa de su tutor, una linda enferma profesional que había pasado el último invierno en El Cairo, había una nota de lord Henry, y junto a ella un libro encuadernado en papel amarillo, la cubierta algo rota y los bordes sucios. En la bandeja de té había un ejemplar de la tercera edición de la *St. James's Gazette*^[82]. Era evidente que Victor había regresado. ¿Se habría encontrado con los hombres en el vestíbulo cuando salían? ¿Les habría intentado sonsacar lo que habían estado haciendo? Con toda seguridad, echaría de menos el cuadro; sin duda lo había echado en falta ya, al dejar el té. El biombo no estaba en su sitio habitual, y se veía un espacio en blanco en la pared. Podía encontrárselo cualquier noche subiendo las escaleras para intentar forzar la puerta de la habitación. Era horrible tener un espía en casa. Había oído hablar de hombres ricos que habían sido chantajeados durante toda su vida por un sirviente que había leído una carta, oído una conversación, cogido una tarjeta con una dirección, o encontrado bajo una almohada una flor marchita o un pedazo de encaje arrugado.

Suspiró y, después de servirse un té, abrió la nota de lord Henry. Era simplemente para decir que le enviaba el periódico de la noche y un libro que podía interesarle, y que estaría en el club a las ocho y cuarto. Abrió el *St. James's* lánguidamente y lo ojeó. Una marca a lápiz rojo en la quinta página le llamó la atención. Señalaba el siguiente párrafo:

ENCUESTA JUDICIAL SOBRE UNA ACTRIZ.

Esta mañana ha tenido lugar una encuesta en la venta Bell, en la calle Hoxton, a cargo del señor Danby, el fiscal del distrito, en relación con el cadáver de Sybil Vane, una joven actriz contratada recientemente en el Royal Theatre de Holbom. Se estableció un veredicto de muerte accidental. Hubo numerosas condolencias por la madre de la difunta, que se mostró visiblemente afectada durante su declaración y durante la del doctor Birrel, encargado de la autopsia de la difunta.

Frunció el ceño y, rompiendo el periódico en dos, atravesó la habitación y tiró los trozos a la papelera. ¡Qué feo era todo el asunto! ¡Y qué horrible era la fealdad auténtica! Estaba un poco enfadado con lord Henry por haberle enviado el artículo. Y desde luego era una estupidez haberlo señalado en lápiz rojo. Víctor podía haberlo leído. Sabía inglés más que suficiente.

Quizá lo hubiera leído, y podía haber empezado a sospechar algo. Y si así fuera, ¿qué importaba? ¿Qué tenía que ver Dorian Gray con la muerte de Sybil Vane? No había nada que temer. Dorian Gray no la había matado.

De repente se fijó en el libro amarillo que le había mandado lord Henry. ¿Qué sería? Se acercó al atril octogonal de color perla, que siempre se le había antojado la labor de unas extrañas abejas egipcias que trabajaran en plata, se instaló en un sillón y empezó a pasar las páginas. A los pocos minutos estaba absorto. Era el libro más raro que había leído jamás. Con exquisita compostura y al delicado son de la flauta, los pecados del mundo iban pasando ante él en un mudo espectáculo. Cosas que había imaginado vagamente se volvían reales y nítidas. Cosas que jamás había imaginado se iban revelando gradualmente.

Era una novela sin argumento, y con un solo personaje. De hecho, era simplemente un estudio psicológico de un joven parisino que pasaba la vida intentando llevar a cabo en el siglo XIX todas las pasiones y modas pertenecientes a cada uno de los siglos menos el suyo, conjugando en sí mismo, por así decirlo, los distintos humores que había atravesado el espíritu del mundo, amando por su falsedad las renunciadas que el hombre imprudente ha denominado virtudes, tanto como las rebeliones naturales que el hombre sabio sigue llamando pecados. El estilo en que estaba escrito era ese curioso estilo florido, vivo y oscuro a la vez, lleno de argot y de arcaísmos, de expresiones técnicas y de complicadas paráfrasis, que caracteriza la labor de algunos de los mejores artistas de la escuela de simbolistas franceses. Contenía metáforas monstruosas como orquídeas, con un colorido de igual sutileza. La vida de los sentidos se describía en términos de una filosofía mística. Uno no sabía si estaba leyendo los éxtasis de un santo medieval o las mórbidas confesiones de un pecador moderno. Era un libro venenoso. Sus páginas parecían despedir un fuerte olor a incienso que perturbaba el ánimo. La mera candencia de las frases, la sutil monotonía de su música, con su abundancia de complejos refranes y repeticiones estudiadas, iban produciendo en la mente del joven, capítulo tras capítulo, una especie de ensueño, un delirio que le mantuvo ajeno a la caída de la noche con sus sombras.

Raso y perforado por una estrella solitaria, un cielo verde cobrizo iluminaba los ventanales. Siguió leyendo con la débil luz hasta que no pudo continuar. Entonces, después de que su mayordomo le hubiera avisado varias veces de lo tarde que era, se levantó y, yendo a la habitación contigua, dejó el libro en la pequeña mesa florentina que tenía junto a la cama y empezó a vestirse para cenar.

Eran casi las nueve cuando llegó al club, donde halló a lord Henry sentado solo, en la sala pequeña, con aspecto de estar francamente aburrido.

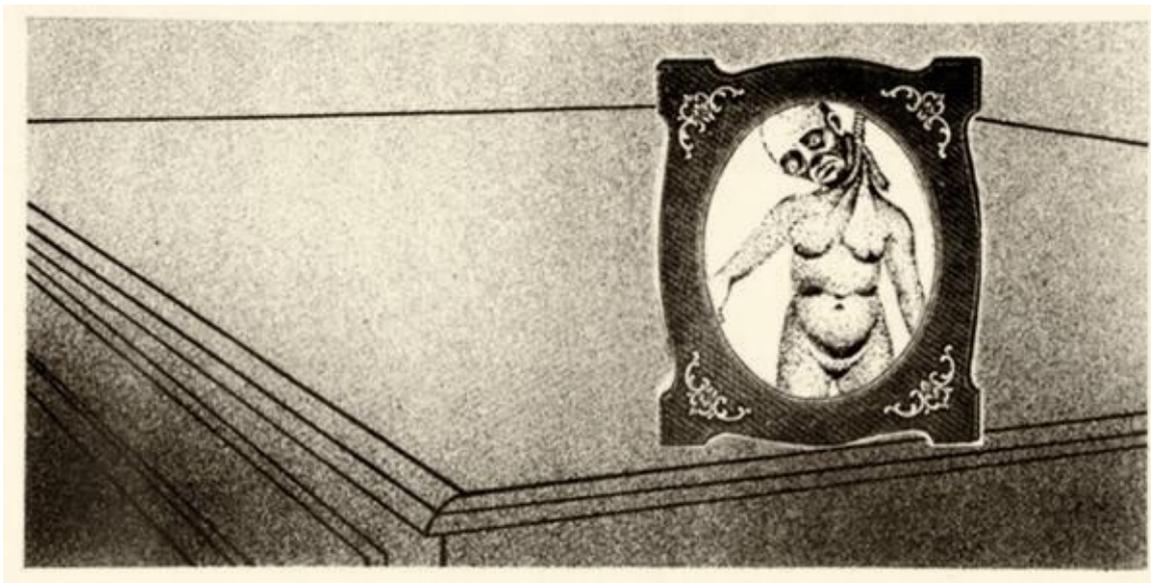
—Lo siento mucho, Harry —exclamó—, pero la verdad es que tú tienes toda la culpa. El libro que me enviaste me ha fascinado tanto que no me he dado cuenta de la hora.

—Sí; me imaginaba que te iba a gustar —dijo su anfitrión, levantándose de la silla.

—No he dicho que me guste, Harry. He dicho que me fascina. Hay una gran diferencia.

—Ah, ¿ya lo has descubierto? —murmuró lord Henry.

Y pasaron al comedor.



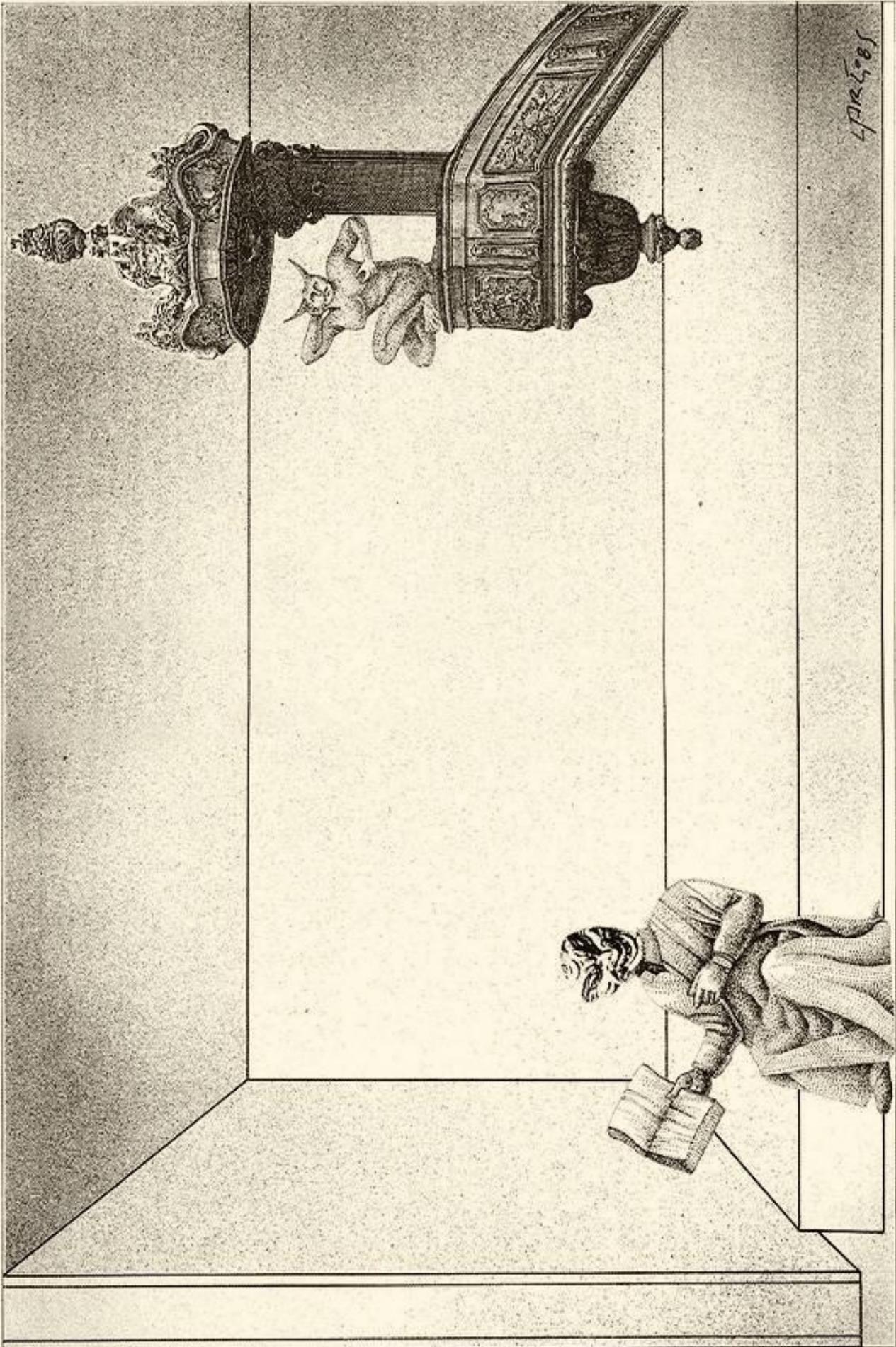
Capítulo 11

Dorian Gray pasó años sin poder librarse de la influencia de aquel libro. O quizá fuera adecuado decir que en ningún momento pretendió librarse de ella. Consiguió en París no menos de nueve ejemplares, en rama^[83], de la primera edición, y los mandó encuadernar en diferentes colores, para que se acomodaran a sus distintos estados de ánimo y a los caprichos variables de un temperamento sobre el que parecía, en ocasiones, haber perdido el control. Convirtió al héroe, el maravilloso joven parisino, en quien el espíritu romántico y el científico se mezclaban tan extrañamente, en una especie de prefiguración suya. Le parecía que el libro contenía la historia de su propia vida, escrita antes de que él la hubiera vivido.

Había un punto en el que era más afortunado que el héroe fantástico de la novela. Nunca había tenido, ni había motivo para tener, ese horror algo grotesco a los espejos, las superficies de metal pulido y el agua rasa, que atacó al joven parisino siendo aún tan joven, ocasionado por la decadencia repentina de una belleza que había sido, aparentemente, muy notable. Era una alegría que tenía algo de cruel (y quizá en casi toda alegría, como desde luego en todo placer, existe la crueldad) la que le producía la última parte del libro, una narración verdaderamente dramática, aunque algo exagerada, de la tristeza y la desesperación de un individuo que había perdido lo que, en las personas y en el mundo, más había valorado.

Efectivamente, la asombrosa belleza que había fascinado a Basil Hallward y a otras muchas personas parecía no abandonarle jamás. Incluso aquellos que habían oído decir las mayores maldades en su contra, y de cuando en cuando extraños rumores sobre su estilo de vida corrían por todo Londres y se convertían en la comidilla de los clubes, eran incapaces de atribuirle algo deshonroso al verle. Tenía la mirada del que se ha mantenido inmaculado frente al mundo. Los hombres

malhablados guardaban silencio cuando Dorian Gray entraba en una habitación. Había algo en la pureza de su rostro que los intimidaba. Su simple presencia parecía traerles el recuerdo de la inocencia que habían empañado. Se preguntaban cómo era posible que alguien tan encantador y apuesto pudiera haberse librado de la mácula de una época que era a la vez sórdida y sensual.



En numerosas ocasiones, al regresar a casa tras una de esas misteriosas y prolongadas ausencias que daban lugar a tan descabelladas conjeturas entre los que eran sus amigos, o creían serlo, Dorian subía sigilosamente a la habitación cerrada, abría la puerta con la llave que siempre llevaba encima, y se colocaba, con un espejo en la mano, frente al retrato que Basil Hallward le había hecho, mirando ahora el rostro malévolos y envejecido del cuadro, ahora el rostro hermoso y joven que le sonreía desde el reluciente cristal. La mera intensidad del contraste aumentaba su sensación de placer. Cada vez se iba enamorando más de su belleza; cada vez sentía un interés mayor por la corrupción de su alma. Examinaba con un cuidado minucioso, y a veces con un deleite monstruoso y terrible, las espantosas líneas que surcaban la frente arrugada, o rodeaban la boca gruesa y sensual, intentando decidir qué era más horrible, la huella del pecado o la huella de la edad. Ponía sus manos blancas junto a las manos hinchadas y toscas del cuadro y sonreía. Parodiaba el cuerpo deforme y las extremidades flácidas.

Lo cierto es que, de noche, había momentos en que, cuando yacía insomne en su habitación delicadamente perfumada, o en el sórdido cuarto de la posada de mala fama cerca de los muelles que, con nombre falso y disfrazado, tenía la costumbre de visitar, pensaba en la ruina de su alma, con una piedad que, al ser puramente egoísta, era mucho más patética. Pero los momentos como éste eran escasos. La curiosidad sobre la vida que lord Henry había despertado en él cuando se sentaron juntos en el jardín de su amigo iba aumentando a la par que la gratificación. Cuanto más sabía, más quería saber. Tenía hambres desahoradas que se hacían más voraces conforme las alimentaba.

Sin embargo, no era absolutamente imprudente, al menos en cuanto a su relación con la sociedad. Una o dos veces al mes, durante el invierno, y todos los miércoles por la noche, mientras duraba la temporada, abría las puertas de su hermosa mansión al mundo y llevaba a los músicos más célebres para agasajar a sus invitados con el prodigio de su arte. Sus reducidas cenas, en cuya preparación siempre le asistía lord Henry, se distinguían tanto por la cuidadosa selección y colocación de los convidados como por el exquisito gusto que mostraba en la ornamentación de la mesa, con centros de flores exóticas dispuestos con un gusto sutilmente sinfónico, manteles bordados y vajillas antiguas de oro y plata. Había muchos, sobre todo entre los hombres muy jóvenes, que veían, o creían ver, en Dorian Gray la encarnación de un tipo de individuo con el que habían soñado en sus tiempos de Eton y Oxford, un individuo que combinara la auténtica cultura del universitario con el encanto, la distinción y los buenos modales de un ciudadano del mundo. Les parecía formar parte de la clase de personas a quienes Dante describe como los que han buscado «convertirse en perfectos mediante la adoración de la Belleza»^[84]. Al igual que Gautier, era un ser para el que «existe el mundo visible»^[85].

Y efectivamente, para él la vida era la primera, la más grande de las artes, y a su lado todas las demás artes parecían una simple preparación. La moda, mediante la

cual aquello que es realmente fantástico se convierte por un momento en universal, y el dandismo, que a su manera es un intento de aseverar la absoluta modernidad de la belleza, también tenían su atractivo para él, por supuesto. Su forma de vestir, y los estilos que afectaba de cuando en cuando, tenían una marcada influencia sobre los jóvenes exquisitos de las fiestas de Mayfair y los escaparates de los clubes de Pall Mall^[86], que le imitaban en todo, e intentaban reproducir el encanto natural de sus atractivas, aunque para él nunca del todo serias, poses.

Puesto que, si bien él estaba más que dispuesto a aceptar la posición a que había tenido un acceso casi inmediato al alcanzar la mayoría de edad, hallando un sutil placer ante la idea de convertirse para el Londres de su época en lo que había sido para la Roma imperial de Nerón el autor del *Satiricón*, en lo más profundo de su corazón deseaba ser algo más que un simple *arbiter elegantiarum*^[87], sólo útil para aconsejar sobre la forma de colocarse una joya, ponerse una corbata o llevar un bastón. Lo que quería era elaborar un nuevo esquema de vida que tuviera una filosofía razonada y unos principios ordenados, y hallar en la espiritualización de los sentidos su máxima realización.

El culto a los sentidos ha sido frecuentemente, y con mucha justicia, criticado, ya que al hombre le producen un terror instintivo las pasiones y las sensaciones que parecen más fuertes que él mismo, y que tiene conciencia de compartir con las formas de existencia peor organizadas. Pero Dorian Gray estaba convencido de que la verdadera naturaleza de los sentidos aún no se había llegado a comprender, y que había permanecido en estado salvaje y animal simplemente porque el mundo procuraba matarlos de hambre o de dolor, para tenerlos sometidos, en lugar de intentar convertirlos en elementos de una nueva espiritualidad, cuya pauta principal fuera un fino instinto de belleza. Al volver la vista sobre el hombre a lo largo de la historia, experimentaba una sensación de vacío. ¡Se había entregado tanto! ¡Y tan inútilmente! Había alucinantes rechazos voluntarios, monstruosas formas de sacrificio y abnegación, cuyo origen era el miedo, y cuyo resultado había sido una degradación infinitamente más terrible que la degradación imaginaria de la que, con su maravillosa ironía, empuja al anacoreta a comer con los animales del desierto y da al ermitaño las bestias del campo por compañía.

Sí; acabaría habiendo, como había vaticinado lord Henry, un nuevo hedonismo que regeneraría la vida, salvándola del puritanismo severo y desabrido que está teniendo, en nuestra época, un curioso resurgimiento. Se valdría del intelecto, por supuesto; pero nunca aceptaría una teoría ni un sistema que implicase el sacrificio de algún tipo de experiencia pasional. Su objetivo sería la experiencia en sí misma, y no el fruto de la experiencia, por dulce o agrio que fuera. El ascetismo que entumece los sentidos y el libertinaje vulgar que los atonta no se conocerían. Pero serviría para enseñar al hombre a concentrarse en los momentos de la vida, que es en sí misma un momento.

Son pocos los que no se han despertado alguna vez antes del amanecer, o bien tras una de esas noches insomnes que nos convierten en una especie de enamorados de la muerte, o tras una de esas noches de terror y felicidad deforme, cuando por las estancias de la mente pasean fantasmas más terribles que la propia realidad, dotados de esa vida intensa que posee todo lo grotesco, y que da al arte gótico su perdurabilidad, pudiéndose pensar que este arte es fundamentalmente el arte de aquellos cuyas mentes han sufrido la enfermedad del delirio. Gradualmente, unos dedos blancos acaban por asomarse tras las cortinas, y parecen temblar. Con siluetas negras y fantásticas, sombras mudas van llenando las esquinas de la habitación, quedándose allí agazapadas. Afuera se oye el murmullo de los pájaros entre las ramas, o el ruido de los hombres que van a trabajar, o el suspiro y sollozo del viento que baja de las colinas y se pasea por la casa solitaria, como si temiera despertar a los durmientes, pero haciendo salir al sueño de su cueva purpúrea. Velo tras velo, se va alzando la gasa fina y opaca, las cosas recobran su forma y color, y contemplamos el amanecer rehaciendo el mundo según su antigua configuración. Los espejos pálidos recuperan su vida mímica. Las velas apagadas continúan donde las habíamos dejado, y junto a ellas sigue el libro interrumpido por la mitad que habíamos estado estudiando, o la flor alambrada que habíamos llevado en el baile, o la carta que no nos habíamos atrevido a leer, o que habíamos leído demasiadas veces. Nada nos parece distinto. De las sombras irreales de la noche regresa la vida real que conocíamos. Tenemos que reanudarla donde nos habíamos quedado, y nos invade una imperiosa necesidad de energía, de continuidad, a base de la agotadora rutina de costumbres estereotipadas, o un inmenso deseo, quizá, de poder abrir los párpados una mañana a un mundo que hubiera sido remodelado a oscuras para complacernos, un mundo en el que las cosas tuvieran formas y colores nuevos, un mundo en el que el pasado tuviera poco o ningún lugar, o no sobreviviera, al menos, en una forma consciente de obligaciones y remordimientos, al tener los recuerdos, incluso los alegres, su amargura, y los placenteros, su dolor.

Era la creación de mundos semejantes a estos lo que Dorian Gray consideraba el verdadero objeto, o uno de los verdaderos objetos, de la vida; y en su búsqueda de sensaciones que fueran a la vez nuevas y agradables, y que poseyeran el elemento de misterio que es tan esencial en un romance, a menudo adoptaba estilos de pensamiento que reconocía como ajenos a su propio ser, abandonándose a sus sutiles influencias, y entonces, una vez que había, por así decirlo, captado su color y satisfecho su curiosidad intelectual, los abandonaba con esa curiosa indiferencia que no es incompatible con un temperamento verdaderamente ardiente, y que incluso a veces, según ciertos psicólogos modernos, es una de sus condiciones.

Hubo un momento en que se empezó a rumorear de él que estaba a punto de ingresar en la comunidad católica; y era cierto que el rito católico siempre había ejercido una gran atracción sobre él. El sacrificio diario, más horrible en realidad que todos los sacrificios del mundo antiguo, le impresionaba tanto por su magnífico

rechazo de la evidencia de los sentidos como por la sencillez primitiva de sus elementos y el eterno patetismo de la tragedia humana que pretende simbolizar. Le encantaba arrodillarse en el suelo de mármol frío y observar al cura, con su vestimenta rígida y floreada, corriendo lentamente con sus manos blancas el velo del tabernáculo, o alzando la custodia enjovellada en forma de farol, con esa pálida oblea de la que a veces uno estaría dispuesto a pensar que es efectivamente el *panis caelestis*, el pan de los ángeles; o vestido con las prendas de la Pasión de Cristo, partiendo la Hostia en el cáliz, y golpeándose el pecho por sus pecados. Los incensarios humeantes que los adustos monaguillos, con su encaje y su escarlata, lanzaban al aire como enormes flores doradas, tenían para él una sutil fascinación. Al salir, siempre miraba intrigado los negros confesionarios, queriendo sentarse en la oscura sombra de uno de ellos para escuchar a los hombres y mujeres susurrando por la gastada rejilla la verdadera historia de sus vidas.

Pero nunca cayó en el error de frenar su desarrollo intelectual con la aceptación formal de un credo o sistema, ni de confundir con un hogar una posada que no sirve más que para la estancia de una noche, o para unas pocas horas de una noche en que no hay estrellas y la luna agoniza. El misticismo, con su maravilloso poder de hacer que nos parezcan extrañas las cosas corrientes, y la sutil antinomia que parece acompañarlo, le conmovió durante una temporada; y durante una temporada se dejó llevar por las doctrinas materialistas del movimiento alemán del *Darwinismus*^[88], y hallaba un curioso placer en rastrear los pensamientos y pasiones del hombre hasta localizarlos en alguna celda nacarada del cerebro, o en algún blanco nervio del cuerpo, complaciéndose en la concepción de la absoluta dependencia del espíritu de ciertas condiciones físicas, mórbidas o sanas, normales o enfermas. Sin embargo, como ya se ha dicho antes sobre él, no había teoría sobre la vida que le pareciera tener importancia alguna en comparación con la vida misma. Se sentía enormemente consciente de lo vacía que puede resultar toda especulación intelectual separada de la acción y el experimento. Sabía que los sentidos, igual que el alma, contienen misterios espirituales aún por revelar.

Por ello, también se dedicó durante un tiempo a estudiar el perfume y los secretos de su fabricación, destilando aceites de denso olor y quemando aromáticas resinas orientales. Se dio cuenta de que no había ningún estado mental que no tuviera su contrapartida en la vida sensual, y se propuso descubrir el verdadero nexo entre ambos, intentando averiguar qué puede haber en el incienso que le convierta a uno místico, en el ámbar gris que nos despierta la pasión, en las violetas para traemos la nostalgia de los amores pasados, en el almizcle para perturbamos el entendimiento, y en la champaca^[89] para enturbiamos la imaginación; y quiso elaborar una verdadera psicología del perfume y valorar las diferentes influencias de las raíces de olor dulce, de las perfumadas flores cargadas de polen o los bálsamos aromáticos, y de los bosques oscuros y fragantes, del nardo que produce mareos, del *hovenia*^[90] que

vuelve loco al hombre, y del áloe que parece capaz de expulsar la melancolía del alma.

Durante otro período se entregó por completo a la música, y en una habitación alargada, con celosías, techo bermejo y dorado, y paredes lacadas en verde oliva, se dedicaba a dar unos curiosos conciertos, donde gitanos enfebrecidos arrancaban una música frenética a sus pequeñas cítaras, o unos tunecinos solemnes, envueltos en chales amarillos, pulsaban las tensas cuerdas de unos monstruosos laúdes, mientras unos negros sonrientes golpeaban insistentemente sus tambores de cobre, y, sentados sobre alfombras encamadas, unos indios flacos y cubiertos con turbantes soplaban sus largas flautas de caña o de latón, encantando, o fingiendo encantar, enormes cobras y espantosas víboras cornudas. Aquellos bruscos intervalos y las estridentes discordancias de la música bárbara le divertían cuando el encanto de Schubert, las hermosas tristezas de Chopin, y las poderosas armonías del mismísimo Beethoven^[91] no causaban impresión alguna a su oído. Reunió, procedentes del mundo entero, los instrumentos más extraños que pudieran hallarse, tanto en las tumbas de naciones muertas como en las escasas tribus salvajes que han sobrevivido al contacto con las civilizaciones occidentales, y le encantaba tocarlos y probarlos. Tenía los misteriosos *furuparis* de los indios del río Negro^[92], que a las mujeres les está prohibido contemplar, y que incluso los hombres jóvenes no pueden ver sin haber sido sometidos al ayuno y a una buena limpieza, y los jarrones de barro del Perú, que producen el graznido agudo de un pájaro, y flautas de huesos humanos como las que Alfonso de Ovalle^[93] escuchó en Chile, y los sonoros jaspes verdes que se hallan en las cercanías de Cuzco y que producen una nota de dulzura singular. Tenía calabazas pintadas y llenas de guijarros que hacían ruido al agitarlas; el largo *clarín* mejicano en el que el músico no sopla, sino que aspira aire; el chirriante *ture* de las tribus amazónicas, usado por centinelas que pasan sus días sentados en altos árboles, y que se oye, parece ser, a tres leguas de distancia; el *teponaztli*, con sus dos vibrantes *lengüetas* de madera, que se toca con palos untados de goma elástica que produce el jugo lechoso de unas plantas; los cascabeles *yotl* de los aztecas, que cuelgan en racimos como uvas; y un gigantesco tambor cilíndrico cubierto de pieles de enormes serpientes, como el que vio Bernal Díaz al entrar con Cortés^[94] en el templo mexicano, y de cuyo lúgubre sonido nos ha dejado tan viva descripción. El carácter fantástico de estos instrumentos le fascinaba, y sentía un curioso goce al pensar que el arte, como la naturaleza, tiene sus monstruos, objetos con formas bestiales y voces horripilantes. No obstante, al cabo de un tiempo acababa hartándose de ellos y volvía a su palco en la Ópera, solo o con lord Henry, escuchando el *Tannhäuser*^[95] ensimismado de placer, y viendo en el preludio de esta gran obra una representación de la tragedia de su propia alma.

En una ocasión comenzó el estudio de las joyas, y apareció en un baile de disfraces vestido de Anne de Joyeuse^[96], un almirante francés, con un traje cubierto de quinientas sesenta perlas. Esta afición le entusiasmó durante años y, en realidad, se

puede decir que jamás la abandonó. A menudo pasaba un día entero colocando y volviendo a colocar en sus cajas las variadas piedras que había ido acumulando, como el crisoberilo oliváceo que se vuelve rojo a la luz de una lámpara, la cimofana con su veta plateada como un alambre, el peridoto de color pistacho, topacios rosados y amarillentos, carbúnculos de escarlata brillante con trémulas estrellas de cuatro puntas, jacintos rojos como el fuego, espinelas naranjas y violetas, y amatistas con sus capas alternas de rubí y zafiro. Le encantaba el rojo dorado de la piedra del Sol, y la blancura perlada de la piedra de la Luna, y el arco iris quebrado del ópalo lechoso. Consiguió en Amsterdam tres esmeraldas de tamaño y riqueza extraordinarios, y tenía una turquesa *de la vieille roche*^[97] que era la envidia de todos los entendidos.

Descubrió también maravillosas anécdotas sobre joyas. En la *Clericalis Disciplina* de Alfonso^[98], se menciona una serpiente con ojos de circón auténtico, y en la romántica historia de Alejandro se cuenta que el conquistador de Emacia^[99] encontró en el valle del Jordán serpientes «con collares de auténticas esmeraldas que les crecían en el lomo». Filóstrato^[100] nos decía que había una gema en el cerebro del dragón, y «mediante la exhibición de unas letras doradas y una toga escarlata» se podía hacer caer al monstruo en un letargo mágico y matarlo. Según el gran alquimista Pierre de Boniface, los diamantes convierten al hombre invisible, y el ágata de la India le toma elocuente. La cornalina aplaca la ira, el jacinto produce sueño, y la amatista elimina los efluvios del vino. El granate aleja a los demonios, y la hidrófana priva a la luna de su color. La selenita se vuelve cérea y descolorida con la luna, y la melanita, que descubre a los ladrones, sólo se ve afectada por la sangre de los cabritillos. Leonardus Camillus había visto una piedra blanca, arrancada del cerebro de un sapo recién muerto que era un antídoto seguro contra el veneno. El bezoar^[101], que se halla en el corazón del ciervo árabe, es un amuleto que cura la peste. En los nidos de los pájaros árabes se encuentran egagrópilas^[102], que, según Demócrito^[103], protegen del fuego a su portador.

El rey de Ceilán atravesó a caballo su ciudad con un gran rubí en la mano el día de la ceremonia de su coronación. Las puertas del palacio del Preste Juan^[104] estaban «hechas de sardio, con el cuerno de la serpiente cornuda incrustado, para que ningún hombre pudiera entrar con veneno». Sobre el aguilón del tejado se veían «dos manzanas de oro, en las que había dos carbúnculos», de forma que el oro brillara de día y los carbúnculos de noche. En la extraña novela de Lodge, *A Margarite of America*^[105], se afirma que en la cámara de la reina podían verse «todas las damas virtuosas del mundo, engastadas en plata, mirándose en espejos de crisólitos, carbúnculos, zafiros y verdes esmeraldas». Marco Polo vio a los habitantes de Zipangu^[106] colocar perlas rosadas en la boca de los muertos. Un monstruo marino se enamoró de la perla que un buzo había llevado al rey Peroz^[107], mató al ladrón, y lloró su pérdida durante siete lunas. Cuando los hunos acorralaron al rey en una gran fosa, él la lanzó por los aires, y según Procopio^[108], que lo narra, no fue hallada jamás, aunque el emperador Anastasio^[109] ofreció quinientas toneladas de piezas de

oro por ella. El rey de Malabar^[110] mostró a un veneciano un rosario de trescientas cuatro perlas, una por cada dios que veneraba.

Cuando el duque de Valentinois, hijo de Alejandro VI, visitó a Luis XII de Francia, su caballo iba cargado de hojas de oro, según Brantôme^[111], y su sombrero tenía una doble fila de rubíes que despedían una gran luz. Carlos de Inglaterra^[112] montaba a caballo con unos estribos engastados de cuatrocientos veintiún diamantes. Ricardo II^[113] tenía un traje, valorado en treinta mil marcos, recubierto de rubíes balajes. Hall describe a Enrique VIII^[114] de camino a la Torre antes de su coronación, «con un jubón de oro en relieve, el peto bordado de diamantes y otras ricas piedras, y alrededor del cuello un gran tahalí de enormes balajes». Los favoritos de Jacobo I^[115] llevaban pendientes de esmeraldas adornados con filigranas de oro. Eduardo II regaló a Piers Gaveston^[116] una armadura de oro rojo tachonada de jacintos, un collar de rosas de oro engastado en turquesas y un yelmo *parsemé*^[117] de perlas. Enrique II^[118] usaba unos guantes enjovados que le llegaban hasta el codo, y tenía un guantelete para cazar halcones cosido con doce rubíes y cincuenta y dos perlas finas. El sombrero ducal de Carlos el Temerario^[119], último duque de Borgoña de su estirpe, estaba adornado con perlas en forma de pera, y tachonado de zafiros.

¡Qué exquisita era la vida de antes! ¡Qué magnífica en su pompa y ornato! Aunque sólo fuera en lectura, el lujo de los muertos resultaba delicioso.

Más adelante se dedicó a los bordados, y a los tapices que hacían las veces de frescos en los fríos salones de los países del norte de Europa. Al estudiar este tema, y siempre tuvo una capacidad extraordinaria para concentrarse por completo en aquello que emprendía, sintió casi pena al ver el reflejo de la ruina que el tiempo inflige sobre los objetos bellos y maravillosos. Él, en cualquier caso, había logrado librarse de ello. Los veranos se sucedían, y los junquillos amarillos florecían y morían, y noches de horror repetían la historia de su vergüenza, pero él permanecía intacto. Ningún invierno le ajó el rostro ni dañó aquella belleza que era como una flor. ¡Qué distinto era lo que sucedía a las cosas materiales! ¿Dónde irían a parar? ¿Dónde estaría aquel gran manto de color azafrán sobre el que los dioses habían luchado con los gigantes y que fue tejido por doncellas morenas para complacer a Atenea^[120]? ¿Dónde el inmenso *velarium*^[121] con que Nerón hizo cubrir el Coliseo^[122] romano, aquella titánica vela de púrpura en la que estaba representado el cielo estrellado, con Apolo conduciendo un carro arrastrado por blancos corceles con arreos de oro? Le hubiera gustado ver las curiosas servilletas realizadas para el Sacerdote del Sol^[123], en las que se mostraban todas las delicias y viandas que uno pudiera imaginarse en un festín; el sudario del rey Chilperico^[124], con sus trescientas abejas de oro; las túnicas fantásticas que provocaron la indignación del obispo de Ponto, y que estaban decoradas con «leones, panteras, osos, perros, bosques, rocas, cazadores, todo, en realidad, lo que un pintor puede copiar de la Naturaleza»; y el traje que Carlos de Orleans^[125] llevó en una ocasión, sobre cuyas mangas estaban bordados los versos de

una canción que comenzaba *Madame, je suis tout joyeux*^[126]; el acompañamiento musical de las palabras estaba tejido en hilo de oro, y cada nota, con forma cuadrada en aquella época, hecha de cuatro perlas. También leyó que la estancia que habían preparado en el palacio de Reims^[127] para uso de la reina Juana de Borgoña^[128] estaba decorada con «mil trescientos veintiún loros bordados y blasonados con las armas reales, y quinientas sesenta y una mariposas, cuyas alas estaban ornamentadas de forma similar con las armas de la reina, todo labrado en oro». Catalina de Médicis tenía un lecho fúnebre de terciopelo negro bordado de medias lunas y soles. Las cortinas eran de damasco, con coronas y guirnaldas de hojas sobre un fondo de oro y plata ribeteado con orlas de perlas bordadas, y estaba en una habitación de cuyas paredes colgaban en hileras las divisas de la reina recortadas en terciopelo negro sobre un paño de plata. Luis XIV^[129] tenía en su aposento unas cariátides de quince pies de altura y bordadas en oro. El lecho oficial de Sobieski^[130], rey de Polonia, era de brocado de oro de Esmirna^[131] y tenía versos del Corán bordados de turquesas. Los soportes eran de plata bañada en oro, bellamente labrados y con incrustaciones de medallones hechos de esmalte y pedrería. Se lo había llevado del campamento turco ante Viena, y el estandarte de Mahoma ondeó bajo el oro trémulo de su dosel.

Dedicó un año entero a reunir los especímenes más exquisitos que pudiera hallar dentro de la artesanía textil y bordada, consiguiendo las delicadas muselinas de Delhi, adornadas con palmas de oro y cosidas con alas de escarabajos irisados; las gasas de Dacca que por su transparencia se conocen en Oriente con los nombres de «aire tejido», «agua corriente» y «rocío nocturno»; extrañas telas historiadas procedentes de Java^[132]; primorosos tapices chinos de color amarillo; libros encuadernados en rasos oscuros o en sedas celestes, decorados con *fleurs de lys*, pájaros y figuras; velos de *lacis*^[133] hechos en punto de Hungría; brocados sicilianos y rígidos terciopelos españoles; labores georgianas, con sus monedas de oro, y *foukousas*^[134] japonesas, con sus dorados verdosos y sus pájaros de plumajes maravillosos.

También tenía una pasión especial por las vestiduras religiosas, como la tenía de hecho por todo lo relacionado con el oficio religioso. En los largos baúles de cedro que se alineaban en la galería oeste de su casa tenía guardados muchos especímenes raros y preciosos de lo que es realmente el atavío de la Prometida de Cristo, que debe llevar púrpura, joyas y paños finos para así ocultar la palidez y maceración de su cuerpo, gastado por el sufrimiento que ella busca, y herido por el dolor que ella misma se inflige. Poseía una magnífica capa pluvial de seda carmesí y damasco de oro, decorada con un motivo de granadas doradas colocadas sobre flores de seis pétalos, a cuyos lados había unas piñas labradas en perlas diminutas. Las franjas estaban divididas en recuadros que representaban escenas de la vida de la Virgen, y las de la coronación estaban bordadas en seda en la capucha. Era artesanía italiana del siglo xv. Había otra capa pluvial de terciopelo verde, bordada con grupos de hojas de acanto en forma de corazón, de donde salían unos tallos finos con flores blancas, cuyos detalles estaban cosidos en hilo de plata y con cuentas de vidrios de colores. En

el capillo había una cabeza de serafín realzada en hilo de oro. Las bandas estaban tejidas con un dibujo geométrico en seda roja y dorada, y sembrados de medallones de numerosos santos y mártires, entre los que figuraba San Sebastián. Tenía también casullas de seda ambarina y azul, brocados de oro, damascos de seda amarilla y telas de oro, decorado todo con figuras de la Pasión y de la Crucifixión de Cristo, y bordado con leones, pavos reales y otros emblemas; dalmáticas de satén blanco y de damasco de seda rosa adornadas con tulipanes, delfines y *fleurs de lys*; frontales de terciopelo carmesí y de paño azul; y numerosos corporales, y velos de cáliz y manípulos. En los usos místicos de estos objetos había algo que le estimulaba la imaginación.

Porque aquellos tesoros y todo cuanto coleccionaba en su hermosa casa eran medios para olvidar, vías que le permitían huir, durante una temporada, de un miedo que a veces le parecía demasiado grande para soportarlo. En la pared del solitario cuarto cerrado donde había pasado tantos días de su infancia, había colgado con sus propias manos el terrible retrato cuyos rasgos cambiantes le mostraban la auténtica degradación de su vida, y frente a él había colgado el palio púrpura y dorado, a modo de cortina. A veces pasaba semanas enteras sin subir, olvidándose de aquella cosa tan siniestra y recuperando su buen carácter, su maravillosa alegría, su apasionada entrega a la mera existencia. Pero de repente, una noche, salía sigilosamente de la casa e iba a los espantosos lugares cercanos a Blue Gate Fields^[135], quedándose allí noche tras noche, hasta que le echaban. A su vuelta se sentaba frente al cuadro, unas veces odiándolo tanto como a sí mismo, y sintiendo otras veces, sin embargo, ese orgullo del individualismo que constituye la mitad de la fascinación del pecado, y sonriendo con secreto deleite ante la sombra deformada que soportaba una carga que debía haber sido suya.

Al cabo de unos años empezó a no poder soportar estar mucho tiempo fuera de Inglaterra, y vendió la casa de Trouville^[136] que había compartido con lord Henry, y también la casita blanca que tenía en Argel, donde habían pasado más de un invierno. No le gustaba nada estar lejos del cuadro que formaba una parte tan importante de su vida, y además temía que durante su ausencia alguien pudiese entrar en la habitación, a pesar de las barras forjadas que había hecho poner en la puerta.

Era plenamente consciente de que no les diría nada. Había que admitir que el retrato aún conservaba, bajo toda la vileza y fealdad del rostro, su marcado parecido con él; pero ¿qué iban a deducir de ello? Se reiría de cualquiera que pretendiera provocarle. No era él quien lo había pintado. ¿Qué podía importarle lo repugnante y vergonzoso que era? Incluso aunque contara la verdad, ¿quién iba a creerle?

Sin embargo, tenía miedo. A veces, cuando estaba en su mansión en Nottinghamshire^[137], haciendo de anfitrión para los jóvenes elegantes de su rango que eran su principal compañía, asombrando al condado con el lujo desenfrenado y el magnífico esplendor de su estilo de vida, de repente abandonaba a sus invitados y se marchaba precipitadamente a la ciudad para asegurarse de que no habían forzado la

puerta, y de que el cuadro seguía en su sitio. ¿Y si lo robaban? Se ponía enfermo sólo de pensarlo. Entonces, el mundo entero sabría su secreto. Quizá ya lo sospechaban.

Porque aunque fascinaba a muchos, no eran pocos los que desconfiaban de él. Estuvieron a punto de no admitirle en un club del West End al que su rango y su posición social le permitían pertenecer sin ningún género de dudas, y se contaba que una vez en que un amigo le llevó al salón de fumar del Churchill, el duque de Berwick y otro caballero se levantaron con aire ofendido y se marcharon. Empezaron a circular extrañas historias sobre él después de cumplir los veinticinco años. Se rumoreaba que había sido visto discutiendo con marineros extranjeros en una taberna infame en la zona más tirada de Whitechapel; que se reunía con ladrones y falsificadores, y que conocía los misterios de su oficio. Sus extraordinarias ausencias empezaron a hacerse notorias y, cuando tras una de ellas volvía a aparecer en sociedad, los hombres cuchicheaban unos con otros en las esquinas, o pasaban a su lado con un gesto de desdén, o le miraban con sus ojos fríos y penetrantes, como si se hubiesen propuesto adivinar su secreto.

De semejantes insolencias y pretendidos desaires él, por supuesto, no se hacía caso y, en opinión de la mayoría de la gente, su comportamiento franco y natural, su maravillosa sonrisa juvenil, y el infinito encanto de una sorprendente juventud que parecía no abandonarle, bastaban como respuesta a las calumnias, pues así las llamaban, que circulaban sobre él. Se comentaba, sin embargo, que algunos de los que habían sido más íntimos suyos parecían, después de un tiempo, rehuirle. Mujeres que le habían adorado locamente, y que por él se habían enfrentado a la censura de la sociedad y habían hecho caso omiso de las convenciones, palidecían de horror o vergüenza cuando Dorian Gray entraba en la habitación.

Pero estos escándalos susurrados sólo servían para aumentar, a los ojos de muchos, su extraño y peligroso encanto. La enorme fortuna que poseía era un indudable elemento de seguridad. La sociedad, al menos la sociedad civilizada, nunca está dispuesta a creer nada en detrimento de quienes son tan ricos como fascinantes. Creen de forma instintiva que los buenos modales son más importantes que la moral, y en su opinión, una conducta discreta y respetable tiene mucho menos valor que la posesión de un buen *chef*. Y efectivamente, es un pobre consuelo saber que un hombre que da mal de cenar, o saca un vino barato, lleva una vida intachable. Ni siquiera las virtudes cardinales nos compensan de unos *entrées* medio fríos, como dijo una vez lord Henry en su discusión sobre este tema; y posiblemente hay mucho que decir a favor de su opinión. Puesto que los cánones de la buena sociedad son, o deberían ser, igual que los cánones del arte. La forma es absolutamente esencial. Ha de poseer la dignidad de una ceremonia, junto con su irrealidad, y debería combinar el carácter sincero de una obra romántica con el ingenio y la belleza que convierten dichas obras en un espectáculo tan agradable. ¿Es la insinceridad algo tan terrible? Yo creo que no. Es simplemente un método que nos permite multiplicar nuestras personalidades.

Tal era, en cualquier caso, la opinión de Dorian Gray. Le parecía asombrosamente superficial la psicología de aquellos que conciben el *Ego* del hombre como simple, permanente, resistente, y compuesto por una sola esencia. A él le parecía que el hombre es un ser con una mirada de vidas y de sensaciones, una criatura compleja y multiforme que portaba en su interior extrañas herencias de pensamiento y pasión, y cuya misma carne ya estaba tocada por las monstruosas enfermedades de los muertos. Le entusiasmaba pasearse por la fría y lúgubre galería de cuadros de su casa de campo, mirando los retratos de aquellos cuya sangre corría por sus venas. Estaba Philip Herbert, descrito por Francis Osborne en sus *Memoires on the Reigns of Queen Elisabeth and King James*^[138], como el que fue «agasajado en la corte por su bello rostro, que no conservó por mucho tiempo». ¿Sería la vida del joven Herbert la que él llevaba en algunas ocasiones? ¿Existiría un extraño germen venenoso que hubiera ido pasando de cuerpo en cuerpo hasta llegar al suyo? ¿Sería una vaga percepción de aquella belleza perdida lo que le había hecho formular en el estudio de Basil Hallward tan repentinamente, casi sin motivo alguno, el ruego enfebrecido que había transformado su vida de tal manera? También estaba, con su jubón rojo bordado en oro, su manto cubierto de pedrerías, y su gorguera y puños ribeteados en oro, sir Anthony Sherard, con la armadura negra y plateada a sus pies. ¿Cuál habría sido el legado de este hombre? ¿Era posible que el amante de Giovanna de Nápoles^[139] le hubiera dejado una herencia pecaminosa y vergonzante? ¿Serían sus propias acciones simplemente los sueños que aquel difunto no se había atrevido a llevar a cabo? Más allá, desde su lienzo descolorido, sonreía lady Elizabeth Devereux, con su cofia de gasa, su corpiño de perlas y sus mangas rosas con aberturas. Tenía una flor en la mano derecha, y en la izquierda sostenía un collar esmaltado de rosas de damasco blanco. Sobre una mesa que tenía a su lado había una mandolina y una manzana. Sus zapatitos puntiagudos estaban adornados con escarapelas. Dorian conocía su vida y las extrañas historias que se contaban sobre sus amantes. ¿Tendría él algo del temperamento de aquella mujer? Sus ojos ovales de pesados párpados parecían mirarle con curiosidad. ¿Y George Willoughby, con su pelo empolvado y sus increíbles manchas? ¡Qué malvado parecía! Tenía un rostro moreno y grave, y sus labios sensuales parecían arquearse con desdén. Sobre las manos huesudas y amarillentas, recargadas de sortijas, caían delicados volantes de encaje. Había sido uno de los *macaroni*^[140] típicos del siglo XVIII, y amigo, en su juventud, de lord Ferrars. ¿Y el segundo lord Beckennham, compañero del príncipe regente en sus juergas, y uno de los testigos de su matrimonio secreto con la señora Fitzherbert^[141]? ¡Qué altivo y apuesto era, con sus rizos castaños y su pose insolente! ¿Qué pasiones le habría transmitido? El mundo le había tachado de infame. Había capitaneado las orgías de Carlton House^[142]. Lucía en el pecho la Estrella de la Jarretera^[143]. A su lado estaba el retrato de su esposa, una mujer pálida, de labios finos, vestida de negro. La sangre de ella también corría por sus venas. ¡Qué curioso era todo! Y su madre, con el rostro de lady Hamilton^[144] y aquellos labios que parecían mojados en vino. De ella sí sabía

lo que había heredado: la belleza y la pasión por la belleza de los demás. Le miraba sonriente, con su holgado vestido de bacante. Llevaba hojas de parra en el pelo. La púrpura se derramaba de la copa que tenía en la mano. Los carmines del cuadro ya estaban marchitos, pero los ojos aún eran maravillosamente profundos y brillantes. Parecían seguirle a todas partes.

Pero también tenemos nuestros antepasados dentro de la literatura y, dentro de nuestra raza, muchos de ellos quizá más próximos a nosotros en tipo y temperamento, y con un poder del que somos absolutamente conscientes. Había ocasiones en que a Dorian Gray le parecía que la historia, en su totalidad, era simplemente el relato de su propia vida, no tal y como la había vivido en cuanto a sus actos y circunstancias concretas, sino como la había creado él con su imaginación, su cerebro y sus pasiones. Conocía bien a todas aquellas figuras terribles y extrañas que habían ido desfilando por el escenario del mundo para convertir el pecado en algo maravilloso y dotar de sutileza a la maldad. Tenía la extraña impresión de que todas aquellas vidas eran suyas.

El héroe de aquella maravillosa novela que tanto le había influido también había conocido esta curiosa sensación. En el capítulo séptimo contaba que se había sentado, coronado de laurel como Tiberio para evitar que el rayo cayera sobre su cabeza, en un jardín en Capri, leyendo los desvergonzados libros de Elefantis^[145], con enanos y pavos reales que se contoneaban a su alrededor, y el flautista burlón que imitaba al turiferario^[146]; y, como Calígula, había estado de jarana en las cuerdas con unos jinetes de camisa verde, y cenando en un pesebre de marfil con un caballo con frontalera enjoyada^[147]; y, como Domiciano^[148], había caminado por un pasillo lleno de espejos de mármol, buscando con ojos alucinados el reflejo de la daga que habría de poner fin a sus días, enfermo de este hastío, ese terrible *taedium vitae*^[149] que se apodera de aquellos que tienen todo en la vida; y había contemplado, a través de una esmeralda diáfana, las coloradas turbas del Circo, y después, en una litera de perla y púrpura enganchada a unas mulas recubiertas de plata, había recorrido la calle de las Granadas hasta llegar a la Casade Oro, y había oído gritos de «¡Nerón César!» al pasar; y, como Heliogábalo, se había pintado el rostro de colores, y manejado la rueca entre las mujeres, y traído la luna desde Cartago para entregarla al Sol en matrimonio místico^[150].

Dorian leía este fantástico capítulo una y otra vez, y los dos siguientes, donde, como en algunos curiosos tapices o esmaltes labrados con maestría, aparecían las formas horribles y hermosas de aquellos a quienes el Vicio, la Sangre y el Hastío han vuelto monstruosos o dementes: Filippo^[151], duque de Milán, que asesinó a su esposa y pintó sus labios con un veneno carmesí para que su amante recibiera el beso de la muerte; Pietro Barbi, el veneciano, también conocido como Pablo II, que quiso en su vanidad adoptar el título de Formosus, y cuya tiara, valorada en doscientos mil florines, fue adquirida al precio de un terrible pecado^[152]; Gian María Visconti, que usaba podencos para cazar hombres, y cuyo cuerpo asesinado fue cubierto de rosas

por una ramera que le había amado^[153]; y Borgia sobre su caballo blanco, con el Fratricida galopando a su lado y el manto teñido de la sangre de Perotto^[154]; Pietro Riario, el joven cardenal arzobispo de Florencia, hijo y favorito de Sixto IV, cuya belleza sólo fue igualada por su lujuria, y que recibió a Leonor de Aragón en un pabellón de seda blanca y carmesí, lleno de ninfas y centauros, bañando en oro a un niño para que sirviera en el festín como Ganimedes o Hilas^[155]; Ezzelino^[156], cuya melancolía se curaba únicamente con el espectáculo de la muerte, y que tenía la misma pasión por la sangre roja que otros tienen por el vino tinto, hijo del Demonio, según se contaba, y que había hecho trampa a su padre jugando a los dados cuando se había apostado el alma con él; Giambattista Cibo, que adoptó en broma el nombre de Inocencio^[157], y en cuyas aletargadas venas hizo un médico judío una transfusión con la sangre de tres muchachos; Sigismondo Malatesta, el amante de Isotta y señor de Rímíni, cuya efigie quemaron en Roma por ser enemigo de Dios y del hombre, que estranguló a Polissena con una servilleta, dio veneno a Ginevra d'Este en una copa de esmeralda, y en honor a una pasión vergonzosa hizo construir una iglesia pagana para el culto cristiano^[158]; Carlos VI^[159], que adoraba tan locamente a la esposa de su hermano que un leproso le previno contra la demencia en que iba a caer, y cuyo cerebro enfermizo y trastornado sólo se calmaba con unos naipes sarracenos pintados con las imágenes del Amor, la Muerte y la Locura; y con su jubón adornado, su bonete de pedrería y sus rizos de acanto, Grifonetto Baglioni^[160], que asesinó a Astorre y a su novia, y a Simonetto y a su paje, y cuya belleza era tal que, cuando yacía moribundo en la plaza amarilla de Perugia, quienes le habían odiado no pudieron evitar el llanto, y Atalanta, que le había maldecido, le bendijo.

En todos ellos había una horrible fascinación. Se le aparecían de noche, y de día le turbaban la imaginación. En el Renacimiento hubo increíbles formas de envenenamiento... con un yelmo y una antorcha, con un guante bordado y un abanico de pedrería, con una poma de oro y una cadena de ámbar. Dorian Gray se había envenenado con un libro. Había momentos en que veía el mal simplemente como un medio para realizar su concepto de la belleza.



Capítulo 12

Fue el nueve de noviembre, la víspera de su trigésimo octavo cumpleaños, como más tarde recordaría a menudo.

Iba andando hacia su casa después de haber cenado en la de lord Henry, y llevaba un grueso abrigo de piel, puesto que la noche era fría y brumosa. En la esquina de la plaza Grosvenor con la calle South Audley, un hombre pasó a su lado envuelto en la niebla, caminando muy deprisa y con el cuello de su gabán gris levantado. Llevaba una bolsa en la mano. Dorian le reconoció. Era Basil Hallward. Una extraña sensación de temor, que no tenía motivo aparente, se apoderó de él. No dio muestra alguna de haberle reconocido, y apretó el paso en dirección a su casa.

Pero Hallward le había visto. Dorian le oyó pararse en seco sobre la acera y luego correr para alcanzarle. Al momento notó una mano en su brazo.

—¡Dorian! ¡Qué suerte tan extraordinaria! Te he estado esperando en tu biblioteca desde las nueve. Al ver que no llegabas, me he apiadado de tu pobre sirviente agotado y le he dicho que se fuera a la cama cuando me ha acompañado a la puerta. Me voy a París en el tren de medianoche y tenía mucho interés en verte antes de marcharme. Me había parecido que eras tú, o más bien tu abrigo de piel, cuando nos hemos cruzado. Pero no estaba del todo seguro. ¿Tú no me has visto?

—¿Con esta niebla, mi querido Basil? Si apenas reconozco la plaza de Grosvenor. Creo que mi casa está por aquí, pero aún tengo mis dudas. Cuánto siento que te marches, porque llevo siglos sin verte. Pero ¿volverás pronto?

—No; voy a estar fuera de Inglaterra durante seis meses. Tengo la intención de alquilar un estudio en París, y encerrarme hasta que termine un gran cuadro que tengo en la cabeza. Sin embargo, no es de mí de quien quiero hablar. Ya estamos en tu puerta. Déjame entrar un momento. Tengo que contarte una cosa.

—Encantado. Pero ¿no perderás el tren? —dijo Dorian lánguidamente, subiendo los escalones y abriendo la puerta con su llavín.

La luz del farol apenas lograba atravesar la niebla, y Hallward miró su reloj.

—Tengo tiempo de sobra —contestó—. El tren no sale hasta las doce y cuarto, y sólo son las once. Lo cierto es que iba de camino al club para ver si te encontraba, cuando nos hemos cruzado. No tengo que ocuparme del equipaje, pues ya he enviado por delante lo más pesado. Lo único que llevo encima es esta bolsa, y puedo llegar a la estación Victoria^[161] en sólo veinte minutos.

Dorian le miró y sonrió.

—¡Así viajan ahora los pintores elegantes! ¡Un maletín y un gabán! Pasa, antes de que se llene la casa de niebla. Y te ruego que no hables de nada serio. No hay nada serio hoy en día. O no debería haberlo.

Hallward contestó que no con la cabeza mientras entraba y siguió a Dorian hacia la biblioteca. Había unos grandes troncos ardiendo en la amplia chimenea. Estaban encendidas las lámparas, y sobre una mesita de marquetería había una licorera holandesa, abierta, con unos sifones de soda y unos altos vasos tallados.

—Como verás, tu sirviente me ha atendido muy correctamente, Dorian. Me ha dado todo cuanto quería, incluso tus mejores cigarrillos de boquilla dorada. Es un ser de lo más hospitalario. Me gusta mucho más que aquel francés que tenías. ¿Qué fue de él, por cierto?

Dorian se encogió de hombros.

—Creo que se ha casado con la doncella de lady Radley, y que la ha instalado en París como modista inglesa. La *Anglomanie* está muy de moda allí, según tengo entendido. Qué raros son los franceses, ¿verdad? Pero te diré una cosa: no era un mal criado, en absoluto. A mí nunca me gustó, pero nunca tuve queja. Uno a veces se imagina cosas que son realmente absurdas. El hombre me tenía afecto, y se quedó muy triste al tener que marcharse. ¿Quieres otro *brandy* con soda? ¿O prefieres vino del Rin con seltz? Es lo que tomo yo. Debe haber algo en la habitación de al lado.

—Gracias, no quiero beber más —dijo el pintor, quitándose el sombrero y el gabán y echándolos sobre el maletín, que había dejado en una esquina—. Y ahora, mi querido amigo, quiero hablar contigo seriamente. No pongas esa cara. Me lo pones más difícil de lo que ya es.

—¿De qué se trata? —exclamó Dorian con su petulancia habitual, acomodándose en el sofá—. Espero que no sea sobre mí. Estoy aburrido de mí mismo esta noche. Me gustaría ser otro distinto.

—Es sobre ti —contestó Hallward con su voz grave y profunda— y me siento en la obligación de decírtelo. No tardaré más de media hora.

Dorian suspiró y encendió un cigarrillo.

—¡Media hora! —murmuró.

—No es mucho lo que te pido, Dorian, y lo que voy a decirte es por tu propio bien. Creo que tienes derecho a saber que en todo Londres se dicen cosas espantosas

sobre ti.

—No quiero saberlas. Me apasionan los escándalos de los demás, pero mis propios escándalos no me interesan. No tienen el encanto de la novedad.

—Deberían interesarte. A un caballero que se precie debe interesarle conservar su buen nombre. No querrás que la gente te considere vil y degenerado. Ya sé que tienes una posición, una fortuna y todo lo demás. Pero la posición y la fortuna no lo son todo. Te diré que yo no creo, en absoluto, que estos rumores sean ciertos. O me cuesta mucho creerlos ahora que te veo. El pecado es algo que se nota en el rostro de una persona. No se puede ocultar. Se dice que hay hombres que tienen vicios secretos. No existe nada semejante. Si un hombre malvado tiene un vicio, se le nota en las líneas de la boca, en la caída de los párpados, incluso en las manos. Alguien (no te voy a decir quién, pero le conoces) vino a verme el año pasado para que le hiciera un retrato. Yo no le conocía y entonces no había oído hablar de él, aunque ahora ya estoy bien informado. Me ofreció un precio exorbitante. Yo no quise aceptarlo. Había algo en la forma de sus dedos que no me gustaba nada. Ahora sé que tenía toda la razón en pensar mal de él. Lleva una vida lamentable. Pero tú, Dorian, con tu rostro puro, limpio, inocente, y con esa juventud maravillosa y duradera... soy incapaz de creer nada malo sobre ti. Pero te veo muy poco, ahora que ya no vienes al estudio, y cuando no te tengo delante y oigo todos los horrores que la gente murmura sobre ti, no sé qué decir. ¿Cuál es el motivo, Dorian, por el que un hombre como el duque de Berwick se marcha del salón de un club al entrar tú? ¿Cuál es el motivo por el que hay tantos caballeros en Londres que se niegan a ir a tu casa o a invitarte a la suya? Antes eras amigo de lord Staveley. Le vi en una cena la semana pasada. Tu nombre salió a relucir con motivo de las miniaturas que has prestado para la exposición de la galería Dudley. Staveley hizo un gesto con los labios y dijo que tienes muy buen gusto para el arte, pero que eres un hombre que no se puede presentar a una joven honrada, y que no se te debería permitir sentarte en la misma habitación que una mujer casta. Le recordé que soy amigo tuyo y le pregunté cuál era el motivo de su crítica. Me lo dijo. Me lo dijo delante de todos. ¡Fue horrible! ¿Por qué tu amistad resulta tan fatídica para los hombres jóvenes? Ese pobre muchacho que estaba en la Guardia Real y que se suicidó... Era muy amigo tuyo. Y sir Henry Ashton, que tuvo que marcharse de Inglaterra con el apellido deshonorado. Eráis inseparables. ¿Y Adrian Singleton, con su trágico final? ¿Y el hijo único de lord Kent y su carrera? Ayer me encontré con su padre en la calle de St. James. Parecía destrozado por la vergüenza y la pena. ¿Y el joven duque de Perth? ¿Qué tipo de vida lleva ahora? ¿Qué caballero estaría dispuesto a tratarle?

—Basta, Basil. Me estás hablando de cosas de las que no sabes nada —dijo Dorian Gray mordiéndose los labios y con un tono de infinito desprecio en la voz—. Me has preguntado por qué Berwick se marcha de una habitación al verme entrar. Es porque lo sé todo sobre su vida, no porque él sepa nada de la mía. Con la sangre que corre por sus venas, ¿cómo iba a llevar una vida decente? Me hablas de Henry

Ashton y del joven Perth. ¿He sido yo el culpable de los vicios del primero y de la lujuria del segundo? Si el tonto del hijo de Kent ha decidido casarse con una mujer del arroyo, ¿qué tengo que ver yo? ¿Si Adrian Singleton firma cheques con los nombres de sus amigos, acaso soy yo su guardián? Ya sé lo mucho que les gusta el cotilleo a los ingleses. Las clases medias airean sus prejuicios morales sentados ante sus copiosas cenas, y cuchichean sobre el libertinaje de sus superiores para aparentar que pertenecen a la sociedad elegante y que son íntimos de aquellos a quienes difaman. En este país basta con que un hombre tenga distinción y un buen cerebro para que se desaten las malas lenguas contra él. ¿Y qué tipo de vida llevan estas personas que tanto presumen de moralidad? Mi querido amigo, olvidas que estamos en el país de los hipócritas por excelencia.

—Dorian —exclamó Hallward—, no es ésa la cuestión. Inglaterra está en decadencia, ya lo sé, y la sociedad inglesa es un horror. Pero ése es el motivo por el que quiero que seas bueno. Y no lo has sido. Se puede juzgar a un hombre por el efecto que tiene sobre sus amigos. Los tuyos parecen perder el sentido del honor, de la bondad y de la integridad. Todos padecen un ansia desmesurada de placer. Acaban hundidos en el marasmo. Y eres tú quien los has llevado a él. Sí, eres tú, y aún eres capaz de sonreír tranquilamente. Pero eso no es lo peor. Sé que Harry y tú sois inseparables. Por ese motivo, aunque sólo sea por eso, deberías haber respetado el buen nombre de su hermana.

—Ten cuidado, Basil. Estás yendo demasiado lejos.

—Debo hablar, y tú tienes que escucharme. Vas a escucharme. Cuando conociste a lady Gwendolen, jamás se había dicho nada escandaloso de ella. ¿Queda ahora una sola mujer decente en Londres que esté dispuesta a pasearse en coche con ella por el parque? Por Dios, si ni siquiera le permiten vivir con sus hijos. Y hay más historias: cuentan que te han visto salir de madrugada de casas siniestras y entrando disfrazado en los tugurios más infames de Londres. ¿Es cierto? ¿Puede ser cierto? La primera vez que oí estas cosas me eché a reír. Ahora, cuando las oigo, me dan escalofríos. ¿Y qué me dices de tu casa de campo y de lo que ocurre en ella? Dorian, tú no sabes las cosas que se dicen sobre ti. No puedo decir que no pretenda sermonearte. Recuerdo haber oído decir a Harry que en las ocasiones en que un hombre se convierte en un cura aficionado, siempre empieza diciendo eso y luego acaba faltando a su palabra. Yo sí quiero sermonearte. Quiero que lleves una vida que haga que la gente te respete. Quiero que tengas un nombre digno y una buena reputación. Quiero que te libres de las personas espantosas que te rodean. No te encojas de hombros. No te muestres tan indiferente. Tienes una maravillosa influencia. Que sea para hacer el bien, no para hacer el mal. Dicen que corrompes a todas las personas con las que intimas, y que basta que entres en una casa para que ocurra algo deshonesto al poco tiempo. No sé si esto es así o no. ¿Cómo voy a saberlo? Pero eso dicen. Me han contado cosas de las que parece imposible dudar. Lord Gloucester era uno de mis mejores amigos en Oxford. Me ha enseñado una carta que le escribió su mujer ya

moribunda, cuando estaba sola en su villa de Mentone^[162]. Tu nombre estaba implicado en la confesión más impresionante que he leído jamás. Le dije que me parecía imposible, que te conozco bien y que eres incapaz de hacer algo semejante. ¿Y te conozco? ¿Será verdad que te conozco? Para poder saberlo, tendría que contemplar tu alma.

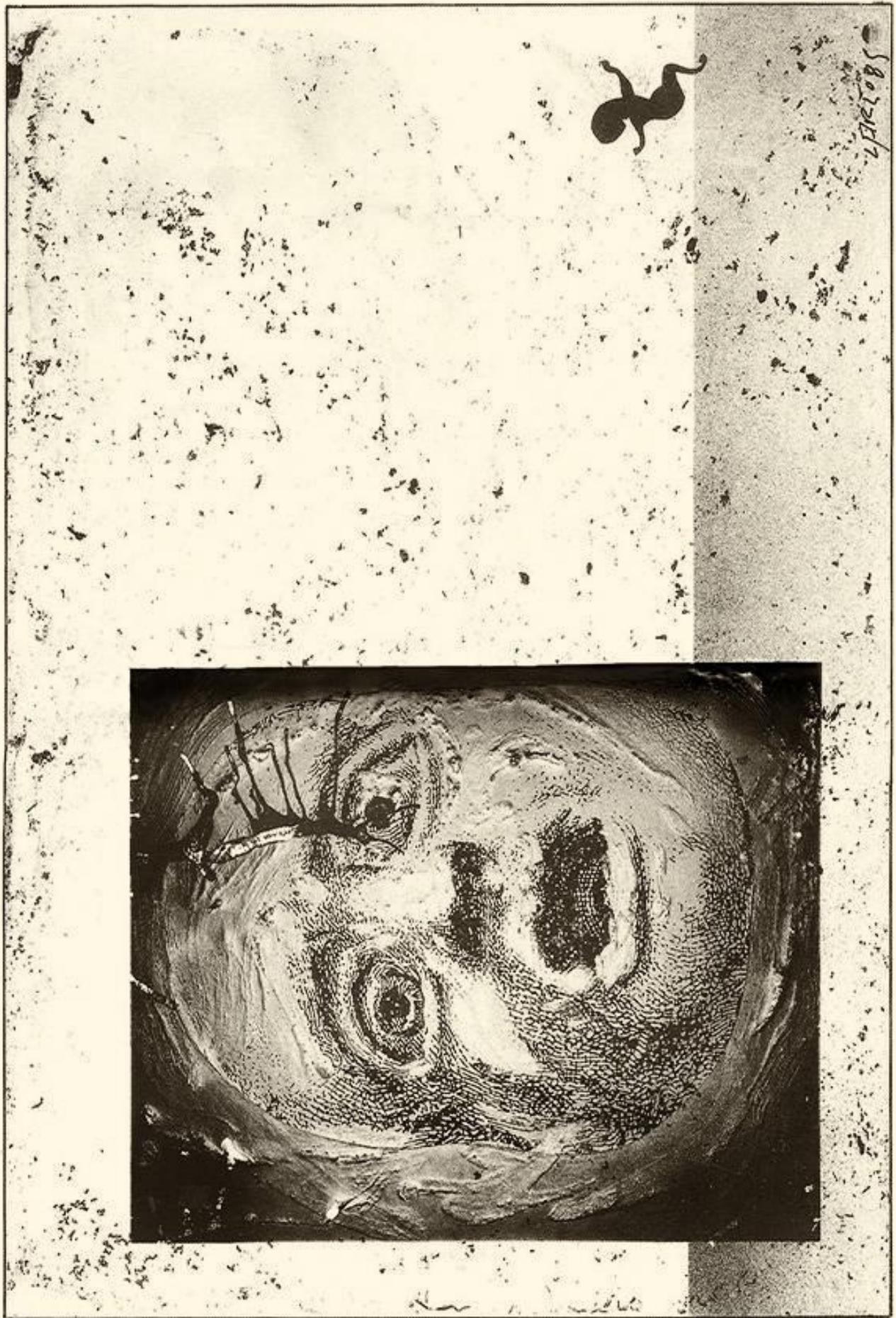
—¡Mi alma! —murmuró Dorian Gray, levantándose del sofá y palideciendo de terror.

—Sí —contestó Hallward gravemente y con un tono de profunda tristeza en la voz—, tu alma. Pero eso es algo que sólo puede ver Dios.

Una amarga carcajada salió de los labios del hombre joven.

—¡Tú también la vas a ver! ¡Esta noche! —exclamó, cogiendo una lámpara de la mesa—. Ven, se trata de tu propia creación. ¿Por qué no ibas a poder contemplarla? Después puedes contárselo al mundo entero, si quieres. Nadie te creerá. Y si lo creen, me tendrán aún más cariño que antes. Conozco nuestra época mejor que tú, aunque cuentes unas historias tan aburridas sobre ella. Ven, te digo. Ya has hablado bastante sobre la corrupción. Ahora la vas a ver cara a cara.

En cada una de sus palabras se notaba la exaltación del orgullo. Daba con el pie en el suelo con su habitual insolencia infantil. Le producía una gran alegría pensar que iba a compartir su secreto con alguien, y que el hombre que había pintado el retrato culpable de toda su vergüenza cargaría durante el resto de su vida con el espantoso recuerdo de lo que había hecho.



—Sí —continuó, acercándose a él y mirando fijamente sus ojos severos—. Te voy a mostrar mi alma. Vas a ver aquello que dices que sólo Dios puede ver.

Hallward se echó hacia atrás.

—¡Eso es una blasfemia, Dorian! —exclamó—. No digas esas cosas. Son horribles y no significan nada.

—¿Tú crees? —y volvió a soltar una carcajada.

—Lo sé perfectamente. En cuanto a lo que te he dicho esta noche, ha sido por tu bien. Sabes que siempre he sido un amigo fiel.

—No me toques. Termina lo que estabas diciendo.

Un gesto de dolor cruzó por el rostro del pintor. Se quedó callado y le entró un enorme sentimiento de piedad. Después de todo, ¿qué derecho tenía él a entrometerse en la vida de Dorian Gray? Si había hecho la décima parte de lo que se rumoreaba, ¡cómo debía haber sufrido! Entonces se levantó, fue hacia la chimenea y se quedó allí de pie, mirando los troncos encendidos con su ceniza como la escarcha y sus llamas palpitantes.

—Estoy esperando, Basil —dijo el joven con una voz fría y clara.

Se volvió.

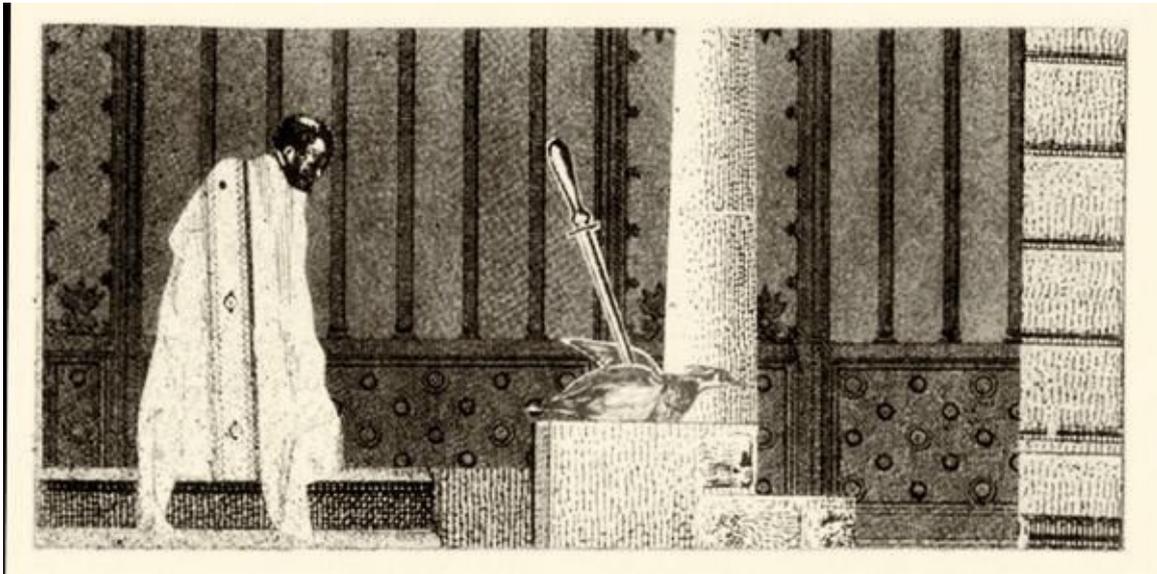
—Lo que tengo que decir es esto —exclamó—. Tienes que darme una explicación sobre los terribles cargos que se te imputan. Si me dices que son completamente falsos desde el principio hasta el final, lo creeré. ¡Niégalo, Dorian, niégalo! ¿No ves cómo estoy sufriendo? ¡Dios mío! No me digas que eres malo, corrupto y desvergonzado.

Dorian Gray sonrió. Arqueó los labios con desprecio.

—Ven arriba, Basil —dijo tranquilamente—. Tengo un diario de mi vida día a día, y nunca lo saco de la habitación donde lo escribo. Si vienes te lo enseñaré.

—Iré, Dorian, si así lo deseas. Veo que ya he perdido el tren. No importa: Puedo marcharme mañana. Pero no me pidas que lea nada esta noche. Sólo quiero una respuesta simple a mi pregunta.

—Arriba la tendrás. Aquí no puedo dártela. No vas a tener que leer mucho.



Capítulo 13

Salió de la habitación y empezó a subir, seguido de cerca por Basil Hallward. Andaban sin hacer ruido, como andan instintivamente los hombres por la noche. La lámpara proyectaba sombras fantásticas en la pared y la escalera. Se estaba levantando un viento que hacía sonar algunas de las ventanas. Al llegar al último rellano, Dorian dejó la lámpara en el suelo y, sacando la llave, la hizo girar en la cerradura.

—¿Insistes en saberlo, Basil? —preguntó en voz baja.

—Sí.

—Me alegro —contestó sonriente.

—Tú eres el único hombre del mundo que tiene derecho a saberlo todo sobre mí. Tienes más influencia en mi vida de lo que te imaginas.

Y cogiendo la lámpara abrió la puerta y entró. Se levantó una corriente de aire y la llama anaranjada se avivó por un instante. Dorian se estremeció.

—Cierra la puerta —susurró mientras dejaba la lámpara encima de la mesa.

Hallward miró a su alrededor con expresión desconcertada. La habitación parecía llevar años deshabitada. Un tapiz flamenco descolorido, un cuadro tapado con una cortina, un viejo *cassone* italiano y una estantería medio vacía... Eso era todo, aparte de una silla y una mesa. Mientras Dorian Gray encendía una vela medio consumida que había sobre la chimenea, vio que estaba todo lleno de polvo y que la alfombra tenía agujeros. Un ratón corrió a esconderse tras el zócalo. Olía a humedad.

—Entonces, ¿estás convencido de que sólo Dios puede ver el alma de una persona, Basil? Corre esa cortina y verás la mía.

La voz que hablaba era fría, cruel.

—Estás loco, Dorian, o representando un papel —murmuró Hallward, frunciendo el ceño.

—¿No quieres? Entonces tendré que hacerlo yo —dijo el joven, y arrancó la cortina de la barra y la tiró al suelo.

Un grito de terror salió de los labios del pintor al ver en la tenue luz el espantoso rostro que parecía sonreírle. Había algo en su expresión que le produjo repugnancia y asco. ¡Santo Dios! ¡Si era el rostro de Dorian! El horror, o lo que fuera, aún no había estropeado del todo aquella maravillosa belleza. Quedaba algo de brillo en el pelo ralo y algo de color en la boca sensual. Los ojos hinchados habían conservado algo de la belleza de su azul y la nariz no había perdido del todo la nobleza de las líneas, igual que el cuello torneado. Sí, era Dorian. Pero ¿quién lo había pintado? Le parecía reconocer sus propias pinceladas y el marco que había diseñado. Era una idea monstruosa, pero le dio miedo. Cogió la vela encendida y la acercó al cuadro. En el ángulo izquierdo estaba escrito su nombre, en largas letras de brillante bermellón.

Era una parodia sin gracia, una sátira infame y abyecta. Él no había hecho aquello. Sin embargo, era su cuadro. Lo sabía, y era como si su sangre hubiera pasado de ser fuego a ser denso hielo. ¡Su propio cuadro! ¿Qué era aquello? ¿Por qué se había transformado? Se volvió y miró a Dorian Gray con los ojos de un hombre enfermo. Tenía los labios crispados y la boca tan seca que no podía articular palabra. Se llevó la mano a la frente. Estaba húmeda, cubierta de un sudor pegajoso.

El joven, apoyado en la chimenea, le miraba con esa extraña expresión que uno ve en los rostros de aquellos que están contemplando absortos una obra en la que actúa un gran artista. No era una expresión de verdadera pena, ni de verdadera alegría. Lo único que se veía era la pasión del espectador, quizá con un leve atisbo de triunfo en los ojos. Se había quitado la flor del ojal y la estaba oliendo, o fingiendo que la olía.

—¿Qué es esto? —exclamó Hallward finalmente.

Su propia voz le sonó aguda y extraña.

—Hace años, cuando yo era joven —dijo Dorian Gray, estrujando la flor—, me conociste, me adulaste y me enseñaste a ser vanidoso de mi belleza. Un día me presentaste a un amigo tuyo, que me explicó la maravilla de la juventud, y después terminaste mi retrato, que me reveló la maravilla de la belleza. En un momento de locura del que incluso ahora no sé si me arrepiento o no, formulé un deseo, mejor dicho, un ruego...

—¡Lo recuerdo! ¡Sí, qué bien lo recuerdo! ¡No! Es imposible. En esta habitación hay humedad. Debe de haberse formado moho sobre el lienzo. La pintura que usé debía de tener algún maldito mineral venenoso. Te digo que esto es imposible.

—¡Ah! ¿Qué es lo imposible? —murmuró el joven, acercándose a la ventana y apoyando la frente sobre el frío cristal empañado.

—Me dijiste que lo habías destruido.

—Me había equivocado. Ha sido él quien me ha destruido a mí.

—No puedo creer que sea mi cuadro.

—¿No ves tu ideal en él? —dijo Dorian con amargura.

—Mi ideal, como tú dices...

—Como tú decías.

—No había nada malo en ello, nada vergonzoso. Tú eras para mí un ideal como el que no volveré a encontrar en la vida. Éste es el rostro de un sátiro.

—Es el rostro de mi alma.

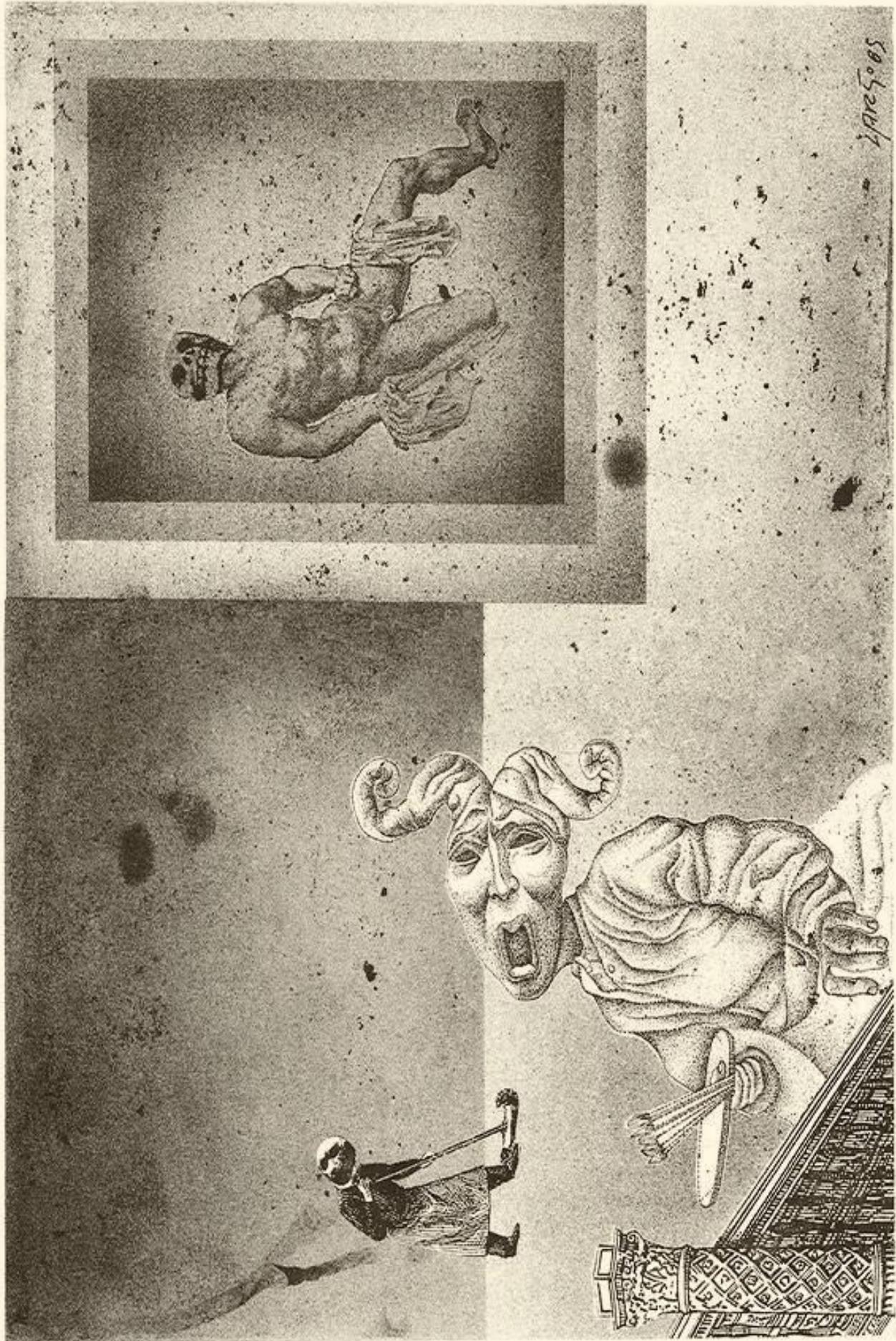
—¡Dios! ¡Vaya un horror al que he idolatrado! Tiene los ojos de un demonio.

—Todos nosotros tenemos dentro el Cielo y el Infierno, Basil —exclamó Dorian con un frenético gesto de desesperación.

Hallward se volvió hacia el cuadro y lo miró fijamente.

—¡Por Dios! Si es cierto —exclamó— y es esto lo que has hecho con tu vida, ¡debes ser mucho peor de lo que se imaginan los que hablan mal de ti!

Acercó más la luz al lienzo y lo examinó. La superficie parecía exactamente igual a como él la había dejado. Aparentemente, la vileza y el horror salían de dentro. Por algún extraño mecanismo interno, la lepra del pecado iba corroyéndolo lentamente. La putrefacción de un cadáver en una tumba húmeda no debía ser tan horrible.



Le tembló la mano y la vela cayó del candelabro al suelo, donde se quedó chisporroteando. Puso el pie encima y la apagó. Después se sentó en la silla desvencijada que había junto a la mesa y se tapó el rostro con las manos.

—¡Santo Dios, Dorian, qué lección! ¡Qué lección tan terrible!

No hubo respuesta, pero oyó al joven llorando junto a la ventana.

—Reza, Dorian, reza —murmuró—. ¿Cómo era aquello que nos enseñaban de pequeños? «No nos dejes caer en la tentación. Perdónanos nuestros pecados. Purifícanos de nuestras maldades». Digámoslo juntos. El ruego de tu orgullo fue escuchado. El de tu arrepentimiento también lo será. Yo te idolatraba demasiado. He sido castigado por ello. Tú te idolatrabas demasiado. Los dos hemos sido castigados.

Dorian Gray se volvió lentamente y le miró con ojos empañados de lágrimas.

—Ya es demasiado tarde, Basil —titubeó.

—Nunca es demasiado tarde, Dorian. Pongámonos de rodillas y veamos si recordamos alguna oración. ¿No hay un versículo que dice: «Aunque tus pecados sean como la grana, yo los haré blancos como la nieve^[163]»?

—Esas palabras ya no significan nada para mí.

—¡Calla! No digas eso. Bastante mal has hecho ya en la vida. ¡Dios mío! ¿No ves cómo nos mira ese horror maldito?

Dorian Gray miró el cuadro y de repente sintió un odio desmesurado hacia Basil Hallward, como si se lo hubiese sugerido la imagen del lienzo, como si esos labios sarcásticos se lo hubiesen susurrado al oído. Se despertó en él la locura furibunda del animal acorralado y detestó al hombre que estaba sentado ante la mesa como no había detestado a nadie en su vida. Miró frenéticamente a su alrededor. Había algo brillante encima del cofre pintado que tenía delante. Lo miró. Sabía lo que era. Era un cuchillo que había subido hacía unos días para cortar una cuerda y que había dejado olvidado. Se fue acercando lentamente, pasando junto a Hallward. Cuando estuvo detrás de él, cogió el cuchillo y se volvió rápidamente. Hallward se movió como si fuera a levantarse. Se abalanzó sobre él y le clavó el cuchillo en la arteria que hay detrás de la oreja, aplastándole la cabeza sobre la mesa y dando una cuchillada tras otra.

Se oyó un gemido apagado y el horrible sonido de una persona ahogándose en sangre. Tres veces se alzaron convulsivamente los brazos abiertos, agitando en el aire unas manos grotescas y crispadas. Le dio dos cuchilladas más, pero el hombre ya no se movió. Empezó a gotear algo en el suelo. Esperó, aún sosteniendo la cabeza. Después tiró el cuchillo sobre la mesa y se quedó escuchando.

No se oía nada más que el goteo sobre la alfombra raída. Abrió la puerta y salió al rellano. En la casa había un silencio absoluto. No había nadie. Se quedó apoyado en la barandilla durante un instante, mirando hacia el hueco oscuro y profundo. Después sacó la llave y volvió a la habitación, echando la llave.

El cuerpo continuaba en la silla, apoyado sobre la mesa con la cabeza caída, la espalda encorvada y sus brazos largos y grotescos. De no haber sido por el desgarrón

rojo del cuello y el espeso charco negro que se iba agrandando lentamente sobre la mesa, cualquiera hubiera dicho que el hombre estaba simplemente dormido.

¡Qué rápido había sido todo! Se sentía extrañamente tranquilo y, dirigiéndose hacia la ventana, la abrió y salió al balcón. El viento se había llevado la niebla y el cielo parecía una monstruosa cola de pavo real, estrellada con miríadas de ojos dorados. Miró hacia abajo y vio al policía haciendo sus rondas y proyectando el largo haz de su linterna sobre las puertas de las casas silenciosas. La mancha cárdena de un coche destelló en la esquina y desapareció. Una mujer envuelta en un chal ondeante caminaba lentamente junto a la verja, tambaleándose. De cuando en cuando se detenía y miraba hacia atrás. De repente se puso a cantar con voz ronca. El policía se acercó y le dijo algo. Ella se alejó dando tumbos, riéndose. Una ráfaga helada atravesó la plaza. Las luces de gas de los faroles parpadearon y se pusieron azules y los árboles sin hojas agitaron sus ramas de hierro negro. Se estremeció y volvió dentro, cerrando la ventana.

Al llegar a la puerta, giró la llave y la abrió. Ni siquiera volvió a mirar al hombre muerto. Le parecía que todo el secreto consistía en no reconocer la situación. El amigo que había pintado el retrato fatídico culpable de su miseria había desaparecido de su vida. No había que darle más vueltas.

Entonces se acordó de la lámpara. Era un ejemplo bastante curioso de artesanía mora, de plata tosca con arabescos de acero bruñido y con esmeraldas incrustadas. Podía ser que un sirviente la echara de menos y que empezaran a hacerle preguntas. Dudó y volvió a entrar para cogerla de la mesa. ¡No pudo evitar ver el muerto! ¡Qué quieto estaba! ¡Qué espantosamente blancas parecían sus largas manos! Era como una siniestra imagen de cera.

Tras cerrar la puerta, bajó sigilosamente las escaleras. La madera crujía como si estuviera gimiendo de dolor. Se detuvo varias veces y esperó. No, no se oía nada. Sólo el sonido de sus propios pasos.

Al llegar a la biblioteca vio el maletín y el abrigo en el rincón. Tenía que esconderlos en alguna parte. Abrió un armario secreto que había detrás de un panel, el armario donde guardaba sus curiosos disfraces, y los metió dentro. Ya los quemaría más adelante. Después sacó el reloj. Eran las dos menos veinte.

Se sentó y se puso a pensar. Todos los años, todos los meses prácticamente, ahorcaban a algún hombre por hacer lo que él había hecho. El aire se había impregnado de una locura asesina. Una estrella roja debía de haberse acercado demasiado a la tierra... Pero ¿qué pruebas había en su contra? Basil Hallward había salido de la casa a las once. Nadie le había visto volver a entrar. La mayor parte de la servidumbre estaba en Selby Royal. El mayordomo estaba durmiendo... ¡París! Sí. Era a París donde se había marchado Basil, y en el tren de medianoche, como él quería. Con sus costumbres extrañas y reservadas pasarían meses antes de que se levantara alguna sospecha. ¡Meses! Y él iba a destruir las pruebas mucho antes.

De repente se le ocurrió una idea. Se puso el abrigo de piel y el sombrero, y salió al vestíbulo. Allí se detuvo, oyendo el andar lento y pesado del policía sobre la acera, y viendo el reflejo de su linterna en la ventana. Esperó, conteniendo la respiración.

Al cabo de un momento corrió el pestillo y salió fuera, cerrando la puerta con mucho cuidado. Después se puso a llamar al timbre. Al cabo de unos cinco minutos apareció el mayordomo, a medio vestir y con cara de sueño.

—Siento haber tenido que despertarle, Francis —dijo, entrando—; pero me he dejado el llavín. ¿Qué hora es?

—Las dos y diez, señor —contestó el hombre, mirando el reloj y parpadeando.

—¿Las dos y diez? ¡Es tardísimo! Despiérteme mañana a las nueve. Tengo cosas que hacer.

—Bien, señor.

—¿Ha venido alguien mientras estaba fuera?

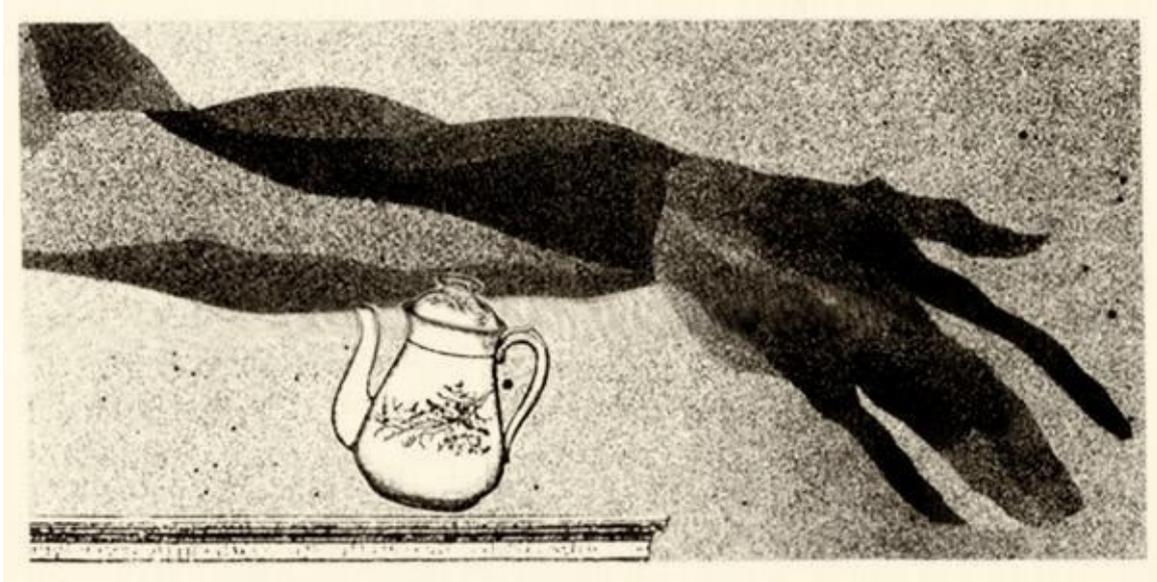
—El señor Hallward, señor. Le esperó hasta las once y tuvo que marcharse para coger el tren.

—¡Vaya! Siento no haberle visto. ¿Le ha dejado algún recado?

—No, señor.

El hombre se fue por el pasillo arrastrando las zapatillas.

Dorian Gray tiró el abrigo y el sombrero encima de la mesa y pasó a la biblioteca. Durante un cuarto de hora paseó por la habitación mordiéndose los labios y pensando. Después cogió el *Blue Book* de uno de los estantes y empezó a pasar hojas. «Alan Campbell, calle Hertford, 152, Mayfair». Sí, ése era el hombre que necesitaba.



Capítulo 14

A las nueve en punto de la mañana siguiente entró su criado con una taza de chocolate caliente sobre una bandeja y abrió las persianas. Dorian dormía plácidamente, sobre el lado derecho y con una mano bajo la mejilla. Parecía un niño que se hubiera cansado mucho jugando o estudiando.

El hombre tuvo que tocarle dos veces el hombro para despertarle y al abrir los ojos sonrió débilmente, como si hubiera estado en mitad de un sueño delicioso. Pero no había soñado nada. En su noche no había habido imágenes de ningún tipo, ni placenteras ni dolorosas. La juventud sonríe sin motivo alguno. Es uno de sus mayores encantos.

Se volvió y, apoyándose en un codo, empezó a beber el chocolate. El tibio sol de noviembre entraba por la ventana. El cielo estaba despejado y el ambiente era maravillosamente cálido. Era casi como una mañana de mayo.

Poco a poco, los sucesos de la noche anterior fueron entrando en su cerebro con pies silenciosos y ensangrentados, reconstruyéndose con una terrible nitidez. Hizo una mueca al recordar lo que había sufrido y por un momento volvió a sentir por Basil Hallward el mismo extraño sentimiento de odio que le había inducido a matarle mientras estaba sentado en la silla, y se quedó helado. El muerto también estaría allí inmóvil, y al sol. ¡Qué horror! Las cosas atroces pertenecían a la oscuridad, no a la luz del día.

Pensó que, si empezaba a darle vueltas a lo ocurrido, enfermaría o se volvería loco. Hay pecados cuya fascinación está más en el recuerdo que en el acto en sí; extraños triunfos que colman más el orgullo que la pasión, dando al intelecto una viva sensación de alegría, una alegría mayor de la que puedan proporcionar jamás a los sentidos. Pero no era así en este caso. Esto era algo que había que borrar de la mente, drogar con adormideras, estrangular antes de que le estrangulara a uno.

Al sonar la media se pasó la mano por la frente y se levantó con prisa, vistiéndose con aún más esmero que de costumbre, eligiendo cuidadosamente la corbata y el alfiler y cambiándose las sortijas más de una vez. También tardó mucho tiempo en desayunar, probando todos los platos, hablando con su mayordomo sobre la nueva librea que pensaba encargar para la servidumbre de Selby y abriendo la correspondencia. Algunas de las cartas le hicieron sonreír. Tres de ellas eran un aburrimiento. Una la leyó varias veces y después la rompió con un leve gesto de fastidio. «¡Es algo pavoroso la memoria de una mujer!», como decía lord Henry.

Después de tomar su taza de café solo, se limpió los labios lentamente con una servilleta, hizo un gesto a su criado para que esperase y, yendo a la mesa, se sentó y escribió dos cartas. Una se la metió en el bolsillo y la otra se la entregó al mayordomo.

—Llévela al 152 de la calle Hertford, Francis, y si el señor Campbell está fuera pregunte su dirección.

En cuanto se quedó solo encendió un cigarrillo y se puso a hacer dibujos en una hoja de papel, primero flores y motivos arquitectónicos y después rostros. De repente cayó en la cuenta de que todos los rostros que dibujaba parecían tener un parecido extraordinario con Basil Hallward. Frunció el ceño y, levantándose, fue a la estantería y cogió un tomo al azar. Se había propuesto no pensar más en lo sucedido hasta que fuera absolutamente necesario.

Después de tumbarse cómodamente en el sofá, miró el título del libro. Era un ejemplar de los *Emaux et Camées*, de Gautier, en la edición de Charpentier en papel japonés y con el aguafuerte de Jacquemart^[164]. La encuadernación era de cuero verde limón, decorada con hojas de parra doradas y salpicada de granadas. Se lo había regalado Adrian Singleton. Al pasar las páginas se fijó en el poema sobre la mano de Lacenaire, la mano fría y amarillenta *du supplice encore mal lavée*^[165], con su vello rojo y sus *doigts de faune*^[166]. Contempló sus propios dedos blancos y alargados, sintió un escalofrío, y continuó hasta llegar a las hermosas estrofas sobre Venecia:

*Sur une gamme chromatique,
Le sein de perles ruisselant,
La Vénus de l'Adriatique
Sort de l'eau son corps rose et blanc.*

*Les domes, sur l'azur des ondes
Suivant la phrase au pur contour,
S'enflent comme des gorges rondes
Que soulève un soupir d'amour.*

*L'esquif aborde et me dépose,
Jetant son amarre au pilier,*

*Devant une façade rose,
Sur le marbre d'un escalier*^[167].

¡Qué exquisitez! Al leerlo, a uno le parecía ir flotando por los verdes canales de aquella ciudad rosa y perla, sentado en una góndola negra de proa de plata y cortinas al viento. Aquellas simples líneas le recordaban las líneas rectas de azul turquesa que forman la estela cuando se va hacia el Lido. Aquel súbito destello de color le hizo pensar en el brillo de las palomas de iris y ópalo que revolotean en torno al Campanile^[168] enrejado, o que se pasean con gallardía bajo los arcos sombríos y polvorientos. Entornando los ojos repetía una y otra vez:

*Devant une façade rose,
Sur le marbre d'un escalier.*

Venecia entera estaba en aquellos dos versos. Recordaba el otoño que pasó allí y el maravilloso amor que le hizo cometer locuras delirantes y deliciosas. En cualquier sitio puede haber un romance. Pero Venecia, como Oxford, había conservado el entorno adecuado y, para un verdadero romántico, el entorno lo es todo, o casi todo. Mientras estaba allí se encontró con Basil, que estaba apasionado con Tintoretto^[169]. ¡Pobre Basil! ¡Qué forma tan horrible de morir!

Suspiró y volvió a coger el libro, intentando olvidar. Leyó sobre las golondrinas que entran y salen de un pequeño café que hay en Esmirna mientras los *hadjis*^[170] se sientan a contar sus cuentas de ámbar y los mercaderes enturbantados fuman sus largas pipas llenas de borlas y conversan solemnemente; leyó sobre el Obelisco de la plaza de la Concordia^[171], que llora lágrimas de granito en su solitario destierro sin sol, añorando el cálido Nilo cubierto de flores de loto, donde hay esfinges, ibis rosáceos, buitres con garras de oro, y cocodrilos con ojos de berilo que se deslizan sobre el fango verdoso y humeante; ponderó aquellos versos que, sacando música a un mármol manchado de besos, hablan de la curiosa estatua que Gautier compara con una voz de contralto, el *monstre charmant*^[172] que se agazapa en la sala de pórfito del Louvre. Pero al cabo de un tiempo se le cayó el libro de las manos. Empezó a ponerse nervioso y le entró pánico. ¿Y si Alan Campbell estuviera fuera de Inglaterra? Los días irían pasando antes de que regresara. También podía negarse a acudir. ¿Qué haría entonces? Cada instante que pasaba tenía una importancia vital. Habían sido muy buenos amigos una vez, hacía cinco años. Eran casi inseparables, a decir verdad. Su intimidad había terminado de forma repentina. Ahora, cuando se encontraban en sociedad, era Dorian quien sonreía. Alan Campbell, no.

Era un joven muy inteligente, aunque no sabía apreciar las artes plásticas, y la sensibilidad poética que tenía, por escasa que fuera, se la debía enteramente a Dorian. Su pasión intelectual era la ciencia. En Cambridge pasaba mucho tiempo en el

laboratorio y había conseguido un buen puesto en su promoción de Ciencias Naturales. En efecto, se dedicaba al estudio de la química y tenía un laboratorio particular donde se pasaba el día encerrado, ante la desesperación de su madre, que hubiera querido verle en el Parlamento y tenía la vaga noción de que un químico es una persona que hace recetas. Sin embargo, también era un excelente músico que tocaba tanto el violín como el piano mejor que la mayoría de los aficionados. De hecho, había sido la música lo que los había hecho intimar; la música y esa indefinible atracción que Dorian parecía capaz de ejercer a su antojo, y que incluso ejercía muchas veces inconscientemente. Se conocieron en casa de lady Berkshire la noche en que tocó Rubinstein^[173], y a partir de entonces se los empezó a ver juntos en la Ópera y en cualquier sitio donde se tocara buena música. Habían sido dieciocho meses de amistad que Campbell pasó prácticamente entre Selby Royal y la plaza Grosvenor. En aquel tiempo Dorian Gray era para él, como para tantos otros, la encarnación de todo lo maravilloso y fascinante que hay en la vida. Nunca se supo si hubo una pelea entre ellos. Pero un buen día la gente empezó a comentar que casi no se saludaban y que Campbell siempre se marchaba pronto de una fiesta si estaba presente Dorian Gray. Además, había cambiado; tenía extrañas tristezas, cada vez parecía gustarle menos la música y ya no tocaba jamás, alegando cuando le llamaban que la ciencia le tenía tan absorto que apenas podía practicar. Y esto era absolutamente cierto. Su pasión por la biología iba en aumento y su nombre apareció citado en algunas de las revistas científicas en relación con unos curiosos experimentos.

Éste era el hombre al que esperaba Dorian Gray mirando el reloj sin parar. A medida que iban pasando los minutos, cada vez le entraba una inquietud mayor. Acabó levantándose y paseando por la habitación, como una hermosa criatura enjaulada. Daba grandes zancadas. Tenía las manos increíblemente frías.

La espera se le estaba haciendo insoportable. El tiempo parecía deslizarse con pies de plomo, mientras él se dejaba arrastrar por vientos monstruosos que le llevaban al borde afilado de un oscuro precipicio. Sabía lo que le esperaba allí; lo veía perfectamente y, estremeciéndose, se apretó los párpados abrasadores con sus manos húmedas, como si quisiera cegarse el cerebro y dejarse los ojos hundidos en sus órbitas. Era inútil. El cerebro se nutría de sí mismo y la imaginación, que el terror había vuelto grotesca, retorcida y distorsionada como una criatura agonizante, bailaba como una marioneta espeluznante y reía tras sus diferentes máscaras. Entonces, de repente, el Tiempo se detuvo para él. Sí; aquella especie de fuelle ciego se quedó quieto, y los pensamientos horribles, al estar quieto el Tiempo, se colocaron ágilmente ante él y sacaron de su tumba un monstruoso futuro, mostrándoselo. Lo miró alucinado. El horror le petrificó.

Por fin se abrió la puerta y entró su sirviente. Le miró con ojos vidriosos.

—El señor Campbell, señor —dijo el hombre.

Un suspiro de alivio escapó de sus labios y el color volvió a sus mejillas.

—Hazle pasar, Francis.

Volvió a recuperar su ser y se le pasó la cobardía.

El hombre hizo una reverencia y se retiró. Instantes después entraba Alan Campbell, muy serio y algo pálido, su tez blanquecina intensificada por el pelo negro carbón y las cejas oscuras.

—¡Alan! Eres muy amable. Gracias por haber venido.

—No pensaba volver a poner un pie en esta casa, Gray. Pero parece ser que se trata de una cuestión de vida o muerte.

Su voz era dura y fría. Hablaba con una deliberada lentitud. En su mirada firme se notaba un claro desprecio. Con las manos en los bolsillos de su abrigo de astracán, pareció no darse cuenta del gesto con que Dorian le había recibido.

—Sí; es una cuestión de vida o muerte, Alan, y para más de una persona. Siéntate.

Campbell eligió una silla junto a la mesa y Dorian se sentó frente a él. Los ojos de los dos hombres se encontraron. En los de Dorian había una infinita piedad. Sabía que lo que iba a hacer era espantoso.

Tras un tenso silencio, se inclinó hacia delante y dijo, muy tranquilamente, pero observando el efecto de sus palabras sobre el rostro de aquel a quien había hecho llamar:

—Alan, en una habitación cerrada con llave, en el último piso de esta casa, donde no puede entrar nadie más que yo, hay un hombre muerto sentado ante una mesa. Lleva muerto diez horas. No te muevas y no me mires con esa cara. Quién es, por qué ha muerto y cómo ha muerto son cuestiones que no te conciernen. Lo único que tienes que hacer es...

—Basta, Gray. No quiero saber nada más. Sea cierto o no lo que acabas de contarme no es asunto mío. Me niego absolutamente a mezclarme en tu vida. Guárdate tus horribles secretos. Ya no me interesan.

—Alan, van a tener que interesarte. Éste sí que te interesa. Lo siento muchísimo por ti, Alan. Pero no me queda más remedio. Eres el único hombre que puede salvarme. Me veo obligado a inmiscuirte en este asunto. No tengo otra opción. Alan, tú eres un científico. Sabes de química y de esas cosas. Has hecho experimentos. Lo que tienes que hacer es destruir eso que hay arriba, destruirlo para que no quede ni un vestigio. Nadie ha visto a esa persona entrar en la casa. En realidad, en este momento se supone que está en París. Pasarán meses antes de que se note su falta. Cuando ocurra, aquí no debe haber ni rastro de él. Tú, Alan, debes convertir a ese hombre, junto con sus cosas, en un puñado de cenizas que yo pueda esparcir por el aire.

—Estás loco, Dorian.

—Ah, menos mal que me llamas Dorian.

—Estás loco, te digo. ¡Suponer que yo iba a mover un dedo por ti! ¡Y hacerme esta monstruosa confesión! No quiero tener nada que ver en este asunto, sea cual sea. ¿Crees que voy a poner en peligro mi reputación por ti? ¿Qué me importan a mí tus actividades diabólicas?

—Se ha suicidado, Alan.

—Me alegro. Pero ¿quién tiene la culpa? Tú, supongo.

—¿Sigues negándote a hacer esto por mí?

—Por supuesto que me niego. No pienso tener absolutamente nada que ver en ello. No me preocupa que puedas caer en vergüenza. Te lo mereces. No me importaría nada verte deshonrado, públicamente deshonrado. ¿Cómo te atreves a pedirme a mí, entre todos los hombres del mundo, que me mezcle en este horror? Pensaba que conocías mejor a las personas. Tu amigo lord Henry Wotton no parece haberte enseñado mucha psicología, entre sus muchas enseñanzas. Nada puede inducirme a dar un paso por ti. Te has equivocado de hombre. Pide ayuda a tus amigos. No acudas a mí.

—Alan, ha sido un asesinato. Le he matado yo. No te imaginas cómo me había hecho sufrir. Sea como sea mi vida, él fue más culpable de crearla o de destrozarla que el pobre Harry. Puede que no fuera su intención, pero el resultado ha sido el mismo.

—¡Un asesinato! ¡Por Dios, Dorian! ¡Mira a lo que has llegado! No voy a denunciarte. No es asunto mío. Además, aunque yo no haga nada, acabarán por detenerte. Nadie comete jamás un crimen sin hacer alguna estupidez. Pero no pienso mezclarme en ello.

—Tienes que hacerlo. Espera, espera un momento; escúchame. Sólo escucha, Alan. Lo único que te pido es que hagas un determinado experimento científico. Tú vas a hospitales y a depósitos de cadáveres y los horrores que haces allí no te afectan. Si en una de esas espantosas salas de disección o en un laboratorio fétido te encontraras a ese hombre tendido en una mesa de plomo con las entrañas sacadas para dejar fluir la sangre, lo considerarías simplemente como un espécimen admirable. No se te movería un pelo de su sitio. No te parecería estar haciendo nada malo. Al contrario. Según tú, estarías obrando en beneficio de la humanidad, contribuyendo al aumento de su sabiduría, satisfaciendo la curiosidad intelectual o algo semejante. Esto que te pido ya lo has hecho en numerosas ocasiones. Además, destruir un cadáver debe ser mucho menos horrible que las cosas a que estás acostumbrado. Y ten en cuenta que es la única prueba que existe contra mí. Si se descubre, estoy perdido; y se descubrirá a no ser que tú me ayudes.

—El problema está en que no quiero ayudarte. ¿No lo entiendes? Todo este asunto me trae sin cuidado. No me incumbe.

—Alan, te lo ruego. Ponte en mi lugar. Antes de que llegaras, he estado a punto de desmayarme de terror. Puede que tú también conozcas el terror algún día. ¡No! No pienses en eso. Tienes que plantearte el asunto desde un punto de vista científico. Cuando haces tus experimentos, jamás preguntas de dónde provienen los cadáveres. Ahora tampoco debes preguntarlo. Lo cierto es que ya he hablado más de lo que debía. Pero te suplico que hagas esto por mí. Hubo un tiempo en que éramos amigos, Alan.

—No me hables de aquellos tiempos, Dorian. Los doy por muertos.

—A veces los muertos permanecen. El hombre de arriba no quiere marcharse. Está sentado ante una mesa con la cabeza caída y los brazos extendidos. ¡Alan! ¡Alan! Si no me prestas ayuda, estoy perdido. ¡Por Dios, me colgarán, Alan! ¿No lo entiendes? Me colgarán por lo que he hecho.

—Es inútil prolongar esta escena. Me niego absolutamente a intervenir en este asunto. Es una locura que me lo pidas.

—¿Te niegas?

—Sí.

—Te lo suplico, Alan.

—Es inútil.

La misma mirada de compasión volvió a aparecer en los ojos de Dorian Gray. Alargó la mano, cogió una hoja de papel y escribió algo en ella. Lo leyó dos veces, dobló la hoja cuidadosamente y la empujó sobre la mesa. Hecho esto, se levantó y fue hacia la ventana.

Campbell le miró sorprendido, cogió el papel y lo abrió. Mientras lo leía se le mudó el semblante y se echó hacia atrás en la silla. Le invadió una horrible sensación de malestar. Era como si el corazón estuviera latiendo al borde de la muerte en un hueco vacío.

Al cabo de dos o tres minutos de espantoso silencio, Dorian se volvió y fue a colocarse detrás de él, poniéndole una mano en el hombro.

—Lo siento muchísimo por ti, Alan —murmuró—, pero no me dejas otra alternativa. Ya he escrito una carta. Aquí está. Mira la dirección. Si no me ayudas, tendré que enviarla. Si no me ayudas la enviaré. Ya sabes cuál sería el resultado. Pero me ayudarás. Es imposible que te niegues ahora. He procurado evitártelo. Me harás la justicia de reconocerlo. Has sido duro, cruel, insultante. Me has tratado como nadie se ha atrevido a tratarme jamás... nadie que aún viva, al menos. Y yo lo he soportado. Ahora me toca a mí imponer las condiciones.

Campbell se tapó el rostro con las manos, estremeciéndose.

—Sí, me toca a mí imponer las condiciones, Alan. Ya sabes cuáles son. La cosa es bastante simple. Vamos, no te pongas así. Es algo que hay que hacer. Afróntalo y hazlo.

Un gemido salió de los labios de Campbell y se echó a temblar. Era como si el tic tac del reloj que había sobre la chimenea estuviera dividiendo el Tiempo en átomos de agonía, cada uno de los cuales era demasiado terrible para poder soportarlo. Parecía como si le estuvieran apretando lentamente la cabeza con un aro de hierro, como si la deshonra que le amenazaba ya hubiera caído sobre él. La mano que tenía sobre el hombro le parecía de plomo. Era insoportable. Le estaba triturando.

—Vamos, Alan, debes decidirte de una vez.

—No puedo —dijo mecánicamente, como si las palabras pudieran cambiar las cosas.

—Sí puedes. No tienes elección. No tardes más.

Campbell dudó.

—¿Hay lumbre en la habitación de arriba?

—Sí, hay un aparato de gas con amianto.

—Tengo que ir a casa para traer unas cosas del laboratorio.

—No, Alan, no puedes salir de la casa. Escríbelo en una cuartilla y mi criado cogerá un coche y te lo traerá.

Campbell escribió unas líneas, les pasó el secante y dirigió el sobre a su ayudante. Dorian cogió la nota y la leyó cuidadosamente. Después tocó la campanilla y se la dio al mayordomo, con orden de volver lo antes posible, trayendo las cosas.

Al cerrarse la puerta de la calle, Campbell dio un respingo y, levantándose de la silla, se acercó a la chimenea. Temblaba como si tuviera fiebre. Durante casi veinte minutos, ninguno de los dos dijo nada. Una mosca zumbaba ruidosamente por la habitación y el tictac del reloj era como un martillo.

Cuando el reloj dio la una, Campbell se volvió y, al mirar a Dorian Gray, vio que tenía los ojos llenos de lágrimas. Había algo en la pureza y finura de aquel rostro que le enfureció.

—¡Eres infame, absolutamente infame! —murmuró.

—Calla, Alan; me has salvado la vida —dijo Dorian.

—¿La vida? ¡Santo Dios! ¡Vaya una vida! Has ido de perversión en perversión, hasta llegar al crimen. Esto que voy a hacer, que me obligas a hacer, no lo hago por tu vida precisamente.

—Ah, Alan —murmuró Dorian, suspirando—. Me gustaría que tuvieras por mí la milésima parte de la piedad que yo tengo por ti.

Le dio la espalda al hablar y miró al jardín. Campbell no dijo nada.

Al cabo de unos diez minutos llamaron a la puerta y entró el criado con una gran caja de caoba llena de productos químicos, un rollo de alambre de acero y platino y dos grapas de hierro con una forma bastante curiosa.

—¿Dejo las cosas aquí, señor? —preguntó a Campbell.

—Sí —dijo Dorian—. Y me temo, Francis, que tengo otro recado que darle. ¿Cómo se llama ese hombre de Richmond^[174] que nos trae las orquídeas a Selby?

—Harden, señor.

—Eso es, Harden. Quiero que vaya usted a Richmond enseguida para hablar con Harden en persona, y que le diga que mande el doble de orquídeas de las que habíamos encargado, y que ponga las menos blancas posibles. No, mejor que no ponga ninguna. Hace un día espléndido, Francis, y Richmond es un sitio precioso; de no ser así, no se lo pediría.

—No es molestia, señor. ¿A qué hora debo volver?

Dorian miró a Campbell.

—¿Cuánto tardarás con tu experimento, Alan? —dijo con voz tranquila e indiferente.

La presencia de una tercera persona en la habitación parecía darle una valentía extraordinaria.

Campbell frunció el ceño y se mordió los labios.

—Tardaré unas cinco horas —contestó.

—Bastará entonces con que vuelva a las siete y media, Francis. O espere; déjeme fuera la ropa. Le dejo la noche libre. No voy a cenar en casa.

—Gracias, señor —dijo el hombre, saliendo de la habitación.

—Y ahora, Alan, no hay un momento que perder. ¡Cómo pesa esta caja! Te la subiré yo. Tú coge las demás cosas.

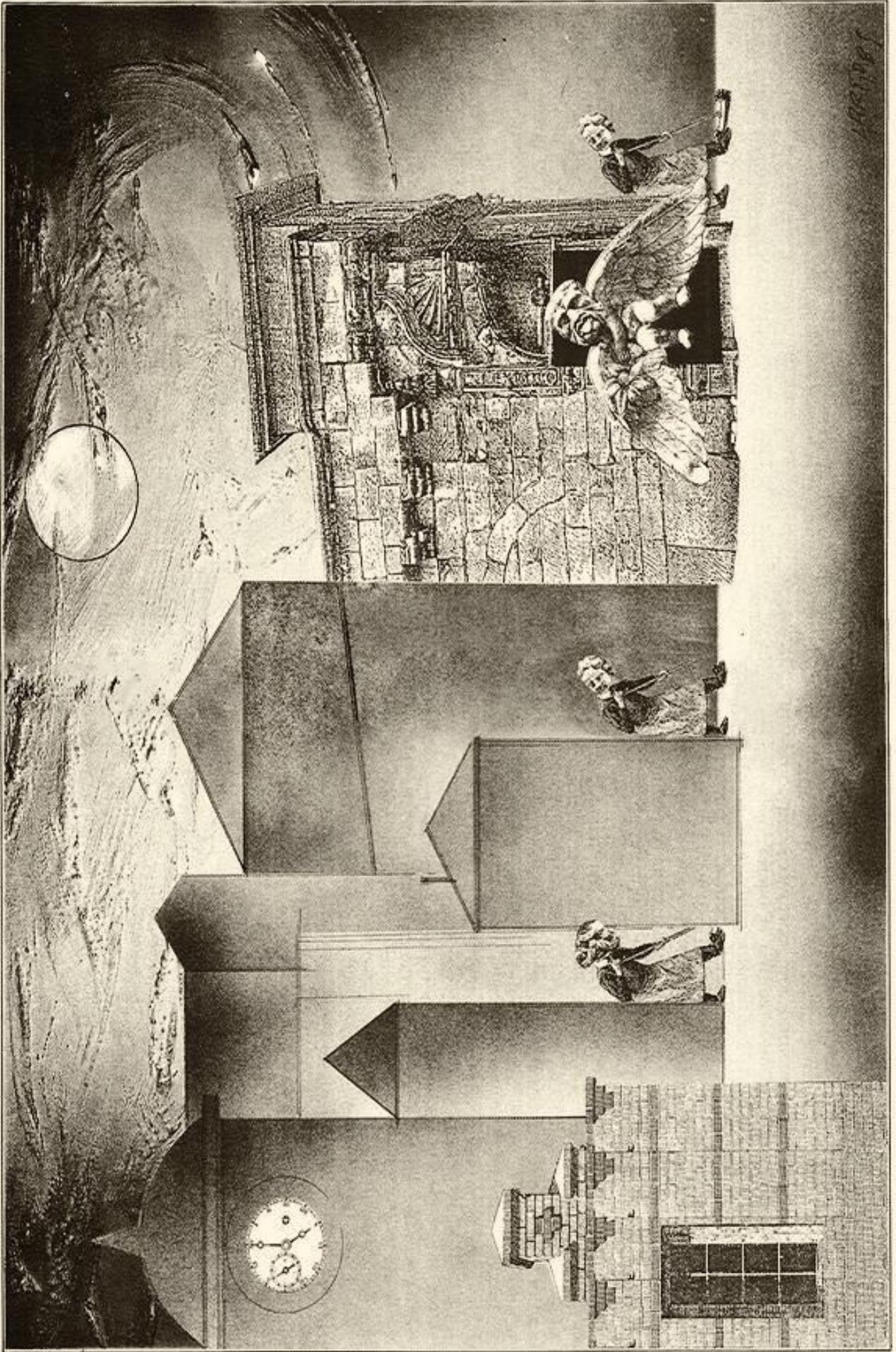
Hablaba rápidamente, con un tono autoritario. Campbell se dejó dominar. Los dos salieron de la habitación.

Cuando llegaron al último rellano, Dorian sacó la llave y la hizo girar en la cerradura. Entonces se detuvo, volviéndose con ojos preocupados. Se estremeció.

—Creo que no voy a poder entrar, Alan —murmuró.

—Me da igual. No te necesito —dijo Campbell fríamente.

Dorian entreabrió la puerta. Al hacerlo vio el rostro de su retrato mirándole maliciosamente a la luz del sol. Frente al cuadro, en el suelo, estaba la cortina arrancada. Recordó que la noche anterior había olvidado, por primera vez en su vida, ocultar el fatídico lienzo, y estaba a punto de precipitarse hacia delante, cuando se quedó paralizado de horror.



¿Qué era aquella espantosa mancha roja que relucía húmeda y brillante en una de las manos, como si el lienzo rezumase sangre? ¡Era horrible! Más horrible incluso, le pareció entonces, que el bulto silencioso que seguía apoyado en la mesa, el bulto que no había mirado, pero cuya sombra grotesca y deforme en la alfombra manchada le demostraba que no se había movido, que seguía allí, como él lo había dejado.

Suspiró profundamente, abrió la puerta un poco más y con los ojos medio cerrados y la cabeza vuelta, entró rápidamente, pensando que no iba a mirar ni una sola vez al hombre muerto. Entonces, agachándose, cogió el manto dorado y púrpura y lo echó sobre el cuadro.

Se quedó allí inmóvil, temiendo volverse, mirando fijamente los complicados dibujos del manto. Oyó a Campbell entrando con la caja y las grapas y el resto de las cosas que necesitaba para su horrible cometido. ¿Conocería Campbell a Basil Hallward? Y en caso de conocerle, ¿qué opinión tendría de él?

—Déjame solo —dijo una voz seria detrás de él.

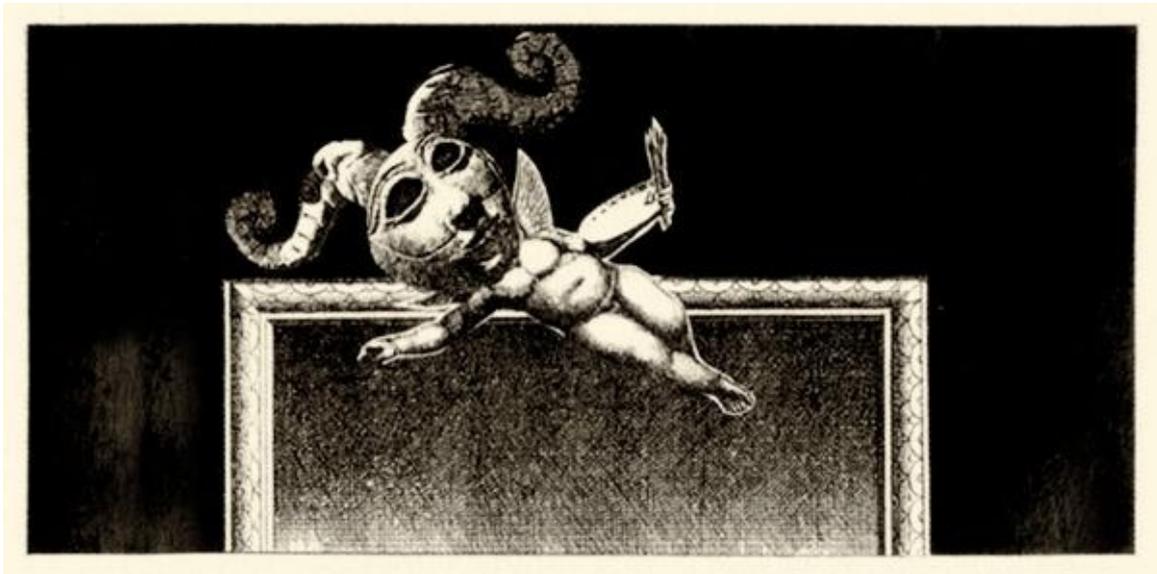
Se volvió y salió precipitadamente, a tiempo de ver el cuerpo echado hacia atrás sobre la silla e imaginando a Campbell mirando un rostro amarillo y vítreo. Al bajar las escaleras oyó el ruido de la llave girando en la cerradura.

Eran mucho más de las siete cuando Campbell volvió a entrar en la biblioteca. Estaba pálido, pero absolutamente tranquilo.

—He hecho lo que me has pedido —murmuró—. Y ahora, adiós. No nos volveremos a ver.

—Me has salvado de la ruina, Alan. Jamás lo olvidaré —dijo Dorian, sencillamente.

En cuanto Campbell hubo salido, subió las escaleras. En la habitación había un horrible olor a ácido nítrico. Pero el bulto de la mesa había desaparecido.



Capítulo 15

Aquella noche, a las ocho y media, varios criados reverentemente inclinados hacían pasar a Dorian Gray, exquisitamente vestido y con un manojo de violetas de Parma^[175] en el ojal, al salón de lady Narborough. Le latían las sienas de lo nervioso y agitadísimo que estaba, pero se inclinó ante la mano de la anfitriona con el mismo encanto y naturalidad de siempre. Quizá nunca parezca uno tan tranquilo como cuando tiene que representar un papel. Y desde luego, ninguno de los que vieron a Dorian Gray aquella noche hubiera creído que acababa de vivir una tragedia tan espantosa como cualquiera de las de nuestra época. Era impensable que aquellos dedos alargados hubieran empuñado un cuchillo asesino y que aquellos labios sonrientes hubieran renegado de Dios y de su bondad. Incluso él mismo estaba atónito ante la tranquilidad de su conducta, y por un momento sintió intensamente el terrible placer de una doble vida.

Era una reunión íntima, organizada precipitadamente por lady Narborough, una mujer muy inteligente que tenía lo que lord Henry describía como los restos de una fealdad verdaderamente extraordinaria. Había demostrado ser una excelente esposa en su matrimonio con uno de nuestros más aburridos embajadores, y tras haber enterrado debidamente a su esposo en un mausoleo de mármol, que ella misma había diseñado, y casado a sus hijas con hombres ricos y algo entrados en años, se dedicaba ahora a saborear los placeres de la novela francesa, de la gastronomía francesa, y del *esprit* francés siempre que podía.

Dorian era uno de sus favoritos, y siempre le decía que se alegraba muchísimo de no haberle conocido antes en su juventud.

—Sé perfectamente, querido, que me hubiera enamorado locamente de usted —decía siempre— y que hubiera estado dispuesta a todo por usted. Es una gran suerte no haberle descubierto entonces. En aquellos tiempos había tan poca gente

interesante que no tuve ni el más mínimo devaneo. Lo cierto es que la culpa la tuvo Narborough. Era terriblemente miope, y no produce ningún placer engañar a un marido que no se entera de nada.

Sus invitados de aquella noche eran más bien aburridos. Lo cierto era, como explicó la anfitriona a Dorian por detrás de un abanico bastante raído, que una de sus hijas casadas había llegado de improviso para pasar una temporada, y para colmo de males acompañada de su marido.

—Me parece una desfachatez por su parte, querido —susurró—. Es verdad que yo les hago una visita todos los veranos al volver de Homburg, pero a las mujeres mayores nos conviene tomar el aire, y además, así los animo un poco. No sabe usted la vida que hacen allí: la pura y simple vida de campo. Se levantan temprano porque tienen mucho que hacer, y se acuestan temprano, porque no tienen nada en que pensar. No ha habido ni un solo escándalo en el barrio desde los tiempos de la reina Isabel^[176], así que no me extraña que se caigan de sueño en cuanto terminan de cenar. No le voy a sentar al lado de ninguno de los dos. Tiene que sentarse a mi lado y divertirme.

Dorian murmuró un cumplido amable y echó un vistazo por la habitación. Sí, era una fiesta verdaderamente aburrida. A dos de los invitados no los había visto en su vida, y el resto eran: Ernest Harrowden, uno de esos hombres mediocres de mediana edad tan típicos de los clubes londinenses, que no tienen enemigos pero a quienes sus amigos no soportan; lady Ruxton, mujer de cuarenta y siete años, vestimenta recargada y nariz aguileña, que siempre intentaba verse envuelta en algún compromiso, pero era tan insignificante que nadie creía nunca nada en su contra, lo cual la desilusionaba sobremanera; la señora Erlyne, una fante ambiciosa con un ceceo delicioso y cabello castaño rojizo; lady Alice Chapman, hija de la anfitriona, una joven sosa y sin gracia, con el típico rostro británico que se ve una vez y no se recuerda jamás; y su marido, un ser de mejillas rojas y bigotes blancos que, como muchos otros, estaba convencido de que una jovialidad excesiva puede compensar la absoluta carencia de ideas.

Estaba empezando a arrepentirse de haber asistido cuando lady Narborough, mirando el gran reloj de bronce dorado que desparramaba sus chillonas curvas sobre la chimenea tapizada en malva, exclamó:

—¡Qué maldad la de Henry Wotton, que no llega! Le he hecho avisar esta mañana y me ha prometido solemnemente que no faltaría.

Le consoló bastante saber que Henry estaba invitado, y cuando se abrió la puerta y oyó su voz lenta y musical entonando una excusa inventada, se le pasó el aburrimiento.

Pero durante la cena no pudo comer nada. Le iban retirando todos los platos intactos. Lady Narborough no hacía más que reñirle por lo que consideraba «un insulto al pobre Adolphe, que ha preparado el menú en su honor», y de cuando en cuando lord Henry le miraba, asombrado ante su silencio y su aire ausente. Cada

cierto tiempo el mayordomo le llenaba el vaso de champán, que bebía ávidamente, con una sed cada vez mayor.

—Dorian —dijo lord Henry al final, cuando estaban pasando el *chaud-froid*^[177]—. ¿Qué te ocurre esta noche? Te veo muy decaído.

—Yo creo que está enamorado —exclamó lady Narborough— y que no se atreve a decírmelo porque teme que me ponga celosa. Y tiene toda la razón. Me pondría celosísima.

—Querida lady Narborough —murmuró Dorian, sonriendo—. Llevo sin enamorarme una semana entera. En realidad, desde que madame de Ferrol se marchó de Londres.

—¡Es increíble cómo se enamoran los hombres de esa mujer! —exclamó la vieja dama—. La verdad es que no lo comprendo.

—Eso es sencillamente porque le recuerda a usted misma cuando era niña, lady Narborough —dijo lord Henry—. Ella es el lazo de unión entre nosotros y sus vestidos cortos.

—No me trae recuerdos de mis vestidos cortos en absoluto, lord Henry. Pero sí me acuerdo muy bien de ella en Viena hace treinta años, y de lo *décolletée*^[178] que iba entonces.

—Sigue yendo *décolletée* —contestó él, cogiendo una aceituna con sus largos dedos— y cuando lleva uno de sus trajes elegantes, parece una *édition de luxe* de una mala novela francesa. Pero hay que admitir que es maravillosa y sorprendente. Su capacidad de afecto por la familia es extraordinaria. Cuando murió su tercer marido se le puso el pelo dorado de la pena.

—¡Qué barbaridad, Harry! —exclamó Dorian.

—Es una explicación muy romántica —dijo la anfitriona con una carcajada—. ¡Pero, lord Henry, su tercer marido! No me diga que Ferrol es el cuarto.

—Sí que lo es, lady Narborough.

—No estoy dispuesta a creer ni una palabra.

—Pues pregúntele al señor Gray. Es uno de sus amigos más íntimos.

—¿Es cierto, señor Gray?

—Eso dice ella, lady Narborough —contestó Dorian—. Una vez le pregunté si hace como Margarita de Navarra^[179], que llevaba los corazones de sus hombres embalsamados y colgados de la faja. Me dijo que no, porque ninguno de ellos tenía corazón.

—¡Cuatro maridos! ¡Hay que reconocer que eso es *trop de zèle*^[180]!

—*Trop d'audace*^[181] es lo que yo le digo —contestó Dorian.

—¡Ah! Ella es bastante audaz para casi todo, querido. ¿Y cómo es Ferrol? No le conozco.

—Los maridos de las mujeres muy hermosas suelen pertenecer a las clases criminales —dijo lord Henry, tomando un sorbo de vino.

Lady Narborough le dio con su abanico.

—Lord Henry, no me extraña nada que todo el mundo diga que es usted increíblemente malvado.

—Pero ¿qué mundo dice eso? —preguntó lord Henry, arqueando las cejas—. Será el otro mundo. Porque este mundo y yo estamos muy bien avenidos.

—Todas las personas que conozco dicen que es usted muy malvado —exclamó la vieja señora, moviendo la cabeza hacia los lados.

Lord Henry se puso serio.

—Es absolutamente monstruosa —dijo al fin— la costumbre que tiene la gente hoy en día de hablar a espaldas de uno diciendo cosas que son absoluta y enteramente ciertas.

—¡Es incorregible! —exclamó Dorian, inclinándose hacia delante en su silla.

—Eso espero —dijo su anfitriona, riendo—. Pero realmente, si todos veneran a madame de Ferrol de una manera tan ridícula, tendré que volverme a casar para estar a la moda.

—Usted no volverá a casarse, lady Narborough —intervino lord Henry—. Fue usted demasiado feliz. Cuando una mujer vuelve a casarse es porque detestaba a su primer marido. Cuando un hombre vuelve a casarse es porque adoraba a su primera esposa. Las mujeres prueban suerte; los hombres la arriesgan.

—Narborough no era perfecto —exclamó la dama.

—De haberlo sido no le hubiera amado usted, mi querida señora —fue la réplica—. Las mujeres nos aman por nuestros defectos. Si logramos tener suficientes nos lo perdonan todo, incluso el intelecto. No me va a invitar nunca más a cenar después de esto, me temo, lady Narborough; pero es muy cierto.

—Por supuesto que lo es, lord Henry. Si las mujeres no los amáramos por sus defectos, ¿qué sería de ustedes? Ni un solo hombre estaría casado. Serían una pandilla de desgraciados solterones. Lo cual no significa que fueran muy distintos. Hoy en día los hombres casados viven como los solteros, y los solteros viven como los casados.

—*Fin de siècle* —murmuró lord Henry.

—*Fin du globe* —contestó su anfitriona.

—Ojalá fuera el *fin du globe* —dijo Dorian con un suspiro—. La vida es una gran desilusión.

—Ay, querido —exclamó lady Narborough, poniéndose los guantes—. No me diga que ya ha agotado la Vida. Cuando un hombre lo dice es que la vida le ha agotado a él. Lord Henry es muy malvado, y a mí a veces me hubiera gustado serlo; pero usted ha nacido para ser bueno... con lo guapo que es. Tengo que encontrarle una buena esposa. Lord Henry, ¿no cree usted que el señor Gray debería casarse?

—No hago más que decírselo, lady Narborough —contestó lord Henry haciendo una reverencia.

—Bien, pues hay que encontrarle una buena pareja. Voy a mirarme de arriba a abajo la *Debrett*^[182] esta noche para hacer una lista de todas las señoritas casaderas.

—¿Con sus edades, lady Narborough? —preguntó Dorian.

—Naturalmente, con sus edades, ligeramente corregidas. Pero las cosas hay que hacerlas con calma. Quiero que sea lo que el *Morning Post*^[183] llama un matrimonio perfecto, y que los dos sean felices.

—¡Cuántas tonterías se dicen sobre los matrimonios felices! —exclamó lord Henry—. Un hombre puede ser feliz con cualquier mujer siempre que no la ame.

—¡Ay! ¡Qué cínico es usted! —exclamó la dama, apartando su silla de la mesa y haciendo una señal con la cabeza a lady Ruxton—. Tengo que volver a invitarle a cenar. Es usted un tónico admirable, mucho mejor que el que me receta sir Andrew. Pero tiene que decirme usted a qué personas quiere ver. Quiero que sea una velada entretenida.

—Me gustan los hombres que tienen un futuro y las mujeres que tienen un pasado —contestó él—. Pero entonces me temo que sólo habría faldas en la reunión.

—Es cierto —dijo ella, riendo mientras se ponía en pie—. Mil perdones, mi querida lady Ruxton —añadió—. No me he dado cuenta de que aún no ha terminado su cigarrillo.

—No se preocupe, lady Narborough. Fumo demasiado. Voy a procurar limitarme en el futuro.

—Le ruego que no lo haga, lady Ruxton —dijo lord Henry—. La moderación es fatídica. Bastante equivale a una comida. Más que bastante equivale a un banquete.

Lady Ruxton le contempló con curiosidad.

—Tiene que venir a mi casa una tarde a explicarme eso, lord Henry. Debe de ser una teoría fascinante —murmuró saliendo majestuosamente del salón.

—Y ahora, no tarden ustedes mucho con su política y sus escándalos —exclamó lady Narborough desde la puerta—. Porque nosotras probablemente acabemos discutiendo arriba.

Los hombres rieron y el señor Chapman, levantándose solemnemente del extremo de la mesa, fue a sentarse a la cabecera. Dorian Gray cambió de sitio, poniéndose junto a lord Henry. El señor Chapman empezó a hablar en voz muy alta sobre cómo estaba la situación en la Cámara de los Comunes. Se reía despectivamente de sus adversarios. La palabra «doctrinario», terrorífica para la mentalidad inglesa, aparecía una y otra vez entre sus exabruptos. Usaba un prefijo a modo de aliteración y ornamento de su oratoria. Elevaba la bandera inglesa sobre los pináculos del Pensamiento. La estupidez hereditaria de la raza, que alegremente denominaba como el buen sentido común de los ingleses, era el verdadero baluarte de la sociedad.

Lord Henry curvó los labios en una sonrisa, y se volvió hacia Dorian.

—¿Te encuentras mejor, mi querido amigo? —preguntó—. Parecías algo trastornado durante la cena.

—Me encuentro perfectamente, Harry. Algo cansado. Nada más.

—Estuviste encantador anoche. Tienes apasionada a la pequeña duquesa. Me ha dicho que va a ir a Selby.

—Ha prometido ir el día veinte.

—¿Monmouth también irá?

—Sí, claro, Harry.

—Me aburre muchísimo, casi tanto como le aburre a ella. Es muy lista, demasiado lista para ser mujer. Carece de ese encanto indefinible que da la debilidad. Son los pies de barro los que vuelven precioso el oro de la imagen. Ella tiene unos pies muy bonitos, pero no son de barro. Son de porcelana blanca, por así decirlo. Han pasado por el fuego, y lo que el fuego no destruye lo endurece. Es una mujer con experiencia.

—¿Cuánto tiempo lleva casada? —preguntó Dorian.

—Una eternidad, según ella. Creo que en el registro de la nobleza consta que son diez años, pero diez años con Monmouth son como la eternidad y el tiempo juntos. ¿Quién más va a ir?

—Ah, los Willoughbys, lord Rugby y su esposa, nuestra anfitriona, Geoffrey Coluston, los de siempre. También he invitado a lord Grotrian.

—Es agradable —dijo lord Henry—. La mayor parte de la gente no opina lo mismo, pero a mí me lo parece. Compensa sus excesos en la vestimenta con una educación exquisita. Es un hombre muy moderno.

—No sé si podrá ir, Harry. Es posible que tenga que ir a Montecarlo con su padre.

—¡Ah! ¡Qué lata da la gente a su gente! Procura convencerle de que vaya. Por cierto, Dorian, ayer te fuiste prontísimo. No eran ni las once. ¿Qué hiciste después? ¿Fuiste directamente a tu casa?

Dorian le miró de reojo, frunciendo el ceño.

—No, Harry —dijo por fin—. No volví a casa hasta eso de las tres.

—¿Fuiste al club?

—Sí —contestó; y luego se mordió el labio—. No, es decir... No fui al club. Estuve dando un paseo. No me acuerdo de lo que hice. ¡Cuántas preguntas haces, Harry! Siempre quieres saber lo que uno hace. Y uno siempre quiere olvidar lo que hace. Llegué a las dos y media, si quieres saber la hora exacta. Había olvidado el llavín y tuvo que abrirme el criado. Si te interesa corroborarlo, pregúntaselo.

Lord Henry se encogió de hombros.

—Mi querido amigo, ¡como si me importara mucho! Subamos al salón. No, gracias, señor Chapman, no quiero jerez. A ti te ocurre algo, Dorian. Cuéntamelo. No eres el mismo esta noche.

—No me hagas caso, Harry. Estoy nervioso y de mal humor. Iré a verte a tu casa mañana o pasado. Presenta mis excusas a lady Narborough. No voy a subir. Me voy a casa. Debo irme.

—Muy bien, Dorian. Espero que vengas a tomar el té mañana. He invitado a la duquesa.

—Procuraré ir, Harry —dijo, saliendo del salón.

En el coche, de camino a su casa, volvió a sentir el terror que creía haber dominado. Las preguntas inocentes de lord Henry le habían sacado de quicio, y le convenía estar tranquilo, Quedaban objetos peligrosos por destruir. Se estremeció. No quería ni tocarlos.

Pero había que hacerlo. Lo sabía perfectamente, y después de cerrar con llave la puerta de la biblioteca abrió el armario secreto donde había metido el gabán y la bolsa de Basil Hallward. Había un gran fuego en la chimenea. Echó otro tronco. El olor de la ropa al arder y del cuero quemándose era espantoso. Hicieron falta tres cuartos de hora para que se consumiera todo. Al terminar estaba mareado y, después de encender unas pastillas argelinas en un sahumador de cobre, se lavó las manos y la frente con un fresco vinagre almizclado.

De repente dio un respingo. Los ojos se le pusieron extrañamente brillantes y empezó a morderse el labio inferior. Entre dos de los ventanales había un gran aparador florentino, de ébano y con incrustaciones de marfil y lapislázuli. Se quedó mirándolo como si fuera algo que pudiera hipnotizar y atemorizar, como si hubiera en su interior algo deseado y odiado. Empezó a respirar aceleradamente. Le entró un ansia febril. Encendió un cigarrillo y lo apagó. Le pesaban tanto los párpados que las pestañas casi le tocaban las mejillas. Pero seguía mirando el aparador. Por fin se levantó del sofá donde estaba tumbado, fue hacia el mueble y, después de abrirlo, tocó un resorte oculto. Un cajón triangular se abrió lentamente. Sus dedos se acercaron instintivamente, cerrándose sobre algo que había en el interior. Era una pequeña caja china de laca negra y dorada, con primorosos trazos ondulados y con unos cordones de seda de los que colgaban borlas de hilos metálicos y perlas de cristal. La abrió. Dentro había una pasta verdosa, de textura cérea y con un olor curiosamente denso y persistente.

Pareció dudar, con una extraña sonrisa petrificada sobre el rostro. Después, tiritando a pesar del calor que hacía en la habitación, se estiró y miró el reloj. Eran las doce menos veinte. Volvió a guardar la caja en su sitio, cerró las puertas del aparador y fue a su habitación.

Mientras sonaban las doce campanadas de bronce en la oscuridad, Dorian Gray se vistió con ropas sencillas y echándose una bufanda al cuello salió sigilosamente de la casa. En la calle Bond encontró un coche con un buen caballo. Lo llamó y en voz baja dio una dirección al cochero.

El hombre dijo que no con la cabeza.

—Está demasiado lejos —murmuró.

—Tome este soberano^[184] —dijo Dorian—. Y le daré otro si va de prisa.

—Bien, señor —contestó el hombre—. Tardará usted una hora en llegar.

Y guardándose el dinero hizo dar la vuelta al caballo y salió en dirección al río.



Capítulo 16

Empezó a caer una lluvia helada y en medio de la niebla húmeda los faroles empañados tenían un aspecto fantasmagórico. Era la hora en que cerraban las tabernas, a cuyas puertas se agolpaban mujeres y hombres grises. De algunos bares salían unas risotadas espeluznantes. En otros, los borrachos gritaban y alborotaban.

Recostado en su coche, con el sombrero tapándole la frente, Dorian Gray miraba con ojos indiferentes la sórdida vergüenza de la gran ciudad, y de cuando en cuando murmuraba las palabras que lord Henry le había dicho el día en que se conocieron:

«Curar el alma con los sentidos, y los sentidos con el alma». Sí, ése era el secreto. Lo había hecho a menudo, y ahora volvería a hacerlo. Había fumaderos de opio en los que se podía pagar por olvidar, cuevas horrorosas donde el recuerdo de los antiguos pecados podía eliminarse con la locura de otros pecados nuevos.

La luna colgaba muy bajá en el cielo como una calavera amarilla. De cuando en cuando una gigantesca nube deforme alargaba un brazo y la tapaba. Los faroles se volvieron escasos y las calles estrechas y lúgubres. El cochero se perdió de repente y tuvo que retroceder media milla. El caballo despedía vapor al pasar chapoteando sobre los charcos. Los cristales del coche estaban cubiertos de una bruma de franela gris.

«¡Curar el alma con los sentidos, y los sentidos con el alma!». ¡Cómo le resonaban las palabras en los oídos! Su alma, había que reconocerlo, estaba mortalmente enferma. ¿Podrían curarla los sentidos? Había derramado sangre inocente. ¿Cómo iba a poder expiarlo? ¡Ah! No había expiación posible. Pero aunque no existiera el perdón, existía el olvido, y había decidido olvidar aquello, borrarlo, aplastarlo como se aplasta a una víbora que nos ha picado. Además, ¿qué derecho tenía Basil a hablarle así? ¿Quién le había convertido en el juez de los demás? Había dicho cosas espantosas, horribles, intolerables.

El coche seguía avanzando, cada vez más despacio. Bajó la ventanilla y dijo al hombre que acelerara la marcha. La espantosa ansia de opio parecía estarle devorando por dentro. Le ardía la garganta, y aquellas manos tan delicadas estaban tensas y retorcidas. Hizo un amago frenético con el bastón, como si quisiera pegar al caballo. El cochero soltó una carcajada y dio con el látigo al animal. Dorian le contestó riéndose, y el hombre se quedó callado.

El camino parecía interminable, y las calles eran como la tela de una araña extendida. La monotonía se hacía cada vez más insoportable, y al espesarse la niebla le entró miedo.

Pasaron junto a unos tejares silenciosos. La niebla se abrió, mostrándole los extraños hornos cilíndricos y sus lenguas de fuego anaranjado en forma de abanico. Ladró un perro, y en la oscuridad lejana chilló una gaviota. El caballo tropezó en un surco, se desvió y rompió a galopar.

Salieron del camino de barro y volvieron a traquetear por calles mal empedradas. La mayoría de las ventanas estaban oscuras, pero de cuando en cuando se veían siluetas fantásticas proyectadas en una cortina iluminada. Dorian las miraba con curiosidad. Parecían marionetas monstruosas, y gesticulaban como objetos vivientes.

Empezó a odiarlas con una furia contenida. Al dar la vuelta a una esquina una mujer les gritó algo desde una puerta abierta, y dos hombres echaron a correr tras el coche durante un buen trecho. El cochero los alejó con el látigo.

Se dice que la pasión nos hace pensar en círculos. Y efectivamente, con una reiteración espeluznante, los labios mordidos de Dorian Gray pronunciaban y volvían a pronunciar aquellas sutiles palabras sobre el alma y los sentidos, hasta que logró hallar en ellas la expresión auténtica, por así decirlo, de su estado de ánimo, justificando mediante la aprobación intelectual unas pasiones que aun sin este tipo de justificación se hubieran apoderado de él. Por el interior de su cerebro se deslizaba de célula en célula un solo pensamiento; y el salvaje deseo de vivir, el más terrible de los apetitos del hombre, dio fuerza a cada uno de sus nervios y fibras temblorosas. La fealdad que en un tiempo había odiado por parecerle demasiado real le resultaba ahora agradable por ese motivo. La fealdad era la única realidad que había. Las peleas embrutecidas, los tugurios repugnantes, la cruda violencia de una vida desordenada, la vileza del ladrón y del fugitivo eran más nítidas, provocaban una impresión más intensa, de hecho, que todas las elegantes formas del Arte, y que las sombras sutiles de la Música. Eran lo que necesitaba para olvidar. Dentro de tres días estaría libre.

De pronto el cochero frenó bruscamente en lo alto de una calleja oscura. Por encima de los bajos tejados y de las chimeneas recortadas se elevaban unos negros mástiles de barco. Guirnaldas de bruma blanca se aferraban a las vergas como velas fantasmales.

—¿Era por aquí, no, señor? —preguntó la voz ronca por la ventanilla.

Dorian dio un respingo y miró fuera.

—Aquí es —contestó, y bajándose rápidamente después de haber dado al cochero la propina que le había prometido, echó a andar rápidamente hacia el muelle. Se veía el brillo de la popa de los vapores mercantes. El reflejo temblaba y se hacía añicos en los charcos. Un destello rojo salía de un vapor que estaba cargando carbón antes de salir. Las calles fangosas parecían un impermeable mojado.

Torció a la izquierda apresuradamente, mirando hacia atrás de vez en cuando para ver si le seguían. En unos siete u ocho minutos llegó a una casucha incrustada entre dos fábricas lúgubres. En una de las ventanas de arriba había una lámpara, se detuvo y llamó a la puerta de un modo especial.

Poco después oyó unos pasos y el ruido de una cadena. La puerta se abrió lentamente, y Dorian entró sin decir una palabra a la figura baja y deforme que se convirtió en una sombra al pasar él a su lado. Al final del pasillo colgaba una astrosa cortina verde que tembló con el viento de la calle. La apartó y entró en una habitación alargada, de techo bajo, que podía haber sido un salón de baile barato en otros tiempos. En las paredes había unas brillantes lámparas de gas cuya imagen oscurecida y deformada se reflejaba en los espejos llenos de moscas que había desperdigados por la habitación. Sobre los espejos había unos reflectores grasientos hechos de hojalata ondulada, que producían unos temblorosos discos de luz. El suelo estaba lleno de serrín color ocre, pisoteado y mojado, y con manchas de vino. Junto a un hornillo de carbón había unos malayos jugando con unos dados de hueso y enseñando unos dientes muy blancos al hablar. En un rincón, con el rostro oculto entre los brazos, había un marinero apoyado en una mesa, y junto al charro mostrador que cubría una de las paredes, dos mujeres ojerasas se reían de un viejo que se sacudía las mangas del gabán con cara de asco.

—Dice que está lleno de hormigas rojas —rió una de ellas al pasar Dorian a su lado.

El hombre la miró aterrorizado y se puso a lloriquear.

Al final de la habitación había unos escalones que llevaban a un cuarto oscuro. Cuando Dorian subió los peldaños apresuradamente le llegó el denso olor del opio. Lo aspiró y la nariz le vibró de placer. Un hombre de pelo rubio y liso que estaba inclinado sobre una lámpara encendiendo una pipa alargada le miró y le saludó tímidamente.

—¿Tú aquí, Adrian? —murmuró Dorian.

—¿Dónde iba a estar? —contestó apático—. Ninguno de mis amigos me dirige la palabra.

—Creía que te habías marchado de Inglaterra.

—Darlington no va a hacer nada. Mi hermano ha acabado pagando la factura. George tampoco me habla... Pero no me importa —añadió suspirando—. Mientras tenga esto no necesito amigos. He tenido demasiados amigos.

Dorian torció el gesto y miró a su alrededor, a las formas grotescas que yacían en posturas fantásticas sobre los colchones andrajosos. Las piernas y brazos retorcidos,

las bocas abiertas, los ojos vidriosos... le fascinaban. Conocía bien los extraños paraísos donde se sufría y los grises infiernos donde se aprendía el secreto de un nuevo placer. Aquellos hombres estaban mejor que él, que no podía librarse del pensamiento. La memoria, como una espantosa enfermedad, le estaba devorando el alma. De vez en cuando veía los ojos de Basil Hallward mirándole. Pero no podía quedarse allí. La presencia de Adrian Singleton le inquietaba. Quería estar en un lugar donde nadie supiera quién era. Quería huir de sí mismo.

—Me voy al otro sitio —dijo después de un silencio.

—¿Al muelle?

—Sí.

—Seguro que la gata loca está allí. Ya no la dejan entrar aquí. Dorian se encogió de hombros.

—Estoy harto de mujeres enamoradas de mí. Las mujeres que me odian son mucho más interesantes. Además, la sustancia es mejor allí.

—Es parecida.

—A mí me gusta más. Ven a beber algo conmigo. Necesito beber.

—No quiero beber nada —murmuró el joven.

—No importa.

Adrian Singleton se levantó perezosamente y siguió a Dorian al bar. Un mulato con un turbante andrajoso y un gabán raído los saludó con una sonrisa tétrica y sacó una botella de *brandy* y dos vasos. Las mujeres se acercaron y empezaron a charlar. Dorian les volvió la espalda y dijo algo en voz baja a Adrian Singleton.

Una sonrisa corva, como un cris malayo^[185], se abrió en el rostro de una de las mujeres.

—Qué gran honor esta noche —dijo con desprecio.

—Por el amor de Dios, déjame en paz —exclamó Dorian, dando con el pie en el suelo—. ¿Qué quieres? ¿Dinero? Toma. Y no me vuelvas a hablar en la vida.

Dos chispas rojas se encendieron por un momento en los ojos hinchados de la mujer y después se apagaron, dejándolos turbios.

Alzó la cabeza con orgullo y cogió las monedas del mostrador con dedos ávidos. Su compañera la miró envidiosa.

Es inútil —suspiró Adrian Singleton—. No quiero volver. ¿De qué serviría? Estoy contento aquí.

—Me escribirás si necesitas algo, ¿verdad? —dijo Dorian tras una pausa.

—Quizá.

—Buenas noches, entonces.

—Buenas noches —contestó el joven subiendo los escalones y limpiándose la boca pastosa con un pañuelo.

Dorian fue hacia la puerta con el rostro lleno de dolor. Al apartar la cortina, una carcajada siniestra salió de los labios de la mujer que había cogido el dinero.

—¡Ahí va el del pacto con el diablo! —dijo hipando con voz ronca.

—¡Maldita seas! —contestó él—. No me llames eso.

Ella chasqueó los dedos.

—Lo que te gusta es que te llamen el Príncipe Encantado, ¿no? —gritó mientras Dorian salía.

El marinero adormilado se levantó de un salto al oírlo, y miró a su alrededor frenéticamente. Oyó el ruido de la puerta de la calle y salió disparado, como si persiguiera a alguien.

Dorian Gray echó a andar rápidamente por el muelle, bajo la llovizna. Su encuentro con Adrian Singleton le había impresionado y se preguntó si realmente le culparía de la ruina de su joven vida, como le había dicho Basil Hallward de modo tan infame e insultante. Se mordió los labios y durante unos instantes se le entristecieron los ojos. Pero, en cualquier caso, ¿a él qué podía importarle? Nuestras vidas son demasiado breves para cargar con los errores de los demás. Cada hombre vive su propia vida y paga un precio por vivirla. Lo que es una lástima es tener que pagar tantas veces por una sola culpa. Pagar una y otra vez. En sus tratos con el hombre, el Destino nunca da por terminadas las negociaciones.

Los psicólogos dicen que hay momentos en que el ansia de pecado, o de lo que el mundo llama pecado, se apodera de un individuo con tal fuerza que todas las fibras del cuerpo, todas las células del cerebro se llenan de un impulso terrorífico. En estas ocasiones los hombres y las mujeres pierden el dominio de su voluntad. Avanzan como autómatas hacia su terrible fin.

No tienen elección; y la conciencia muere, o si vive es para convertir en fascinante la rebelión y dotar de encanto a la desobediencia. Porque todos los pecados, como nos recuerdan incesantemente los teólogos, son pecados de desobediencia. Cuando aquel espíritu altivo, aquel astro maligno cayó del cielo, cayó como un rebelde.

Frío, dominado por el mal, con el cerebro manchado y el alma sedienta de rebeldía, Dorian Gray aceleró el paso, pero al entrar en un callejón que solía usar como atajo hacia el tugurio donde iba, de repente le agarraron por detrás y antes de que pudiera defenderse le empujaron contra la pared, y una mano brutal le rodeó el cuello.

Forcejeó furiosamente por su vida, y haciendo un terrible esfuerzo consiguió apartar los dedos que le atenazaban. Oyó el chasquido de un revólver y vio el brillo de un cañón reluciente apuntándole a la cabeza, y después el contorno de un hombre bajo y fornido.

—¿Qué quiere? —dijo sin aliento.

—Cállese —dijo el hombre—. Si se mueve, le mato.

—Está loco. ¿Qué le he hecho yo?

—Acabar con la vida de Sybil Vane —fue la respuesta—, y Sybil Vane era mi hermana. Se suicidó. Lo sé. Y usted es el culpable. Juré que le mataría. Llevo años buscándole. No tenía ninguna pista, ningún rastro. Las dos personas que podían

darme una descripción han muerto. No sé nada de usted más que el mote que ella le había puesto. Esta noche lo he oído por casualidad. Póngase a bien con Dios, porque va a morir.

Dorian Gray se puso enfermo de terror.

—No la conozco —tartamudeó—. No sé quién es. Está usted loco.

—Más le vale confesar su pecado, porque como yo me llamo James Vane que usted va a morir.

Hubo un momento horrible en que Dorian no sabía qué hacer ni qué decir.

—¡Al suelo! ¡De rodillas! —rugió el hombre—. Le doy un minuto para rezar, y se acabó. Esta noche me embarco para la India y antes tengo que cumplir. Tiene un minuto, y no más.

Dorian bajó los brazos. Paralizado por el terror, no sabía qué hacer. De repente una remota esperanza le vino a la mente.

—¡Alto! —exclamó—. ¿Hace cuánto murió su hermana? ¡Rápido, dígamelo!

—Hace dieciocho años —dijo el hombre—. ¿Por qué me lo pregunta? ¿Qué importan los años?

—Dieciocho años —rió Dorian Gray con un tono de triunfo en la voz—. ¡Dieciocho años! ¡Acérqueme a un farol y míreme el rostro!

James Vane dudó, sin entender lo que le decía. Después agarró a Dorian Gray y lo sacó de la arcada.

Aunque el viento hacía que la luz fuera débil y trémula, sirvió para mostrarle el espantoso error, porque así lo parecía, en que había caído, puesto que el rostro del hombre al que iba a matar conservaba toda la lozanía de la adolescencia y toda la pureza limpia de la juventud. Parecía tener veinte primaveras; poco más, o incluso menos, de la edad que tenía su hermana cuando se separaron hacía tantos años. Era evidente que aquél no era el hombre que la había destrozado.

Soltó a Dorian y dio un paso atrás.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —exclamó—. ¡Y le hubiera matado!

Dorian Gray soltó un profundo suspiro.

—Ha estado usted a punto de cometer un crimen terrible, señor mío —dijo, mirándole severamente—. Que esto le sirva de aviso para no tomarse la justicia por su mano.

—Perdóneme, señor —murmuró James Vane—. Me he confundido. Una palabra que he oído por casualidad en ese maldito sitio me ha dado una pista falsa.

—Lo mejor que puede hacer es marcharse a casa, y guarde esa pistola antes de que se meta en un lío —dijo Dorian, dándose la vuelta y caminando lentamente calle abajo.

James Vane se quedó quieto en la acera, horrorizado. Temblaba de pies a cabeza. De repente, una sombra negra que había ido deslizándose junto a la pared salió a la luz y se acercó a él dando grandes zancadas. Notó una mano en el brazo y se volvió con un respingo. Era una de las dos mujeres que estaban bebiendo en el bar.

—¿Por qué no le has matado? —espetó, acercándole mucho su rostro huesudo—. Sabía que ibas tras él cuando has salido corriendo de Daly's. ¡Idiota! Tenías que haberle matado. Tiene mucho dinero, y es más malo que Caín.

No es el hombre que busco —contestó él— y lo que quiero no es dinero. Quiero la vida de un hombre, un hombre que debe tener cerca de cuarenta años. Y éste no era más que un muchacho. Gracias a Dios que no me he manchado las manos con su sangre.

La mujer soltó una carcajada amarga.

—¡Un muchacho! —dijo con tono sarcástico—. Pero hombre, si hace casi dieciocho años que el Príncipe Encantado me convirtió en lo que soy.

—¡Mientes! —exclamó James Vane.

Ella levantó una mano.

—Juro por Dios que digo la verdad —exclamó.

—¿Lo juras por Dios?

—Que me quede muda si miento. Es el peor de todos los que vienen por aquí. Dicen que se ha vendido al diablo para tener una cara bonita. Hace casi dieciocho años que le conozco. No ha cambiado casi nada desde entonces. Yo sí que he cambiado —añadió con una expresión perversa.

—¿Lo juras?

—Lo juro —resonó su voz ronca de sus labios aplastados—. Pero no se lo digas —gimoteó—; me da miedo. Dame dinero para la cama de esta noche.

Se separó de ella blasfemando y corrió a la esquina de calle, pero Dorian Gray se había esfumado. Cuando miró hacia atrás, la mujer también había desaparecido.



Capítulo 17

Una semana después, Dorian Gray estaba sentado en el invernadero de Selby Royal, hablando con la bonita duquesa de Monmouth, que junto con su marido, un sesentón de aspecto cansado, figuraba entre sus huéspedes. Estaban tomando el té, y la suave luz de la gigantesca lámpara cubierta de encaje que había sobre la mesa iluminaba la fina porcelana y la plata labrada de la vajilla. Presidía la duquesa, cuyas manos blancas se movían con delicadeza entre las tazas, y cuyos carnosos labios rojos sonreían ante algo que le había susurrado Dorian. Lord Henry estaba tumbado en una hamaca de mimbre forrada de seda observándolos. Sentada en un diván de color melocotón, lady Narborough fingía escuchar la descripción que le estaba haciendo el duque del último escarabajo brasileño que había añadido a su colección. Tres elegantes jóvenes vestidos de esmoquin ofrecían pastas a las señoras. Había doce huéspedes en la casa y al día siguiente iban a llegar varios más.

—¿De qué habláis vosotros dos? —dijo lord Henry, acercándose a la mesa para dejar su taza—. Espero que Dorian te haya contado mi idea de rebautizarlo todo, Gladys. Podría resultar muy entretenido.

—Pero si yo no quiero que me rebauticen, Harry —replicó la duquesa mirándole con sus maravillosos ojos—. Estoy bastante satisfecha de mi nombre, y supongo que el señor Gray también estará satisfecho del suyo.

—Mi querida Gladys, no se me ocurriría cambiar ninguno de los dos nombres por nada del mundo. Los dos son perfectos. Me refería sobre todo a las flores. Ayer corté una orquídea para ponérmela en el ojal. Era un maravilloso espécimen moteado, tan impresionante como los siete pecados capitales. En un momento de despiste pregunté a uno de los jardineros cómo se llamaba. Me dijo que era una magnífica *Robinsoniana*, o algo así de horrible. Es tristemente cierto, pero hemos perdido la facultad de dar nombres bonitos a las cosas. Los nombres lo son todo. Yo nunca

discuto sobre los hechos. Siempre discuto sobre las palabras. Es el motivo por el que odio el realismo vulgar en la literatura. El hombre capaz de seguir llamando azada a una azada debería dedicarse a usar dicho instrumento, ya que es evidente que no sirve para otra cosa.

—Entonces, ¿cómo debemos llamarte a ti, Harry? —preguntó ella.

—El Príncipe Paradoja —dijo Dorian.

—Sí, es perfecto para él —exclamó la duquesa.

—Me niego rotundamente —dijo lord Henry con una carcajada, dejándose caer sobre una silla. No hay manera de librarse de los apodos. Rechazo el título.

—Los de sangre azul no pueden abdicar —le avisaron aquellos labios bonitos.

—¿Quieres que defienda mi trono entonces?

—Sí.

—Yo soy quien proclama las verdades del mañana.

—Prefiero los errores de hoy —contestó ella.

—Me desarmas, Gladys —exclamó él, captando la intención de sus palabras.

—De tu escudo, Harry; no de tu lanza.

—Nunca combato contra la Belleza —dijo él, haciendo un ademán con la mano.

—Ése es tu error, Harry, créeme. Valoras demasiado la Belleza.

—¿Cómo puedes decir eso? Admito que me parece mejor ser bello que ser bueno. Pero debo decir que no hay nadie tan dispuesto como yo a reconocer que es mejor ser bueno que ser feo.

—Si la fealdad es uno de los siete pecados capitales —exclamó la duquesa—, ¿qué ocurre con tu símil sobre la orquídea?

—La fealdad es una de las siete virtudes capitales, Gladys. Y tú, como buena conservadora que eres, no debes menospreciarlas. La cerveza, la Biblia y las siete virtudes capitales han convertido a Inglaterra en lo que es.

—¿No te gusta tu país? —preguntó ella.

—Vivo en él.

—Para poder censurarlo mejor.

—¿Prefieres que adopte el veredicto de Europa sobre él?

—¿Qué dicen de nosotros?

—Que Tartufo^[186] ha emigrado a Inglaterra y ha abierto una tienda.

—¿Eso es tuyo, Harry?

—Te lo regalo.

—No me sirve. Es demasiado cierto.

—No tienes nada que temer. Nuestros paisanos jamás reconocen una descripción.

—Son prácticos.

—Son más astutos que prácticos. Cuando hacen balance, equilibran la riqueza con la estupidez y el vicio con la hipocresía.

—A pesar de ello, hemos hecho grandes cosas.

—Las grandes cosas nos han caído del cielo, Gladys.

—Hemos cargado con ellas.

—Sólo hasta llegar a la Bolsa.

Ella negó con la cabeza.

—Yo tengo fe en nuestra raza —exclamó.

—Nuestra raza encarna la supervivencia del empuje.

—Ha habido un progreso.

—La decadencia me fascina más.

—¿Y el Arte? —preguntó ella.

—Es una enfermedad.

—¿Y el amor?

—Una ilusión.

—¿La Religión?

—El elegante sustituto de la Esperanza.

—Eres un escéptico.

—¡Jamás! El escepticismo es el principio de la Fe.

—¿Qué eres?

—Definir es limitar.

—Dame una pista.

—El hilo puede romperse, y te perderías en el laberinto.

—Me desconciertas. Hablemos de otra persona.

—Nuestro anfitrión es un tema muy agradable. Hace años le bautizaron con el nombre de el Príncipe Encantado.

—Ay, no me lo recuerdes —exclamó Dorian Gray.

—Nuestro anfitrión está de bastante mal humor esta noche —contestó la duquesa ruborizándose—. Creo que está convencido de que Monmouth se casó conmigo basándose en simples presupuestos científicos y que me eligió como el mejor espécimen de mariposa moderna que pudo hallar.

—En ese caso, espero que no se le ocurra clavarle unos alfileres, duquesa —dijo Dorian riendo.

—¡Ah! Eso ya lo hace mi doncella cuando se enfada conmigo.

—¿Y por qué se enfada con usted, duquesa?

—Por las cosas más triviales, señor Gray, se lo aseguro. Generalmente, porque llego a las nueve menos diez y le digo que tengo que estar vestida a las ocho y media.

—¡Qué poco razonable! Debería reñirla.

—No me atrevo, señor Gray. ¡Con los sombreros que me hace! ¿Se acuerda usted del que me puse para la fiesta que dio lady Hilstone en su jardín? Ya sé que no, pero le agradezco la intención. Pues lo sacó de la nada. Los mejores sombreros se sacan de la nada.

—Como todas las buenas reputaciones, Gladys —interrumpió lord Henry—. Siempre que se produce un buen efecto se crea uno un enemigo. Para ser popular hay que ser mediocre.

—Con las mujeres no —dijo la duquesa, moviendo la cabeza—; y las mujeres gobiernan el mundo. Le aseguro que no soportamos las mediocridades. Las mujeres, como dice alguien, amamos con los oídos, igual que los hombres aman con los ojos, si es que aman.

—A mí me da la sensación de que no hacemos otra cosa —murmuró Dorian.

—¡Ah! Entonces es que nunca aman de verdad, señor Gray —contestó la duquesa con una tristeza fingida.

—¡Mi querida Gladys! —exclamó lord Henry—. ¿Cómo puedes decir eso? Los romances viven de la repetición, y la repetición convierte el deseo en un arte. Además, cuando uno ama es como si fuera la única vez que ha amado en la vida. La diferencia en el objeto no altera la exclusividad de la pasión. Simplemente la intensifica. En la vida podemos tener una gran experiencia como mucho, y el secreto de la vida es reproducir esa experiencia tantas veces como nos sea posible.

—¿Incluso aunque haya sido dolorosa, Harry? —preguntó la duquesa tras una pausa.

—Sobre todo cuando ha sido dolorosa —contestó lord Henry.

La duquesa se volvió y miró a Dorian Gray con una curiosa expresión en los ojos.

—¿Qué dice usted a eso, señor Gray? —preguntó.

Dorian dudó por un momento. Después echó hacia atrás la cabeza y soltó una carcajada.

—Yo siempre estoy de acuerdo con Harry, duquesa.

—¿Incluso cuando se equivoca?

—Harry nunca se equivoca, duquesa.

—¿Y su filosofía le hace a usted feliz?

—Nunca he buscado la felicidad. ¿Para qué sirve la felicidad? Yo siempre he buscado el placer.

—¿Y lo ha encontrado, señor Gray?

—Muchas veces. Demasiadas.

La duquesa suspiró.

—Yo busco la paz —dijo—, y si no subo a vestirme no tendré paz esta noche.

—Permítame que le traiga unas orquídeas, duquesa —exclamó Dorian, echando a andar por el invernadero.

—Estás coqueteando descaradamente con él —dijo lord Henry a su prima—. Deberías tener más cuidado. Es un hombre muy fascinante.

—Si no lo fuera no habría batalla.

—¿Es una lucha entre griegos, entonces?

—Yo estoy con los troyanos, pues lucharon por una mujer.

—Fueron derrotados.

—Hay cosas peores que la captura —contestó ella.

—Galopas a rienda suelta.

—La velocidad es vida —fue la *riposte*.

—Lo escribiré en mi diario esta noche.

—¿El qué?

—Que a quien se quema le gusta el fuego.

—Yo ni siquiera estoy chamuscada. Mis alas están intactas.

—Las usas para todo, excepto para volar.

—La valentía ha pasado de los hombres a las mujeres. Es una nueva experiencia para nosotras.

—Tienes una rival.

—¿Quién?

Él se echó a reír.

—Lady Narborough —susurró—. Le adora.

—Me llenas de aprensión. La atracción de la Antigüedad es fatídica para nosotras las románticas.

—¡Románticas! Si usáis un método de lo más científico.

—Los hombres nos han educado.

—Pero no os han explicado.

—Describenos como sexo —le retó ella.

—Sois esfinges sin secretos.

Ella le miró, sonriendo.

¡Cuánto tarda el señor Gray! —dijo—. Vayamos a ayudarle. No le he dicho el color de mi vestido.

—¡Ah! Deberías buscar un vestido a juego con sus flores Gladys.

—Eso sería una rendición prematura.

—El arte romántico empieza con su culminación.

—Debo reservarme una oportunidad para la retirada.

—¿Como hicieron los partos^[187]?

—Los partos se refugiaron en el desierto. Yo no puedo.

—Las mujeres no siempre pueden elegir —contestó él.

Pero apenas había terminado la frase cuando del fondo del invernadero llegó un gemido ahogado, seguido del ruido de un golpe sordo. Todos dieron un respingo. La duquesa se quedó espantada e inmóvil. Y con miedo en los ojos, lord Henry corrió entre las palmeras hasta encontrar a Dorian Gray tumbado boca abajo sobre las losas del suelo.

Le llevaron rápidamente al salón azul, tumbándole en uno de los sofás. Al cabo de unos momentos volvió en sí y miró a su alrededor con expresión aturdida.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó—. ¡Ah! Ya me acuerdo. ¿Estoy a salvo aquí, Harry?

Y se echó a temblar.

—Mi querido Dorian —contestó lord Henry—. Te has desmayado. Eso es todo. Debes estar cansado. Será mejor que no bajes a cenar. Yo ocuparé tu sitio.

—No, bajaré —dijo levantándose con esfuerzo—. Prefiero bajar. No me conviene estar solo.

Fue a su habitación y se vistió. Durante la cena se comportó con una alegría desmedida y nerviosa, pero de cuando en cuando notaba un escalofrío de terror al recordar que, aplastado contra la ventana del invernadero, como un pañuelo blanco, había visto el rostro de James Vane.



Capítulo 18

Al día siguiente no salió de casa y pasó la mayor parte del tiempo en su habitación, temiendo la muerte con un pánico ciego, pero sintiendo indiferencia ante la vida. La conciencia de que le vigilaban, perseguían, acosaban, había empezado a dominarle. Bastaba con que el viento moviera un poco el tapiz para que él se echara a temblar. Al cerrar los ojos veía el rostro del marinero mirándole desde el otro lado del cristal empañado y era como si el horror volviera a ponerle una mano sobre el corazón.

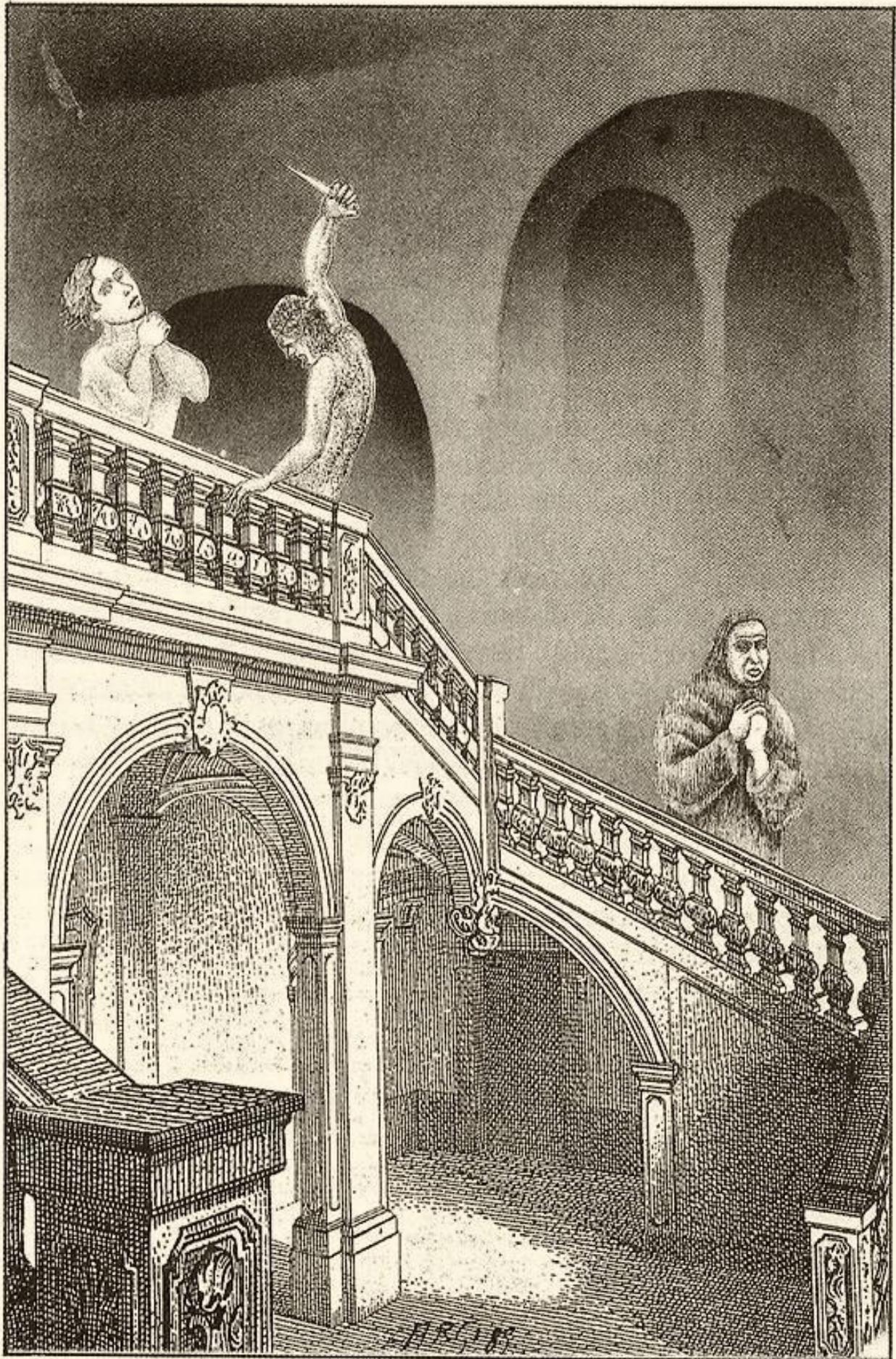
Pero quizá fuera sólo su imaginación la que había hecho salir a la venganza de entre las sombras, mostrándole las aterradoras facciones del castigo. La vida es un caos, pero en la imaginación hay algo terriblemente lógico. Es la imaginación la que pone al remordimiento a rastrear las huellas del pecado. Es la imaginación la que hace a cada crimen soportar su informe progenie. En el mundo corriente, el de los hechos, no se castiga a los malos ni se recompensa a los buenos. El éxito se pone en manos de los fuertes, el fracaso en manos de los débiles. Ni más ni menos. Además, si hubiera algún extraño merodeando por el jardín, los sirvientes o los guardas le hubieran visto. Si hubiera habido pisadas en los parterres, los jardineros le hubieran informado. Sí, era simplemente su imaginación. El hermano del Sybil Vane no había vuelto para matarle. Habría partido en su barco para naufragar en algún mar invernal. Si había alguien de quien estaba a salvo, era precisamente de él. James Vane no sabía quién era él y no podía saberlo. Su máscara de juventud le había salvado.

Y, sin embargo, si era verdad que no había sido más que una ilusión, qué terrible era pensar que la conciencia podía crear unos fantasmas tan aterradores, y darles una forma visible, y hacerlos moverse ante nuestros ojos. ¿Cómo iba a ser su vida si día y noche las sombras de su crimen iban a espiarle desde los rincones silenciosos, o hacerle burla desde sus lugares secretos, o a susurrarle al oído en los banquetes, o

despertarle con dedos gélidos en mitad de la noche? Conforme la idea se iba adentrando en su mente, palidecía de terror, y el aire se volvía cada vez más frío. ¡Ah! ¡En qué momento de salvaje locura había matado a su amigo! ¡Qué espeluznante el simple recuerdo de la escena! Lo vio todo otra vez. Cada monstruoso detalle volvió a él con un horror aumentado. De la negra cueva del Tiempo, terrible y envuelta en escarlata, salía la imagen de su pecado. Cuando entró lord Henry a las seis, le encontró llorando como si se le hubiera roto el corazón.

Hasta el tercer día no se atrevió a salir. Había algo en aquella mañana invernal, en el aire fresco y el olor a pino, que le devolvió parte de su alegría y sus ganas de vivir. Pero no eran simplemente las condiciones físicas del entorno las que habían producido el cambio. Su propio ser se había revelado contra el exceso de angustia que había intentado mutilar y dañar la perfección de su calma. Esto es algo que ocurre a los temperamentos sutiles y delicados. Sus fuertes pasiones deben sufrir o doblegarse. O dan muerte al hombre o mueren ellas mismas. Las penas simples sobreviven. Los grandes amores y las grandes penas se destruyen por su propia plenitud. Además, se había convencido a sí mismo de que había sido víctima de una imaginación aterrorizada y ahora veía sus miedos con algo de lástima y no poco desprecio.

Después del desayuno se paseó con la duquesa por el jardín durante una hora y luego atravesó el parque en coche para reunirse con los cazadores. El rocío fresco cubría la hierba como la sal. El cielo era una copa invertida de metal azul. Un fino manto de hielo bordeaba el lago liso y lleno de juncos. Al borde de los pinos vio a sir Geoffrey Clouston, el hermano de la duquesa, sacando dos cartuchos gastados de su escopeta. Bajó del coche de un salto y, diciendo al lacayo que llevara la yegua a casa, se dirigió hacia su invitado abriéndose camino entre los helechos secos y la tosca maleza.



—¿Has hecho buena caza, Geoffrey? —preguntó.

—No muy buena, Dorian. Creo que la mayor parte de los pájaros se han ido al claro. Yo diría que va a ser mejor después de comer, cuando cambiemos de lugar.

Dorian echó a andar a su lado. El aire intenso y aromático, los destellos marrones y rojos del bosque, los roncós gritos de los ojeadores que retumbaban de cuando en cuando y las detonaciones de los disparos que se oían a continuación, le fascinaron, llenándole de una maravillosa sensación de libertad. Se dejó dominar por el abandono de la placidez, por la soberbia indiferencia de la alegría.

De pronto, desde un montículo cubierto de densa hierba, a unas veinte yardas^[188] de distancia, con unas erguidas orejas rematadas en negro en la punta y las largas patas traseras extendidas, salió una liebre. Corrió como un rayo hacia un matorral de alisos. Sir Geoffrey se puso la escopeta en el hombro, pero había algo en el gracejo del animal que impresionó a Dorian Gray, haciéndole exclamar:

—No la mates, Geoffrey. Déjala vivir.

—¡Qué tontería, Dorian! —rió su compañero, y en el momento en que la liebre saltaba tras un arbusto disparó. Se oyeron dos gritos, el de una liebre herida, que es espantoso, y el de un hombre moribundo, que es peor.

—¡Santo Dios! ¡He dado a un ojeador! —exclamó sir Geoffrey—. ¡Qué burro! ¡Mira que ponerse a tiro! ¡Alto el fuego! —gritó a pleno pulmón—. Hay un hombre herido.

El guarda mayor llegó corriendo con un bastón en la mano.

—¿Dónde, señor? ¿Dónde está? —gritó.

En ese momento cesó el fuego en toda la zona.

—Aquí —contestó sir Geoffrey, furioso—. ¿Por qué demonios no vigila mejor a sus hombres? Me han estropeado el día.

Dorian los observó mientras se metían entre los alisos, apartando las ramas flexibles y cimbreñas. Al cabo de un momento salieron, arrastrando un cuerpo hacia la luz del sol. Dorian apartó la vista, horrorizado. La mala suerte le seguía a todas partes. Oyó a sir Geoffrey preguntar si el hombre estaba muerto y la respuesta afirmativa del guarda. El bosque parecía haber cobrado vida, llenándose de rostros. Se oía el pisoteo de una miríada de botas. Y un gran faisán de pecho cobrizo revoloteó entre las ramas sobre sus cabezas.

Después de unos instantes que a él, en su estado de perturbación, le parecieron horas de agonía, notó una mano en el hombro. Dio un respingo y se volvió.

—Dorian —dijo lord Henry—. Será mejor decirles que se suspende la cacería por hoy. Si continuáramos, haría mal efecto.

—Ojalá la suspendiéramos para siempre, Harry —contestó con amargura—. La caza es espantosa y cruel. ¿Ese hombre...?

No pudo terminar la frase.

—Me temo que sí —contestó lord Henry—. Ha recibido la descarga en el pecho. La muerte debe de haber sido casi instantánea. Ven, vamos a casa.

Caminaron juntos en dirección a la avenida durante casi cincuenta yardas, sin decir una palabra.

Entonces Dorian miró a lord Henry y dijo, con un profundo suspiro:

—Es un mal presagio, Harry, muy mal presagio.

—¿El qué? —preguntó lord Henry—. Ah, lo del accidente, supongo. Mi querido amigo, qué se le va a hacer, la culpa la ha tenido él. ¿Por qué se ha puesto a tiro? Además, nosotros no tenemos nada que ver. Es bastante molesto para Geoffrey, por supuesto. No es conveniente acribillar a los ojeadores. Van a pensar que tiene mala puntería. Y Geoffrey no es mal tirador; siempre da en el blanco. Pero no sirve de nada darle vueltas al asunto.

Dorian negó con la cabeza.

—Es un mal presagio, Harry. Presiento que a uno de nosotros le va a pasar algo horrible. Puede que sea a mí —añadió, pasándose la mano por los ojos con un gesto de dolor.

El hombre de más edad soltó una carcajada.

—Lo único horrible que hay en el mundo es el *ennui*, Dorian. Es el único pecado para el que no hay perdón. Pero no se puede decir que nosotros nos aburramos precisamente, a no ser que se empeñen en seguir hablando de este incidente durante la cena. Voy a decirles que es un tema tabú. En cuanto a los presagios, no existen. El destino no nos envía heraldos. Es demasiado sabio o demasiado cruel para hacerlo. Además, ¿por qué demonios te iba a ocurrir algo a ti, Dorian? Tienes todo lo que un hombre pueda desear. No hay nadie que no estuviera dispuesto a ponerse en tu lugar.

—No hay nadie en cuyo lugar no quisiera ponerme yo, Harry. No te rías. Es verdad. El pobre campesino que acaba de morir está mejor que yo. No tengo miedo a la muerte en sí. Es la llegada de la muerte lo que me aterroriza. Sus monstruosas alas parecen cernirse en el ambiente plomizo que me rodea. ¡Santo Dios! ¿No ves a un hombre moviéndose detrás de esos árboles, mirándome, esperándome?

Lord Henry miró en la dirección que te indicaba la temblorosa mano enguantada.

—Sí —dijo sonriendo—. Veo al jardinero esperándote. Supongo que querrá preguntarte qué flores quieres poner en la mesa esta noche. ¡Es absurdo que estés tan nervioso, mi querido amigo! Tienes que ir a ver a mi médico cuando volvamos a la ciudad.

Dorian soltó un suspiro de alivio al ver acercarse al jardinero. El hombre se tocó el sombrero a modo de saludo, miró dubitativo a lord Henry y sacó una carta que entregó a su señor.

—Su Excelencia me ha dicho que espera contestación —murmuró.

Dorian se metió la carta en el bolsillo.

—Dígale a su Excelencia que ahora voy —dijo fríamente.

El jardinero se volvió y echó a andar rápidamente.

—¡Cómo les gusta a las mujeres hacer cosas peligrosas! —dijo lord Henry con una carcajada—. Es una de las cualidades que más admiro en ellas. Una mujer es

capaz de coquetear con cualquiera siempre que tenga espectadores.

—¡Cómo te gusta decir cosas peligrosas, Harry! En este caso estás bastante desorientado. Siento un gran afecto por la duquesa, pero no la amo.

—Y la duquesa siente un gran amor por ti, pero ningún afecto, con lo cual seréis una excelente pareja.

—Estás hablando de un escándalo, Harry, y el escándalo nunca tiene una base.

—La base de todo escándalo es una certeza inmoral —dijo lord Henry, encendiendo un cigarrillo.

—Sacrificarías a cualquiera, Harry, con tal de hacer un epigrama.

—Las personas van al altar de *motu proprio* —fue la respuesta.

—Ojalá fiera capaz de amar —dijo Dorian Gray con un profundo tono de tristeza en la voz—. Pero creo que he perdido la pasión y olvidado el deseo. Estoy demasiado concentrado en mí mismo. Mi propia personalidad se ha convertido en una carga para mí. Quiero huir, marcharme, olvidar. Ha sido una tontería venir aquí. Creo que voy a telegrafiar a Harvey para que prepare el yate. En un yate está uno a salvo.

—¿A salvo de qué, Dorian? Tú estás metido en algún lío. ¿Por qué no me lo cuentas? Sabes que estoy dispuesto a ayudarte.

—No te lo puedo contar, Harry —contestó con tristeza—. Además, creo que son cosas de mi imaginación. Este desgraciado accidente me ha puesto nervioso. Tengo el horrible presentimiento de que puede ocurrirme algo semejante.

—¡Qué tontería!

—Espero que lo sea, pero no puedo quitarme la sensación de encima. ¡Ah! Ahí viene la duquesa, que parece Artemisa^[189] con un traje de sastre. Como ve usted, ya estamos de vuelta, duquesa.

—Estoy al tanto de lo ocurrido, señor Gray —contestó ella—. El pobre Geoffrey está verdaderamente disgustado. Y según parece, usted le pidió que no disparara a la liebre. ¡Qué curioso!

—Sí, es muy curioso. No sé por qué lo dije. Un capricho, supongo. Era una criatura realmente hermosa. Pero siento que le hayan contado lo del hombre. Es un asunto lamentable.

—Es una pesadez —intervino lord Henry—. No tiene ningún valor psicológico. Claro que si Geoffrey lo hubiera hecho deliberadamente, ¡qué interesante sería! Me gustaría conocer a alguien que hubiera cometido un auténtico asesinato.

¡Qué malo eres, Harry! —exclamó la duquesa—. ¿Verdad, señor Gray? Harry, el señor Gray está enfermo otra vez. Se va a desmayar.

Dorian hizo un esfuerzo por recobrar la compostura.

—No es nada, duquesa —murmuró—. Tengo los nervios de punta. Eso es todo. Me temo que he caminado mucho esta mañana. No he oído lo que ha dicho Harry. ¿Ha sido muy horrible? Ya me lo contará en otra ocasión. Creo que debo ir a tumbarme. Me disculpan, ¿verdad?

Habían llegado a la gran escalera que llevaba del invernadero a la terraza. Cuando la puerta acristalada se cerró tras Dorian, lord Henry se volvió y miró a la duquesa con sus ojos soñolientos.

—¿Estás muy enamorada de él? —preguntó.

Ella se quedó en silencio, contemplando el paisaje.

—Ojalá lo supiera —dijo finalmente.

Lord Henry negó con la cabeza.

—La certeza sería fatídica. Es la incertidumbre lo que tiene su encanto. La bruma convierte las cosas en maravillosas.

—Pero uno puede perderse.

—Todos los caminos se unen en el mismo punto, mi querida Gladys.

—¿Y cuál es?

—La desilusión.

—Fue mi *début* en la vida —suspiró ella.

—Pero te llegó coronado.

—Estoy harta de las hojas de fresa^[190].

—Te sientan bien.

—Sólo en público.

—Las echarías de menos —dijo lord Henry.

—No me desharía de un solo pétalo.

—Monmouth tiene oídos.

—La vejez es sorda.

—¿Se ha puesto celoso alguna vez?

—Más quisiera yo.

Él miró a su alrededor como si buscara algo.

—¿Qué buscas? —preguntó ella.

—El botón de tu florete —contestó—. Lo has dejado caer.

Ella soltó una carcajada.

—Aún llevo la careta.

—Que hace tus ojos más hermosos —fue la respuesta.

Ella volvió a reír. Sus dientes eran como semillas blancas en una fruta escarlata.

Arriba, en su habitación, Dorian Gray estaba tumbado en su sofá notando el terror en cada fibra nerviosa de su cuerpo. La vida se había convertido en una carga demasiado monstruosa para poder soportarla. La horrible muerte del desgraciado ojeador, cazado entre los arbustos como un animal, era como una premonición de su propia muerte. Había estado a punto de desmayarse al oír la cínica broma que había dicho lord Henry al azar.

A las cinco tocó la campanilla para llamar a su sirviente y le ordenó hacer sus maletas para coger el expreso de la noche a Londres, pidiéndole que tuviera el coche en la puerta a las ocho y media. No quería pasar ni una noche más en Selby Royal.

Era un lugar maldito por el que se paseaba la Muerte a plena luz. La hierba del bosque estaba manchada de sangre.

Escribió una nota a lord Henry, diciéndole que iba a la ciudad a ver a su médico y rogándole que se ocupara de los invitados en su ausencia. Cuando estaba metiéndola en un sobre, llamaron a la puerta y su mayordomo le informó de que el guarda mayor deseaba verle. Puso mala cara, mordiéndose los labios.

—Que pase —dijo después de un momento de duda.

En cuanto entró el hombre, Dorian sacó de un cajón su talonario de cheques y lo abrió delante de él.

—¿Viene usted para hablarme del desgraciado accidente de esta mañana, Thorton? —dijo, cogiendo una pluma.

—Sí, señor —contestó el guarda mayor.

—¿Estaba casado el pobre hombre? ¿Hay personas que dependieran de él? —preguntó Dorian con aire aburrido—. Si es así, no quisiera que quedaran desatendidas y les enviaré la cantidad de dinero que a usted le parezca conveniente.

—No sabemos quién es, señor. Por eso me he tomado la libertad de venir a verle.

—¿No saben quién es? —dijo Dorian con indiferencia—. ¿Cómo es posible? ¿No era uno de sus hombres?

—No, señor. No le he visto en mi vida. Parece un marinero señor.

A Dorian Gray se le cayó la pluma de la mano y le pareció que se le paraba el corazón.

—¿Un marinero? —exclamó—. ¿Ha dicho un marinero?

—Sí, señor. Tiene aspecto de marinero o algo así. Lleva tatuajes en los brazos y esas cosas.

—¿Llevaba algo encima? —dijo Dorian inclinándose hacia delante y mirándole con ojos asustados—. ¿Algún objeto por el que se pueda saber su nombre?

—Algo de dinero, señor, no mucho, y un revólver de seis balas. No hay ningún nombre ni nada por el estilo. Tiene un aspecto decente, señor, pero un poco bruto. Por eso creemos que era un marinero o algo así.

Dorian se levantó de un salto. Vio el destello de una leve esperanza. Se aferró a ella frenéticamente.

—¿Dónde está el cuerpo? —exclamó—. ¡Rápido! Tengo que verlo.

—En una cuadra vacía de la Casa de la Granja, señor. La gente no quiere tener cerca una cosa así. Dicen que un cadáver da mala suerte.

—¡La Casa de la Granja! Nos encontraremos allí. Diga a uno de mis palafreneros que me traiga el caballo. No, déjelo. Iré a las cuadras por mi cuenta. Así tardaré menos.

En menos de un cuarto de hora Dorian Gray galopaba por la avenida a toda velocidad. Los árboles pasaban a su lado como una procesión espectral y unas sombras amenazadoras se le cruzaban en el camino. Cuando la yegua hizo un viraje ante un poste blanco estuvo a punto de tirarle al suelo. Dorian le dio en el cuello con

la fusta. Atravesaba el aire oscuro como una flecha. Las piedras saltaban con sus cascotes.

Por fin llegó a la Casa de la Granja. Había dos hombres vagando por el corral. Se bajó de la silla de un salto y tiró las riendas a uno de ellos.

Se detuvo un momento, con la sensación de estar a punto de hacer un descubrimiento que podía salvar o destruir su vida. Abrió la puerta de un empujón y entró.

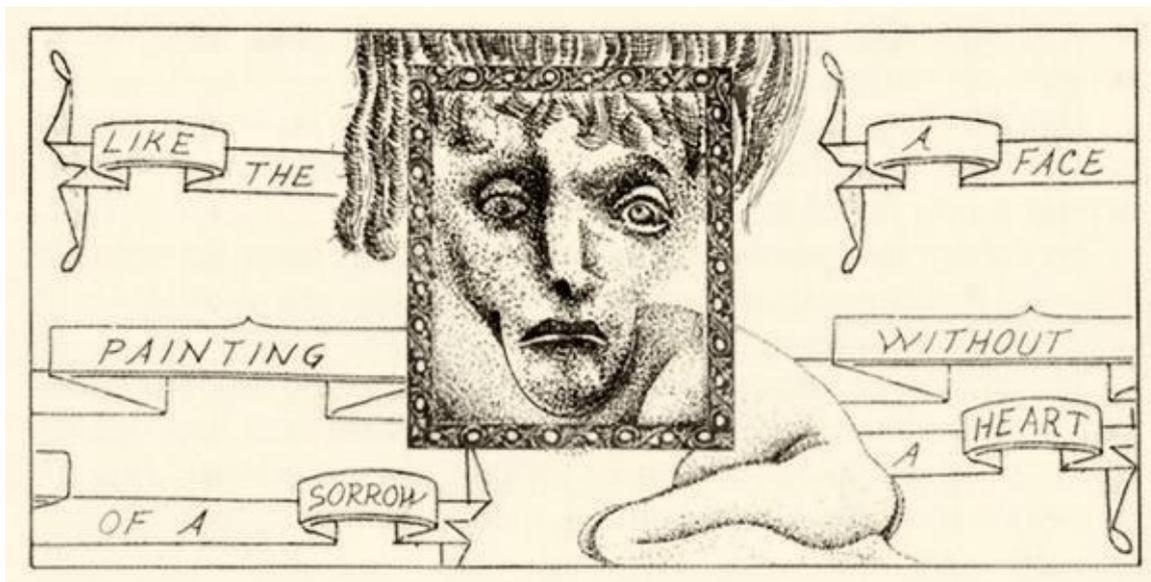
Encima de un montón de sacos que había en un rincón del fondo estaba el cadáver de un hombre vestido con una camisa basta y unos pantalones azules. Le habían cubierto el rostro con un pañuelo manchado. Una vela tosca, metida en una botella, chisporroteaba a su lado.

Dorian sintió un escalofrío. Pensó que no sería su mano la que levantara el pañuelo y llamó a uno de los mozos de la granja.

—Quítele eso del rostro. Quiero verlo —dijo, agarrándose al marco de la puerta para sostenerse.

El mozo obedeció y Dorian dio un paso hacia delante. Un grito de júbilo salió de sus labios. El hombre al que habían matado entre los matorrales era James Vane.

Se quedó allí contemplando el cuerpo durante unos minutos. Al volver cabalgando a casa tenía los ojos llenos de lágrimas, pues sabía que estaba a salvo.



Capítulo 19

—No sirve de nada que me digas que vas a ser bueno —exclamó lord Henry, metiendo sus dedos blancos en un cuenco de cobre rojo lleno de agua de rosas—. Eres casi perfecto. Por favor, no cambies.

Dorian movió la cabeza.

—No, Harry. He hecho demasiadas cosas espantosas en la vida. Ya no voy a hacer ninguna más. Empecé mis buenas acciones ayer.

—¿Dónde estuviste ayer?

—En el campo, Harry. Estuve solo en una pequeña posada.

—Mi querido muchacho —dijo lord Henry, sonriendo—. Es fácil ser bueno en el campo. No hay tentaciones. Es el motivo por el que las personas que viven fuera de la ciudad son tan poco civilizadas. La civilización no es en absoluto fácil de conseguir. Sólo hay dos maneras de poder alcanzarla. Una es ser culto, y la otra es ser un corrompido. Las gentes del campo no tienen ninguna de las dos oportunidades, y se estancan.

—Cultura y corrupción —repitió Dorian—. Creo que conozco algo de ambas. Pero ahora me parece terrible que puedan darse juntas. Tengo un nuevo ideal, Harry. Voy a cambiar. Creo que ya he cambiado.

—Aún no me has contado cuál fue tu buena acción. ¿O has hecho incluso más de una? —preguntó su compañero mientras se echaba en el plato una pequeña pirámide carmesí de fresas silvestres, echándole azúcar con una cuchara en forma de concha y perforada.

—No puedo contártelo, Harry. No es una historia que se pueda contar. He salvado a una persona. Esto puede parecer vanidoso, pero tú ya me entiendes. Es muy hermosa y se parece increíblemente a Sybil Vane. Creo que fue eso lo primero que me hizo fijarme en ella. Te acuerdas de Sybil, ¿verdad? ¡Cuánto tiempo ha pasado

desde entonces! Bien; Hetty no pertenece a nuestra clase, por supuesto. No es más que una moza de pueblo. Pero estaba muy enamorado de ella. Estoy segurísimo de que la amaba. Durante todo este maravilloso mes de mayo que hemos tenido, he estado yendo a visitarla dos o tres veces por semana. Ayer teníamos una cita en un pequeño huerto. Las flores de un manzano le caían sobre el pelo y se reía. Íbamos a marcharnos esta mañana, al amanecer. De repente he decidido dejarla como una flor, como la encontré.

—Supongo que la novedad de la sensación te sería todo un placer, Dorian — interrumpió lord Henry—. Pero te diré cómo va a terminar tu idilio. Le has dado un buen consejo y le has roto el corazón. Éste es el comienzo de tu reforma.

—¡Harry, eres atroz! No debes decir esas cosas tan espantosas. A Hetty no le he destrozado el corazón. Por supuesto que ha llorado, pero nada más. No ha caído en desgracia. Puede seguir viviendo, como Perdita en su jardín de hierbabuena y caléndulas.

—Y llorar por un Florizel^[191] infiel —dijo lord Henry, riendo mientras se echaba hacia atrás en su silla—. Mi querido Dorian, tienes unos arrebatos de lo más infantiles. ¿Crees que esta joven se va a poder contentar ahora con alguien de su clase? Supongo que se acabará casando con un zafio carretero o con un labrador socarrón. Pues bien, el hecho de haberte conocido y haberte amado le hará despreciar a su marido, y será desgraciada. Desde un punto de vista moral, no puedo decir mucho a favor de tu renuncia. Incluso como comienzo es pobre. Además, ¿quién te dice que Hetty no esté ahora flotando en una alberca a la luz de las estrellas y rodeada de bellos nenúfares como Ofelia?

—¡No lo soporto más, Harry! Te ríes de todo y después inventas unas tragedias de lo más serias. Ahora me arrepiento de habértelo contado. No me importa lo que pienses. Sé que he hecho bien en obrar así. ¡Pobre Hetty! Al pasar a caballo por la granja esta mañana he visto su rostro blanco en la ventana, como un ramillete de jazmines. No hablemos más de ello y no intentes convencerme de que la primera buena acción que he hecho en años, el primer sacrificio que conozco, es una especie de pecado. Quiero ser mejor. Voy a ser mejor. Háblame de ti. ¿Cómo están las cosas en la ciudad? Llevo mucho tiempo sin ir al club.

—Se sigue hablando de la desaparición de Basil.

—Pensaba que a estas alturas se habrían hartado ya —dijo Dorian, poniéndose más vino y frunciendo ligeramente las cejas.

—Mi querido muchacho, sólo llevan seis semanas hablando de ello, y al público inglés le supone un gran esfuerzo mental encontrar un tema distinto cada tres meses. Aunque últimamente están de enhorabuena. Han tenido lo de mi divorcio, luego el suicidio de Alan Campbell. Ahora tienen la misteriosa desaparición de un artista. Scotland Yard^[192] sigue insistiendo en que el hombre de la gabardina gris que salió en dirección a París en el tren de medianoche del nueve de noviembre era el pobre Basil, y la policía francesa afirma que Basil no llegó a París en absoluto. Supongo

que dentro de un par de semanas nos dirán que alguien le ha visto en San Francisco. Es extraño, pero todas las personas que desaparecen acaban en San Francisco. Debe de ser una ciudad maravillosa y con todos los alicientes del mundo futuro.

—¿Tú qué crees que le ha ocurrido a Basil? —preguntó Dorian, levantando su borgoña^[193] para mirarlo a la luz, asombrado de poder hablar del tema con tanta tranquilidad.

—No tengo ni la más remota idea. Si Basil ha decidido esconderse, no es asunto mío. Si está muerto, no quiero pensar en él. La muerte es lo único que me ha aterrorizado siempre. La odio.

—¿Por qué? —dijo el joven perezosamente.

—Porque —dijo lord Henry poniéndose debajo de la nariz la rejilla dorada de una caja de sales aromáticas— hoy en día se puede superar todo menos la muerte. La muerte y la vulgaridad son los únicos dos hechos del siglo XIX que resultan imposibles de explicar. Tomemos el café en el salón de música, Dorian. Quiero que me toques algo de Chopin^[194]. El hombre con el que se ha fugado mi mujer interpreta a Chopin maravillosamente. ¡Pobre Victoria! Le tengo cariño. Y la casa está un poco vacía sin ella. Por supuesto que la vida de casado es simple costumbre, una mala costumbre. Pero uno se arrepiente de perder incluso las malas costumbres. Son una parte fundamental de nuestra personalidad.

Dorian no contestó y levantándose de la mesa pasó a la habitación contigua, se sentó al piano y dejó vagar los dedos sobre el marfil blanco y negro de las teclas. Cuando trajeron el café, se detuvo y, mirando a lord Henry, dijo:

—Harry, ¿no se te ha ocurrido pensar que Basil haya sido asesinado?

—Basil era muy popular y siempre llevaba un reloj Waterbury^[195]. ¿Por qué iban a asesinarle? No era lo bastante inteligente para tener enemigos. Por supuesto que tenía un maravilloso talento como pintor. Pero un hombre puede pintar como Velázquez^[196] y ser un aburrimiento. Basil era bastante aburrido. Sólo me interesó una vez, cuando me dijo hace años que sentía una pasión loca por ti y que eras el motivo dominante de su arte.

—Yo quería mucho a Basil —dijo Dorian con voz triste—. Pero ¿la gente no cuenta que le han asesinado?

—Lo han dicho en algunos periódicos. A mí no me parece que sea nada probable. Sé que hay tugurios espantosos en París, pero Basil no era el tipo de hombre que fuera a estos sitios. No tenía ninguna curiosidad. Era su principal defecto.

—¿Qué dirías, Harry, si te contara que he asesinado a Basil? —dijo el joven.

Y miró atentamente a lord Henry después de hablar.

—Diría, mi querido amigo, que estás representando un papel que no es adecuado para ti. Todo crimen es vulgar, como toda vulgaridad es un crimen. Dorian, cometer un crimen es algo que no está en ti. Siento herirte la vanidad al decirlo, pero te aseguro que es cierto. El crimen pertenece exclusivamente a la clase baja. Y no los

culpo lo más mínimo por ello. El crimen debe de ser para ellos lo que es para nosotros el arte, simplemente una forma de procuramos sensaciones extraordinarias.

—¿Una forma de procuramos sensaciones? ¿Tú crees, entonces, que una persona que ha cometido un crimen una vez pueda volver a cometer el mismo crimen? No me digas eso.

—¡Ah! Cualquier cosa se convierte en un placer si se hace con demasiada frecuencia —exclamó lord Henry riendo—. Es uno de los secretos más importantes de la vida. Pero me imagino, sin embargo, que un asesinato es siempre una equivocación. Uno no debe hacer nada de lo que no pueda hablar en la sobremesa. Pero dejemos en paz al pobre Basil. Ojalá pudiera creer que ha tenido un fin tan romántico como el que sugieres; pero no. Más bien creo que debió caer al Sena desde un ómnibus y que el conductor ha guardado silencio para ocultar el escándalo. Sí; supongo que ése habrá sido su final. Me lo estoy imaginando flotando en esas aguas verdosas y oscuras, con las enormes barcazas pasándole por encima y el pelo lleno de algas. ¿Sabes una cosa? No creo que hubiera pintado muchas más obras buenas. En los últimos diez años su pintura había perdido mucho.

Dorian suspiró y lord Henry paseó lentamente por la habitación acariciando la cabeza de un curioso loro de Java, un pájaro enorme de plumas grises, con la cresta y la cola rosas, que se balanceaba en su percha de bambú. Cuando los dedos afilados le tocaron, el loro dejó caer la cortina blanca de sus párpados arrugados sobre sus negros ojos de cristal y se columpió lentamente.

—Sí —continuó, volviéndose y sacando el pañuelo del bolsillo—; su pintura había perdido mucho. Parecía haber perdido algo. Había perdido un ideal. Cuando dejasteis de ser buenos amigos, él dejó de ser un buen pintor. ¿Por qué os separasteis? Supongo que te aburriría. Si es así, nunca te perdonó. Es una de las costumbres que tienen las personas aburridas. Por cierto, ¿qué fue de aquel maravilloso retrato tuyo? Creo que no lo he vuelto a ver desde que lo terminó. ¡Ah! Recuerdo que me contaste hace años que lo habías mandado a Selby y que se había perdido o lo habían robado por el camino. ¿No lo recuperaste? ¡Qué lástima! Era una verdadera obra maestra. Yo quise comprarlo. Ojalá lo hubiera hecho. Pertenece a la mejor época de Basil. A partir de entonces su pintura tuvo esa mezcla de mala calidad y buenas intenciones que siempre hace a un hombre merecedor de que se le considere un artista británico representativo. ¿Ofreciste una recompensa? Debías haberlo hecho.

—No me acuerdo —dijo Dorian—. Supongo que sí. Pero a mí nunca me gustó mucho. Me arrepiento de haber posado para él. Me trae malos recuerdos. ¿Por qué me hablas de él? Me recordaba esos versos curiosos de una obra, creo que *Hamlet*, ¿cómo eran?

*Como la pintura de una pena,
un rostro sin corazón.*

Sí, así eran.

Lord Henry soltó una carcajada.

—Si un hombre considera la vida desde un punto de vista artístico, su mente es su corazón —contestó, instalándose en un sillón.

Dorian Gray negó con la cabeza y tocó unos acordes al piano.

—Como la pintura de la pena —repitió—, un rostro sin corazón.

El hombre de más edad se echó hacia atrás y le contempló con los ojos entornados.

—Por cierto, Dorian —dijo tras una pausa—, ¿qué provecho logra un hombre si gana el mundo entero y pierde..., creo que era así la cita..., su propia alma?

La música sonó desafinada y Dorian Gray dio un respingo.

—¿Por qué me preguntas eso, Harry?

—Mi querido amigo —dijo lord Henry, levantando las cejas sorprendido—, te lo pregunto porque quizá puedas darme una respuesta. Eso es todo. Estaba paseando por el parque el domingo pasado y junto a Marble Arch había un grupo de gente mal vestida escuchando a uno de esos charlatanes callejeros. Al pasar a su lado oí al hombre gritando esa pregunta a su público. Me pareció bastante dramático. Londres es muy rica en curiosos efectos como ése. Un domingo lluvioso, un tosco cristiano con un impermeable, un círculo de rostros pálidos y enfermizos bajo un techo desigual de paraguas goteantes y una frase maravillosa lanzada al aire por unos labios histéricos... Realmente magnífico a su manera, toda una sugerencia. Estuve a tiempo de decir al profeta que el Arte tiene alma, pero que el hombre no. Por desgracia, temo que no me hubiera comprendido.

—No, Harry. El alma es una realidad terrible. Se puede comprar y vender, y trocar. Se puede envenenar o perfeccionar. Cada uno de nosotros tenemos un alma dentro. Lo sé.

—¿Estás completamente seguro de eso, Dorian?

—Completamente.

—¡Ah! Entonces debe de ser una ilusión. Las cosas de las que uno está absolutamente seguro nunca son ciertas. Eso es lo fatídico que tiene la Fe y es lo que nos enseña el Romance. ¡Qué serio te pones! No te pongas tan serio. ¿Qué nos importan a ti y a mí las supersticiones de nuestra época? Hemos abandonado la creencia de que existe un alma. Toca algo. Toca un nocturno^[197], Dorian, y mientras tocas, cuéntame en voz baja qué has hecho para conservar tu juventud. Debes de tener algún secreto. Yo sólo tengo diez años más que tú, y estoy arrugado, cansado y amarillento. Tú estás realmente increíble, Dorian. Nunca has tenido tanto encanto como esta noche. Me recuerdas el día en que te vi por primera vez. Eras bastante descarado, muy tímido y absolutamente extraordinario. Has cambiado, por supuesto, pero sólo en apariencia. Me gustaría que me contaras tu secreto. Para recuperar la juventud soy capaz de cualquier cosa, excepto hacer ejercicio, levantarme pronto o ser respetable... ¡La juventud! No hay nada igual. Es absurdo hablar de la ignorancia

de la juventud. Las únicas opiniones que escucho ahora con algo de respeto son las de personas mucho más jóvenes que yo. Los jóvenes me parecen mucho más avanzados. En cuanto a los mayores, siempre les llevo la contraria. Lo hago por principio. Si les pides su opinión sobre algo que ha ocurrido ayer, te exponen solamente las opiniones que estaban en vigor en 1820, cuando la gente iba con medias altas, creían en todo y no sabían absolutamente nada. ¡Qué hermoso es eso que estás tocando! ¿Lo escribiría Chopin en Mallorca, con el mar gimiendo alrededor de su villa y la espuma salada salpicando los cristales? Es maravillosamente romántico. ¡Qué bendición que nos quede un arte que no sea imitativo! No pares. Quiero oír música esta noche. Así me parece que tú eres el joven Apolo y que yo soy Marsias^[198] escuchándote. Yo también tengo penas, Dorian, penas que tú ni te imaginas. La tragedia de la edad no es ser mayor, Dorian, sino ser joven. Hay ocasiones en que me asombro de mi propia sinceridad. Ah, Dorian, ¡qué feliz eres! ¡Qué vida tan exquisita has tenido! Has bebido de todas las fuentes. Has exprimido las uvas a fondo. Nada ha permanecido oculto para ti. Y, sin embargo, todo ha pasado por ti como si fuera música. No te ha dejado huella. Eres el mismo.

—No soy el mismo, Harry.

—Sí, eres el mismo. Me gustaría saber cómo será el resto de tu vida. No la eches a perder a base de renunciaciones. En el presente eres un individuo perfecto. No te vuelvas imperfecto. Ahora eres intachable. No me lo niegues; sabes que es cierto. Además, Dorian, no te engañes. La vida no se gobierna con la voluntad o la intención. La vida es una cuestión de nervios, de figuras y de células que se han ido desarrollando, en cuyo interior se oculta el pensamiento y tiene sus sueños la pasión. Puede que te creas a salvo y que te creas fuerte. Pero el tono casual del color de una habitación o del cielo matinal, un perfume concreto que te gustaba y que te trae sutiles recuerdos, un verso de un poema olvidado que vuelves a leer, la cadencia de una música que habías dejado de tocar... Te digo, Dorian, que éstas son las cosas de las que depende nuestra vida. Browning^[199] escribió algo sobre esto; pero nuestros sentidos sirven para imaginarlo. Hay momentos en que el olor de *lilas blanc* me viene de repente y entonces debo revivir uno de los meses más extraños de mi vida. Ojalá pudiera cambiarme por ti, Dorian. El mundo ha clamado contra nosotros dos, pero a ti te ha venerado. Y siempre te venerará. Eres el tipo de persona que busca nuestra época y que me temo ha encontrado. ¡Cuánto me alegro de que no hayas hecho nunca nada como esculpir una estatua, pintar un cuadro o producir algo ajeno a ti! La vida ha sido tu arte. Te has compuesto en música. Tus días han sido tus sonetos.

Dorian se levantó del piano y se pasó la mano por el pelo.

—Sí, la vida ha sido exquisita —murmuró—, pero ya no voy a llevar la misma vida, Harry. Y no deberías decirme estas cosas tan extravagantes. Tú no lo sabes todo sobre mí. ¿Te ríes? No te rías.

—¿Por qué has dejado de tocar, Dorian? Vuelve a sentarte y toca el nocturno otra vez. Mira esa enorme luna almibarada que cuelga en el cielo oscuro. Está esperando a

que tú la hechices y, si tocas, se acercará a la tierra. ¿No quieres? Vamos al club, entonces. Hay un joven en White's que está deseando conocerte, el joven lord Poole, el primogénito de Boumemouth. Ya te copia las corbatas y me ha suplicado que te presente. Es muy agradable y me recuerda un poco a ti.

—Espero que no —dijo Dorian con ojos tristes—. Pero estoy cansado esta noche, Harry. No voy a ir al club. Son casi las once y quiero acostarme temprano.

—Te ruego que te quedes. Nunca has tocado como esta noche. Había algo maravilloso en tu manera de tocar. Era mucho más expresiva que en otras ocasiones.

—Es porque voy a ser bueno —contestó sonriendo—. Ya me he vuelto un poco bueno.

—Conmigo no puedes ser distinto, Dorian —dijo lord Henry—. Tú y yo siempre seremos amigos.

—Pero me envenenaste con un libro una vez. No debería perdonártelo. Harry, prométeme que nunca vas a dejar ese libro a nadie. Es peligroso.

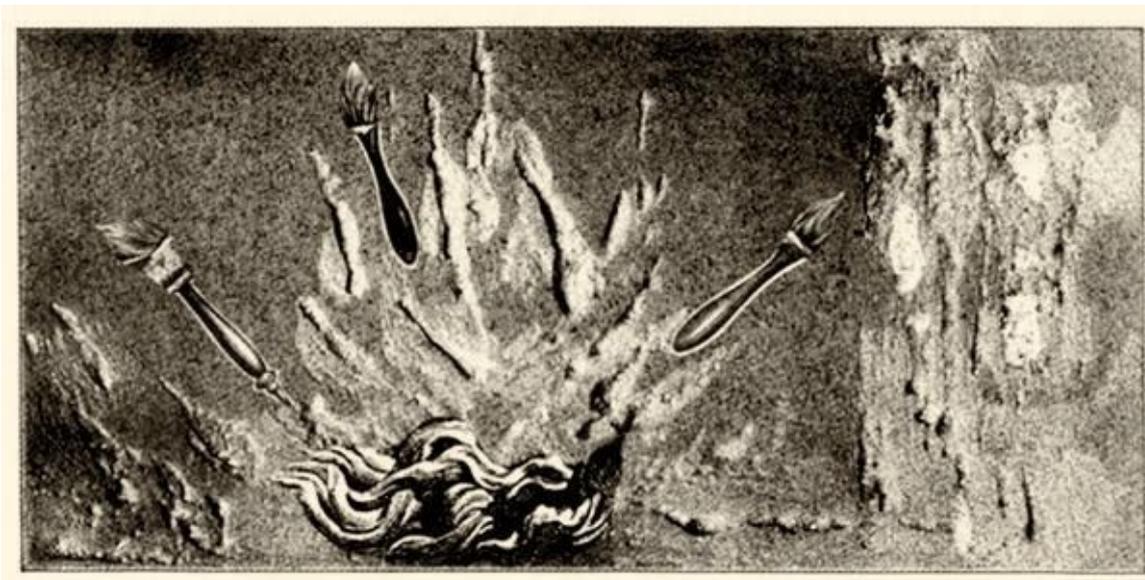
—Mi querido muchacho, estás empezando a moralizar. Dentro de poco parecerás un converso, un evangelista, predicando a los demás sobre pecados de los que tú ya te has aburrido. Eres demasiado simpático para hacer eso. Además, es inútil. Tú y yo somos lo que somos, y seremos lo que seremos. En cuanto a lo de envenenarte con un libro, eso es imposible. El Arte anula el deseo de actuar. Es magníficamente estéril. Los libros que el mundo considera inmorales son libros que muestran al mundo su propia vergüenza. Eso es todo. Pero no vamos a hablar de literatura. Ven a buscarme mañana. Voy a montar a caballo a las once. Podríamos ir juntos y después te llevaré a comer con lady Branksome. Es una mujer encantadora y le gustaría consultarte sobre unos tapices que quiere comprar. Deberías venir. ¿O prefieres almorzar con la pequeña duquesa? Dice que ya no te ve nunca. ¿Te has cansado ya de Gladys? Me lo imaginaba. Tiene una labia que puede resultar agotadora. En fin, en cualquier caso, ven a las once.

—¿Tengo que venir, Harry?

—Por supuesto. El parque está muy hermoso ahora. No creo haber visto unas lilas semejantes desde que te conozco.

—Muy bien. Estaré aquí a las once —dijo Dorian—. Buenas noches, Harry.

Al ir hacia la puerta pareció dudar, como si tuviera algo que decir. Suspiró y salió.



Capítulo 20

Era una noche deliciosa, tan cálida que se echó el gabán al brazo y ni siquiera se puso la bufanda de seda al cuello. Mientras caminaba hacia su casa, fumando un cigarrillo, dos jóvenes vestidos de etiqueta pasaron a su lado. Oyó a uno de ellos susurrar al otro: «Es Dorian Gray». Se acordó de cuánto le gustaba antes que la gente le señalara con el dedo, o que le mirara, o que hablara de él. Ahora estaba harto de oír su propio nombre. La mitad del encanto del pequeño pueblo donde iba con frecuencia últimamente era que nadie sabía quién era. Había dicho muchas veces a la joven que había engatusado para que le amara que era pobre, y ella lo había creído. Le había dicho que era malo, y se había reído de él, diciendo que las personas malas eran siempre muy viejas y muy feas. ¡Qué risa tenía! ¡Como un tordo cantando! ¡Y qué bonita estaba con sus vestidos de algodón y sus enormes sombreros! No sabía nada, pero tenía todo lo que él había perdido.

Al llegar a casa se encontró con su criado esperándole despierto. Le mandó que se acostara y se tumbó en el sofá de la biblioteca, pensando en algunas de las cosas que le había dicho lord Henry.

¿Sería verdad que uno no puede cambiar nunca? Anheló con fuerza la pureza inmaculada de su adolescencia..., aquella adolescencia de rosas blancas, como decía lord Henry. Sabía que se había mancillado, corrompido su mente causando horror a su imaginación; que había ejercido una influencia perniciosa en los demás y disfrutado haciéndolo, y que, de las vidas que se habían cruzado con la suya, había hecho caer en desgracia a las más puras y prometedoras. Pero ¿era irreparable? ¿No había la más mínima esperanza?

¡Ah! ¡En qué monstruoso momento de orgullo y pasión había rogado que el retrato cargara con la lacra de sus días para así conservar el inmaculado esplendor de la eterna juventud! Todo su fracaso se debía a aquello. Hubiera sido una suerte que

cada pecado de su vida hubiera traído consigo un castigo seguro y rápido. En el castigo hay una purificación. La oración de un hombre a un dios justo no debería ser «Perdónanos nuestros pecados», sino «Castíganos por nuestras iniquidades»^[200].

El espejo curiosamente labrado que le había regalado lord Henry, hacía ahora tantos años, estaba sobre la mesa y los Cupidos de blancos brazos se reían a su alrededor como antaño. Lo cogió, como había hecho aquella noche de horror cuando por primera vez notó el cambio en el cuadro fatídico, y con ojos enloquecidos y lacrimosos se contempló en su lámina pulida. Una vez, alguien que le había amado terriblemente le había escrito una carta apasionada que terminaba con estas palabras idólatras: «El mundo ha cambiado porque tú eres de marfil y de oro. Las curvas de tus labios vuelven a escribir la Historia». Las frases volvieron a su memoria y las repitió una y otra vez. Entonces empezó a odiar su propia belleza y tirando el espejo al suelo lo pisoteó hasta convertirlo en astillas plateadas. Era la belleza lo que le había destrozado, la belleza y la juventud que había rogado conservar. De no haber sido por estas dos cosas, su vida podía haberse visto libre de manchas. Su belleza no había sido más que una máscara, su juventud una mera farsa. ¿Qué es la juventud en el mejor de los casos? Una época verde e inmadura, una época de humores absurdos y pensamientos enfermizos. ¿Por qué se había puesto él su librea? La juventud le había echado a perder.

Era mejor no pensar en el pasado. Nada podía alterarlo. Era en sí mismo y en su futuro en lo que debía pensar. James Vanes estaba oculto en una tumba anónima en el cementerio de Selby. Alan Campbell se había pegado un tiro una noche en su laboratorio, pero no había revelado el secreto que él le había obligado a saber. La agitación que había producido la desaparición de Basil Hallward acabaría pronto. De hecho, ya estaba acabando. Además, no era la muerte de Basil Hallward lo que más le pesaba. Su mayor preocupación era la muerte viviente de su propia alma.

Basil había pintado el retrato que le había destrozado la vida. Eso no podía perdonárselo. El retrato era el culpable de todo. Basil le había dicho cosas intolerables y las había soportado con paciencia. El asesinato había sido sencillamente la locura de un momento. En cuanto a Alan Campbell, su suicidio había sido voluntario. Lo había elegido. Él no tenía nada que ver en ello.

¡Una nueva vida! Eso era lo que quería. Eso era lo que esperaba tener. Y había empezado ya. Por lo menos había respetado a un ser inocente. No volvería a tentar a la inocencia. Iba a ser bueno.

Al pensar en Hetty Merton, se planteó si el cuadro de la habitación cerrada habría cambiado. Seguramente no sería tan horrible como había sido. Quizá, si su vida se volvía pura, sería capaz de eliminar todas las huellas de pasión maligna de aquel rostro. Quizá las huellas de la maldad ya habían desaparecido. Iría a verlo.

Cogió la lámpara de la mesa y subió sigilosamente las escaleras. Al quitar la barra a la puerta, una sonrisa alegró su rostro extrañamente joven y permaneció en sus labios por un momento. Sí, iba a ser bueno, y el objeto monstruoso que había

escondido dejaría de producirle terror. Ya se sentía como si le hubieran quitado un peso de encima.

Entró lentamente, cerró la puerta con llave, como era su costumbre, y apartó la cortina morada. Dio un grito de dolor y de indignación. No se veía ningún cambio, excepto que los ojos tenían una expresión de astucia, y la boca las arrugas curvas del hipócrita. Seguía siendo repugnante, más repugnante, incluso, que antes, y el color escarlata que manchaba la mano parecía más brillante, como si fuera sangre recién derramada.

Se echó a temblar. ¿Había sido simple vanidad lo que le había llevado a hacer su única buena acción? ¿O el deseo de probar una nueva sensación, como había sugerido lord Henry con su risa burlona? ¿O esa pasión por representar un papel que a veces nos hace aparentar ser mejores de lo que somos? ¿O quizá todo junto? ¿Y por qué se había agrandado la mancha roja? Parecía haberse extendido, como una horrible enfermedad, por los dedos arrugados. Los pies pintados también tenían manchas de sangre, como si hubiera goteado, e incluso había sangre en la mano que no había empuñado el cuchillo. ¿Confesar? ¿Significaría que tenía que confesar? ¿Que tenía que entregarse y morir? Soltó una carcajada. La idea era monstruosa. Además, incluso aunque confesara, ¿quién iba a creerle? No había ni rastro del hombre asesinado por ninguna parte. Todas sus pertenencias habían sido destruidas. Él mismo se había ocupado de quemarlo en el piso de abajo. El mundo se limitaría a decir que estaba loco. Si insistía en defender su historia, le encerrarían... Sin embargo, era su deber confesar para sufrir la vergüenza y hacer una expiación pública. Hay un Dios que exhorta a los hombres a decir sus pecados en la tierra lo mismo que en el cielo. Nada de lo que pudiera hacer le limpiaría hasta que confesara su pecado. ¿Su pecado? Encogió los hombros. La muerte de Basil Hallward le parecía muy poco. Se estaba acordando de Hetty Merton. Pues era un espejo injusto aquel espejo del alma que tenía delante. ¿Vanidad? ¿Curiosidad? ¿Hipocresía? ¿En su renuncia no había más que eso? Tenía que haber algo más. Al menos, eso creía él. Pero ¿cómo iba a saberlo? ... No. No había nada más. La había salvado por vanidad. Por hipocresía se había puesto la máscara de la bondad. Por curiosidad había probado la abnegación. Ahora lo reconocía.

Pero el asesinato, ¿iba a pesarle toda la vida? ¿Siempre iba a llevar la carga del pasado? ¿Iba a tener que confesar? Jamás. Sólo quedaba una prueba contra él. El propio cuadro era una prueba. Lo destruiría. ¿Por qué lo había conservado durante tanto tiempo? Hubo una época en que le gustaba ver cómo cambiaba y envejecía. Últimamente ya no sentía ningún placer. Era algo que le quitaba el sueño. Cuando estaba de viaje, pasaba pánico de pensar que otros ojos pudieran verlo. Había llenado sus pasiones de tristeza. Su mero recuerdo había enturbiado muchos momentos alegres. Había sido como la conciencia para él. Sí, había sido como su conciencia. Tenía que destruirlo.

Miró a su alrededor y vio el cuchillo con el que había apuñalado a Basil Hallward. Lo había limpiado muchas veces, para no dejar ninguna mancha. Brillaba y relucía. Igual que había acabado con el pintor, acabaría con la obra del pintor y con todo lo que significaba. Mataría el pasado, y cuando el pasado hubiera muerto, él se vería libre. Mataría esta monstruosa alma viviente y, sin sus espantosas advertencias, hallaría la paz. Cogió el cuchillo y apuñaló el retrato.

Se oyó un grito y un golpe. El grito fue tan horrible en su agonía que los criados, asustados, se levantaron y salieron de sus habitaciones. Dos señores que paseaban por la plaza se detuvieron y levantaron la vista hacia la casa. Siguieron andando hasta encontrar a un policía y volvieron con él. El hombre tocó el timbre varias veces, pero no hubo respuesta. Excepto una luz en una de las habitaciones de arriba, la casa entera estaba a oscuras. Al cabo de un rato, se alejó y se puso a vigilar desde un pórtico cercano.

—¿De quién es la casa, guardia? —preguntó el más viejo de los dos caballeros.

—Del señor Dorian Gray, señor —contestó el policía.

Se miraron uno al otro y al marcharse hicieron un gesto de desprecio. Uno de ellos era el tío de sir Henry Ashton.

Dentro, en las dependencias de la servidumbre, los criados, a medio vestir, cuchicheaban unos con otros. La vieja señora Leaf lloraba y se retorció las manos. Francis estaba pálido como un muerto.

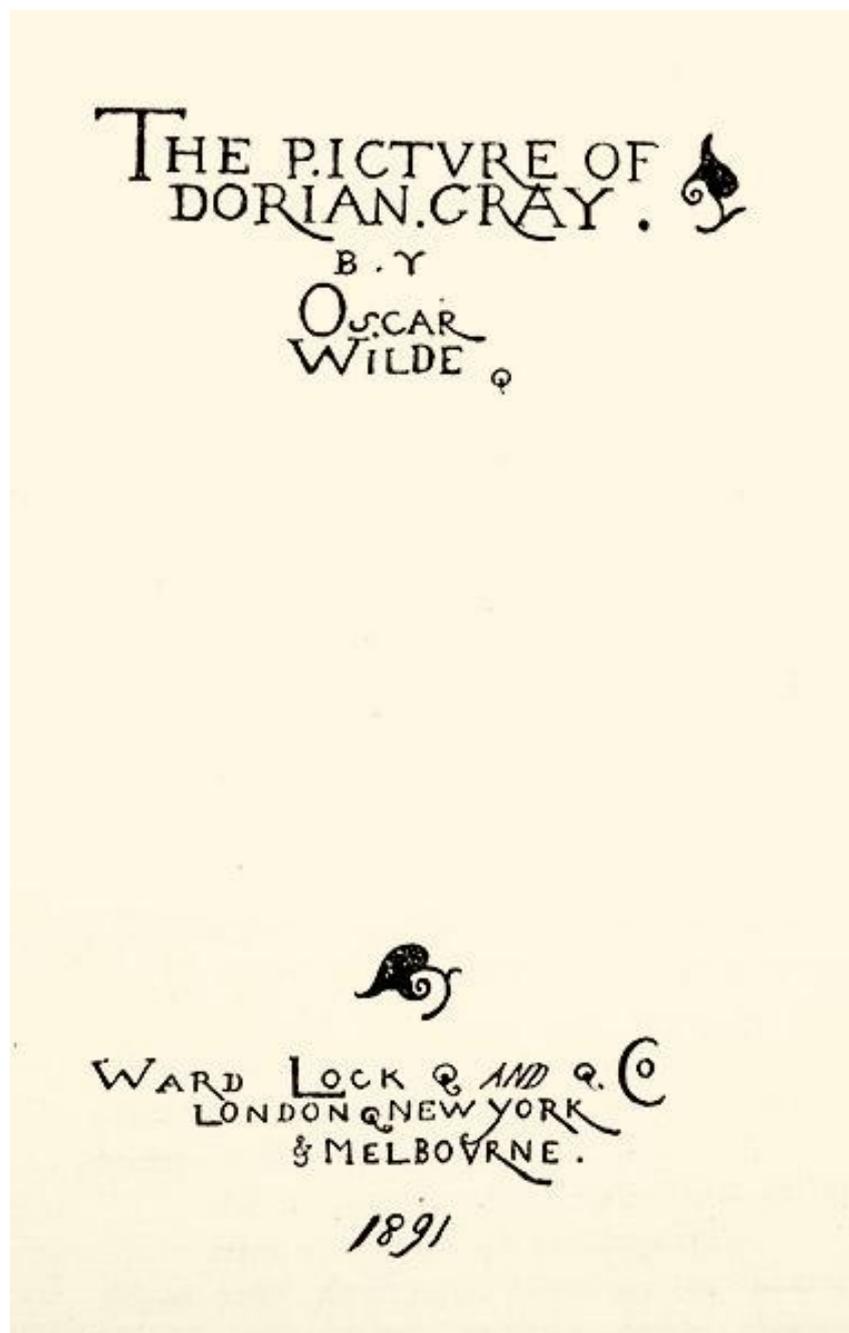
Al cabo de un cuarto de hora, fue a buscar al cochero y a uno de los lacayos. Subieron sigilosamente. Llamaron a la puerta, pero no hubo contestación. Gritaron. No se movió nada. Finalmente, después de intentar abrir la puerta sin conseguirlo, salieron al tejado y saltaron al balcón. Las ventanas cedieron enseguida; las cerraduras eran viejas.

Al entrar vieron, colgado en la pared, un retrato
magnífico de su amo tal como le habían visto
por última vez, en todo el esplendor de su
exquisita juventud y belleza. En el suc-
lo había un hombre muerto, vestido
de etiqueta, con un cuchillo en
el corazón. Estaba ajado y
lleno de arrugas y tenía
un rostro repugnante. Al examinar
te. Al examinar
las sortijas
supieron
quién
era.



Al entrar vieron, colgado en la pared, un retrato magnífico de su amo tal como le habían visto por última vez, en todo el esplendor de su exquisita juventud y belleza. En el suelo había un hombre muerto, vestido de etiqueta, con un cuchillo en el corazón. Estaba ajado y lleno de arrugas y tenía un rostro repugnante. Al examinar las sortijas supieron quién era.

Apéndice



Portada de la edición inglesa de *El retrato de Dorian Gray* de 1891.

La época victoriana

*El término
«Victoriano»*

El término «Victoriano» suele usarse en la crítica literaria inglesa para mostrar una desaprobación de ciertas actitudes (insularidad, materialismo, complacencia, hipocresía y, especialmente, represión)

asociadas con el periodo comprendido entre 1837 y 1903, durante el que la reina Victoria estaba a la cabeza de Inglaterra y de su gran imperio, cuando la nobleza, las apariencias y la propiedad eran las máximas virtudes públicas. Durante la segunda mitad del siglo XIX empezó a usarse este vocablo para describir la conciencia nacional que había nacido tras la guerra de Crimea (1854-1855). Desde el punto de vista social, se había establecido un equilibrio entre la actividad intensa de las industrias del Norte y la vida apacible de los condados centrales y meridionales. El ferrocarril, el telégrafo y el servicio de correos eran fuerzas nuevas que contribuían a dar una mayor cohesión a un país aún muy provinciano. Empezó a extenderse una mentalidad optimista, orientada hacia el progreso individual, que intentaba restar importancia a las barreras entre ricos y pobres. En cualquier caso, los pobres se habían vuelto más dignos y los sindicatos pretendían dejar constancia de su sensatez.

A pesar de que el progreso era evidente, los victorianos criticaban los cambios que se estaban produciendo y éste fue un periodo muy fructífero desde el punto de vista filosófico y literario. Escritores como Matthew Arnold, John Ruskin y William Morris denunciaron las flaquezas de la industrialización. A pesar de que tenía un gran auge el análisis de las creencias y de la conducta individual, los presupuestos del materialismo se ponían en tela de juicio. En 1859 se publicaron el *Ensayo sobre la libertad*, de John Stuart Mill, y el *Origen de las especies*, de Charles Darwin. El materialismo científico de Marx y el evolucionismo de Darwin desembocaron en el «maquinismo», cuyos profetas, John Tynall y T. H. Huxley, empezaron a mostrar sus dudas sobre la validez de la realidad de las cosas. Afirmaban que los hombres y los animales son autómatas que se mueven como lo hacen los átomos y los planetas, sin voluntad. La conciencia era para ellos un epifenómeno, es decir, una ilusión.

*Progreso
filosófico
y literario*

Sin embargo, lo que hizo que la civilización de la segunda mitad del siglo XIX mantuviera su consistencia fue la confianza soterrada en todo aquello que tanto el realismo como la ciencia materialista negaban: las creencias religiosas, las costumbres cívicas y sociales, el dogma de la responsabilidad moral, y la esperanza de que la conciencia y la voluntad existieran.

La suma de todas estas fuerzas invisibles se conoce con el nombre de moral victoriana y sus características se encuentran no sólo en Inglaterra, sino en Europa entera. Las raíces podemos hallarlas en el final del siglo XVIII, en el metodismo, el movimiento evangélico y las ideas de Rousseau, Schiller y Kant. La sencillez de la mentalidad victoriana es de origen popular, a pesar de que se suele relacionar con las clases aristocráticas. Se vivía con la cálida sensación de que todos los hombres son hermanos bajo Dios. Como consecuencia lógica, la esclavitud fue abolida en Inglaterra en 1833.

*La moral
victoriana*

*Culto a
«lo respetable»*

Lo que dio a la época victoriana su enorme fuerza era la conciencia que tenían sus adeptos de estar obrando correctamente, lo

cual resultó muy útil para mantener el orden en una sociedad post-revolucionaria. Para hacer funcionar el enorme engranaje industrial que estaban estrenando, era necesaria una estricta disciplina individual. Imperaba el culto a «lo respetable». Había que ir vestido de oscuro, pagar puntualmente las facturas, reprimir los excesos de la imaginación, ir a misa con regularidad y limitar las preocupaciones filosóficas al intento de hallar la propia salvación.

No obstante, como ocurre en todas las épocas, la era victoriana tuvo desde el principio hasta el final sus detractores, que criticaban el conformismo, consideraban la religión como una farsa y afirmaban que la buena conducta era simplemente hipocresía.

*La literatura
del siglo XIX*

Durante este período hubo una gran cantidad de personas eminentes y geniales, pero en el ámbito literario las máximas cotas de calidad fueron en prosa. Robert Browning y Alfred Tennyson, los poetas Victorianos por excelencia, se han visto quizá algo eclipsados tanto por sus compatriotas novelistas como por el poeta francés Charles Baudelaire. La producción teatral fue inferior y la crítica, con la notable excepción de Matthew Arnold, estaba bastante desorientada. Pero Charles Dickens, William Thackeray, Emily Brontë, George Eliot, Thomas Hardy y Henry James son novelistas de primer orden; y Anthony Trollope, Charlotte Brontë, Wilkie Collins, Robert Louis Stevenson, entre otros, son escritores magníficos.

Tanto el arte como la literatura eran conformes a lo que imperaba en el momento, con lo cual se caracterizaban por su sobriedad y sencillez. La novela realista por excelencia, *Madame Bovary*, de Gustave Flaubert, tiene lugar en un pueblo y los personajes son unos provincianos corrientes. El escritor francés se vio forzado a someter su genio romántico a la disciplina realista, cuyas descripciones debían ser sencillas y mantener ajeno al espectador. La novela retrata en tonos oscuros las vidas monótonas de unos personajes cuya conducta viola las normas de una moral estricta e intachable. *Madame Bovary* se tomó como modelo a la vez que como crítica de un género literario. George Gissing, escritor inglés, pone en boca de uno de sus personajes un brillante comentario sobre el realismo: «las novelas van a ser tan fieles a la vida que nadie va a ser capaz de leerlas».

Madame
Bovary

En resumen, la era victoriana vio perder vigor a los presupuestos románticos, evangélicos y humanitarios con que había empezado el siglo XIX: los filósofos se convirtieron en estetas en vez de legisladores morales de la sociedad y los novelistas se volcaron en sí mismos a la hora de encontrar materia para sus obras. Pero continuaron en pie unos sólidos valores que perduraron hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial en 1914.

El autor

La familia

Oscar Fingal O'Flahertie Wills Wilde ya era extraordinario desde el momento en que nació en Dublín el 6 de octubre de 1854. Sus padres irlandeses también lo eran. Su madre, Jane Francesca Elgee, fue una mujer grandullona y ambiciosa que procuró destacar en la vida política, social y literaria. Su padre, Sir William Wilde, fue un hombre pequeño, un oftalmólogo famoso con una intensa vida privada. Tuvo tres hijos ilegítimos y una de sus pacientes le acusó de haberla envenenado con cloroformo para intentar violarla. Fue lady Wilde quien denunció a la mujer por difamación. La beligerancia era una de las características de la familia Wilde.

Oscar hizo sus primeros estudios en la Portora Royal Scholl, en Enniskillen, y en el Trinity College de Dublín. Sus estudios superiores los realizó en el Magdalen College de Oxford. En sus tiempos de universitario fue un buen estudiante, aunque algo estrafalario. Perdió pronto su acento, se planteó el catolicismo como posibilidad, tenía la habitación llena de lilas blancas y de porcelana azul, y profesaba el culto a la belleza. En resumen, era un esteta. Medía un metro ochenta, tenía unos ojos azules con unas pestañas muy largas y la forma en que se bamboleaba al andar hacía que la gente le llamara afeminado. Sin embargo, en Oxford logró tener una reputación que era la que hubiera deseado conservar siempre. Su viaje de 1877 a Italia y Grecia le sirvió para componer el poema *Rávena*, que le valió el premio Newdigate en 1879, el último año de su carrera. En 1881 publicó, en Londres y en Nueva York simultáneamente, un volumen titulado *Poemas*. El mismo año viajó a Nueva York a dar unas conferencias sobre su filosofía estética. Provocó reacciones de todo tipo, ya que no se trataba sólo de la originalidad del contenido, sino del modo del exponerlo. La suntuosidad de su vestimenta y la voz musical con que hilaba sus metáforas y paradojas llamaron poderosamente la atención. Dos años después, ya de vuelta en Inglaterra, daría otros dos ciclos de conferencias también con un gran éxito.

Sus estudios y sus primeras composiciones

Su

matrimonio

Durante su juventud le gustaban las mujeres, de las que acabaría diciendo que representan el triunfo de la materia sobre la mente. En 1884, cuando tenía treinta años, contrajo matrimonio con Constance Lloyd. Tuvieron dos hijos a los que Wilde adoraba y para quienes escribió *El príncipe feliz*. A pesar de ello, no soportaba la vida doméstica y tuvo su primera experiencia homosexual dos años después de casarse. El amor de su vida fue lord Alfred Douglas, dieciséis años menor que él. «Bosie», como le llamaban sus amigos, hizo entrar a Wilde en un mundo cuya naturaleza peligrosa le fascinaba.

Wilde odiaba las convenciones, pero también era un hombre absolutamente realista y sabía que el secreto de la vida está en el orden y la continuidad. Sin embargo, quizá para luchar contra el aburrimiento o porque el destino así lo quiso, su vida privada era un caos. Cuando se estrenó *Un marido ideal* ante un público entre el

Su homosexualidad

que se encontraba el Príncipe de Gales, Wilde no era precisamente un marido ideal para Constance. Los caprichos de su amigo Douglas le habían convertido en un hombre exageradamente irresponsable. El motivo por el que Douglas se dejaba adorar por el escritor era su intención de indignar a su padre, el marqués de Queensbury, individuo excéntrico e irascible. La homosexualidad le horrorizaba y la notoria amistad de su hijo con Wilde le producía una aversión patológica. Con motivo de una nota que le escribió el marqués, Wilde cometió el error de denunciarle por difamación. No sólo perdió el juicio, sino que al poco tiempo le detuvieron acusado de sodomía e indecencia. Le condenaron a dos años de prisión correccional, con trabajos forzados, en la cárcel de Reading. A partir de entonces su decaimiento físico y espiritual sería ya imparable. Se le declaró en bancarrota, sus amigos se volatilizaron repentinamente, se subastaron todas sus pertenencias y Constance se marchó con sus hijos del país. Oscar Wilde quedaba así convertido en un proscrito.

Su muerte En 1898 había muerto su esposa, de la que vivía separado hacía años. Ningún editor se atrevía a reimprimir sus obras y ningún empresario se arriesgaba a reponer sus comedias. Pobre, solo y enfermo, vagó durante dos años por Italia y acabó en París, donde murió el 30 de noviembre de 1900.

Si la literatura es el arte que ama la vida quizá con mayor pragmatismo, puesto que intenta, a la vez que forja su propia materia artística, crear vidas variopintas y diversas, que al llegar a ojos del lector se multiplican a su vez, Oscar Wilde es, como escritor, como personaje, como individuo, uno de los máximos ejemplos de ello, ya que no se conformaba con la vida aparentemente única que se nos concede a cada uno, y quiso desdoblar la suya al máximo. Nuestro Jacinto Benavente, diez años más joven que Wilde, escribió una frase con la que el escritor inglés probablemente hubiera comulgado: «Nos despreciaríamos demasiado si no creyésemos valer más que nuestra propia vida». De lo que Wilde sí estaba convencido, y probablemente con razón, era de que él valía más que su propia obra, y dijo en numerosas ocasiones que mantenía con su época una relación simbólica, es decir, que se consideraba una suerte de embajador representativo de la misma. Esto resulta paradójico, puesto que fue precisamente su época la que le condenó al ostracismo, la incomprensión, el encarcelamiento y la ruina.

*Wilde
como
personaje*

La obra



«Oscar», caricatura de «Ape», Vanity Fair del 24 de mayo de 1884.

La fama literaria de Wilde reposa fundamentalmente en su producción dramática y narrativa, así como en sus numerosas escritos y reflexiones sobre el arte y la vida, en su inconfundible estilo epigramático. El fracaso de sus dos primeras piezas, *Vera* (1880) y *The Duchess of Padua* («La duquesa de Padua»), 1883, le llevó a optar por diversos géneros prosísticos, publicando en 1888 su bellísima colección de relatos *The Happy Prince and other Tales* («El príncipe feliz y otros cuentos»), a la que siguieron *Lord Arthur Savile's Crime and other Stories* («El crimen de Lord Arthur Savile y otras historias»), 1891, y su única novela: *The Picture of Dorian Gray* («El retrato de Dorian Gray»), en el mismo año.

Su más
brillante
etapa
como autor
dramático

La aparición de *Lady Windermere's Fan* («El abanico de Lady Windermere»), en 1893, dio comienzo a la etapa más brillante de su carrera como autor dramático, que incluye asimismo: *A Woman of no Importance* («Una mujer sin importancia»), 1893; *An Ideal Husband* («Un marido ideal»), 1899, y *The Importance of being Earnest* («La importancia de llamarse Ernesto»), 1899, comedia que por la perfección de su composición y el ingenio de sus diálogos se ha convertido en una pieza del repertorio clásico.

Entre sus otras obras cabe destacar el *De Profundis*, una larga y desilusionada epístola que dirigiera a lord Douglas desde la cárcel, cuya versión íntegra no sería publicada hasta 1962; la famosa *Ballad of Reading Gaol* («Balada de la cárcel de Reading»), 1898, y el drama poético *Salomé* (1893), escrito en francés y prohibido inicialmente en Gran Bretaña. Su producción poética, de escasa originalidad, comprende un volumen de *Collected Poems* (1892) y los *Poems in Prose* (1894). Como ensayista, sus obras fundamentales son *Intentions* («Intenciones»), 1891, y *The Soul of Man under Socialism* («El alma del hombre bajo el socialismo»), 1891.

El retrato de Dorian Gray

La composición de esta novela se debió, como tantos otros acontecimientos de su vida, al azar. Wilde y Arthur Conan Doyle estaban cenando con un editor norteamericano, J. M. Stoddart, que dio a ambos el encargo de escribir una novela para la revista literaria *Lippincot's Monthly Magazine*. Conan Doyle escribió *El signo de los cuatro* y Wilde *El retrato de Dorian Gray*.

Tardó poco en entregarla y se publicó en el ejemplar de julio de 1890. La crítica reaccionó negativamente, aduciendo que el señor Wilde tenía un empeño lamentable en tratar temas sobre los que no hacía ninguna falta escribir. Wilde se defendió de las acusaciones de inmoralidad afirmando que su novela era «una verdadera obra de arte con una gran lección ética inherente». La publicación en forma de libro iba a tener lugar al año siguiente y Wilde se cuidó de añadir algún capítulo con un tono más convencional y acorde al espíritu victoriano (como el que narra la venganza de James Vane), y también de intentar suavizar el erotismo y la homosexualidad latentes. A pesar de ello, cuando en 1891 la editorial Ward, Lock&Company publicó la novela en su versión definitiva, tanto el público como la crítica se dieron cuenta de que era una representación de la doble vida que llevaba Wilde en aquel momento, e incluso en la actualidad hay quienes dicen que ven en ella la necesidad de una confesión y la búsqueda de una expiación.

Aparición
en una
revista
literaria

Recursos
literarios

Lo cierto es que *El retrato de Dorian Gray* contiene varios paralelismos por los cuales para Wilde era muy importante la forma en que sus congéneres aceptaran la novela. Se declaraba enemigo de la pretensión y la hipocresía, pero da la sensación de que una parte de él

rechazaba la opinión de la sociedad mientras que otra parte la aceptaba. Su mejor prosa y sus mejores bromas giran en torno a la paradoja, las poses y las máscaras. Combina la agudeza verbal con una punzante descripción de la sociedad, y en sus fluidos diálogos epigramáticos critica duramente los tópicos y los convencionalismos. Su lenguaje es vivo, nada denso y está salpicado de palabras francesas, que los ingleses siempre han usado para denotar un nivel cultural elevado^[201].

El tema principal de la obra es la muerte. En la leyenda germana se habla de un sabio llamado Fausto, que vendió su alma al diablo a cambio de la juventud, el conocimiento y el poder mágico. La leyenda de Fausto tomó forma antes de 1540 y asomó por vez primera a la literatura con la *Historia de D. Johann Fausten*, obra impresa y compilada por Johann Spies en 1587 y vertida al inglés hacia 1592. Presentaba la vida esotérica y la muerte de un sabio mago que había pactado con el diablo, y la componían los relatos acumulados en torno a una figura histórica (identificada con George Sabellicus o Johannes Faust). El tema del pacto con el diablo (personificado en Mefistófeles), relacionado con la figura del alquimista histórico (insaciable especulador y experimentador) que adquiere así la codiciada juventud, la sabiduría y unos acrecidos poderes mágicos, constituiría el núcleo central de las elaboraciones literarias subsiguientes. En Inglaterra, Christopher Marlowe compuso en 1604 el drama *The Tragical History of Doctor Faustus* («La trágica historia del doctor Fausto»). El interés por el tema decreció hasta que en 1808 produjo Goethe su primer *Faust*, cuyo protagonista sólo se redimirá por virtud del amor.

*Fausto
y el pacto
con el diablo*

*Identificación
de los
personajes*

Dorian Gray, el protagonista de la novela, tiene que ver con el Fausto tradicional en cuanto a su permanente curiosidad por la vida, pero el hecho de que conserve su juventud es más un castigo a su avaricia que un don mágico. Wilde se había hecho muy amigo en Oxford de Frank Miles, un pintor a través del cual conoció al esteta homosexual lord Ronald Gower. Es posible que tanto Miles como Gower estén representados en ella como Basil Hallward y lord Henry Wotton. El propio Wilde escribió que lord Wotton era él mismo visto por los demás y que Dorian Gray era como le hubiera gustado ser en otras épocas, mientras que Basil Hallward era como a la gente le gustaría que hubiera sido.

Las filosofías de Walter Pater, que defendía el esteticismo puro y el disfrute de la experiencia, y de John Ruskin, que veía la belleza como elemento útil para la sociedad, ambos compañeros de Wilde en Oxford, animan las disquisiciones más teóricas de la novela, que puede considerarse como un emblema de su vida interior, no sólo por el tono misterioso con que comienza, sino por la atmósfera de hastío e incluso desesperación que se van intensificando progresivamente a lo largo de sus páginas. Es indudable que el escritor tenía un estado de ánimo similar. Por su correspondencia sabemos que

*Influencias
de Pater
y Ruskin*

el mundo le producía tedio, que se consideraba un fracaso como persona y que tenía la sensación de estar sobre un escenario permanente.

El arte se asocia con el escándalo

El retrato de Dorian Gray es más que el relato velado de sus predilecciones sexuales; es también una exploración de las fuertes depresiones que sufría. A parte de contener varias anticipaciones de su propio destino, la novela en sí marcó intensamente al autor. A partir de su publicación empezó a decirse que «... el nombre de Wilde se ha convertido en sinónimo de lo malsano». Esta reacción parece inevitable y aun más puesto que, al usar el retrato de Dorian como emblema del pecado, hacía hincapié en un curioso complejo Victoriano asociado con la idea de culpabilidad sexual: el arte y el escándalo se asociaban indefectiblemente. El propio Wilde debía de considerarlo así a su manera, puesto que lord Henry, su claro trasunto al menos desde el punto de vista ideológico, explica al protagonista que «el arte no es más que una forma de procuramos sensaciones extraordinarias». Y en el famoso prólogo, que es un breve tratado estético, afirma de una manera más rotunda que el arte es absolutamente inútil.

Pero no todas las personas que leyeron el libro lo consideraron ofensivo. En Inglaterra y en Estados Unidos hubo quienes lo alabaron. El propio Wilde lo defiende desde la cárcel en su amarga *De Profundis*, donde afirma que es una obra clásica. Y como tal, tiene sus influencias clásicas: *A Rebours*, de Huysman, *La Peau de Chagrín*, de Balzac, *Mademoiselle du Maupin*, de Gautier, y *Gaston de Latour*, de Pater. Los autores griegos y latinos, como él mismo admitía, eran su mayor fuente de inspiración. También admiraba enormemente a Flaubert, y aunque *El retrato de Dorian Gray* tiene un tono afrancesado, la sagacidad es irlandesa y el dramatismo absolutamente británico. Wilde era un hombre que poseía una de las cualidades más notables de su país: la capacidad de parodiar los defectos propios, que daba lugar en su caso a un carácter complejo y contradictorio. Amaba el mundo esplendoroso que había creado en su novela, pero acaba destruyéndolo por considerarlo absurdo y carente de contenido. En este sentido, Wilde representa el ambiente típico de fin de siglo, tan parecido al nuestro, con su tristeza ante la pérdida de valores.

Una obra clásica

Un genio

En cualquier caso, a pesar de que la sociedad que él se enorgullecía de personificar le hubiera hundido en la miseria, hay un motivo excelente para justificar su inmortalidad: era un genio. Hoy en día se representan con gran éxito sus obras de teatro, los personajes de sus obras son tan arquetípicos como los de Dickens, sus epigramas y frases se repiten como los de Shakespeare.

Su problema fue que tenía ideas increíblemente avanzadas para la época en que le tocó vivir. Siempre expresó sus opiniones con franqueza y en *El retrato de Dorian Gray* hace una caracterización de su civilización en que narra visceralmente la pobreza frente a la que las

Ideas avanzadas

clases altas volvían la espalda o reaccionaban con hipocresía. Esto, unido a su ridiculización de las pretensiones artísticas y de la estrechez mental de los ingleses, hizo que las filas de sus enemigos fueran aumentando progresivamente.

Un nuevo hedonismo Por otra parte, es curioso el optimismo que demuestra tener en cuanto a la configuración de la sociedad en un futuro. En el capítulo once de *El retrato de Dorian Gray*, después de afirmar que la historia de la humanidad ha sido una degradación constante, nos dice el protagonista que con toda seguridad va a darse un nuevo hedonismo que «regenerará la vida, salvándola del puritanismo severo y desabrido que está teniendo en nuestra época un curioso resurgimiento». Esta nueva era usaría la experiencia como método para «enseñar al hombre a concentrarse en los momentos de la vida, que es en sí misma un momento».

Más de un siglo ha pasado desde que Wilde escribiera estas palabras y puede que sea próximamente cuando, una vez que el individualismo excesivo y un extraño virus que va a producir un retroceso paulatino hacia pautas sociales más conservadoras y a buscar consuelo en la familia tradicional, ahora que el hombre y la mujer se encuentran más equiparados como individuos y que las normas éticas son mucho más tolerantes, se cumpla el deseo de Wilde de poder disfrutar de la vida tal cual, sin ponemos taras a nosotros mismos.

Gabriela Bustelo

Bibliografía

* Con «s. a.» indicamos «sin año», aunque la publicación castellana es próxima a la edición original.

¹ Prepublicada en la revista *Lippincott's Monthly Magazine* en 1890.

² Prepublicada en la revista *Blackwoods Edinburgh Magazine* en 1889.

³ Prepublicada en la revista *Hutchinson's Magazine* en 1921.

⁴ Escrita en francés originalmente, se publicó en París en 1893. En 1894 se publica en inglés, traducida por Lord Alfred B. Douglas.

⁵ Premio Newdigate de poesía.

⁶ Publicado en la revista *The Spirit Lamp*.

⁷ Publicado en la revista social y literaria *Prometeo* en 1909.

⁸ Prepublicado en la revista *Nineteenth Century* en 1889.

⁹ Publicados en la *Revista de las Antillas* en 1914.

¹⁰ Publicado en la revista *Fortnightly*. En 1895 se publicará con el título reducido «The Soul of Mar».

¹¹ Escrita en 1897, se publicó por primera vez en alemán en 1924.

<u>AÑO</u>	<u>TÍTULO ORIGINAL</u>	<u>TÍTULO CASTELLANO</u>
Novelas y cuentos		
1888	<i>The Happy Prince and other Tales</i> —Contiene: <i>The Happy Prince; The Nightingale and the Rose; The Selphist Giant; The Devoted Friend; The Remarkable Rocket.</i>	<i>El Príncipe Feliz y otros cuentos</i> (1917). —Contiene: El Príncipe Feliz; El ruiseñor y la rosa; El gigante egoísta; El amigo fiel; El famoso cohete.
1891	<i>The Picture of Dorian Gray.</i> ^[1]	El retrato de Dorian Gray (1917).
1891	<i>Lord Arthur Savile's Crime and other Stories.</i> —Contiene: <i>Lord Arthur Savile's Crime; The Sphinx without a Secret; The Canterville Ghost; The Model Millionaire.</i>	<i>El Crimen de Lord Arthur Savile y otras historias</i> (s. a.). —Contiene: El crimen de Lord Arturo Savile; La esfinge sin secreto; El fantasma de Canterville; El modelo millonario.
1891	<i>A House of Pomegranates.</i> —Contiene: <i>The Young King; The Birthday of the Infanta; The Fisherman and his Soul; The Star-child.</i>	<i>La casa de las granadas</i> (s. a.). —Contiene: El joven Rey; El cumpleaños de la Infanta; El pescador y su alma; El niño-estrella.
1901	<i>The Portrait of Mr. W. H.</i> ^[2]	<i>El retrato de Mr. W. H.</i> (1941).
1922	<i>For Love of the King: a Burmese masque.</i> ^[3]	<i>Por amor del Rey: una mascarada birmana</i> (1960).
Teatro		
1880	<i>Vera, or the Nihilists.</i>	<i>Vera, o los nihilistas</i> (1925).
1883	<i>The Duchess of Padua.</i>	<i>La Duquesa de Padua</i> (1942).
1893	<i>Lady Windermere's Fan.</i>	<i>El abanico de Lady Windermere</i> (s. a.).
1894	<i>Salomé: drame en un acte.</i> ^[4]	<i>Salomé: drama en un acto</i> (s. a.).
1894	<i>A Woman of no Importance.</i>	<i>Una mujer sin importancia</i> (1911).
1899	<i>An Ideal Husband.</i>	<i>Un marido ideal</i> (1918).
1899	<i>The Importance of being Earnest.</i>	<i>La importancia de llamarse Ernesto</i> (1927).
1905	<i>La Sainte Courtisane or the Woman covered with jewels.</i>	<i>La Santa Cortesana o la mujer cubierta de joyas</i> (s. a.).
1908	<i>A Florentine Tragedy.</i>	<i>Una tragedia florentina</i> (s. a.).

1878	<i>Ravenna</i> ^[5] .	<i>Rávena</i> (1934).
1881	<i>Poems</i> .	<i>Poemas</i> (1934).
1894	<i>The Sphinx</i> ^[6] .	<i>La Esfinge</i> (1922).
1894	<i>Poems in Prose</i> . —Contiene: <i>The Artist; The Doer of good; The Disciple; The Master; The House of Judgment; The Teacher of Wisdom</i> .	<i>Poemas en prosa</i> (1943). —Contiene: El artista; El agente del bien; El discípulo; El maestro; La casa del juicio; El profesor de Sabiduría
1898	<i>The Ballad of Reading Gaol</i> .	<i>La Balada de la cárcel de Reading</i> . ^[7] (s. a.).
1920	<i>To M. B. J.</i>	<i>A M. B. J.</i>
Ensayos y otros escritos.		
1882	<i>The English Renaissance of Art</i> .	<i>El renacimiento inglés del arte</i> (1943).
1882	<i>Art and the Handicraftsman</i> .	<i>El arte y el artesano</i> (1943).
1882	<i>House Decoration</i> .	<i>El decorado del hogar</i> (1943).
1883	<i>To Art Students</i> .	<i>A los estudiantes de Arte</i> (1943).
1891	<i>Intentions</i> . —Contiene: <i>The Critic as Artist; The Decay of Lying; Pen, Pencil and Poison; The Truth of Masks</i> .	<i>Intenciones</i> (s. a.). —Contiene; El crítico como artista ^[8] ; La decadencia del mentir ^[9] ; Pluma, lápiz y veneno; La verdad de las máscaras.
1891	<i>The Soul of Man under Socialism</i> . ^[10]	<i>El alma del hombre bajo el Socialismo</i> (1920).
1905	<i>De Profundis</i> .	<i>De Profundis</i> (1920).
1924	<i>Epistola: in Carcere et Vinculis</i> . ^[11]	<i>Epístola: in Carcere et Vinculis</i> (1943).



OSCAR WILDE (Dublín, Irlanda, entonces perteneciente al Reino Unido, 16 de octubre de 1854 - París, Francia, 30 de noviembre de 1900) fue un escritor, poeta y dramaturgo irlandés.

Wilde es considerado uno de los dramaturgos más destacados del Londres victoriano tardío; además, fue una celebridad de la época debido a su gran y aguzado ingenio. Hoy en día, es recordado por sus epigramas, sus obras de teatro y la tragedia de su encarcelamiento, seguida de su temprana muerte.

Hijo de exitosos intelectuales de Dublín, mostró su inteligencia desde edad temprana al adquirir fluidez en el francés y el alemán. En Oxford estudió en el curso de clásicos, llamado Greats; dio pruebas de ser un prominente clasicista, primero en Dublín y luego en Oxford; guiado por dos de sus tutores, Walter Pater y John Ruskin, se dio a conocer por su implicación en la creciente filosofía del esteticismo. También exploró profundamente el catolicismo –religión a la que se convirtió en su lecho de muerte–. Tras su paso por la universidad se trasladó a Londres, donde se movió en los círculos culturales y sociales de moda.

Como un portavoz del esteticismo realizó varias actividades literarias; publicó un libro de poemas, dio conferencias en Estados Unidos y Canadá sobre el Renacimiento inglés y después regresó a Londres, donde trabajó prolíficamente como periodista. Conocido por su ingenio mordaz, su vestir extravagante y su brillante conversación, Wilde se convirtió en una de las mayores personalidades de su tiempo.

En la década de 1890 refinó sus ideas sobre la supremacía del arte en una serie de diálogos y ensayos, e incorporó temas de decadencia, duplicidad y belleza en su única novela, *El retrato de Dorian Gray*. La oportunidad para desarrollar con precisión detalles estéticos y combinarlos con temas sociales le indujo a escribir teatro. En París, escribió *Salomé* en francés, pero su representación fue prohibida debido a que en la obra aparecían personajes bíblicos. Imperturbable, produjo cuatro comedias de sociedad a principios de la década de 1890, convirtiéndose en uno de los más exitosos dramaturgos del Londres victoriano tardío.

En el apogeo de su fama y éxito, mientras su obra maestra, *La importancia de llamarse Ernesto* seguía representándose en el escenario, Wilde demandó al padre de su amante por difamación. Después de una serie de juicios fue declarado culpable de indecencia grave y encarcelado por dos años, obligado a realizar trabajos forzados. En prisión, escribió *De Profundis*, una larga carta que describe el viaje espiritual que experimentó luego de sus juicios, un contrapunto oscuro a su anterior filosofía hedonista. Tras su liberación partió inmediatamente a Francia, donde escribió su última obra, *La balada de la cárcel de Reading*, un poema en conmemoración a los duros ritmos de la vida carcelaria. Murió indigente en París, a la edad de cuarenta y seis años.

«Escribí cuando no conocía la vida. Ahora que entiendo su significado, ya no tengo que escribir. La vida no puede escribirse; sólo puede vivirse».

Notas

[1] Personaje de *La tempestad*, de Shakespeare. Hijo de una bruja y un demonio, Calibán es un monstruoso noma que personifica al bruto, obligado a obedecer a un poder superior. <<

[2] Tela de algodón teñida. <<

[3] Galería de arte asociada con el movimiento estético de 1800 y especializada en exposiciones de artistas de vanguardia, como los prerrafaelistas. <<

[4] Dios fenicio, al que se representa siempre como un joven hermoso. Su belleza y sus amores con Venus han inspirado a numerosos artistas a lo largo de los siglos. <<

[5] Personaje mitológico, famoso por haber quedado prendado de sí mismo al ver su imagen reflejada en una fuente. <<

[6] «Compendio», «resumen», (En francés en el original). <<

[7] Literalmente «salón», (En francés en el original). Suele aplicarse este término a las reuniones o tertulias de intelectuales y artistas que, a partir del siglo XVII, tenían lugar generalmente en casa de algún aristócrata. <<

[8] Joven griego de Bitinia, favorito del emperador Adriano, que hizo reproducir su imagen a los artistas más famosos. <<

[9] Se trata de William Agnew, comerciante en arte. <<

[10] «Baratillo». (En francés en el original). <<

[11] Barrios orientales de Londres, más allá del Tower Bridge. Son industriales y populares y se oponen a los ricos y residenciales del West End. <<

[12] Obra pianística que el compositor alemán Robert Schumann (1810-1856) compuso entre 1848 y 1849. <<

[13] Barrio del East End de Londres y, durante el siglo XIX, una de las zonas más deprimidas de la ciudad. <<

[14] «Mueca». (En francés en el original). <<

[15] Ciudad situada al oeste de Londres, a orillas del Támesis, famosa por su College, el más importante centro de enseñanza de Gran Bretaña, en el que han estudiado gran número de personalidades inglesas. <<

[16] Planta arbustiva medicinal, de tallo flexible y trepador, con flores blancas, azules y violetas. <<

[17] *Hermes* es, en la mitología griega, un dios originario de Arcadia, hijo de Zeus y de Maya y notable por su extraordinaria precocidad. *Fauno* es un dios mitológico romano, que vivía en las bosques, montañas y campos, protegiendo a los pastores y a los rebaños de todo tipo de peligros. <<

[18] Club londinense situado en la calle St. James. <<

[19] Edificio de apartamentos de soltero cercano a Picadilly, en Londres. <<

[20] Se refiere a *Isabel II* (1830-1904), hija de Fernando VII y María Cristina de Borbón, que fue reina de España de 1833 a 1868, año en que, debido a un estallido revolucionario, se exilió en Francia, abdicando en su hijo Alfonso en 1870. Juan *Prim* (1814-1870), militar y político español, fue miembro del Partido Progresista. Tras la caída de la reina, en 1868, formó parte del gobierno provisional, ocupando la cartera de Guerra. Partidario de la Monarquía constitucional, vio triunfar la candidatura de Amadeo de Saboya, a quien no vio coronado, pues fue asesinado en diciembre de 1870 en la calle del Turco, cuando salía del Palacio del Congreso. <<

[21] Región occidental de Inglaterra, en la parte baja de los Peninos y del País de Gales. Fue una importante zona de producción de hulla, si bien actualmente no representa más que el 10 por 100 de la producción británica. <<

[22] Nombre del Partido Conservador inglés desde 1679 hasta 1830. <<

[23] Cigarro puro hecho de una sola hoja de tabaco enrollada, que le sirve de capa y de tripa. <<

[24] Diario británico fundado en 1785 con el nombre de *Daily Universal Register* por John Walter. En 1788 apareció con su nombre actual y se convirtió en un modelo de tratamiento moderado de la información y en un diario de gran influencia política sobre la clase dirigente del país, influencia que sigue manteniendo actualmente. <<

[25] El Blue Book («Libro Azul») es una publicación anual en la que se recogen las personalidades del Reino Unido, Irlanda, Australia, Nueva Zelanda, Canadá y Estados Unidos, que han destacado en el mundo de las artes, las ciencias, los negocios, la política, etc. Presenta gran cantidad de datos sobre estos personajes, incluyendo incluso el nombre de sus familiares, así como la dirección particular y profesional de cada personaje, siempre con la autorización de los interesados. <<

[26] Ciudad belga de la provincia de Lieja. <<

[27] «Protegido». (En francés en el original). <<

[28] Ninfa protectora de los bosques y los árboles. <<

[29] Sólo recordar que Platón (c. 428-c. 347 a. C.) es uno de los grandes clásicos de la filosofía y también de la literatura universal, y que Michelangelo Buonarroti (1475-1564), el gran pintor, escultor y arquitecto del Renacimiento italiano, compuso en los últimos años de su vida unas magníficas Rime. <<

[30] Genio griego de los manantiales y de los ríos, que se representaba con cola, pezuñas y orejas de caballo. La tradición popular lo imaginaba como un anciano grotesco, gordinflón, chato, siempre bebido y a menudo sosteniéndose a duras penas sobre un asno. <<

[31] Se refiere a ‘Umar Jayyām (1048-1122), poeta y matemático persa que en 1074 fue encargado por el sultán Malik Sha de colaborar en la reforma del calendario. Obtuvo soluciones geométricas y algebraicas de las ecuaciones de segundo grado y una importante clasificación de las ecuaciones. Sin embargo, su labor científica se ha visto eclipsada por sus Rubā’iyyāt, que se dieron a conocer en Occidente por la traducción inglesa de Edward Fitzgerald. Los Rubā’iyyāt son, en la literatura persa, poemas de cuatro hemistiquios, generalmente de tema erótico y báquico. <<

[32] Se trata de Hyde Park, parque de Londres que se extiende hacia el lado oeste de la ciudad. <<

[33] Barrio del centro de Londres, en Westminster. <<

[34] Claude Michel, llamado Clodion (1738-1814), escultor francés cuyas figurillas en terracota de inspiración pagana obtuvieron un éxito enorme en su época. Les Cent Nouvelles es una obra del francés Philippe de Vigneulles (1471-1527). Margarita de Valois (1553-1615) era esposa de Enrique IV de Francia. Víctima de su ninfomanía se separó de su marido, divorciándose de él en 1599. <<

[35] Novela del abate francés Antoine François Prévost d'Exiles (1697-1763), cuyo título exacto es *Historia del caballero Des Grieux y de Manon Lescaut*, publicada en los Países Bajos en 1731. <<

[36] Ópera en 3 actos y 4 cuadros, con texto y música de Richard Wagner (1813-1883), estrenada en Weimar en 1850, bajo la dirección de Liszt. <<

[37] Alusión al italiano Muzio Frangipane, al que en la Edad Media se le atribuyó la invención de un perfume con aroma de jazmín rojo, que llevó su nombre. <<

[38] «Carmín». (En francés en el original). <<

[39] «Espíritu». (En francés en el original). <<

[40] Unidad monetaria de cuenta británica equivalente a 21 chelines, o sea, 1 libra y 1 chelín, o a 10,5 chelines nuevos (1 libra y medio chelín nuevo) en el sistema decimal.
<<

[41] Obra del gran poeta británico William Wordsworth (1770-1850). <<

[42] «Los abuelos siempre se equivocan». (En francés en el original). <<

[43] Tragedia en 5 actos de William Shakespeare (1564-1616), representada entre 1594 y 1595, e inspirada en una narración del italiano Matteo Bandello (1485-1561).
<<

[44] Personaje de *Romeo y Julieta*, amigo fiel de Romeo, por quien dará la vida. <<

[45] *Rosalind*, que se disfrazaba de aldeano en el bosque de *Arden*, e *Imogen* son, respectivamente, personajes de *Como gustéis* y *Cimbelino*, obras de Shakespeare. <<

[46] Alusión a Ofelia, protagonista de Hamlet, y a Desdémona, que muere a manos del celoso Otelo. <<

[47] Los Capuleto eran la familia de Julieta, mientras que Romeo pertenecía a la de los Montesco. La rivalidad entre estas dos familias de Verona lleva al trágico fin de la pareja. <<

[48] Giordano Bruno (1548-1600) fue un filósofo italiano que, debido a lo audaz de sus ideas y sus frecuentes dudas en materias dogmáticas, sufrió continuas persecuciones, siendo finalmente torturado y quemado vivo por el Santo Oficio. Los librepensadores del siglo XIX lo ensalzaron como mártir de la libertad ideológica frente a la tiranía del oscurantismo eclesiástico. <<

[49] «Cuadro». (En francés en el original). <<

[50] Ciudad australiana, capital del estado de Victoria, en la bahía de Port Phillip. <<

[51] Planta herbácea de la familia de las liliáceas, que presenta flores pequeñas, blancas, muy olorosas, y cuyo fruto es una baya roja. <<

[52] Construcción de mármol (literalmente significa «Arco de Mármol»), muy cercana a Speaker's Corner —lugar donde se reúnen los típicos «charlatanes» londinenses—, que se halla en la esquina nordoriental de Hyde Park. <<

[53] Mesalina (25-48) fue la primera esposa del emperador romano Claudio. Su conducta deshonesto y sus intrigas obligaron al emperador a ordenar su muerte. <<

[54] Es uno de los personajes de Como gustéis, de Shakespeare. <<

[55] Localidad de Grecia, conocida especialmente por los talleres de estatuillas de terracota, cuya abundante producción, desde la época arcaica, y sobre todo a partir del 300 a. C., fue hallada en la necrópolis en el siglo XIX. Se trata de figurillas de muchachos o niños, sencillamente coloreadas, con trajes de la vida cotidiana y adoptando graciosas actitudes. <<

[56] Personaje de La tempestad, de Shakespeare. En ella se encaman las más altas cualidades de la mujer y es, según algunos comentaristas, la más perfecta de las figuras femeninas de Shakespeare. <<

[57] Acto I, escena 5.^a. <<

[58] Acto II, escena 2.^a <<

[59] Acto II, escena 2.^a <<

[60] Porcia es un personaje de *El mercader de Venecia*; Beatriz, de *Mucho ruido y pocas nueces*; y Cordelia, de *El rey Lear*, todas ellas obras de Shakespeare. <<

[61] Barrio del centro de Londres. En él se encuentra el célebre teatro de ópera homónimo, fundado en 1732, en el que se estrenaron la mayor parte de las óperas y los oratorios de Händel. Incendiado en 1856, fue reconstruido, convirtiéndose en 1892 en la Royal Opera House. <<

[62] Período de tiempo indefinido e incomputable. <<

[63] Fábrica real francesa de porcelana que inicialmente estuvo en Vincennes y que, en 1756, fue trasladada a Sèvres, y cuya producción, gracias a la protección de Mme. Pompadour, prosperó rápidamente. <<

[64] Estilo artístico que se desarrolló en Francia en el siglo XVIII durante el reinado de Luis XV, y que queda comprendido dentro del estilo rococó. <<

[65] Estilo artístico que se desarrolló también en Francia y que comprende tres períodos: el primero (1643-1661) no es más que una modificación de las fórmulas italianas; el segundo, que con el reinado efectivo de Luis XIV (1661) es el de la elaboración del llamado clasicismo francés, y el tercero, a partir de 1685, que suprime los motivos italianos todavía presentes en la decoración francesa. <<

[66] El *ácido prúsico*, o ácido cianhídrico, es un hidrácido de fórmula CNH, combinación de cianógeno e hidrógeno, que constituye el nitrilo del ácido fórmico. La intoxicación por este ácido es de las más aparatosas y graves, aunque poco frecuente. El *plomo blanco*, o cerusita, es el carbonato de plomo, PbCO_3 , isomorfo del aragonito. <<

[67] Diario londinense fundado en 1827 por instigación del duque de Wellington y de sir Robert Peel (1788-1850), que querían un periódico de carácter conservador. Véase también la nota 192. <<

[68] Se refiere a la cantante italiana Adelina Patti (1843-1919). Durante cincuenta y seis años triunfó en los principales escenarios de Europa y América, interpretando un repertorio italiano adecuado a su voz de soprano ligera. <<

[69] Género de plantas al que pertenece el gamón, planta herbácea de raíces tuberosas y hojas erguidas, largas y en forma de espada. <<

[70] *Jacobo I* (1566-1625), rey de Inglaterra e Irlanda y de Escocia (Jacobo VI). *John Webster* (1580-1624), dramaturgo inglés del que se conservan dos de sus dramas: *El diablo blanco* y *La duquesa de Amalfi*. *John Ford* (1586-1639), dramaturgo inglés, autor de tragedias donde el efectismo emotivo destaca sobre la construcción dramática, como *Lástima que sea una ramera* y *El sacrificio de amor*. *Cyril Tourneur* (c. 1575-1626), también dramaturgo inglés, autor de *La tragedia del vengador* y *La tragedia del ateo*, que ilustran el gusto por lo atroz y horroroso que caracterizó el teatro isabelino. <<

[71] Personaje de *Otelo*, de Shakespeare. Concretamente es el padre de Desdémona.

<<

[72] Diario de la tarde fundado en Londres en 1803. <<

[73] «Aburrimiento». (En francés en el original). <<

[74] «El consuelo de las artes». (En francés en el original). Théophile Gautier (1811-1872), fue un escritor que inició su aprendizaje como pintor, pero que pronto se sintió atraído por la literatura. En 1836 inició su copiosa producción periodística, que se prolongó hasta su muerte. En 1840 viajó por España, plasmando sus impresiones en el relato *Tras los montes* y en los versos de *España*. De su dilatada producción destacan *Esmaltes y camafeos*, *La señorita de Maupin* y *El capitán Fracasse*. Gautier conservó durante su vida el gusto por el paisaje y el ojo del pintor, junto a un apasionado culto por la belleza y la forma. <<

[75] Héroe troyano, hijo de Príamo, rey de Troya, y de Hécuba. Es el protagonista de tres importantes episodios de la mitología y la literatura griegas. Protagonista del *Juicio de París*, en el que, a instancias de la Discordia, tuvo que entregar la manzana de oro a la más bella entre Juno, Minerva y Venus. Su elección en favor de esta última le permitió conseguir la posesión de la más bella de las mortales de Grecia, Helena, esposa de Menelao, rey de Esparta. El rapto de Helena originó la guerra de Troya, que cuenta Homero en la *Ilíada*. Según este poema, París dio muerte a Aquiles, acertándole en el talón, su punto vulnerable, para acabar, a su vez, envenenado por las flechas de Filoctetes. <<

[76] El emperador romano Publio Elio Adriano (76-138), nacido en Itálica (Sevilla), tuvo un favorito, Antinoo, que se ahogó en el Nilo para prolongar, según se dice, la vida del emperador. <<

[77] Ciudad italiana de la Emilia. <<

[78] Efectivamente, *Miguel Angel* (1475-1564) se sintió dominado por una ardiente amistad con Tommaso Cavalleri, al que dedicó numerosos y arrebatados poemas. El escritor francés Michel Eyquem de *Montaigne* (1533) tuvo en el también escritor Etienne de La Boétie (1530-1563) a su mejor amigo, y cuya prematura muerte le produjo una honda impresión. El arqueólogo alemán Johann Joachim *Winckelmann* (1717-1768) conoció en Roma al pintor bohemio Anton Raphael Mengs (1728-1779), cuya mutua amistad influyó de forma muy importante en sus respectivas obras. Por último, la amistad de *Shakespeare* (1564-1616) con uno de sus protectores, Henry Wriothesley, tercer conde de Southampton (1573-1624), sigue siendo uno de los puntos más oscuros y discutidos de su vida. <<

[79] Abadía gótica del siglo XIV que se encuentra en Trowbridge, capital del condado de Wiltshire, al sur de Gran Bretaña. <<

[80] «Baúl». (En italiano en el original). <<

[81] Planta arbórea latexcente, de hojas alternas y coriáceas y cuya madera, dura y de superficie lisa, es muy utilizada en ebanistería de estilo dada su resistencia, fácil trabajo y bello pulimento. <<

[82] Publicación creada en Londres en 1881 y absorbida por el Evening Standard en 1905. <<

[83] Ejemplares de una obra impresa que aún no se han encuadernado. <<

[84] Esta frase no pertenece a Dante Alighieri (1265-1321), como dice Wilde, sino que la cita el escritor y crítico británico Walter Horatio Pater (1839-1894) en su novela *Mario el epicúreo*. <<

[85] Véase nota 74. <<

[86] Célebre calle del West End de Londres, donde se hallan el Ministerio de la Guerra (*War Office*) y los principales clubes de la ciudad. <<

[87] «Árbitro de la elegancia». (En latín en el original). Alusión a Caius Petronius Petronio, escritor latino del siglo I. Se le identifica con el personaje consular, contemporáneo y familiar de Nerón, que dictaba las leyes del buen gusto en la corrompida corte. Su novela el *Satiricón* es una parodia de la novela patético-erótica griega. <<

[88] Intento, llevado a cabo en Alemania, de aplicar las teorías evolucionistas en un contexto más amplio. <<

[89] Se refiere a la *Michelia champaca*, planta de la familia de las magnoliáceas, que crece en la India y Vietnam y está considerada como aromática. <<

[90] Arbusto del género de las ramnáceas, originario de Asia templada y oriental, cuyo porte recuerda al del tilo. <<

[91] Wilde cita aquí a tres de los más grandes compositores de todos los tiempos: el austríaco Franz *Schubert* (1797-1829), el polaco Frédéric *Chopin* (1810-1849) y el alemán Ludwig van *Beethoven* (1770-1827). <<

[92] El río Negro es el principal tributario de la orilla izquierda del Amazonas. Nace en Colombia, con el nombre de Guainía, y penetra en Brasil con el nombre de Negro. Wilde cita en este pasaje términos de las culturas indígenas, probablemente tomados de alguna obra de las muchas que a lo largo del siglo XVI se escribieron sobre el Nuevo Mundo. <<

[93] Alonso de Ovalle (1601-1651), y no Alfonso, como dice Wilde, fue un jesuita chileno que ha sido considerado como el primer historiador de su país. Escribió una voluminosa *Histórica relación del reino de Chile y de las misiones y ministerios que en él ejercita la Compañía de Jesús*, con la que intenta informar a un público europeo acerca de la naturaleza y la historia civil y religiosa de Chile. <<

[94] Efectivamente, *Bernal Díaz* del Castillo (1492-1584) tomó parte en 1519 en la expedición de *Hernán Cortés* (1485-1547) a México. Escribió *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* y, según él mismo, uno de los motivos que lo indujeron a escribirla fue refutar la *Historia general de las Indias*, de Francisco de Gomara, capellán de la expedición, que atribuía todo el mérito a Cortés. <<

[95] Ópera en 3 actos y 4 cuadros, poema y música de Richard Wagner, estrenada en Dresde en 1845. <<

[96] Anne de Joyeuse (1561-1587) fue, efectivamente, un almirante y político francés que llegó a ser uno de los favoritos del rey Enrique III, que lo cubrió de honores. Combatió contra los calvinistas, con los que se mostró cruel, y murió en la batalla de Coutras, luchando contra Enrique de Navarra. Unas líneas más adelante, Wilde citará varias piedras, comprobando el lector el profundo conocimiento que posee el autor sobre el tema. <<

[97] «De rancio abolengo». (En francés en el original). <<

[98] Se trata de Pedro Alfonso (1062-c. 1135), escritor hispanohebreo conocido fundamentalmente por su *Disciplina clericalis* (y no *Clericalis Disciplina* como dice Wilde), colección de 34 cuentos de procedencia oriental, narrados casi todos como enseñanzas de un padre a su hijo. <<

[99] Nomo de Grecia, en Macedonia. <<

[100] Filóstrato el ateniense (c. 175-C. 249) enseñó retórica en Atenas y gozó, en Roma, de la protección de la emperatriz Julia. Se conservan de él *Vida de Apolonio de Tiana* y *Vidas de los sofistas*. <<

[101] Concreción de cuerpos extraños ingeridos que se acumulan en el aparato digestivo. Los bezoares son frecuentes en los animales de pelo, que lo ingieren al lamer. Al bezoar oriental, que se forma en la cabra bezoar, se le atribuían propiedades curativas de la peste. <<

[102] Partes no digestibles de la presa que algunas aves rapaces regurgitan en forma de bola. <<

[103] El filósofo griego Demócrito (c. 460-c. 370 a. de C.) elaboró una filosofía que radica en un materialismo mecanicista y atomista, por lo que en cierto modo ha sido considerado como uno de los precursores de la teoría atómica. <<

[104] Soberano legendario al que la Europa medieval atribuía un estado cristiano, situado más allá del mundo musulmán. La creencia en su existencia y el deseo de tomar contacto con este aliado de la cristiandad fueron una de las causas de los grandes descubrimientos. <<

[105] Además de esta novela de fondo histórico-fantástico, el escritor inglés Thomas Lodge (c. 1557-1625) escribió poemas, madrigales y sonetos, y *Rosalinde*, novela pastoril en la que se inspiró Shakespeare para escribir su *Como gustéis*. <<

[106] Zipangu o Cipango es el nombre dado en Occidente a Japón a finales de la Edad Media. El nombre, introducido por Marco Polo (1254-1324) en sus relaciones del viaje a China, parece ser que deriva del chino Ji-penkue, que significa «Reino del sol naciente», (Véase el *Libro de las Maravillas*, publicado en esta misma Colección). <<

[107] Peroz, Piruz o Pirawz era un rey sasánida de Persia, hijo de Yazdgard II, que ocupó el trono del 459 al 484, tras vencer a su hermano Ormuzd II. Realizó dos expediciones infructuosas contra los hunos heftalíes. <<

[108] Procopio (finales del siglo V-562) es el historiador bizantino más importante de la época de Justiniano. Es autor del *Libro de las guerras*, *Tratado de los edificios* y *Anécdota* o *Historia secreta*. <<

[109] Anastasio I (c. 430-518), emperador de Oriente, fue un ardiente monofisita que persiguió a los ortodoxos y rompió con Roma. Construyó ante Constantinopla una larga muralla que lleva su nombre. <<

[110] Malabar es una región litoral de la India, situada en la parte occidental de la península de Decán, entre Goa y el cabo Comorín, bañada por el mar de Omán. <<

[111] Se refiere a César Borja (1475-1507), hijo del papa *Alejandro IV* (1431-1503), que en 1498 marchó a la corte francesa, donde *Luis XII* (1462-1515) le otorgó el título de *duque de Valentinois*. El monarca francés se apoyó en los Borja para invadir Italia, expulsando del Milanesado a Ludovico el Moro y conquistando el reino de Nápoles. Pierre de Bourdeille, señor de *Brantôme* (c. 1540-1614), fue un escritor francés autor de *Vidas de los hombres ilustres y de los grandes capitanes extranjeros*, *Vidas de las damas ilustres y de las damas galantes* y *Discursos sobre los duelos*. <<

[112] Carlos I (1600-1649), rey de Inglaterra, Escocia e Irlanda, que subió al trono en 1625. <<

[113] Ricardo II (1367-1400), rey de Inglaterra desde 1377. <<

[114] Joseph *Hall* (1574-1656) fue un prelado y escritor inglés, cuyas obras le revelan como uno de los mejores satíricos ingleses. *Enrique VIII* (1491-1547), rey de Inglaterra e Irlanda, gobernó su país a partir de 1509. <<

[115] Personaje de *Otelo*, de Shakespeare. Concretamente es el padre de Desdémona.

<<

[116] Piers *Gaveston*, o Gabaston (c. 1284-1312), conde de Cornualles, fue un caballero gascón favorito del rey *Eduardo II* de Inglaterra (1284-1327). <<

[117] «Salpicado». (En francés en el original). <<

[118] Enrique II (1133-1189), duque de Normandía, conde de Anjou y duque de Aquitania, subió al trono de Inglaterra en 1154. <<

[119] Carlos el Temerario (1433-1477), duque de Borgoña, era hijo de Felipe el Bueno e Isabel de Portugal. <<

[120] Una de las principales divinidades helénicas. Es una diosa guerrera que simboliza la influencia de la razón y del espíritu sobre el valor. <<

[121] «Toldo que en los teatros antiguos protegía del sol a los espectadores». (En latín en el original). <<

[122] Precisamente, el nombre de *Coliseo*, o anfiteatro flavio, deriva de la «colosal» estatua de *Nerón* (37-68) que se hallaba en sus proximidades y que actualmente no se conserva. <<

[123] *Apolo* es el más bello de los dioses del panteón helénico, hijo de Zeus y de Leto. Los griegos y los romanos representaron al *Sol* bajo la personificación de Helios o de Apolo. <<

[124] Chilperico I (539-584), hijo de Clotario I, fue rey de los francos. A la muerte de su padre tuvo que repartir el reino con sus hermanastros. Luchó contra uno de ellos, Gontrán, y su sobrino Childeberto. Al final, fue muerto en el curso de una cacería. <<

[125] Carlos de Orleans (1391-1465), poeta francés, duque de Orleans y padre de Luis XII. Compuso numerosas baladas y rondeles que constituyen uno de los mejores ejemplos de la poesía francesa medieval. <<

[126] «Señora, estoy muy contento». (En francés en el original). <<

[127] En *Reims*, que se halla en el departamento de Mame, al norte de la región de Champagne, los monarcas franceses tenían la costumbre de consagrarse. Su magnífica catedral es uno de los más significativos ejemplos de la arquitectura gótica.

<<

[128] Juana de Borgoña (1292-1325 o 1330), reina de Francia, hija del conde palatino de Borgoña, Otón IV, se casó en 1307 con Felipe el Largo, que sería rey de Francia en 1316. <<

[129] Luis XIV de Francia (1638-1715), el Rey Sol. <<

[130] Juan III Sobieski (1624-1696), rey de Polonia que, como alude más adelante Wilde, detuvo a los turcos que sitiaban Viena en la batalla de Kahlenberg, en 1683. Pero fue mal político frente a las pretensiones de Rusia y de la nobleza, y a las intrigas de su esposa, María Casimira de Arquién, que lo empujó hacia una alianza austríaca contra Francia. <<

[131] Antiguo nombre de la ciudad turca de Izmir. <<

[132] *Delhi* comprende la ciudad india tradicional, Delhi, y la capital de la India, Nueva Delhi, de aspecto moderno y sede del gobierno. *Dacca* es la capital de Bangla Desh, en la orilla oriental del Ganges y del Brahmaputra. *Java* es una isla de Indonesia, en el archipiélago de la Sonda, situada entre el mar de Java y el océano Indico. <<

[133] «Encaje». (En francés en el original). <<

[134] No hemos localizado este término, pero existe la ciudad japonesa de Fukuoka, situada en la costa norte de Kyūshū, un importante centro comercial e industrial, en el que se fabrica un tipo de tejidos de seda de mucha consistencia. <<

[135] Zona cercana a Ratcliffe Highway, calle londinense de mala fama. <<

[136] Trouville se encuentra en la costa del canal de la Mancha, en el departamento de Calvados, en la Baja Normandía, al noroeste de Francia. <<

[137] Condado de Gran Bretaña, en las Midlands, a uno y otro lado del Trent. <<

[138] Obra escrita en 1656 por el escritor inglés Francis Osborne (1593-1659), que fue escudero del conde de Pembroke. <<

[139] Existen dos reinas de Nápoles con este nombre: Juana I de Anjou (1326-1382), hija de Carlos, duque de Calabria, y de Margarita de Valois, y Juana II (1371-1435), hija del rey Carlos III de Nápoles y de Margarita de Durazzo. <<

[140] Se aplicaba este término al *dandy* característico del siglo XVIII, de tono extranjero en vestimenta y modales. <<

[141] Se trata efectivamente de Jorge IV (1762-1830). Brillante y cultivado, mostró desde joven su inclinación al juego y a la disipación. En 1785, siendo aún Príncipe de Gales, se casó en secreto con María Anne Fitzherbert (1756-1837). Este matrimonio fue anulado muy pronto, pero la ruptura no fue definitiva hasta 1803. En 1795 contrajo matrimonio con su prima Carolina de Brunswick, con la que pronto tuvo desavenencias y contra la que intentó, en 1820, un escandaloso proceso de divorcio.
<<

[142] Con este nombre es conocida la residencia del Príncipe de Gales en Londres. <<

[143] La muy noble orden de la Jarretera, la más antigua y elevada en categoría de las órdenes inglesas de caballería, fue fundada por Eduardo III a mediados del siglo XIV.

<<

[144] Emma Lyon, lady Hamilton (1765-1815). Hija de un herrero, se casó con sir William Hamilton, embajador en Nápoles, en 1791. A partir de 1798 se convirtió en la amante del almirante Nelson. <<

[145] Efectivamente, el emperador *Tiberio* (c. 42 a. C.-37 d. C.), debido a su desconfianza y misantropía, decidió abandonar Roma y trasladarse a *Capri* en el año 27. *Elefantis* fue una escritora griega que vivió probablemente a finales del siglo I a. C. Según Galeno, compuso un tratado sobre *Los cosméticos*, pero su obra más conocida fueron textos obscenos en prosa y en verso. <<

[146] El que lleva y maneja el incensario. <<

[147] Cayo César Augusto Germánico *Calígula* (12-41) fue emperador de Roma los últimos cuatro años de su vida. Ocho meses después de su proclamación, cayó enfermo y su mente, no muy equilibrada, se trastornó definitivamente. Entre otras muchas extravagancias, nombró a su caballo cónsul. Al final, ante sus múltiples crueldades, fue asesinado por Casio Caerea y el Senado lo borró de la lista de emperadores. La *frontalera* es la correa de la cabezada y de la brida del caballo, que le ciñe la frente y sujeta las carrilleras. <<

[148] Al emperador Domiciano (51-96) se le atribuye una siniestra reputación en parte injustificada, ya que en el interior fue un hábil administrador que se ocupó de las finanzas, si bien no logró sacar a flote el tesoro público, constantemente disminuido. En el exterior fortaleció, con sus campañas militares, el dispositivo defensivo del Imperio. No obstante, al paso de los años se hizo cada vez más exigente, desconfiado y cruel, hasta el extremo de que su propia esposa, Domica Longina, tomó parte en la conspiración que acabó con su vida. <<

[149] «Tedio de la vida», «disgusto de vivir». (En latín en el original). Equivale a lo que los monjes medievales llamaban *acedía*. <<

[150] Marco Aurelio Antonio, llamado Heliogábalo (204-222), se dedicó al culto del Sol en Emesa (Siria), siendo desde muy joven sumo sacerdote de este dios, adorado en la forma de una piedra negra (de ahí su sobrenombre, ya que Helio es la divinidad griega personificación del Sol). Su belleza y seriedad cautivaron a la legión de Emesa, que lo proclamó Augusto a los catorce años. El emperador Macrino marchó contra él, pero fue derrotado y muerto. Emperador desde el 218, su reinado fue el de la superstición y el libertinaje. Proclamó al Baal de Emesa dios supremo del Imperio y depositó la piedra negra de Emesa en el Palatino. Finalmente, fue asesinado por los pretorianos. <<

[151] Efectivamente, Filippo Maria Visconti (1391-1447), duque de Milán a la muerte de su hermano, Giovanni Maria, se casó con Beatrice Láscaris Tenda, veinte años mayor que él, y esta unión le aportó varias plazas fuertes, un buen ejército y 400.000 florines de oro. Pero en 1418 la acusó de adulterio y la hizo dar muerte. <<

[152] Pietro Barbo (1417-1471), y no Barbi, accedió al pontificado en 1464 con el nombre de Pablo II. Pensaba dedicarse al comercio y preparaba su viaje a Oriente cuando su tío, Eugenio II, fue elegido papa. Decidió entonces dedicarse a la carrera eclesiástica. Renovó e hizo más costosa la tiara pontificia y le gustaba la silla gestatoria. Su «leyenda negra» se debe a Platina (pseudónimo de uno de los académicos que conspiraron contra él), el cual fue encarcelado. A la muerte del papa publicó *Vite dei Papi*, donde lo trata de bárbaro, cruel y enemigo de la cultura. <<

[153] Giovanni María Visconti (1389-1412), hijo de Gian Galeazzo y hermano de Filippo María, accedió al ducado de Milán en 1412, a la muerte de su padre. Por su testamento, gobernó el ducado una regencia presidida por su madre, la cual murió, probablemente envenenada, en 1404. Durante su mandato, Milán vivió en una completa anarquía y, como dice Wilde, el duque solía arrojar a sus enemigos a los perros. Una conjuración gibelina decidió acabar con él, asesinándolo en la iglesia de San Gottardo. <<

[154] Se refiere a Rodrigo *Borgia* (1431-1503), el papa Alejandro VI, y a su hijo César (c. 1475-1507), al que llama el *Fratricida* porque fue el instigador de la muerte de su hermano Juan (c. 1475-1497) y no de Pedro Luis (c. 1458-1488), como dice Wilde y al que llama *Perotto*. <<

[155] *Pietro Riario* (1445-1474), cardenal italiano que obtuvo de su tío, el papa *Sixto IV* (1414-1484) —Wilde dice que es su hijo—, diversos títulos y cargos, consiguiendo grandes riquezas. Compró la ciudad y el principado de Imola y desplegó un fasto increíble, muriendo víctima de sus excesos y desórdenes. *Ganimedes* era un príncipe mitológico troyano, amado por Zeus, que lo raptó y lo llevó al Olimpo, donde lo nombró copero de los dioses. *Hilas* era hijo de Teodamante, rey de los dríopes. Era tan bello que Heracles, prendado de él, lo raptó y lo llevó consigo en la expedición de los argonautas. Una tarde, mientras bebía en una fuente, desapareció, arrebatado por las ninfas, convirtiéndose en inmortal. Wilde cita también a *Leonor de Aragón*. Creemos que el único personaje con este nombre, contemporáneo de Riario, es Leonor de Aragón (c. 1420-1479), reina de Navarra, hija de Juan II de Aragón y de Blanca de Navarra, pero no sabemos qué relación pudo tener con el cardenal italiano. <<

[156] Es posible que se trate de Ezzelino III da Romano, podestá de Verona, Vicenza y Padua. Fue apoyado por Federico II, pero a la muerte de éste fue excomulgado por Inocencio IV. Capturado por los güelfos, murió poco después. <<

[157] Giovanni Battista Cybo (1432-1492), y no Cibo, como transcribe Wilde, fue elegido papa en 1484 con el nombre de Inocencio VIII. A pesar de ello, no cambió su vida disoluta —tenía ya varios hijos—, confió todos los puestos de su corte a sus familiares e hizo construir en el Vaticano el Belvedere como vivienda personal. Su política provocó en Roma la sublevación de los Orsini, que fue duramente castigada. En 1492 celebró solemnemente la toma de Granada por los Reyes Católicos. <<

[158] *Sigismondo Pandolfo Malatesta* (1417-1468) contrajo matrimonio en tres ocasiones. En 1435 lo hizo con *Ginevra*, hija natural de Niccoló III d'Este; en 1442, con *Polissena*, hija de Francesco Sforza; y finalmente, en 1459, con *Isotta degli Atti*. En 1448 mandó al arquitecto Leon Battista Alberti construir la iglesia de San Francesco en Rímini —más conocido como templo malatestiano—, dedicado más al amor por Isotta, entonces su amante, que a San Francisco. <<

[159] Carlos VI de Francia (1368-1422), llamado el Bienamado, se casó en 1385 con Isabel de Baviera (1371-1435), que posteriormente fue amante de Luis, duque de Orleans (1372-1407), hermano de Carlos, que a su vez estaba casado con Valentina Visconti (1366-1408). Carlos VI amaba los placeres, y una vida escandalosa trastornó su débil cerebro. Vivió con alternativas de locura y lucidez y no fue más que un comparsa en el trono, siendo abandonado por su esposa. <<

[160] Los Baglioni constituían una importante familia aristocrática de Perugia, ciudad italiana de la Umbría, que mantuvo el control de la ciudad entre 1488 y 1534. Wilde se refiere a la matanza que tuvo lugar en julio de 1500. Astorre Baglioni estaba recién casado con Lavinia, hija de Giovanni Colonna y de Giustina Orsini. Astorre era partidario de los venecianos y contrario a Grifonetto Baglioni, que militaba al servicio del duque de Urbino. El 15 de julio estaban en casa de Grifonetto, todavía celebrando la boda y aparentemente en buena armonía, cuando estalló la matanza. Aparte de Astorre y su mujer, murieron también Guido, Gismondo y Simonetto Baglioni. <<

[161] Es una de las múltiples estaciones de ferrocarril que existen en Londres. <<

[162] Ciudad francesa, en la Costa Azul, cerca de la frontera italiana. Es un gran centro turístico. <<

[163] *Isaías*, 1, 18. <<

[164] George Charpentier fue un editor francés, protector y amigo del pintor Pierre Renoir (1841-1919), el cual realizó el retrato de *Mme. Charpentier y sus hijos*, que se conserva en el Metropolitan Museum de Nueva York, y del que Marcel Proust diría que es «la evocación más perfecta de su tiempo». *Jacquemart* de Hesdin fue un miniaturista francés de finales del siglo xiv y principios del xv considerado como uno de los mejores de toda la Edad Media. Para *Gautier*, véase la nota 74. <<

[165] «Del suplicio aún mal lavada». (En francés en el original). <<

[166] «Dedos de fauno». (En francés en el original). <<

[167] «Sobre una gama cromática, / goteando perlas su seno, / la Venus del Adriático / saca del agua su cuerpo rosa y blanco. / Las cúpulas, sobre el azul de las ondas, / según la frase de puro contorno, / se hinchan como gargantas redondas / que levantan un suspiro de amor. / El esquife llega y me deja, / enlazando su amarra al pilar, / ante una fachada rosa, / sobre el mármol de una escalinata». (En francés en el original). <<

[168] El *Lido* es una isla alargada que cierra, hacia el Adriático, la laguna de Venecia. El *Campanile* es un campanario de 98,60 m de altura, que se halla en la plaza de San Marcos, junto a la Biblioteca antigua y la Logetta y frente al Palacio Ducal y la basílica de San Marcos. <<

[169] Jacopo Robusti, llamado *il Tintoretto* (1518-1594), es junto con Tiziano y Veronés una de las grandes figuras de la pintura veneciana del Renacimiento. <<

[170] Podría tratarse de una variante de las grafías *badjdj*, *hadj* o *hajj*, que en el mundo islámico designan a los peregrinos que van a la Meca. <<

[171] En el centro de la plaza de la Concordia de París se halla un inmenso obelisco egipcio de 23 m de altura y 220 tm de peso, traído de Luxor y decorado con jeroglíficos que glorifican al faraón Ramsés II, del siglo XIII a. C. Fue regalado por el virrey de Egipto, Mehmet 'Ali, a Carlos X en 1829 y llegó a París en 1833. <<

[172] «Monstruo encantador». (En francés en el original). <<

[173] Se trata de Anton Grigórievich Rubinstein (1829-1894), pianista y compositor ruso. Dio su primer concierto a los nueve años y realizó diversas giras por Europa y Estados Unidos a lo largo de su vida. Compuso varias óperas, oratorios, seis sinfonías, cinco conciertos para piano, dos conciertos para violonchelo, oberturas, etc.
<<

[174] Se trata de Richmond on Thames, distrito del sector oeste del Gran Londres, en la orilla derecha del Támesis. <<

[175] Variedad conocida también como violeta pamesana, que se utiliza, junto a la violeta Victoria, para obtener la esencia de violetas, perfume que recuerda el olor suave de la flor de la violeta. <<

[176] Isabel I (1533-1603), reina de Inglaterra e Irlanda e hija de Enrique VIII y Ana Bolena. En mayor medida que los demás Tudor, estableció una autoridad casi absoluta, basada en un profundo acuerdo con el Parlamento. Fue una reina verdaderamente nacional y participó intensamente en la vida de su época. <<

[177] «Guisado de ave que se come como fiambre con gelatina o mayonesa». (En francés en el original). <<

[178] «Escotada». (En francés en el original). <<

[179] Se trata de Margarita de Angulema (1492-1594), llamada Margarita de Navarra, hija de Carlos de Orleans y de Luisa de Saboya. En 1509 se casó con el duque de Alençon y cuando enviudó lo hizo con Enrique de Albret, rey de Navarra. Se rodeó de humanistas sospechosos de herejía y procuró difundir el evangelismo y el platonismo. Escribió varias obras, pero su obra más famosa es el *Heptamerón*. <<

[180] «Demasiado celo». (En francés en el original). <<

[181] «Demasiada audacia». (En francés en el original). <<

[182] Se refiere a la *Debrett's Peerage and Baronetage with her Majesty's and Royal Warrant Holders*, guía que recoge a toda la aristocracia británica, publicada por primera vez en 1802 por John Debrett. <<

[183] Diario londinense fundado en 1772 por John Bell como órgano publicitario de las loterías. En 1937 fue absorbido por el *Daily Telegraph*. <<

[184] Moneda de oro equivalente a 20 chelines que emitió la Casa de la Moneda de Londres en 1816. <<

[185] Puñal malayo de doble filo, ondulado en forma de llama. Mide unos 40 cm y su hoja está sujeta a un puño de madera, sin guarnición ni pomo, en forma de culata de pistola. <<

[186] Protagonista de la comedia homónima de Jean-Baptiste Poquelin, *Moliere* (1622-1673), arquetipo del hipócrita. <<

[187] Wilde alude a la táctica de los jinetes partos, particularmente temibles cuando, simulando la huida, acribillaban al enemigo con flechas disparadas por encima del hombro. De esta táctica deriva la expresión «disparar la flecha del parto» para indicar el lanzar al adversario, al retirarse, una palabra que le hiera profundamente. <<

[188] Unidad de longitud equivalente a 914,4 milímetros. <<

[189] Una de las divinidades mayores de los griegos, hija de Zeus y de Leto, asimilada por los romanos a la diosa Diana. Deidad compleja y contradictoria, ya que protegía a las mujeres que iban a dar a luz, pero también las mataba caprichosamente con sus flechas. Cazadora por excelencia, se complacía con la vida agreste, entre las ninfas de la montaña, los perros y los animales salvajes, de los que era deidad titular. <<

[190] Las hojas de fresa son, en Inglaterra, el emblema de las coronas ducales. <<

[191] *Perdita y Florizel* son dos de los personajes centrales de *Cuento de invierno*, comedia en cinco actos, en prosa y en verso, de Shakespeare, estrenada en 1611. <<

[192] Este organismo fue creado en 1829 por Robert Peel (1788-1850). Su nombre procede de la propiedad donde se alojaba el rey de Escocia cuando visitaba Londres. Véase también la nota 57. <<

[193] Con este nombre se engloban todos los vinos de la alta y baja Borgoña, de los alrededores de Chalon-sur-Saône, del Mâconnais y del Beaujolais, pero es la Côte d'Or principalmente la que proporciona el vino más estimable y las cosechas de más renombre. <<

[194] Frédéric Chopin (1810-1849) es no sólo uno de los más grandes compositores del romanticismo, sino que fue un extraordinario pianista, cuyos éxitos a lo largo de su vida fueron enormes. Quizá por ello la mayor parte de la producción de este músico polaco fue para este instrumento. Atacado por la tisis, que lo llevaría a la tumba, Chopin pasó el invierno de 1838 en la Cartuja de Valldemosa, en Mallorca, en compañía de la escritora George Sand, cuyo idilio duraría diez años. Allí compuso buena parte de su producción pianística. <<

[195] Ciudad de los Estados Unidos, en el estado de Connecticut, en la que existe una importante industria relojera. En aquella época era muy popular el reloj Waterbury, también llamado «reloj de un dólar», por su precio barato. <<

[196] Sólo recordar que Diego Velázquez (1599-1660) es quizá el mayor pintor del Siglo de Oro español y una de las máximas figuras del arte universal. <<

[197] Se refiere a los nocturnos de Chopin, de los que el compositor polaco compuso 21 piezas. En el siglo XIX, a partir de los 18 *Nocturnos para piano*, de John Field (1782-1837), el nocturno se convirtió en una forma de salón, en la que los aspectos líricos de la escritura vocal italiana se trasladaron al teclado. Chopin extendió los alcances del nocturno consiguiendo un mayor ámbito de expresión, de tono elegiaco, aunque no mórbido. <<

[198] En la mitología griega, *Marsias* era un músico frigio, hijo de *Yagnis*, a quien se consideraba inventor de la armonía. Inventó la flauta, mediante la simplificación del caramillo, y cuenta la leyenda que retó a *Apolo*, que tocaba la lira. El dios se vengó, tras su difícil victoria, despellejando vivo al flautista. Este episodio quizá recuerde la rivalidad entre la música griega y la música asiática. <<

[199] Se trata de Robert Browning (1812-1889), poeta británico, cuya producción oscura y esotérica es considerada como una de las mejores y más altas de su época. Sus obras más importantes son *Dramatis personae* y *El anillo y el libro*. En 1846 se casó en secreto con la poetisa Elisabeth Barren, más conocida como Elisabeth Browning. <<

[200] La primera frase pertenece, como se sabe, al Padrenuestro (Mateo, 6, 19). La otra, curiosamente, es una antítesis del primer versículo de dos salmos: el 6 y el 38.
<<

[201] Como habrá observado el lector, algunas de esas palabras francesas no han sido traducidas en nota, ya que hemos considerado que su significado era suficientemente claro para un lector español. <<